



ISSN 0329-1588

LA BIBLIOTECA

revista fundada por Paul Groussac

El archivo como enigma de la historia

Nicolás Casullo
Oscar Terán
Fernando Devoto
Hebe Clementi
Eduardo Grüner
Horacio Tarcus
Mario Tesler
José Luis Moure
María Pia López
Roberto Ferro
Roberto Baschetti
Susana Romanos de Tiratel
María Etchepareborda
Daniel Sorín
María Angélica Molinari
Patrice Vermeren

1

Verano de 2004/2005 • \$60 • República Argentina

Director de la Biblioteca Nacional: Elvio Vitali

Subdirector de la Biblioteca Nacional: Horacio González

Coordinación Editorial: Sebastián Scolnik

Corrección: Lucía Casasbellas Alconada

Diseño: Sebastián Pardo, Axel Russo, Alejandro Truant

Mesa de los Martes: Raúl Pano (Director de Administración Bibliotecológica), Roberto Baschetti, María Etchepareborda, José Luis Moure, Mario Tesler, Roberto Casazza, Martín Blanco, Ana da Costa, Kato Molinari, Laura Rosato, Daniel Sorín, Cecilia Calandria, Osvaldo Gamba, Silvana Truant, Miguel Ángel Raffaele, Marilú Barros Varela, Valeria Gómez, Susana Pereira, Damián Vives.

La Biblioteca, revista fundada por Paul Groussac en 1896, es una publicación de la Biblioteca Nacional de la República Argentina. ISSN N° 0329-1588
Agüero 2502, 6° piso (C 1425 EID), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Tel.: (54-11) 4807-6778 | ediciones.bn@gmail.com | www.bn.gov.ar
Impresión Línea Gráfica Grupo Impresor de Inghen S.A. Tucumán 3458 (C 1189 AAP), Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Tel.: (54-11) 4867-1002
Distribución La Periférica Distribuidora. Tel.: (54-11) 2007-4527 | perifericadistribuidora@gmail.com | www.la-periferica.com.ar
Distribuidora Sin Fin. Rincón 1407 (C 1251 ACE), Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Tel.: (54-11) 4308-1813
Distribuidora Jaqueline. Salta 781 (C 1074 AAO), Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Tel.: (54-11) 4383-5888



ÍNDICE

Editorial

- 3 • **Este nuevo número de la revista *La Biblioteca*: a la búsqueda y creación de lectores.** *Por Elvio Vitali y Horacio González*
- 5 • ***La Biblioteca*, el nombre.** *Por Horacio González, Horacio Nieva y Sebastián Scolnik*

I El drama del archivo

- 10 • **Presencias, ausencias y políticas.** *Por Nicolás Casullo*
- 20 • **Ni Caverna ni Laberinto: Biblioteca.** *Por Eduardo Grüner*
- 28 • **¿El drenaje patrimonial como destino? Bibliotecas, hemerotecas y archivos argentinos, un caso de subdesarrollo cultural.** *Por Horacio Tarcus*
- 38 • **Lo que callan los archivos.** *Por Sebastián Scolnik*
- 46 • **El archivo del mal.** *Por Daniel Alvaro*
- 50 • **La bibliografía nacional argentina: una deuda pendiente.** *Por Susana Romanos de Tiratel*
- 64 • **El archivo como teoría de la cultura.** *Por Horacio González*

II Rostros y figuras de la investigación en la Argentina

- 86 • **Una aporía del patriotismo filológico: el argentinismo extranjero.** *Por Gerardo Oviedo*
- 96 • **Pedro de Angelis: memoria histórica y nación.** *Por Guillermo David*
- 106 • **Contribución de Pedro de Angelis para los estudios de los países rioplatenses.** *Por Mario Tesler*
- 116 • **Para un retrato de Julio Irazusta.** *Por Fernando J. Devoto*
- 124 • **El narrador y el archivista.** *Por Daniel Sorín*
- 134 • **Groussac, la República de los filósofos y la Biblioteca de la Nación.** *Por Patrice Vermeren*
- 142 • **José María Ramos Mejía. El aval de las fuentes que abren horizontes renovadores.** *Por Hebe Clementi*
- 150 • **Ernesto Quesada: archivar e historiar (la patria).** *Por Oscar Terán*
- 156 • **Presencia de los Quesada en la Biblioteca Pública de Buenos Aires.** *Por María Etchepareborda*
- 164 • **Ángel Rosenblat. Una reivindicación filológica de América.** *Por José Luis Moure*
- 174 • **Acerca de la memoria como una obra en curso: Noé Jitrik y la *Historia Crítica de la Literatura Argentina*.** *Por Roberto Ferro*
- 182 • **David Viñas: la materia del ensayo.** *Por María Pia López*
- 192 • **Beatriz Sarlo, arqueóloga.** *Por Darío Capelli*
- 202 • **Pensar a Halperín.** *Por Alejandro Moreira*
- 220 • **¿Los muchachos de antes no usaban gomina?** *Por María Angélica (Kato) Molinari*

III Arquitectura y memoria

- 228 • **La ciudad de los libros.** *Por Jorge Ramos*
- 234 • **La política del espacio.** *Por Raúl Souto*
- 242 • **CIUDADMEMORIA. Monumento, lugar y situación urbana.** *Por Pablo Sztulwark*

IV Anaqueles recobrados

- 252 • **Un proyecto de ley olvidado: por la defensa del patrimonio nacional.** *Por Roberto Baschetti*
- 260 • **Visibilidad de las recomendaciones internacionales sobre Depósito Legal de publicaciones en las legislaciones nacionales.** *Por Claudia Bazán*
- 272 • **Yánover, un hombre de armas.** *Por Esteban Dubarry*

Este nuevo número de la revista *La Biblioteca*: a la búsqueda y creación de lectores

Esta nueva edición de la Revista *La Biblioteca* persiste en el empleo de un nombre. Es su nombre, feliz redundancia, el mismo que en su tiempo usara Paul Groussac. Debe considerarse ahora como un estímulo o un envío que le reclamamos al pasado. La Biblioteca, pues, para que con su nombre antiguo y reincidido sirva para evocar un tiempo que –aún con sus cenizas siquiera tibias– puede brindarnos una inspiración más plena. Esa plenitud no dejaremos de reconocerla, aunque ahora debamos confrontarla con reclamos urgentes para reponer entre nosotros una nación y una sociedad democrática, creativa, justiciera. Por eso es preciso una nueva lucidez para evitar que las culturas autónomas sean desbaratadas en estos tiempos difíciles, donde la civilización se convulsiona y demasiadas veces –encubierta– se comporta como barbarie.

Este momento nuevo de la Biblioteca Nacional se presenta recordando que las bibliotecas son anteriores al ciclo de la nación (las bibliotecas, apropiada y justamente dicho, son babélicas) pero las bibliotecas modernas son bibliotecas nacionales, pertenecen a los ciclos nacionales aún no cerrados, pues si lo fueran, es posible que gocemos mucho menos de las supuestas ventajas de una universalización compulsiva, que de lo que todavía esperamos en materia de justicia distributiva y democracia cultural en naciones problemáticas pero vivientes, aunque sometidas a diversos quebrantos, como la nuestra.

Cuando la Biblioteca Nacional (no con éste nombre) fuera creada en 1810, en los fundamentos de esa creación se hacen dramáticas afirmaciones respecto al destino de las bibliotecas en medio de los procesos históricos tumultuosos. El mencionado Paul Groussac, durante varias décadas asombroso director de esta Biblioteca, supo destacar la firmeza de la idea de Biblioteca, en medio de la penuria de conflictos y beligerancias incesantes. Nunca se agotan, para las Bibliotecas Nacionales, los temblores de la historia. Porque han nacido precisamente de ellos, con ellos.

Esta Revista, nueva y antigua a la vez, viene a recordar esos temblores, los juzga, los analiza, los busca en los depósitos donde se guardan libros y papeles e invita a considerar cómo los han evaluado varias generaciones de investigadores de la historia y de la cultura. Con el propósito, precisamente, de definir el sentido de esos conflictos y cadencias de la cultura argentina. Es que tal entidad cultural –cultura argentina– existe en cuanto existe la pregunta que la indaga. Por eso, *La Biblioteca* dedica este número a estudiar a los que estudiaron, a interpretar a los que interpretaron esas luces y sombras de la vida intelectual de nuestro país. Muchos de los autores de sus artículos, dedicados en este número a estudiar la obra de sus predecesores, son a la vez notables investigadores del pasado nacional.

Vivimos tiempos en que el libro permanece, no sólo como resistente sino como forma viva necesaria, luego que insólitas elucubraciones imaginaran que podían dar fin a su milenario periplo en la historia de la humanidad. Desde luego, a su alrededor ha crecido una cultura técnica e informática y una economía visual de poderosos signos abstractos, computacionales, sostenida con pasmosas fuerzas de mercado, que no sólo no lo han abatido, sino que ahora comprenden que los mejores frutos de las revoluciones tecnológicas nada son sin la interpretación e investigación de los tesoros de pasta papel acopiados por las bibliotecas. Se los investiga porque permanecen, permanecen porque se los investiga.

El libro pasado es el mismo libro que nos espera, el libro futuro. Nada serían las grandes innovaciones tecnológicas si desapareciera de la visibilidad pública la memoria real de los símbolos y luchas de la humanidad, que mejor que ninguna otra creación humana son representadas por la cultura de los libros, que definen al sujeto histórico como una conciencia expresiva hecha de continuos actos

de lectura y reconocimiento de textos. Esa es la esencia insumisa de lo que los hombres crean como fortuna de las civilizaciones y también como lenguaje particular, personal. En el extremo de las cosas, aún los hombres sin libros tienen la misma consistencia problemática que los libros.

Porque una civilización existe aún en su peligro, y a veces mucho más en su amenaza de pérdida, en sus abundantes reveses y adversidades. Esta Biblioteca Nacional, que se mantiene viva en un país que ha sido castigado por políticas económicas insensibles, está tratando de asociar varios procedimientos para acrecentar sus vínculos con la sociedad. Primero, hacer un inventario culturalmente significativo de sus bienes y tesoros, que nos permita saber cuáles son nuestras existencias y realidades. Luego extender los procesos técnicos modernos para convertirla en una biblioteca intervencional al mundo bibliográfico mundial, como debe ser, pero con resguardo de aquellos riesgos bien conocidos de la globalización inducida y asimétrica. Simultáneamente, ponerla como centro de un gran ensayo de lectura e interpretación de las corrientes de ideas contemporáneas, tanto en la filosofía y en el arte, como en la literatura y las ciencias.

La Biblioteca Nacional es un complejo órgano laboral con saberes y disposiciones profesionales o vocacionales que sostienen una división del trabajo muy compleja. No sólo se trata de que una justicia en la retribución de los esfuerzos del trabajo impere en ella, sino de que al mismo tiempo se recree la idea misma, el concepto mismo de lector. Y el archivo –tema crucial de este número de la revista– como cosa viva, casi como persona dramática a ser solicitada intempestivamente. Cada actividad de la Biblioteca –la consulta diaria, la investigación específica, las acciones culturales, ésta Revista– tiene en su centro al lector. No sólo lo convocan o lo asisten. También se proponen crearlo y recrearlo.

Concebimos la Biblioteca Nacional como gabinete intelectual y de investigación, como lectura popular y como lectura avanzada o erudita, y sus lecturas son tanto necesidades culturales preexistentes como convocadas por la misma biblioteca, llamando la atención sobre temas y autores, incidiendo en el destino de la lectura colectiva. Sea como fábrica cultural o como órgano laboral emancipado, nuestra utopía bibliotecaria tiene el mismo destino del libro, el resguardo y promoción de la memoria lectora de la humanidad y la simbólica voz colectiva de una nación.

El lector de *La Biblioteca* juzgará este nuevo número por su contenido, pero algo debe sospechar de las dificultades con las que se hizo; y sin duda tampoco dejará de apreciar que junto a conocidos ensayistas e investigadores de la vida cultural argentina, escriben en sus páginas muchos empleados de la Biblioteca Nacional, en un vínculo implícito que para nosotros representa a la biblioteca entre los habitantes de la Ciudad, y simultáneamente a la misma ciudad –curiosa, investigadora– en el interior de la Biblioteca.

Elvio Vitali

Director de la Biblioteca Nacional

Horacio González

Subdirector de la Biblioteca Nacional

La Biblioteca, el nombre

El nombre, *La Biblioteca*, es recurrente y a la vez esporádico. Alcanza con sus puntuaciones salteadas un lapso mayor que un siglo. Ahora *La Biblioteca* vuelve a editarse. En la línea que, dentro de sus singularidades, trazaron Groussac y Borges. Será, pretende serlo, una revista signada por el debate cultural y el lenguaje con sellos personales. No hay en esta nueva edición el peso de ninguna personalidad literaria fundadora. Esta aclaración no desconoce el vasto espectro intelectual de las anteriores, condicionadas por los momentos históricos en los cuales se editaron. En esta oportunidad, *La Biblioteca* aspira a transformarse en una revista de reflexión crítica y en ese énfasis situar sus temas: *los de una teoría de la biblioteca, moderna, crítica, emancipada*.

En este empeño queremos recordar las hojas pasadas, antecesoras de las nuestras. La Generación del 80 fijó culturalmente una época que suscita reservas insanables y olvidos imposibles. Paul Groussac fue un hombre de la época y del sistema, pero calificó a ambas con su profunda pertenencia y a la vez con su distancia exquisita, casi imperceptible. Ostentaba una intransigencia de historiógrafo, que era acentuada por el positivismo laico del entorno al cual sus capacidades y convicciones lo llevaron naturalmente, con una plenitud que sería predestinación si no viniese de un hombre casi autodidacta. En 1896 comenzó a editar *La Biblioteca. Revista mensual dirigida por P. Groussac*. Era una revista personalista, pero la generación del 80 era una pléyade de nombres detrás de una idea, porque no se impone un proyecto de nación desde el anonimato.

Elevado sobre un pontificado cultural, que según Jorge B. Rivera ejercía con atinada arbitrariedad, criticaba lúcida y ácidamente todo intento de construcción de relato histórico-literario en el cual no hallara base rigurosa o encontrara excentricidades que por poco que fuera, juzgase atentatorias a su utopía rigorista, aunque en el fondo irónica y nostálgica. Sus críticas apenas le permitían disfrazar su subjetividad, matizada con el naturalismo de Taine o con la ética spinoziana. Borges intentaría un juicio sobre Groussac con pequeños distanciamientos, que a fuer de implacables, no dejaban de ser un fuerte reconocimiento.¹

En el editorial del N°1 de la revista *La Biblioteca*, Groussac escribía:

La ligereza, la inconsistencia, el medio saber superficial y parasitario son los peores enemigos del intelecto argentino y por eso he querido levantar en el primer número de La Biblioteca la bandera del estudio meditado y de la crítica imparcial, sin hipocresías ni melindres.

A pesar del indeble eclecticismo groussaquiano, en la revista escribieron los prohombres del 80, junto con Rubén Darío y con un joven socialista llamado Leopoldo Lugones que, por entonces, combatía un orden social incipiente plagado de conductismo.

La revista tuvo 24 números entre 1896 y 1898, dejó de aparecer por iniciativa del propio Groussac, al ser apercibido por Luis Beláustegui, ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública en la polémica que, a través de *La Biblioteca*, Groussac sostenía con Norberto Piñero, con relación al Plan de Operaciones de Moreno. Probablemente la pasión de Groussac había desplazado la crítica literaria hacia la injuria personal. ¡Pero aún hoy nos importa ese Plan de Operaciones y los dilemas sobre su autoría, prueba esencial del historiador frente al fantasma de su verdad!

Groussac fue director de la Biblioteca Nacional, desde 1885 hasta su muerte en 1929. Su gestión como director aún es reconocida, su labor de editor, si bien destacada, genera disensos por las antipatías individuales que supo granjearse o por sus adhesiones literarias que, de alguna forma, lo condicionaron, por afinidades personales e ideológicas. Ingenieros comenzó atacándolo y al cabo, formularía un reconocimiento.

Amigo de tres presidentes, Avellaneda, Pellegrini y Roque Sáenz Peña, Groussac fue un intelectual del Estado. Eso u otro título puede conferírsele. Y así un gesto de aprehensión puede asaltar las prácticas del intelectual contemporáneo, nunca tan pleno en su contacto con las instituciones del orden si quiere alcanzar autonomía reflexiva. Entretanto, Groussac se internaba en las capas de la épica estatal argentina sin atenuantes, pero a cada golpe de su polemismo incesante dejaba asomar una tenue capa libertaria en su ironía transparente –casi un Alphonse Daudet– que hoy escasea paradójicamente en cualquier estilo cultural que se precie.

Quizás llevó mejor que Borges esa relación entre Estado y autonomía polémica, pues éste asumió como director de la Biblioteca Nacional en el marco de un proyecto que se quiso refundador –la palabra “reconstrucción nacional” había sido pronunciada por la revista *Sur*, modelo no tan secreto de *La Biblioteca* borgeana– justamente en 1955. Pero en Borges, con la perspectiva del tiempo, vemos que dirigir la Biblioteca fue un “acto de fe”: dejar sus bibliotecas ficcionales para internarse en los laberintos burocráticos de un organismo estatal y reeditar la revista que, según escribió Borges en el editorial del número 1 de *La Biblioteca*:

*...aspira a no ser indigna de quien la fundó, Paul Groussac, y de los tiempos arduos y valerosos en que ahora le toca vivir. Toda revista, como todo libro, es un diálogo; la suerte del que ahora iniciamos también depende del lector, ese interlocutor silencioso.*²

Como es otro acto de fe, asimismo en tiempo arduo y sin duda reinterpretante de aquel que Borges vio como valeroso, reincidir con la revista *La Biblioteca*, con un cierto sincretismo entre éste y Groussac, en momentos cuya dificultad ningún empeño sensato puede disimular, significa inspirarse en la tradición, pero nunca quedar condicionado por ella. Es más: ésta nueva versión de *La Biblioteca* no puede entenderse si en el fondo no consideramos una actitud de reflexión sobre los legados borgeanos, su retórica profunda, su trayecto aún interrogable, su lengua que nos circunda y apremia, sin que ninguna escritura que aprecie su propia fuerza novedosa, deba dejarse agobiar por sus movimientos monumentales.

Horacio González, Horacio Nieva, Sebastián Scolnik

NOTAS

1. Borges, Jorge Luis, “Groussac”, *Nosotros. Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales*, Buenos Aires, julio de 1929, Año XII, N° 242, pp. 79-80

2. Revista *La Biblioteca*, N° 1, primer trimestre 1957, 2° época, tomo IX. p.5

BIBLIOGRAFÍA

Tesler, Mario, *Revistas de la Biblioteca Nacional*, Buenos Aires, Academia Nacional de Periodismo, 2004.

El drama del archivo

La presencia del archivo, sus huellas y fantasmas, lo que dice y lo que calla, genera una persistente inquietud. Pensar el archivo, con todos sus matices y misterios, es pensar la historia, la nación, las distintas dimensiones de la cultura, pero también nuestra incierta experiencia contemporánea. ¿Es capaz el archivo de proveernos sentidos para nuestra experiencia colectiva? ¿Qué es lo que el archivo nos dice y qué no nos puede decir? Todas estas preguntas también están atravesadas por una interrogación sobre los modos

en los que se visita al archivo, sus ambivalencias y sus incertidumbres. Nicolás Casullo sugiere la fragilidad de la documentación y del universo bibliotecario en la Argentina contemporánea considerados a partir de la doble condición de una biblioteca: institución y recinto íntimo y privado a la vez. La dispersión de la cultura en sus múltiples dimensiones —sociales, urbanísticas, deportivas e intelectuales— aparece como un hondo problema frente a la omnipresencia de la imagen televisiva que se coloca como incesante punto de origen borrando los rastros culturales de la nación. Problema que interpela la tarea documental imponiendo la necesidad de repensar la condición de otras expresiones de la memoria como rememoración de las prácticas sociales.

Eduardo Grüner presenta la Biblioteca como un juego de preguntas sin respuestas, un laberinto infinito cuyo recorrido no nos acerca a ningún punto de arribo. Una Biblioteca que se debate entre su espíritu conservacionista, objetivador de los libros en tanto experiencia humana hurtada a sus hacedores, y una Biblioteca viviente, creativa en la que los órdenes de las clasificaciones ceden paso a nuevas intensidades de lecturas y debates deshaciendo su estratificación específicamente bibliotecaria.

Horacio Tarcus plantea el drenaje patrimonial como un horizonte ineludible de los archivos argentinos en su situación de subdesarrollo cultural. La oposición entre el coleccionismo privado y una,

hasta ahora insuficiente, política pública patrimonial se presentan como los destinos posibles de nuestros documentos, en este caso, apostando a la recreación de las instituciones públicas capaces de sobreponerse a la pérdida incesante de nuestra memoria documental.

Sebastián Scolnik parte de los usos de la historia y la memoria propuestos por dos visiones diferentes. Michael Foucault y Walter Benjamin son los nombres a los que apela para interrogar la noción de archivo y memoria. Sin embargo, una inquietud surge inusitada. ¿Qué sucede en épocas donde la dispersión no sólo es del archivo, sino que es también social? ¿Qué ocurre cuando lo común ya no es estatalmente garantizado, y en qué situación queda una Biblioteca Nacional en dicho contexto? Preguntas que convocan a repensar el universo bibliotecológico.

Daniel Alvaro invita a revisar la concepción del Archivo que la filosofía francesa esboza a través de la figura de Jacques Derrida. Archivo que se presenta atravesando una ambigüedad fundamental en tanto Ley y promesa de futuro a la vez.

Susana Romanos de Tiratel aborda a través de su experiencia bibliotecaria las enormes dificultades de una tarea eternamente inconclusa, la elaboración de una Bibliografía Nacional Argentina capaz de dar cuenta de toda la producción documental (pasada y presente) que permita el acceso universal a los fondos bibliográficos del país. Romanos atraviesa las distintas estaciones de la historia de una empresa hasta ahora frustrada.

Horacio González propone considerar el archivo como un dramático intento por evitar la pérdida de las fugaces experiencias precedentes y como actividad fundante de las ciencias del hombre que intentan recrear la memoria colectiva. Vocación archivística que se enfrenta a la aparición de fuertes dilemas a ser recorridos, los aparatos de registro, los modos de acceso y circulación de los documentos, su vitalidad y el desafío de estar a la altura de una interpretación capaz de componerse con ella. Preguntarse por el diálogo con esos documentos del pasado en todas las formas diversas en que aparecen, aferrar su significado latente en tanto volúmenes de texto que yacen inertes a la espera de ser redescubiertos es preguntarse también por el sujeto de conocimiento. Fuertes presencias en la historia han configurado marcados estilos de elaboración documental. Ramos Mejía, Groussac, Irazusta, Ingenieros, Lugones, Mitre y Vicente Fidel López son nombres que han intentado resolver, a su modo, los problemas del archivo en tanto potencialidades que se derraman sobre el presente a condición de que este sea capaz de habitarlo en aquello que traen de apertura.

Presencias, ausencias y políticas

Por Nicolás Casullo

La Biblioteca –doble condición de institución pública y morada íntima y privada– no es pensable sin partir de la situación de precariedad documental que habitamos. Señal de alerta que nos advierte sobre los peligros de desintegración de la memoria comunitaria, en sus tramas culturales, sus identidades y sus proyectos colectivos. Difícil desafío al universo bibliotecador que debe pensar a partir de la dispersión de los sucesos culturales, considerados en sus múltiples expresiones. Se trata de un pensamiento de la política, de lo social, lo artístico, lo deportivo y de nuestra configuración urbana.

Estratégica tarea –la del archivo– que debe enfrentarse a la imagen televisiva que busca erigirse como comienzo absoluto e incesante, borrando los rastros culturales de un pasado común. Tema de fuertes indagaciones políticas que plantean la tensión entre la memoria en tanto existencia física (documental) y la memoria como acto encarnado en prácticas sociales sin soporte preexistente, capaz de indagar otros elementos de la cultura popular que no se manifiestan en los clásicos modos de la documentación tradicional.

La combinación de estas modalidades, y su integración en un nuevo proyecto, nos hablan de no restringir la labor a funciones catalogadoras y ordenancistas, sino de un reconocimiento de los hilos delgados que nos unen al pasado. Una política nacional en estado fantasmagórico

I.

Un libro se archiva por sí solo, me decía un amigo hace un tiempo al hablar en términos generales sobre la fragilidad o las falencias estructurales que en nuestra cultura tenía todo aquello que remitiese a documentación, texto, imagen, arquitecturas conservadas de tiempos pretéritos, entendiendo esa presencia como valor de convivir con ella: vencer olvidos sobre lo que importa.

Sin duda el libro de muchas maneras, luego de ser leído, gozado o estudiado, tiene como destino fijo inmediato el resto del dibujo que lo completa en tanto figura reconocible: el estante de alguna biblioteca. Ese sitio de su reposo o espera, ese acto que lo deposita en un pasado presente, en algún “anaquel código” comunitario o privado donde se reunirá si es novela, con otras, si es ensayo con sus hermanos de género, si remite a un tiempo de ideas, a un resquicio apretado con los de su época, si es por autor con las obras anteriores del mismo demiurgo.

El libro, entre sus esencialidades relacionantes, es un orden que lo atesora desde la librería. Es también su lugar. La biblioteca, por lo tanto, es confirmatoria de esa existencialidad singular de páginas que rompen su propia frontera, su aislamiento editor, para precipitar ese lugar, ya sea como escena política, o en ocasiones, literaria que remite a lo institucional, al mito de su colección, a los recintos prohibidos de conventos medievales, al sueño ilustrado de formación pública, a las gestiones ministeriales para un atesoramiento prudente, a identidad cultural expuesta, al corazón de lo universitario, a una inscripción pública, al debate, a miles o millones

de volúmenes, a mostradores y tareas encadenadas para un buen servicio. Pero a la vez, desde los relatos y confesiones más antiguas esparcidas desde una premodernidad hasta el presente, la biblioteca es también el teatro de la pura intimidad, a veces la habitación casi incompartida, una sobrepared silenciosa al alcance absoluto de una única mano, lo confidencial, lo que carece de testigos, lo que se fue haciendo porque precisamente el libro se archiva solo, es biblioteca.

Por eso, aunque sea en una mínima expresión de nuestro ánimo, siempre nos hace parpadear y fijar la vista con un plus de atención, cuando encontramos fugazmente y casi de manera surrealista un libro demasiado fuera de su archivo, “de lugar”, como si experimentásemos una correspondencia imprevista que redefine violando el lugar de las cosas en el mundo: un libro sobre la arena de una playa en el verano, o en la mesada de una cocina, o en el asiento libre al lado de una muchacha mirando por la ventanilla del ómnibus: en soledad y desprotegido de los dos extremos en los cuales debe acampar, las manos o el estante.

La Argentina contemporánea expone diariamente, y en diversas dimensiones de la vida y las tareas colectivas, la precariedad de ese universo bibliotecador donde una memoria exige quedar expuesta, documentada, cuidada, hospedada éticamente por la propia actualidad de las ideas. Hasta el libro, “que se archiva solo”, que nace

La Argentina contemporánea expone diariamente, y en diversas dimensiones de la vida y las tareas colectivas, la precariedad de ese universo bibliotecador donde una memoria exige quedar expuesta, documentada, cuidada, hospedada éticamente por la propia actualidad de las ideas.

biblioteca en librerías, en la casa, en el cubículo investigativo, en la gran sala de lectura, sufre, sin embargo, avatares, peligros, y también miserias de esa inca-

La avanzada Argentina que atraviesa el siglo XX, como no se cansan de decir voces del liberalismo histórico, fue desde el principio de la centuria una nación modernizada, provista de medios, de ego suficiente y con índices “envidiables” de sus sectores pudientes. No obstante esas calificaciones con que los tiempos oligárquicos se miran a sí mismos, en cuanto al desarrollo burgués cultural y “europeo” del país, este proceso no implicó que se expandiese y encontrase plena o mediana realización el testimoniar, guardar y preservar, en términos político-culturales diversos, la vida de esa próspera nación y la fragua de sus habitantes.

II.

Ya se constituyó en un tópico de permanente conversación en ciertas faenas, la ausencia de material en imágenes archivadas para aquellos que quieren trabajar la historia de los años 30, 40, 50, 60 y 70 del siglo XX, la de los que se proponen recuperar edades dictatoriales, voces actuantes, tareas informativas y periodísticas ejercidas en ese entonces, los procederes militares, la guerra de las Malvinas. Los viejos noticieros cinematográficos escasean como corpus de datos, están en estado de colapso, no se guardaron, permanecen enigmáticamente enclaustrados, técnicamente

descuidados, o sólo pueden conseguirse en universidades o centros de documentación del extranjero (Estados Unidos e Inglaterra).

Pero no sólo en el rubro política se tiene muy escasa documentación filmica, televisiva y radial de los gobiernos de Aramburu, Frondizi, Guido, Illia, Onganía, etc, sino que tampoco en el deporte se conservó lo acontecido. En el fútbol, juego que arrebató nuestra identidad desde hace un siglo, no existen casi testimonios, ni textos de imágenes de los años 40, 50, 60 y 70, ni siquiera de triunfos y galardones nacionales o latinoamericanos logrados, y mucho menos en otros deportes. Si se quisiese armar una excelente obra filmica sobre un boxeador como Gatica, un automovilista como Juan Gálvez, un futbolista como Ángel Labruna y sus 20 años jugando en primera división, o sobre la historia de legendarios sudamericanos, primeras copas América, mundiales hasta 1966, sólo se encuentran pocas y pobres imágenes una y otra vez traqueteadas, o en su defecto nada. Un ejemplo preciso, contrario y extranjero al respecto, es la mítica pelea en Estados Unidos, entre Luis Ángel Firpo, El Toro de las Pampas y el boxeador norteamericano Jack Dempsey, que muchas veces se pasa como match de box completo y excelentemente filmado en su totalidad, pero como documentación estadounidense de época. A la par de esto, hoy no habría posibilidad de contar íntegramente la historia de los campeones mundiales de box argentinos y sus actuaciones ocurridas 30 o 40 años más tarde de aquel evento, desde nuestros propios raleados y escuálidos archivos. La avanzada Argentina que atraviesa el siglo XX, como no se cansan de decir voces del liberalismo histórico,

fue desde el principio de la centuria una nación modernizada, provista de medios, de ego suficiente y con índices “envidiables” de sus sectores pudientes. No obstante esas calificaciones con que los tiempos oligárquicos se miran a sí mismos, en cuanto al desarrollo burgués cultural y “europeo” del país, este proceso no implicó que se expandiese y encontrase plena o mediana realización el testimoniar, guardar y preservar, en términos político-culturales diversos, la vida de esa próspera nación y la fragua de sus habitantes.

¿Dónde están los grandes y extensos documentales editados de los festejos del Centenario, en la celebrante metrópolis de Buenos Aires y sus cosas, su gente a la vista? ¿Dónde las imágenes filmicas o fotográficas de las casas de la vieja ciudad independentista retratadas y visitadas antes de sus demoliciones, dónde el tiempo de la construcción, la emergencia y el porqué de los nuevos estilos arquitectónicos? ¿Dónde la documentación de la música y el arte popular, sus barrios y costumbres? Y antes de estas preguntas, algo que también remite a archivo: ¿dónde una política de preservación de al menos 100 casonas del tiempo de la aldea y sus héroes? Sería entonces un dato de origen de nuestra modernización, que luego se continuó con otras atmósferas, gobiernos y culturas políticas, en lo que hace a no acoger las documentaciones de una sociedad para reencontrarse en el curso del tiempo de manera imprescindible con paisajes, rostros, figuras, perfiles, acontecimientos, calles, escenas, discursos, intervenciones, inventos, aportes de un pasado propio. (Cuando trabajé muy próximo al doctor Jorge Taiana en el Ministerio de Educación en 1973-74, tuve oportunidad de visitar y solicitar

asiduamente en el Archivo Nacional testimonios de este tipo y comprobar, sobre todo, sus inexistencias.)

Hoy que la televisión global nos conecta con programaciones documentales sobre historias de países, también sobre aquella primera mitad del XX, nos sorprende y permite medir nuestro agujero negro en este plano, en ciertos canales biografiantes supuestamente de intención “universal”, pero que en realidad exponen el cuantioso material audiovisual organizado, seleccionado y cuidado sobre las raíces, tradiciones y huellas que se almacenaron, por ejemplo, en Estados Unidos. Hasta el punto de poder exponer como docencia masiva “las historias” de casi todo: presidentes, hechos, cosas, productos, deportistas, artistas, crónicas arquitectónicas, creadores, vidas cotidianas, edades de las armas, del periodismo y medios gráficos, inventos, técnicas, épocas, convenciones, congresos, exposiciones, debates legislativos, vida rural, crisis del 29, mise-

rias sociales, ceremonias, accionar del Ku Klux Klan, tribunales anticomunistas, manifestaciones obreras, etc, etc. Sería imposible, a esta altura de principios del XXI, que en la Argentina se programase un canal similar sobre historia nacional desde esa misma perspectiva e intenciones porque las arcas están vacías, o con material definitivamente dañado, enredados en cárceles estatales burocráticas, desaparecidos o escondidos expresamente.

Las dictaduras, en sus finales, optaron por el desvanecimiento de pruebas y anales. Y la sociedad, por cierto, no quedó exculpada en este sentido: siempre se acomoda, se sitúa, se acostumbra, se resigna o se alivia por ese vivir en una pérdida ininterrumpida de memoria, de extravío de archiveros imaginarios sobre la identidad que se porta.

III.

Si nos deslizamos hacia el territorio de la prensa gráfica, Argentina contó, desde finales del siglo XIX, con una industria cultural de semanarios y revistas de primer orden, caudal del cual se ha perdido mucho, deshilachado el resto sobreviviente, saqueado colecciones, para, lamentablemente, tapiar un fresco histórico que jamás llegó a tener ninguna relación biográfica genuina y conciente con el argentino a través de escuelas, materias, “currícula” y bibliotecas públicas tanto en educación primaria, secundaria y terciaria. Lo que gestó, por lo tanto, al menos desde hace más de medio siglo, generaciones de estudiantes con edades de “formación informe” de lo que es culturalmente el país, que ignoran tal historia de gramáticas comunicacionales, tal posesión de pasados

El corazón de las llamadas jóvenes generaciones nacionales de los 60 y 70 hizo eje en el revisionismo histórico como forma de discutirle al dominio y a “la dependencia” la idea de nación, desde un ejercicio querellante sustentador: el combate entre memoria oficial y memoria vencida.

con sus santos y señas culturales. Una memoria barrida hoy por la actual pantalla luminosa con sus programaciones, siempre partiendo de un vacuo grado cero. Sin duda este cariz de borramiento de lo actuado, la fuga de los orígenes grandes o chicos que nos hacen, de pretéritos que se esfuman y no dejan casi huellas, se acentúa a partir de 1955 en adelante, en donde el fin por manos militares de un orden constitucional se convirtió en esa ocasión en algo inédito: en una larga violentación política para mantener una democracia proscripta y abrir lo que sería una cultura ampli-

ficada de “historia preferentemente no contable”. Por ende, historia falsa reacia al fotograma. O algo así como la no historia, por ende de imagen imposible. Como si esos fondos desasosegantes en los cuales penetró lo argentino, gestase periódicamente, de ahí en más, edades políticas de la pura ilegitimidad para cualquier lenguaje testigo: golpes impresentables, antecedentes políticos vergonzosos, complicidades políticas que los propios poderes de turno, en sucesivas retiradas, se encargan de desvanecer como su última tarea: sustraer esos símiles antedatados del actual disco duro. Escena de escamoteo que se hizo literal en la última década democrática con la desaparición de las computadoras de los ministerios que se abandonan. Esto también es el clima archivico, cultura que nos hace y que envuelve toda discusión sobre archivos y bibliotecología. Una suerte de acentuada quema documental sin, al parecer, incendios a la vista. Las democracias derrocadas no ameritaron constancias posteriores desde la lógica de un orden castrense. Las dictaduras, en sus finales, optaron por el desvanecimiento de pruebas y anales. Y la sociedad, por cierto, no quedó exculpada en este sentido: siempre se acomoda, se sitúa, se acostumbra, se resigna o se alivia por ese vivir en una pérdida ininterrumpida de memoria, de extravío de archiveros imaginarios sobre la identidad que se porta. Estantes societales en donde desaparecen, de una u otra forma, no sólo las cosas que pasaron, la cara de un ministro o una sesión legislativa en donde se votó “tal ley” infame, sino también el rostro de ella misma como muchedumbre balcanizada pero absuelta por falta de alusión y pruebas.

No se puede plantear que es ley cultural “objetiva y universal”, que los registros que portó lo moderno en cuanto a sus pretéritos infaustos irremediabilmente desaparecen como documentación de lo trágicamente sucedido. Para testificarlo están los miles y miles de metros de celuloide en excelente estado que hoy cuentan la historia del tétrico nazismo, desde sus minúsculos inicios hasta su bélico final, o los datos que hacen lo mismo con el fascismo. Aquí se abre un interrogante, entonces, sobre lo nuestro y sobre nuestras políticas de preservación de las memorias en todas sus dimensiones, y que remite a ese fondo siempre clave con que una sociedad golpeada, traumada, se hace cargo, mal o bien, de manera clara o a regañadientes, de sus edades. De su vivirse a sí misma, nada menos. Interrogante que pareciera atravesar toda la historia moderna nacional con relación a ese permanente saber que no quedaron casi escenas de nosotros mismos, salvo ciertos videos de los últimos 20 años. Que se evaporaron dramas, posiciones, compromisos, infamias, hechos, goles, trompadas, orquestas de tango, reportajes a viejas estrellas, entrevistas a estadistas: que no quedó nada de nada de envergadura depositado en el estante de “la biblioteca”.

La ausencia de una preservación de distintas escrituras, imágenes filmicas, televisivas, gráficas, testimonios del pasado, que, de muchas maneras, involucra también como cultura los avatares de nuestras bibliotecas con sus libros, explica, entonces, en gran y decisiva parte ese mal síntoma que compete a la fallida historia contemporánea de estas últimas. No es sólo una patología aislada de desinterés, postergación, de

indiferencia por el patrimonio de las obras magnas y cultas en papel impreso. No es un diálogo o debate libresco con los muertos ilustres del pensamiento lo único que suele chirriar en forma desagradable por malas administraciones y políticas bibliotecológicas que tendrían, en cambio, que alentarlos o fecundarlos. La pregunta por la biblioteca y sus enfermedades, que en este último período asumió fuerte divulgación crítica, pero que, en realidad, forma parte de los “fallidos” de nuestra formación desde hace muchas décadas, tensa el conflicto de toda nuestra historia, lleva la pregunta a una complejidad en donde la salida no es un argumento facilista y terminante.

IV.

Porque, en oposición a este estado de las cosas donde el recuento audiovisual y gráfico de la patria nunca acompañó con la naturalidad, frecuencia, hábito y la frescura con que debió hacerlo (sino que por el contrario nos ubica constantemente en orfandad), el debate sobre nuestras “pruebas de una herencia”, el rastreo de una identidad a descifrar finalmente en el pretérito, el conflicto sobre las políticas de la memoria, persistió vigorosamente como signo y a la vez errancia asumida entre nosotros, tanto a nivel político como social e intelectual. La memoria fue siempre una tematización de alto voltaje político.

Como trasfondo de ese teatro de nuestra historia, surge, entonces, una cuestión abarcativa en donde la biblioteca borgeana dejaría de ser una utopía distante en los siglos o el espacio geográfico ficcional, para convertirse en un examen político cultural reiterado con respecto a secretos difíciles de transitar.

El visitante habita una biblioteca cuando hace uso de ella, de sus textos, sonidos, arquitecturas, códigos, ilustraciones, esperas, silencios, iluminaciones. Pero en ese mismo itinerario se debe incorporar una escena más dificultosa de representar: aquella donde la biblioteca lo habita.

El corazón de las llamadas jóvenes generaciones nacionales de los 60 y 70 hizo eje en el revisionismo histórico como forma de discutirle al dominio y a “la dependencia” la idea de nación,

desde un ejercicio querellante sustentador: el combate entre memoria oficial y memoria vencida. A su vez, la democracia reconquistada a fines del 83 abrió un amplio curso y contorneó la

herida del exterminio y la muerte desde el encuadre de la memoria ética doliente e insoslayable. En realidad, el país retomó de manera áspera, en ambas ocasiones históricas, los rasgos de la propia fundación moderna de su figura, que, entre otras cosas, en el campo de las representaciones definitivas fue, desde el último tercio del XIX, también una batalla entre historiadores, ensayistas, creadores y negadores de una memoria para constituir el país.

Como trasfondo de ese teatro de nuestra historia, surge, entonces, una cuestión abarcativa en donde la biblioteca borgeana dejaría de ser una utopía distante en los siglos o el espacio geográfico ficcional, para convertirse en un examen político cultural reiterado con respecto a secretos difíciles de transitar. ¿Sobre qué relación con los transcurso de tiempos y palabras, se asienta la escucha del pasado? Memorias y políticas. ¿Cuál es la memoria que instituyó el ideario liberal educativo, carnalizada en y desde el conflicto histórico? ¿Y cuál fue la del inmigrante en multitud, sin

lengua propicia? Una, muchas memorias: algo que finalmente nos adviene como una amoratada metafísica de la memoria. O más precisamente, ¿de qué fueron memoria esas memorias?

Es en esa penumbrosa escenografía con sus respuestas esquivas donde “las bibliotecas” se citan con sus propios oráculos originarios, y el archivar es un verbo que pareciera cumplirse en las afueras del fondo conceptual de la propia palabra que lo designa. O que adentro de ella misma –palabra y fondo– ese verbo vacila aún más en reconocerse como tal. Tanto la historia liberal-católico-militar dueña del país, como la historia popular, supusieron siempre desde hace cien años, una crónica de reparaciones destituyentes que curiosamente remite a la memoria y al olvido en un mismo gesto: hago memoria para no darte lugar en ella. Para no reconocer precisamente la memoria. La utopía, entonces, desde Caseros, y mucho más en el siglo XX, fue siempre refundar una memoria. Como partir de una biblioteca vacía que antes de la gesta, al parecer, estuvo llena. Lo que presupuso al mismo tiempo la inutilidad, o la paz de los cementerios, de los archivos heredados. Lo que implicó la tragicidad de una memoria detenida siempre en su desasosiego, en su reiteración, en la agobiadora enunciación de un juez que la dictamina pero que no llega a la cita.

El país tuvo, en el epicentro de sus dramas, una disputa de genealogías ideológicas que labraron historias concretas y, por lo tanto, necesarias de rememorar y testificar en cada caso. El hispanismo integrista, el librecambio inglés, el modernismo político y cultural parisino y también el germanismo militar, resultaron

memorias –archivos descuajados por usos temerarios– que obligaron en cada disparidad sobre los significados de lo nacional en el Plata, a lo que postulara en el origen la diosa griega Mnemosine: “contar todo siempre desde el principio”. En este sentido una religiosidad nuestra, laica, para la explicación de la Argentina moderna. La política conllevó un debate o directamente la confrontación entre archivos invisibles en los subsuelos de

la sociedad: legales e ilegales, oficiales e irruptores, cuidados o abandonados. Como un anagrama entre politizar el archivo o archivar la política.

La propia crisis económica y social del presente nos retorna a esa sobre-dimensión de la memoria de la injusticia contra el actual arrasamiento ideológico neoliberal. Confirmando en nuestra historia que las recurrentes reparaciones remitieron siempre a textualidades políticas desalojadas



pero refugiadas “en alguna parte”, conservadas en ideas, discursividades, bibliotecas secretas o calladas aguardando su reencuentro con el poder. El yrigoyenismo en su sueño reparador archiva una gesta conservadora que se conservará en otros sótanos para reaparecer más tarde en el 30. El peronismo tuvo capacidad popular para archivar un tipo añejo de país, que luego retorna y destina al movimiento popular a convertirse en pura memoria conservada que resiste. Para las actuales luchas de los desocupados, lo que signa la política de los piquetes es una memoria activa del trabajo, un archivo desbordado.

V.

La “bibliotecación” de las circunstancias es una de las formas de abordar las dificultades y potencialidades de nuestras problemáticas sobre conservación, cuidado y preservación de un patrimonio cultural, en tanto cúmulo creativo de vidas y muertes: de lo que pertenece. En todo caso, la mirada de este artículo, y sus arbitrariedades, apuntarían a un debate que redefina en qué consiste tanto la materialidad como el trabajo en esta dimensión. ¿Es un tema solamente de soportes anacrónicos o adecuados para un cuerpo de información dada en tanto dos dimensiones comprensivas autónomas a vincular? ¿Es una cuestión excluyentemente política que opera siempre por encima de las consideraciones de tipo estructural, técnico, específico? ¿La ordenación de la memoria es un hecho fundamentalmente físico, de existencias documentales situadas, de servicios cumplidos, o es una experiencia en acto, político,

ideológico, que se inscribe en otras zonas neurálgicas de lo cultural?

Si uno asiste al último film de Leonardo Favio, *Perón, sinfonía de un sentimiento*, se topa con una obra desde la producción-rastreo de la imagen documentaria y de archivo, por demás infrecuente en nuestro cine. Donde la elección del realizador por ese pasado inédito asienta una estética de la cámara ajena, testigo, noticiosa y arqueológica, expropiada: es decir, deslizándose ahora desde una antigua a otra renovante dimensión de lo político cultural. Pero notamos que la imagen almacenada no puede desprenderse de aquello que el cineasta desde su mirar propone como el fondo sagrado de lo político popular. Documentos que resemantizan las historias, por ejemplo la memorable secuencia de Evita devocional frente a la Virgen de la Macarena, en fusión con su despedida de los trabajadores españoles. ¿Cómo distinguir un “soporte” archivístico de un encadenamiento mítico-identitario, del relato de la tragedia nacional, y de esa eucaristía de Eva Perón resignificando su propia figura? ¿Qué es conservación cultural de la memoria a partir de una documentación? ¿Cómo, entonces, realizar un archivo, pensar bibliotecas?

En sentido inverso, en muchos documentales de los últimos años sobre la violencia armada de los 70, la propuesta fílmica es que la obra sea presidida por el relato del testigo en la actualidad, sin casi aportes de archivos consecuentes sobre aquella época. Una estética que muestra la palabra en su nuda narración representativa, y a la vez una cultura histórica que ha hecho desaparecer toda imagen de los espejos de la historia. Esta también es

una propuesta de arte, y no una “falla” de medios, de la memoria en la Argentina. Su despojo. Ambas circunstancias estéticas hablan de nosotros, documentados/indocumentados. De nosotros, historicados/deshistorificados, habitados/deshabitados por las bibliotecas. El dilema entonces no es sólo ordenar corpus inertes de hojas, clasificar libros eficazmente computarizados, sino reconocer las tramas de las herencias a partir del haz de sentidos que atraviesan nuestras relaciones con los pasados.

El visitante habita una biblioteca cuando hace uso de ella, de sus textos, sonidos, arquitecturas, códigos, ilustraciones, esperas, silencios, ilumina-

ciones. Pero en ese mismo itinerario se debe incorporar una escena más dificultosa de representar: aquella donde la biblioteca lo habita. Donde hospedamos a la biblioteca. Donde el archivo es una historia, nuestra, de la historia del archivo. Donde la organización de una memoria proviene de las presencias y las ausencias, de las tradiciones cuando nos escrutan. De las formas que le damos a ese contratapiz de los patrimonios, de las cuencas de ideas literarias, ensayísticas, políticas y científicas. La biblioteca sigue siendo, como nunca dejó de serlo, una política genuinamente nacional en estado fantasmático, es decir, verdadero, acosador, inmerso en nuestras crisis.

Ni Caverna ni Laberinto: Biblioteca

Por Eduardo Grüner

Laberinto infinito sin punto de arribo. Múltiples preguntas que carecen de respuestas. Presencia de metáforas que reclaman un tratamiento delicado. La Biblioteca como institución corre el riesgo de cerrarse a los peligros que la acechan y quedar a su resguardo.

La Biblioteca fue una idea pensada como prolongación de la propiedad privada, bajo la figura patrimonial, restringiendo el hacer bibliotecario a la función de custodio que confisca la experiencia humana presente –veladamente– en todo libro sometido a las formas objetualizadas.

Libro como proceso, o libro como proceso productivo, inacabado. Oposición histórica que se ve trastocada por la emergencia de la sociedad global tecnologizada cuyo bombardeo sistemático revitaliza el rol de custodio frente al desborde informativo y virtual que produce la pérdida de las experiencias de las generaciones anteriores. Tendencia, que de confirmarse, nos hablaría de una derrota.

Una Biblioteca danzante, giratoria, al estilo de una gran feria por donde circulen los saberes, es tan sólo una hipótesis, que nos permite vislumbrar un horizonte capaz de restituir la vitalidad de los libros y enfrentar la catástrofe actual.

Si se le pidiera, no digamos a lo que suele llamarse un intelectual, sino simplemente a un argentino/a medianamente culto/a y lector/a de los suplementos culturales, alguna asociación literario-filosófica con la palabra “biblioteca”, es altamente probable que una de las primeras que emergería es con *La Biblioteca de Babel* de Borges. Y, por supuesto, la imagen tópica para esa biblioteca sería la del Laberinto. Se trata de una iconografía tan establecida (en el sentido de lo que podría pensarse como un establishment iconográfico) que sería difícil imaginarse una figura diferente, para no decir opuesta: ¿cuál sería, en efecto, esa oposición, cuando el propio Borges ha sugerido que el peor de los laberintos —porque es estrictamente *imposible* pensar una salida para él— es la línea recta? La combinación entre el laberinto lingüístico de Babel y la *unicidad*, la pureza lineal de la recta (traduciendo: esa lengua divina y originaria a la que, según Walter Benjamín, aspira en última instancia toda traducción, desde el inicio entonces postulada como tarea imposible), sólo podía ser una ocurrencia borgeana: se trata, en efecto, de dejarnos sin salida, pero no al borde de la desesperación, sino en el equilibrio inestable de la ironía. Y está bien que así sea, y que quede claro: demasiado fácilmente se piensa en la biblioteca borgeana como en un solemne y oscuro recinto del saber donde el destino inexorable del ser humano es perderse, o bien morir aplastado por el peso de la letra. Demasiado poco, al contrario, se piensa en la biblioteca como en un lugar para el *juego*, incluido ese juego de aporías que plantea permanentemente

preguntas que de antemano se sabe que no tendrán (que no *pueden tener*) respuesta, pero donde el placer está en, simplemente, participar del juego.

I.

Por supuesto: no es cuestión, tampoco, de descuidar la dimensión peligrosa de la iconografía, el Minotauro acechando en el centro del Laberinto, por así decir (y en la recta, extensión sin centro, ¿diremos que el monstruo está en todos y cada uno de sus puntos?). La continuación de la metáfora, pues, nos llevaría a una nueva iconografía: la del laberinto bibliotecario como una serie infinita de bifurcaciones que *impiden* el acceso al monstruoso centro del Saber: a un vacío de sentido, al agujero negro de una nadificación del conocimiento; la Biblioteca es aquí proliferante y manierista, silva de significantes que —parafraseando a Nietzsche— se erige como “barrera que defiende de un Horror fundamental”. Y el recorrido laberíntico es entonces un ritual iniciático de esos que los antropólogos llaman apotropeicos: ceremonia en la que se invocan y se convocan los fantasmas más inquietantes justamente para mantenerlos a raya; en la que la lectura potencialmente infinita (¿no se dice acaso que cuanto más se lee menos

Es sintomático, en efecto, que tan a menudo, en la historia de la cultura, la iconografía del laberinto aparezca asociada a la de la caverna. Los filólogos han rastreado incluso, en el origen de la palabra, una combinación entre ambas: *labirion* y *labrinda* son términos que reenvían a la minería, al angustiante (y tan frecuentemente laberíntico) descenso a, como se dice, “las entrañas de la tierra”

se sabe, puesto que la incorporación de conocimiento multiplica geométricamente la percepción de la propia ignorancia?) abre nuevas ventanas a la Nada, al mismo tiempo que impide caer inadvertidamente en la oscuridad del pozo.

El laberinto, como lo ha mostrado Ernesto De Martino, deviene aquí en el obstáculo que separa el mundo de los vivos del de los muertos, de esa Alteridad radical constituida por aquel vacío de sentido en su centro, el límite interno que garantiza la no contaminación entre las dos esferas, pero que simultáneamente hace que una se remita a la otra. El aspecto lúdico del recorrido, entonces, y como suele suceder, es la “inversión en lo contrario” de la más *profunda* seriedad.

En la Biblioteca o en el Museo, en los modos bajo los cuales solemos pensar esas “instituciones” (la Caverna y el Laberinto, para reducirlos a esos polos hermanados), el peligro mayor es el efecto ilusorio que aquella estabilidad provoca: el de estar a resguardo de todo peligro.

Es sintomático, en efecto, que tan a menudo, en la historia de la cultura, la iconografía del laberinto aparezca asociada a la de la *caverna*. Los filólogos han rastreado incluso, en el origen de la palabra, una combinación entre ambas: *labirion* y *labrinda* son términos que reenvían a la minería, al angustiante (y tan frecuentemente laberíntico) descenso a, como se dice, “las entrañas de la tierra”, esa suerte de *regressum ad uterum* que pocos pueden proponerse impunemente. Sólo unos poquísimos elegidos (el *shaman* de la tribu, digamos) son realmente capaces de hacer ese viaje iniciático hasta sus últimas consecuencias: de atravesar el laberinto

para operar ese retorno a la Indiferencia de un no saber que los purificaría de la culpabilidad de las palabras entremezcladas, del pecado babélico. Ese, y sólo ese, es el verdadero Sabio: el que luego de *fatigar* (insistámonos borgeanos) todos los laberintos de todas las bibliotecas posibles, accede a la oscuridad central del Templo.

Es fácil ver que esta iconografía es simétricamente inversa a la de la canónica alegoría de la Caverna de Platón (ya anticipada, sin embargo, desde extremos opuestos del arco presocrático, por Heráclito y Parménides), en la que el Sabio es el capaz de *ascender* trabajosamente desde las sombras a la Luz. La Biblioteca como recinto del Saber es aquí el espacio amplio y luminoso, bañado por el Sol de la purísima Idea: al revés de aquellas otras iconografías, ahora es la Caverna la que es *ella misma* un laberinto de sombras atravesando el cual se llega no a un Centro sino al espacio “claro y distinto” de la Verdad. Sería inútil insistir sobre el (sospechoso) poder de semejante metáfora y su exitosa historia en la cultura occidental, hasta el punto de que toda una época pudo ser calificada —con el excesivo optimismo de una voluntariosa inteligencia— de Siglo de las Luces. Que todo un siglo pueda ser así pensado como el recinto de una inmensa Biblioteca, profusamente iluminada y con sus enciclopédicos saberes al alcance de cualquier “ciudadano universal” no es poca declaración sobre la autoconfianza de una era en haber finalmente despejado hasta la última de las sombras de la Caverna: *chapeaux*. Pero, lamentablemente, las cosas no

son tan simples: la luz excesiva, es sabido, produce ceguera, y ya aprendimos, por Adorno y Horkheimer entre otros, los riesgos de transformar nuestros saberes luminosos en los mitos más oscuros, más incontrolables.

II.

La Biblioteca requiere pues, cautela en su uso. Como el Museo, esconde en sus laberintos demasiadas metáforas sobre las cuales resbalar hacia la Nada –que es la última de las metáforas–. “Esconde” no es, en verdad, la expresión más feliz. Habría que decir, más bien: disimula su movimiento, fingiendo una quietud casi mineral que descansa en las estanterías –en la Biblioteca– o que cuelga de las paredes –en el Museo–. Como si esa pretendida estabilidad pudiera sustraer las lecturas, las miradas, a la máquina picadora de carne de la Historia: al *tiempo-ahora* –la noción es, por supuesto, también de Benjamin– de un “instante de peligro” en el que la lectura *actual* de cualquier clásico polvoriento hace *ruinas* de su sentido originario para producir lo nuevo –que es exactamente lo opuesto de la *novedad*–. En la Biblioteca o en el Museo, en los modos bajo los cuales solemos pensar esas “instituciones” (la Caverna y el Laberinto, para reducirlos a esos polos hermanados), el peligro mayor es el efecto ilusorio que aquella estabilidad provoca: el de estar a resguardo de todo peligro.

De allí, quizá, la responsabilidad enorme –tan poco frecuentemente tenida en cuenta– del Custodio del Laberinto, del Guardián de la Caverna (¿los llamaremos el Bibliotecario, el

Curador? esos designadores de oficio parecen a veces escasos para dar una idea cabal de la enormidad de la tarea de Cura –si se nos perdona el abuso heideggeriano– que esos funcionarios enfrentan).

En un artículo pasmoso, John Berger habla de la *función histórica del Museo* (y lo que dice, salvo detalles menores, es perfectamente extensible a la Biblioteca).¹ Sus principales diatribas recaen sobre el Curador, al que trata como un sujeto condescendiente, *snob*, perezoso: está dulcemente prisionero de la fantasía –más

bien un *fantasma*, cuando se quiere darle densidad psicoanalítica– de que se le ha pedido que acepte como una *grave responsabilidad cívica* el prestigio de tener la “propiedad” putativa de los objetos (libros, obras de arte) contenidos en el edificio que custodia. Porque, en efecto, esos objetos –al menos en la Modernidad– son concebidos ante todo como (así se dice) un “patrimonio”; vale decir: una propiedad. Desde luego: el Bibliotecario o el Curador “ideal-típico” tiene la íntima convicción de que es preferible que esos objetos sean propiedad del Estado, de la Comuna, del Barrio (y por su intermedio, del “público”) que de los sujetos privados. Pero aun así, subsisten como propiedad.

En un artículo pasmoso, John Berger habla de la *función histórica del Museo* (y lo que dice, salvo detalles menores, es perfectamente extensible a la Biblioteca). Sus principales diatribas recaen sobre el Curador, al que trata como un sujeto condescendiente, *snob*, perezoso: está dulcemente prisionero de la fantasía –más bien un *fantasma*, cuando se quiere darle densidad psicoanalítica– de que se le ha pedido que acepte como una *grave responsabilidad cívica* el prestigio de tener la “propiedad” putativa de los objetos (libros, obras de arte) contenidos en el edificio que custodia.

Por lo tanto, alguien debe ocupar el lugar de “propietario”, digamos, *honorario*. No es común, en este espacio de reconocimientos imaginarios, que el Custodio-propietario recuerde que los libros o las obras de arte, antes de ser una propiedad (pública o privada) son la expresión de una *experiencia humana*, de una *praxis* muchas veces llevada al borde mismo de lo que tolera el uso normalizado, “institucional”, de las palabras o de las imágenes. Lo cual es, finalmente, bastante lógico: nadie podría ser Custodio de la Experiencia; eso es algo que cada quien —cada lector, cada contemplador de una obra de arte— tiene que volver a hacer por sí mismo, sin vigilancias externas, sin recorridos preestablecidos. El Custodio sólo puede serlo de objetos acabados, cerrados a todo re-comienzo (su propia *raison d'être* está inscrita en el “fetichismo de la mercancía”, aunque esta sea no-trasable). El Custodio conserva lo que

Esto significa que en el Museo o la Biblioteca de la *praxis* (el Museo o la Biblioteca que intentara romper la lógica de lo práctico-inerte, para ponerlo a la manera sartreana) los objetos deberían ser expuestos, puestos a *disposición*, usados, en el contexto de una intersección de procesos...

ya está allí; y si “adquiere” algo nuevo —un incunable, una edición princeps, un simple ejemplar de una revista literaria del pasado— lo hace impensadamente bajo la misma moda-

lidad: la del *producto terminado*, y no la del *proceso de producción*. Esta actitud, al decir de Berger, no es que sea inútil, ni perversa: es sencillamente *anacrónica*. Proviene del Siglo de las Luces, de aquella optimista concepción del conocimiento que confiaba en que la mera existencia de

los Objetos del Saber bastara (aunque esto ya no lo diga Berger, al menos no de esta manera) para orientar a los sujetos en el Laberinto, para alumbrar las tinieblas de la Caverna. Era un momento de todavía incipiente formación de un “público” para la Biblioteca o el Museo: no extraña, entonces —aunque sí debería extrañar la tozuda supervivencia de esta idea—, que ese público fuera, casi necesariamente, representado como una masa *pasiva* a la que había que hacerle disponibles esos objetos encarnadores de la Sabiduría, el Gusto, el Valor Espiritual. Lo cual supone, claro, que se trata de bienes *escasos*, poseídos sólo por unos pocos privilegiados, o ahora por el Estado que hace “bienestar” cultural con sus súbditos. Esta lógica, es fácil verlo, reproduce “microfísicamente” la diferencia “macro” entre propietarios y no propietarios, entre “pudientes” e impotentes; tal vez sea por eso que el que acude a la Biblioteca o al Museo (o, tanto da, a los recitales ofertados por algún Municipio) tan a menudo esté en la posición del desposeído cultural que recibe una benévola caridad.

Para permanecer benjaminianos: estamos hablando, desde ya, del aura del objeto; de ese atributo que lo hace infinitamente inalcanzable aun dentro de la más estrecha intimidad con él —no en vano Benjamin compara esta posición a la del enamoramiento—. El Bibliotecario y el Curador son los custodios del Ser del *aura*; los que cuidan que esa posición no sea jamás alterada por los avatares, las contingencias, los imponderables, los vértigos de la experiencia de la lectura o de la mirada (la Caverna y el Laberinto



se revelan aquí como los desvíos de ese *aura* en cuyo centro está la Nada). Su misión trascendental es la de *conservar* lo que Lukács hubiera llamado la actitud “contemplativa”, “estática” frente a la obra. O lo que Marcuse hubiera llamado la “cultura afirmativa”. O lo que Adorno hubiera llamado el “pensamiento identitario”. Etcétera. Podríamos hacer multiplicarse ad nauseam las citas; pero ninguna acumulación de comillas nos salvaría de vernos enfrentados a un delicado *dilema*, casi imposible de resolver en las condiciones actuales. Y es que la civilización (occidental) actual, con su deslizamiento rizomático –cuando no bombardeante– de mercantilizadas y globalizadas novedades virtuales, quizá esté produciendo la paradoja de que pronto la verdadera actitud “revolucionaria”, al menos en el campo relativamente autónomo de la cultura, sea precisamente la del conservador que procura resguardar

la otrora rica –aunque deshistorizada y estática– experiencia “burguesa” de la contemplación.

Si ello fuera así, el Bibliotecario y el Curador ya no serían solamente los guardianes del aura, sino también, y por las *mismas* razones, los sacerdotes del templo erigido en respeto de las cosas de este mundo, de las *materias* que, para bien o para mal, hayamos sabido conseguir. Desde ya, si fuera así, ello sería al mismo tiempo el testimonio de una enorme *derrota*. O, en el mejor de los casos, de la obcecación defensiva de aquel Caballero de *El Séptimo Sello* de Bergman, que, ante la imposibilidad de seguir resistiendo el llamado de la Muerte, decía: “Está bien, voy; pero bajo protesta”.

III.

Aunque fuera a modo de delirio utópico –¿qué hipótesis, incluso de las más rigurosas, no lo fue en algún

momento?—: ¿tenemos alguna alternativa? El propio Berger conjetura, para el Museo (o para la Biblioteca), la necesidad de un impulso imaginativo que vaya en sentido contrario del estatismo aurático: hay que concebir esos objetos como emancipados de la mística (mejor: del fetichismo) que está adherida a ellos en tanto artículos de *propiedad*. Entonces sería posible verlos como expresiones del proceso de su propia elaboración de una experiencia (digamos: como *Works-in-progress*) antes que como *productos*. Verlos, en fin, como acción antes que como realización. Esto significa que en el Museo o la Biblioteca de la *praxis* (el Museo o la Biblioteca que intentara romper la lógica de lo *práctico-inerte*, para ponerlo a la manera sartreana) los objetos deberían ser expuestos, puestos a *disposición, usados*, en el contexto de una intersección de procesos: el proceso técnico-intelectual *histórico* de su producción, el proceso biográfico-psicológico de su autor, el proceso retórico y estilístico de sus efectos de escritura y de lectura, el proceso de su *diálogo* con otros libros semejantes, el proceso de permanente renovación de sus lecturas, el proceso de los debates que una lectura *actual* pudiera generar, y así sucesivamente. Idealmente, cada libro que se leyera en una Biblioteca debería estar “procesado” por el movimiento de todos esos contextos (sería el equivalente del Museo-Máquina de Frank Lloyd Wright, donde cada cuadro es contemplado simultáneamente contra el telón de fondo de todos los demás, desplazando continuamente el foco de atención entre las

épocas, los estilos, las sociedades, incluso las subjetividades).

Semejante construcción, incluso en la Argentina, solamente en Buenos Aires, movilizaría una gigantesca, densa trama de recursos intelectuales. Requeriría, por ejemplo, el trabajo de una legión de investigadores de por lo menos cinco o seis de las actuales Facultades de la UBA (Filosofía y Letras, Ciencias Sociales, Psicología, Arquitectura, Ingeniería, Ciencias Económicas). Varias generaciones de subsidios Ubacyt, Conicet o lo que fuesen aplicadas a: 1) reconstruir la historia (social, económica, cultural, política) de cada libro, de la época que lo produjo y de las épocas en que fue leído, discutido, criticado, teorizado; 2) llevar a cabo la etnografía, la sociodinámica, la psicografía y si fuera posible el psicoanálisis de todos los lectores del libro, de sus rituales, de sus actitudes, de sus respuestas, de sus obsesiones; 3) con estos insumos de información, reconstruir por entero el edificio de la Biblioteca: imaginar y diseñar nuevos recintos, espacios de circulación permanente de los lectores y de los libros, pasadizos secretos para ciertas lecturas, esquinas de encuentros inesperados con el libro que no se buscaba, entradas sorprendidas a mesas de debate a las que no se esperaba ir (y salidas discretas de aquéllas a las que sí se ha asistido). En suma: una Biblioteca giratoria, *semoviente*, en permanente transformación, sin Centro, *excéntrica*; y donde, claro está, fuera el Lector —no el Bibliotecario— el que supiera dónde está su libro.

Esto ya no sería Cavernani Laberinto: a lo sumo, Rompecabezas; donde

el espacio vacío no espanta, sino que intriga: convoca a imaginarle un sentido, a producir significación. Y sería *ekklesia*, ágora, asamblea, fiesta: una romería, incluso una *kermesse*, de lectores entrando y saliendo por puertas y pasillos como en un *vaudeville* de Feydeau. Biblioalbergue transitorio, sin turnos fijos. El que quisiera ponerse solemne y marmóreo, tendría derecho a hacerlo, tanto como el que quisiera disfrazarse con el traje

de época del libro que está leyendo. Lo que importaría sería otra cosa: el libro ya no sería monumento ilustrado, propiedad exquisita, sublimación hueca, emblema de riqueza, símbolo de distinción, autoconciencia iluminada, humillación esotérica, limosna de saberes. Sería, sencillamente, *praxis social*, experiencia vital. Cuanto más efímera, mejor: para hacer lugar a la siguiente.

NOTAS

1. Berger, John: "The Historical Function of the Museum", en *Selected Essays*, New York, Vintage Books, 2003.

¿El drenaje patrimonial como destino? Bibliotecas, hemerotecas y archivos argentinos, un caso de subdesarrollo cultural

Por Horacio Tarcus ()*

Es difícil evitar vincular la falta de una conciencia archivística a nivel estatal con una premeditada o inconciente intención de producir un desgaste en el patrimonio histórico por los ánimos refundadores, que afectaron a diferentes etapas con la intención de reconstruir lo acontecido. Porque siempre en el archivo hay documentos que refutan lo establecido desde el presente. A las concepciones conspirativas, tan funcionales a los mitos y, también, a las realidades históricas, debería sumarse, al momento de buscar un factor causa, una suerte de desidia cívica, e, inclusive, una conflictiva relación con el pasado, emergente de actualidades distantes de la nación imaginada. Coleccionistas privados e investigadores, preservaron (escondieron) documentos, o inclusive los “exiliaron” (Pedro de Angelis, Ernesto Quesada) y hasta hoy el coleccionismo privado intenta “compensar” las carencias del estado en el cuidado de los registros de la memoria. El recorrido de los archivos –privatizados, mercantilizados, fugados, confiscados, dispersos o abandonados– estudiado por el historiador Horacio Tarcus.

El subdesarrollo argentino no se limita al terreno económico: en el plano de la preservación de nuestro patrimonio cultural somos también un país perfectamente subdesarrollado. John Holloway ha insistido con razón en que en un mundo globalizado, ya no importa tanto para la prosperidad de un país cuánto produce cada economía nacional, sino cuanto capital producido globalmente es capaz de atraer y retener cada Estado en su territorio. De la misma manera, en el terreno del patrimonio cultural, no importa tanto el capital simbólico que hemos sido capaces de producir nacionalmente: lo decisivo es nuestra capacidad de valorizarlo como tal y, por ende, de generar las condiciones para preservarlo y socializarlo.¹

Los avatares de nuestro patrimonio bibliográfico, hemerográfico y archivístico son una prueba flagrante de esta afirmación. Es algo sabido que el estado de nuestras bibliotecas, hemerotecas y archivos públicos es calamitoso, resultado de un proceso donde se han combinado de la peor manera factores tan diversos como la ausencia de políticas bibliotecológicas y archivísticas, magros presupuestos para la cultura, negligencia burocrática, discontinuidad institucional, dictaduras militares que practicaron verdaderos “autos de fe” con la literatura que consideraron “subversiva”, corrupción sistémica, “internas” salvajes dentro de las instituciones, etc.

Cuando no existen políticas públicas activas para preservar dicho patrimonio, este puede tomar tres caminos posibles: permanece en manos privadas, o es adquirido por coleccionistas privados, o bien es vendido a archivos, centros o universidades del exterior.

Bibliotecas y archivos como “propiedad familiar”

Sin duda, las grandes bibliotecas privadas jugaron un rol importante, si no decisivo, en la historia cultural de nuestro país. Tal es su peso, que hasta podría trazarse una historia de la cultura argentina, al menos de la cultura de élite, haciendo la historia de las grandes bibliotecas personales, desde la de Juan Baltasar Maziel hasta la de Federico Vogelius.

En la época de la Colonia, el rigorismo inquisitorial, la ausencia de imprentas y las trabas comerciales hicieron que, en ausencia de bibliotecas públicas, se constituyeran a fines del siglo XVIII grandes bibliotecas privadas, como la del Obispo

Manuel Azamor y Ramírez o la de Juan Baltasar Maziel.² Iniciado el proceso de la independencia, a pesar de los esfuerzos por nutrir a la joven

nación de bibliotecas públicas, siguieron jugando un rol clave las bibliotecas privadas. Baste recordar, en la década de 1830, la biblioteca personal de Marcos Sastre, que pone a disposición de los estudiosos como Gabinete de Lectura, anexo a su famosa Librería Argentina de la calle Reconquista, donde se nutren de literatura romántica y utopística los jóvenes de la Generación del 37³; o la biblioteca del sanjuanino Manuel Quiroga Rosas, que Sarmiento dejara instalada en la memoria de los argentinos como una fuente preciosa de conocimientos renovadores.⁴ Tras la batalla de Caseros llegan al país muchos

Cuando no existen políticas públicas activas para preservar dicho patrimonio, este puede tomar tres caminos posibles: permanece en manos privadas, o es adquirido por coleccionistas privados, o bien es vendido a archivos, centros o universidades del exterior.

emigrados extranjeros portando sus bibliotecas, mientras los hombres de la élite constituyen grandes bibliotecas privadas, “en defecto de las públicas, a la sazón pobres y mal organizadas”. “Raro fenómeno –sigue Buonocore–, que ha sido señalado, en diversas oportunidades por ilustres estudiosos visitantes de otros países de Europa y América”.⁵ En efecto, las bibliotecas privadas y las colecciones de archivos que llamaban la atención de los visitantes extranjeros pertenecían a figuras de la élite como Vicente F. López, Bartolomé Mitre, Ángel J. Carranza, Andrés Lamas, Vicente G. Quesada (cuya biblioteca fue luego completada por su hijo Ernesto), Miguel Navarro Viola, Manuel R. Trelles, Enrique Peña, Estanislao S. Zevallos o Francisco P. Moreno. Las generaciones siguientes no fueron ajenas a esta tradición, como lo demuestran las grandes bibliotecas reunidas por un José Ingenieros, un Agustín P. Justo, un Carlos Astrada o un José Aricó.

Aceptamos que, a falta de grandes bibliotecas públicas, las bibliotecas privadas jugaron un rol importante en la cultura del país. Lo penoso es que su destino final no fue siempre su institucionalización pública, como es el caso del Museo Mitre en Buenos Aires o la Biblioteca Aricó anexa a la Biblioteca Central de la Universidad de Córdoba. Bibliotecas extraordinarias, que reunían libros antiguos de enorme valor, colecciones de revistas muy escasas, grabados, litografías, mapas, documentos y manuscritos –como la de Andrés Lamas, la de Zevallos, la del Perito Moreno y la de Vogelius– se pulverizaron en subastas públicas (salvo la de Lamas, cuya dispersión se evitó porque la compró en remate la Biblioteca Nacional de

Montevideo). La de los Quesada fue la base sobre la que se organizó la Biblioteca del Instituto Iberoamericano de Berlín, mientras que la biblioteca americanista del General Justo fue adquirida por la Biblioteca Nacional de Lima. Recientemente se dispersó la biblioteca filosófica y el archivo de Carlos Astrada, a través de su venta fraccionada a librerías de viejo...

En 1917 se abrió un número de la Revista de Filosofía con esta reflexión: “La historia cultural y política de nuestro país duerme en archivos familiares... La poca preocupación ambiente y el celo de los poseedores de los archivos hacen que informaciones interesantísimas, que podrían prestar eficaz ayuda a historiadores y sociólogos, se esterilicen restando fuentes preciosas a la investigación científica. Nuestra historia... no puede, pues, ser escrita”. Lamentablemente, casi noventa años después, gran parte del patrimonio histórico subsiste bajo la forma de patrimonio familiar.

Sin embargo, hoy la responsabilidad es otra: entonces, en 1917, el hincapié estaba puesto en la falta de modernización y de conciencia pública de las familias de la élite. La revista de José Ingenieros, en su afán modernizador y profesionalista, venía a recordar que la época de Don Vicente Fidel López, en que el actor histórico y el historiador se confundían, en que el archivo histórico y el archivo familiar eran uno solo, y en que la historia oficial se practicaba como la historia de las grandes familias patricias, había quedado muy atrás. Esas familias debían aceptar el relevo, tanto de su lugar de custodios del patrimonio así como del oficio de historiadores, por parte de los archivos y bibliotecas públicos y de los sociólogos e historiadores profesionales.

Si bien crecieron desde entonces a lo largo del siglo XX los campos profesionales de la sociología y de la historia, el proceso de cesión del patrimonio familiar al espacio público fue muy débil. Muchos archivos de personalidades de la cultura y la política argentina siguen celosamente resguardados por sus descendientes como propiedad familiar: no hay espíritu de legado, pues los herederos no tienen confianza en la capacidad de las instituciones públicas para resguardarlo y disponerlo a la consulta. El sentimiento de los donantes es, cuando se trata de los grandes archivos y bibliotecas públicas, que el patrimonio va a desaparecer entre los engranajes de una insondable estructura burocrática; o bien, cuando se trata de institutos de una escala menor, que va a ser apoderado por la facción que lo controla. Esto es: las grandes instituciones no ofrecen garantías de preservación; las pequeñas, de acceso público.

El patrimonio cultural y el coleccionismo

En el mercado de los libros, las revistas y los papeles argentinos, dado que las bibliotecas y archivos públicos están ausentes, la principal demanda proviene, o bien de los coleccionistas privados, o bien de las universidades y centros del exterior del país.

Detengámonos un momento en el coleccionismo privado. A diferencia de los políticos o intelectuales de la élite, que forman grandes bibliotecas porque los libros son imprescindibles para el ejercicio de su profesión, los coleccionistas están animados por una pasión bibliófila, siendo rara vez lectores sistemáticos o estudiosos de las colecciones

que atesoran. Hay, desde luego, un tesón bibliófilo propio del coleccionista en muchos de los primeros –tal el caso de Mitre, de Navarro Viola o de los Quesada–, así como la mayor eficacia en la búsqueda de la serie completa exige a los segundos adquirir un conocimiento exhaustivo. Pero el coleccionista suele ser una figura más oscura, menos visible, poseedor de una cultura más parcial, fragmentaria e instrumental: generalmente son hombres que se ganan la vida en otros quehaceres –empresarios, profesionales liberales–, en los que el coleccionismo funciona más al modo de un *hobby* que de una necesidad intelectual. Mientras para los investigadores la gran biblioteca es en definitiva una suerte de taller que encierra sus herramientas de trabajo, para los coleccionistas sus series debidamente ordenadas y clasificadas pueden adquirir, en el límite, un carácter lúdico, decorativo o de prestigio social.

De modo que si el acceso del investigador a las grandes bibliotecas y archivos familiares no suele ser sencillo, mucho más restringido y condicionado aún suele serlo en el caso del coleccionista, que guarda celosamente su tesoro bajo siete llaves...⁶

Los defensores del libremercado de bienes culturales presumen que el coleccionismo ha sido un factor de enriquecimiento del patrimonio nacional. Esgrimen en su favor que muchos coleccionistas privados, actuando como “investigadores” a veces sobre la base de su intuición y

En el mercado de los libros, las revistas y los papeles argentinos, dado que las bibliotecas y archivos públicos están ausentes, la principal demanda proviene, o bien de los coleccionistas privados, o bien de las universidades y centros del exterior del país.

experiencia, recuperaron y organizaron durante siglos un patrimonio hasta entonces disperso, que finalmente terminaron cediendo a instituciones públicas. Pero como se ha señalado a propósito del caso del patrimonio de México (sobre todo pero no exclusivamente al arqueológico), “muchos formaron y forman sus colecciones con juicios subjetivos, con piezas compradas según sus predilecciones estéticas, o por su rareza y exotismo. También se conocen casos cuyo objetivo central ha sido ganar prestigio social; algunos más, por su afán casi enfermizo de atesorar, pero sobre todo por la esperanza de encontrar en el futuro mejores postores, es decir para especular”. Para esta autora el coleccionismo tuvo valor en el siglo XIX y principios del XX, pero en los albores del siglo XXI su existencia no se justifica.⁷

En la Argentina de las últimas décadas, si llega a manos de un librero una carta de Mariano Moreno o de José

El universitario estadounidense, europeo, mexicano o brasileño tiene a su alcance extraordinarias bibliotecas y archivos, pudiendo consagrarles todo su tiempo y sus energías; el investigador argentino que se propone trabajar con este tipo de patrimonio sabe que el 50% de sus energías estarán destinadas a la búsqueda de sus fuentes...

de San Martín, un documento de puño y letra de Juan D. Perón, de Ernesto Guevara o de Jorge Luis Borges, difícilmente acuda a ofrecerlo en venta a la Biblioteca Nacional o al Archivo General de la

Nación: se dirigirá a centros y universidades del extranjero, o a los coleccionistas locales. Pero el problema de la enajenación de nuestro patrimonio no radica en los libreros, pues es inevitable que a falta de demanda

del sector público, acudan necesariamente al privado. Ni tampoco está en los coleccionistas ni en las instituciones del exterior, pues ninguna ley restringe la compra y la venta, e incluso la salida al exterior del país, de documentos de valor histórico. El problema está en la falta de un marco legal regulatorio, y sobre todo en la ausencia de políticas públicas acerca del patrimonio bibliotecológico, hemerográfico y archivístico.

Drenaje patrimonial hacia los centros del (primer) mundo

En el caso de la venta a los coleccionistas, el patrimonio queda vedado a la consulta pública; en el caso de la venta a centros y universidades del exterior del país, sólo es accesible a los argentinos en condiciones de viajar y estudiar en el extranjero.

Respecto al drenaje patrimonial hacia el extranjero, no sólo se van dólares o “cerebros”, sino también libros, revistas, cartas, manuscritos... Así como los investigadores egipcios se ven obligados a estudiar la cultura de su país en los museos de Londres y de París, los investigadores de la historia y el pensamiento argentinos sólo pueden consultar invalorable fuentes de nuestra cultura acudiendo a ciudades como Amsterdam o Turín, Berlín o California. Por ejemplo, la hemeroteca y el archivo que sobre anarquismo y movimiento obrero argentinos dispone el Instituto de Investigación Social de Amsterdam, son más completos que la suma de todos los existentes en la Argentina. Allí se conservaron durante más de un siglo, sobreviviendo incluso a la invasión nazi; aquí estos testimonios de

nuestra memoria obrera apenas sobreviven penosamente, en colecciones no siempre completas, en algunas bibliotecas anarquistas.

Hay bibliotecas y archivos enteros que, por distintas vías y variados motivos, fueron saliendo del país. Ya señalamos que la biblioteca de los Quesada está en el Instituto Iberoamericano de Berlín y la de Agustín P. Justo en la Biblioteca Nacional de Lima. Además, la primigenia biblioteca, hemeroteca y archivo del Partido Comunista Argentino fue embarcada rumbo a Moscú en 1930, pocos días después del golpe militar de setiembre; el archivo del filósofo Rodolfo Mondolfo, que sus descendientes donaron a la Asociación Dante Alighieri, partió sin embargo hace algunos años a Italia; la biblioteca y el archivo del historiador Luis Sommi fue trasladada tras su muerte a algún lugar de la extinta URSS; archivos de figuras de la cultura argentina como Victoria Ocampo, María Rosa Oliver y, más recientemente, Macedonio Fernández, pueden consultarse, debidamente ordenados y catalogados, en las bibliotecas latinoamericanas de los Estados Unidos... Los ejemplos podrían multiplicarse.

El universitario estadounidense, europeo, mexicano o brasileño tiene a su alcance extraordinarias bibliotecas y archivos, pudiendo consagrarles todo su tiempo y sus energías; el investigador argentino que se propone trabajar con este tipo de patrimonio sabe que el 50% de sus energías estarán destinadas a la búsqueda de sus fuentes, debiendo peregrinar por múltiples bibliotecas públicas, archivos privados y librerías de viejo. A menudo debe comprar sus fuentes, convirtiéndose sin quererlo en un atesorador privado. Y así

como el coleccionista es un investigador principiante, insensiblemente el investigador argentino deviene un coleccionista amateur. Incluso ha llegado a suceder que los investigadores rivalicen, no por el rigor o la originalidad de sus interpretaciones, sino por la posesión de sus “propias” fuentes. Su mayor orgullo es estampar, a pie de página, esta manifestación de nuestro subdesarrollo cultural: “Original en el archivo del autor”.

No podemos ignorar que, desde la antigüedad, la historia de las grandes bibliotecas (así como la de los grandes museos) está directamente vinculada a los proyectos de expansión imperial. Todos los conquistadores tomaron para sí o enviaron a sus soberanos botines de guerra o presentes de tierras exóticas que probaban sus hazañas, sus conquistas y sus descubrimientos. El inglés Thomas Richards, en *The Imperial Archive*, un estudio clásico de los estudios poscoloniales, analiza los modos de apropiación y sistematización de lo que llama el “archivo imperial” británico. Este no sería tanto una biblioteca ni un museo, advierte, sino “una fantasía de conocimiento catalogado y reunido al servicio

del Estado y del Imperio”. Cuando los poderes públicos británicos hablan de “material catalogado” se refieren, de un siglo a esta parte, a “conocimientos ubicados bajo la jurisdicción especial del Estado”.⁸ Su función de “reservorio del conocimiento universal” fue relevada luego por los Estados Unidos,

Entiendo que el problema es más profundo que el meramente presupuestario: es, insisto, un problema de subdesarrollo cultural. Sin embargo, entiendo que todavía es posible debatir públicamente y poner en práctica algunas políticas bibliotecológicas y archivísticas antes de aceptar resignadamente la descapitalización patrimonial como destino.



que desde la Guerra Fría, y sobre todo desde la Revolución Cubana, ha construido una verdadera maquinaria de búsqueda, rastreo, compra y preservación de bibliografía latinoamericana. Cualquier bibliotecario argentino (o latinoamericano) sabe, por ejemplo, que si precisa información sobre una publicación de su país, sea antigua o la novedad más flamante, debe comenzar por ingresar al catálogo de la página web de la Hispanic Division de la *Library of Congress* de los Estados Unidos.

Sin embargo, no podríamos reaccionar ante este drenaje con un nacionalismo cultural, por otro lado hipócrita, cuando no generamos en el propio país las condiciones para preservarlo y socializarlo. El interés de estos países por nuestra producción cultural no puede dejar de ser para nosotros, en cierto sentido, motivo de orgullo; y su capacidad de

cuando señalaba provocativamente poco tiempo atrás: “Carece de sentido batallar por la permanencia en el país de papeles valiosos cuando no existen políticas, recursos económicos, técnicos ni humanos para la preservación y difusión”. En cambio, las universidades y centros del primer mundo “tienen la tecnología para resguardarlos y difundirlos. Estoy de acuerdo con que nuestros papeles queden en la Argentina, pero ¿de qué me sirve el original si por dejarlo aquí lo someto al deterioro ambiental, la burocracia y hasta el peligro de robo?”.⁹

Por una política bibliotecológica y archivística

El cuadro, en suma, es devastador: el drenaje parece inevitable si nuestras bibliotecas y archivos públicos no disponen de presupuestos para

preservarlo, causa de tranquilidad. El problema radica aquí, en nuestro país: en la ausencia de instituciones públicas interesadas en preservar efectivamente este patrimonio más allá de enfáticas enunciaciones; y en la falta de una cultura cívica que las acompañe. En ese sentido, no deja de tener razón Nicolás Helft, uno de los mayores coleccionistas de primeras ediciones y manuscritos de Jorge Luis Borges,

compras que les permitan competir con los precios que ofertan coleccionistas privados o universidades del exterior. Incluso, con respecto al patrimonio que disponen, ni poseen tecnología adecuada para resguardarlo del uso, el deterioro ambiental o el paso del tiempo, ni personal idóneo para catalogarlo según normas bibliotecológicas internacionales, ni siquiera condiciones de seguridad para evitar los robos...

Por eso, como señalé al comienzo, entiendo que el problema es más profundo que el meramente presupuestario: es, insisto, un problema de subdesarrollo cultural. Sin embargo, entiendo que todavía es posible debatir públicamente y poner en práctica algunas políticas bibliotecológicas y archivísticas antes de aceptar resignadamente la descapitalización patrimonial como destino.

En primer lugar, necesitamos otro compromiso de los poderes públicos con la cultura, no sólo un mayor presupuesto para el área, sino también campañas públicas que ayuden a aumentar la conciencia social sobre el significado del patrimonio (edilicio y arqueológico, pero también fotográfico, bibliográfico, archivístico, etc.). Además, es imprescindible una ley de patrimonio cultural que regule la compra venta, sobre todo de manuscritos. La iniciativa privada puede jugar su papel en la preservación cultural, pero siempre dentro de un marco legal claro.¹⁰

En segundo lugar, y en relación al patrimonio existente en manos privadas, a falta de presupuestos para grandes compras, las bibliotecas y archivos públicos podrían darse políticas para restablecer la confianza de los particulares en el legado y la donación. Para ello, las donaciones

a instituciones públicas (tal el caso de la Biblioteca Nacional) deberían transparentarse a través de contratos claros, por medio de los cuales la institución que recibe se comprometería a informar inmediatamente de la donación (por ejemplo a través de su página web, de boletines electrónicos), y a restaurar, ordenar, catalogar y poner dicho material a disposición de los usuarios en un tiempo determinado. Pero como restablecer el espíritu de legado puede llevar un largo tiempo, mientras tanto es necesario avanzar en los programas públicos de registro de cartas y documentos de valor histórico en manos privadas, estrategia que, además de permitir visualizar el patrimonio existente, tiende a involucrar a los poseedores de documentos de este tipo en proyectos de duplicación (vía microfilmación y digitalización) para que al menos las copias queden depositadas en instituciones públicas.¹¹

En tercer lugar, además de la obvia necesidad de afianzar los vínculos con Latinoamérica en pos de una política regional de preservación y socialización del patrimonio cultural, es posible establecer vínculos productivos entre las bibliotecas y archivos locales con los grandes centros y bibliotecas de Estados Unidos y Europa. Existen algunos antecedentes de proyectos conjuntos de microfilmación o digitalización, a través de los cuales las instituciones locales aportan el material documental mientras que las instituciones del exterior financian los costos del trabajo y de los insumos. De las dos copias resultantes, una se deposita en la biblioteca del exterior que financió el proyecto, mientras que otra queda en la biblioteca local. Un acuerdo de este tipo permite mantener el patrimonio

original en el país, disponer de una copia para su consulta pública (con lo que se preserva el original) y socializar, mediante una segunda copia, ese patrimonio nacional en el exterior.¹²

En cuarto lugar, una política patrimonial puede contribuir a poner las nuevas tecnologías al servicio de una mejor preservación y socialización. Por ejemplo, las ediciones digitales de piezas antiguas o agotadas, que reproducen el original con absoluta fidelidad, pueden multiplicarse fácilmente y ser leídas desde cualquier computadora personal, contribuyendo a un mayor acceso público así como a una desfeticización de los originales. Asimismo, la coordinación internacional de un formato de catalogación único a escala planetaria¹³ está permitiendo un flujo permanente de intercambio internacional de información bibliográfica, hemerográfica y archivística, al cual no podemos permanecer ajenos. Las bibliotecas, para tener una existencia viva, y por lo tanto credibilidad pública, deben disponer de catálogos de acceso público. Cualquier opacidad respecto de su patrimonio en relación al usuario, es necesariamente motivo de sospecha. Ahora,

además, para mayor transparencia, esos catálogos deberán estar digitalizados y accesibles, desde la página web, a cualquier usuario. Lejos están hoy nuestras bibliotecas públicas de ofrecer estos servicios, pero deberían estar entre sus metas inmediatas.¹⁴

Los recursos alternativos podrían ser muchos, pero sólo una conciencia y una voluntad colectivas que asuman, con espíritu benjaminiano, aquello de que “el patrimonio está en peligro”, podrán generar un nuevo pacto entre donantes y donatarios, coleccionistas e investigadores, instituciones locales y del extranjero, con el objetivo de frenar la enajenación y la privatización de nuestro patrimonio bibliográfico y archivístico.

(*) Horacio Tarcus es doctor en historia por la UNLP y profesor/investigador de la UBA. Es autor de *El marxismo olvidado en la Argentina* (1996), de *Mariátegui en la Argentina* (2002) y codirector de la revista *El Rodaballo*. Es uno de los fundadores del CeDInCI (Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina) e integrante del Comité Asesor de la Dirección de la Biblioteca Nacional.

NOTAS

1. Quiero dejar constancia de mi agradecimiento a Laura Ehrlich por sus comentarios a este texto.
2. El propio Obispo poseía en su biblioteca muchos de los libros prohibidos del Index... V. Domingo Buonocore, *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*, Buenos Aires, Bowker, 1974, p. 1 y ss.
3. Weinberg, Félix, *El Salón Literario*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1976, p. 40 y ss.

4. En 1838 fue a San Juan mi malogrado amigo Manuel Quiroga Rosas, con su espíritu mal preparado aún, lleno de fe y de entusiasmo en las nuevas ideas que se agitaban en el mundo literario en Francia y poseedor de una escogida biblioteca de autores modernos. Villemain y Schlegel en literatura; Jouffroi, Lermannier, Guizot, Cousin en filosofía e historia; Tocqueville, Pedro Leroux, en democracia; la Revista Enciclopédica, como síntesis de todas las doctrinas; Carlos Didier y otros cien nombres hasta entonces ignorados para mi, alimentaron por largo tiempo mi sed de conocimientos. Durante dos años consecutivos prestaron estos libros materia de apasionada discusión por las noches de una tertulia, en la que los doctores Cortínez, Aberastain, Quiroga Rosas, Rodríguez y yo discutíamos las nuevas doctrinas, las resistíamos, las acatábamos, concluyendo al fin por quedar más o menos conquistados por ellas. D. F. Sarmiento, *Recuerdos de Provincia* (1850); Buenos Aires, EUDEBA, 1960, pp. 186-187.
5. Buonocore, op. cit., p. 166.
6. En la Argentina, en las páginas de agradecimientos a quienes permitieron el acceso a fuentes con que suelen abrirse los libros de investigadores, la satisfacción por haber llevado a término la obra así como las normas usuales de la cortesía, hacen que se suela omitir el arduo trabajo de pesquisa tras el poseedor privado de los documentos, así como la serie de pruebas sucesivas con que los coleccionistas pueden someter al investigador antes de abrirle sus tesoros. Las pruebas suelen reducirse si se trata de un investigador del primer mundo.
7. Cubillo Moreno, Gilda, "El coleccionismo y la compra-venta de bienes culturales en México", en *Memoria* N°128, México D.F., octubre de 1999.
8. Richards, Thomas. *The Imperial Archive: Knowledge and Fantasy of Empire*, London, Verso, 1993, cit. en Josefina Ludmer, *El cuerpo del delito. Un manual*, Buenos Aires, Perfil, 1999, pp. 216-223.
9. Pérez, Ana Laura, "El mercado de los originales", en *Cultura y Nación*. Clarín, 20/7/2002, p. 3.
10. Una Ley Marco de Patrimonio Cultural (Ley N° 1.227) fue promulgada por la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires en diciembre de 2003.
11. Hace unos cinco años se puso en marcha el proyecto "Censo Guía de Archivos Iberoamericanos" promovido por el Centro de Información Documental de Archivos de la Subdirección General de los Archivos Estatales del Ministerio de Educación y Cultura de España y que tiene como objetivo elaborar una base de datos con los principales archivos de Iberoamérica. Asimismo, en diciembre de 1999 se sancionó la Ley Nacional de Régimen del Registro del Patrimonio Cultural (Ley n° 25.197) que establece la centralización del ordenamiento de datos de los bienes culturales de la Nación y designa a la Secretaría de Cultura de la Nación como autoridad de aplicación de dicha ley.
12. Un ejemplo de cooperación (no colonizada) son los dos proyectos de microfilmación (2001 y 2004) realizados por el CeDIInCI con el apoyo de la Universidad de Harvard, el LAMP (*Latin American Microfilm Project*), el Instituto Iberoamericano de Berlín y la BDIC de Nanterre (*Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine*).
13. Me refiero al formato conocido por la sigla MARC (Machine Readable Cataloging, esto es: "registro legible por máquina").
14. Sin ir más lejos, la Biblioteca Nacional editó sus últimos catálogos, informando a los usuarios de sus riquezas bibliográficas, hemerográficas, de sus colecciones de mapas, etc., en la década de 1940..

Lo que callan los archivos

Por Sebastián Scolnik

Si el archivo fue pensado como la elaboración de enunciados inherentes a un determinado diagrama de poder –vía foucaultiana–, o como la producción de una temporalidad lineal del orden, naturalizadora de un presente que se despliega sobre los cuerpos de las generaciones oprimidas –vía benjaminiana–, las prácticas de contra-memoria eran aquellas capaces de elevarse sobre la circularidad de ese poder y descubrir lo callado, “rescatando a los muertos de sus opresores”. Estas hipótesis trabajaron sobre un fondo común garantizado por el estado. Si la preocupación del archivista era evitar la dispersión de los documentos, nuestra preocupación actual es la dispersión social. ¿Qué tipo de interrogación sobre el sentido de nuestra existencia como Biblioteca es necesario formular? La recreación de un sentido a nuestras labores cotidianas implica la puesta en suspenso de los saberes disponibles y una nueva articulación con aquellas experiencias que buscan rehacer la vida colectiva.

I.

La mirada vuelta sobre las páginas del pasado ha sido un tema de polémicas recurrentes entre quienes proclaman las continuidades históricas como punto de producción de sentido respecto a las circunstancias presentes y los que pregonan la soberanía de ese presente, para quienes el predominio de lo histórico ejerce una tiranía que sujeta las prácticas actuales. En este sentido, Nietzsche no reparó en cuidados cuando sostuvo que los *excesos de la memoria* suelen ocasionar un halo melancólico que atenta directamente contra las potencialidades productivas de la vida. No muy distinta –aunque reconociendo la preexistencia de la anterioridad temporal– era la intuición de Bergson, para quién la clave radicaba en encontrar formas de orientar la mirada en ese pasado –elaboradas según las percepciones actuales– como un modo de evitar la *falta de atención a la vida*. Sin un acercamiento “adecuado” al pasado, el recuerdo se vuelve una estructura confiscatoria de la experiencia presente, atrapándolo en una imagen anacrónica o extemporánea. Hasta el propio Marx advirtió sobre el peligro de las presencias de un pasado que, vestido con ropajes nuevos, viene a conjurar aquello que de apertura potencial traen las relaciones sociales singulares de cada momento histórico.

II.

Es evidente que la historia tiene una presencia inquietante en el pensamiento. Historicistas y genealogistas han riva-

lizado sobre esta cuestión. Si para los primeros la historia procede por una sucesión lineal de acontecimientos con arreglo a una finalidad teleológica trascendente, los genealogistas se concentrarán en detectar aquellos puntos de discontinuidades que señalan la emergencia de un acontecimiento singular y las condiciones que lo hacen posible.

La historia no encuentra –según esta perspectiva– su productividad en el desarrollo de una secuencia homogénea y positiva de sucesos, sino en un proceso de rupturas y emergencias en el que ya no es posible hablar de un punto de origen, una procedencia o una tradición primera de la que se sigue el presente, sino de un *combate entre fuerzas*, de la constitución del suceso por elementos dispares, azarosos y contingentes que deshacen la inscripción de la vida actual en una filiación identitaria.

Quizá haya sido Michel Foucault quién con más persistencia continuó la senda del Nietzsche, el genealogista. Para el francés el trabajo de la *nueva historia* ya no consistiría en seguir los desarrollos lineales que elaboran un gran relato, sino en *escuchar la historia* detectando los accidentes del *Afuera* que no se expresan en los grandes ciclos de la “vieja” historiografía. La historia, entendida así, ya no nos proporcionaría una identidad que nos indicaría lo que somos, sino aquello en lo que diferimos. Para ello, el historiador deberá servirse de una serie de procedimientos que trabajen sobre la descomposición

El archivo aparece en Foucault, ya no como la concentración física de la materialidad documental que ha producido una época, sino como el conjunto de palabras y cosas que, en su paralelismo, toda formación histórica dice y muestra de sí.

del “continuum” histórico a través de operaciones de *desgajamientos* que distingan las diferentes capas sedimentarias de la historia estableciendo nuevos modos de clasificación y análisis. Se trata de detectar la incidencia que las interrupciones provocan en el devenir histórico y que se hallan por debajo del Gran Relato de la Historia, a los efectos de detectar umbrales que señalen aquellos puntos de irreversibilidad que producen la diferencia. Ni largas periodizaciones ni estructuras estáticas y progresivas: *No hay inercia del pasado que venga a completar el presente pero tampoco hay contradicción entre estructura y devenir.* Aquí parece encontrar el punto de partida el nuevo historiador, figura que se replantea la relación con los documentos. Al respecto Foucault señala:

No hay equívoco: es de todo punto evidente que desde que existe una disciplina como la historia se han utilizado documentos, se les ha interrogado, interrogándose también sobre ellos; se les ha pedido no sólo lo que querían decir, sino si decían bien la verdad, y con qué título podían pretenderlo; si eran sinceros o falsificadores, bien informados o ignorantes, auténticos o alterados. Pero cada una de estas preguntas y toda esa gran inquietud crítica apuntaban a un mismo fin: reconstruir, a partir de lo que dicen esos documentos —y a veces a medias palabras— el pasado del que emanan y que ahora ha quedado desvanecido detrás de ellos; el documento seguía tratándose como un lenguaje de una voz reducida ahora al silencio: su frágil rastro, pero afortunadamente descifrable... la historia ha

cambiado de posición respecto del documento: se atribuye como tarea primordial, no el interpretarlo, ni tampoco determinar si es veraz y cuál sea su valor expresivo, sino trabajarlo desde el interior y elaborarlo... El documento no es, pues, para la historia esa materia inerte a través de la cual se trata de reconstruir lo que los hombres han hecho o dicho, lo que ha pasado y de lo cual sólo resta el surco: trata de definir en el propio tejido documental unidades, conjuntos, series, relaciones.¹

La metamorfosis de la disciplina histórica que propone Foucault no es menor. El pasaje de la memorización y exégesis de la masa de documentos disponible, al trabajo al interior del tejido documental implica un replanteo de fondo en los estudios de la historia. Una historia que tiende hacia la arqueología, y que descompone las grandes series teleológicas a fin de establecer series de repetición y diferencia. Se trata de *pensar el Otro en el tiempo de nuestro propio pensamiento.* Cada escala tiende a producir su propia historicidad revelándose contra la posibilidad de determinar una ley única para la historia. Foucault habla, en suma, del corrimiento de una historia global que construye un único relato de la civilización trazando relaciones homogéneas en torno a un núcleo central —unidad proporcionada por el Sujeto de la historia— a una *historia general* que despliega la dispersión sin reconocer un centro único liberándose, en última instancia, de toda *filosofía de la historia.*²

El arqueólogo trabaja fundamentalmente descomponiendo las formas

del saber, indisolublemente ligadas al archivo. Pero el archivo –entendido en esta perspectiva– no es lo que suele comprenderse por él. No se trata ni del patrimonio documental, ni de la institución que lo resguarda:

Por este término, no entiendo la suma de todos los textos que una cultura ha guardado en su poder como documentos de su propio pasado, o como testimonio de su identidad mantenida; no entiendo tampoco por él las instituciones que, en una sociedad determinada, permiten registrar y conservar los discursos cuya memoria se quiere guardar y cuya libre disposición se quiere mantener... El archivo es en primer lugar la ley de lo que puede ser dicho, el sistema que rige la aparición de los enunciados como acontecimientos singulares. Pero el archivo es también lo que hace que todas esas cosas dichas no se amontonen en una multitud amorfa... El archivo no es lo que salvaguarda, a pesar de su huida inmediata, el acontecimiento del enunciado y conserva, para las memorias futuras, su estado civil de evadido; es lo que en la raíz misma del enunciado –acontecimiento y en el cuerpo en que se da, define desde el comienzo el sistema de su enunciabilidad. El archivo no es tampoco lo que recoge el polvo de los enunciados que han vuelto a ser inertes y permite el milagro eventual de su resurrección; es lo que define el modo de actualidad del enunciado– cosa; es el sistema de su funcionamiento.³

El archivo aparece en Foucault, ya no como la concentración física de la materialidad documental que ha producido una época, sino como el

conjunto de palabras y cosas que, en su paralelismo, toda formación histórica dice y muestra de sí. Ella compone una *rareza* que el arqueólogo debe detectar y percibir en su singularidad, al tiempo de establecer las series de regularidad propias de la función enunciativa.

La ley de todo lo que puede ser dicho, presupone una relación entre el campo del saber y un determinado tipo de diagrama de poder producido por un juego de relaciones de fuerzas. El poder ya no opera en esta concepción en forma negativa, por represión o por simple ideología, sino suscitando un determinado tipo de verdad positiva formulada en el enunciado y que se supone capaz de producir los *cuerpos sujetos*.

Lo visible y lo enunciado, muestran y dicen al tiempo que excluyen lo Otro como potencias virtuales no efectuadas. La presencia de un campo de invisibilidad de lo visible y de lo callado de aquello que es dicho confieren al pensamiento –como experiencia–

la posibilidad de construir un pliegue sobre la superficie en que se inscriben los enunciados y las visibilidades que posibilita la invención de otros modos de ser, a condición de ir de las palabras a los enunciados, y de las sombras de las cosas a la visibilidad de lo excluido. Será la tarea del *nuevo archivista*⁴ la de escuchar lo que calla el archivo.

La modernidad se caracterizó por la concentración del archivo en un centro archivístico oficial –estatal– donde se construye la memoria oficial de una nación, sus raíces y su identidad, siendo el drama del archivista evitar la dispersión de los documentos, resguardarlos tanto de la diáspora como del inexorable paso del tiempo, verificar su autenticidad y garantizar su difusión.

III.

Walter Benjamin no pensaba la historia del mismo modo. De hecho, para el pensador alemán, esta no puede conocerse como verdaderamente ha sido, sino como la aparición de una imagen. La rememoración aquí no tiene pretensiones de objetividad, sino de una evocación imperfecta, selectiva y arbitraria,

Si la Biblioteca Nacional fue pensada al interior de un modo de lo social, hoy es necesario repensarla cuando el suelo sobre el que se asentaba se ha modificado.

que recuerda al mismo tiempo que olvida. El presente solicita esa imagen en aquellos instantes de peligro en que la secuencia lineal y homogénea de la historia se deshace por la aparición violenta de aquella injusticia irredenta sobre la que se asienta el presente naturalizado. Son momentos de zozobra en que la temporalidad se trastoca en lo que tiene de repetición de cada instante como idéntico al que le sigue. Es Aquello que no fue cerrado y que reaparece por el llamado de una lucha emancipatoria que se reencuentra con su pasado convocándolo y reconociéndose en él. Sólo así, como redención, esa imagen –singular e irreductible– que pasa fugazmente como un *relámpago centelleante*, puede ser aferrada:

*Nada de lo que alguna vez aconteció puede darse por perdido para la historia. Solo para la humanidad redimida puede volverse citable su pasado.*⁵

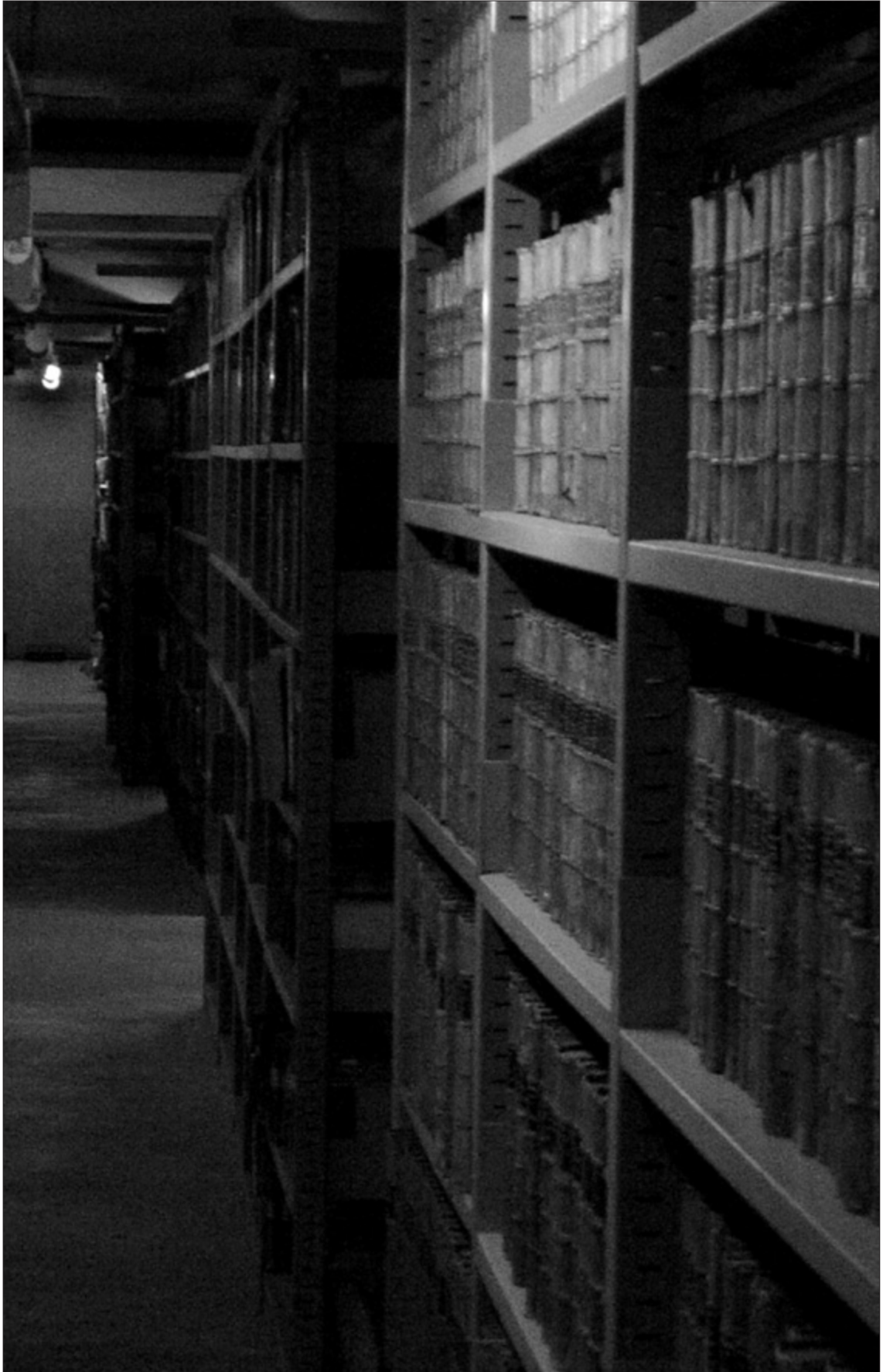
La mirada ya no será hacia atrás, sino al tiempo-ahora, a lo que hay de pasado en el presente, pero no

ya como nostalgia que determina a la contemplación, sino como una radical apertura del tiempo capaz de poner a salvo a nuestros muertos del enemigo, cuyo dominio sobre los vencidos, supone que *no existe un documento de cultura que no sea a su vez un documento de barbarie*.

IV.

Jaques Derrida desarrolló una idea de archivo que permite pensarlo en su ambivalencia: comienzo y Ley, instituyente y conservador. El archivo, una vez constituido como tal, le recuerda a la sociedad lo que esta debe recordar, para lo que se instrumenta un dispositivo institucional que posibilita el acto de conservación, repetición y memorización, y que va desde su reagrupamiento físico, proporcionándole una territorialidad en la que se reúnen los documentos, hasta procedimientos de clasificación y ordenamiento. Todo poder político necesita del control del archivo, tanto en su espacialidad física, como en la autoridad respecto a la ley a recordar. La democratización del archivo –según Derrida– depende del grado de participación social en su constitución, en su accesibilidad y en su interpretación.⁶

La modernidad se caracterizó por la concentración del archivo en un centro archivístico oficial –estatal– donde se construye la memoria oficial de una nación, sus raíces y su identidad, siendo el drama del archivista evitar la dispersión de los documentos, resguardarlos tanto de la diáspora como del inexorable paso del tiempo, verificar su autenticidad y garantizar su difusión.



Dada la memoria oficial, las corrientes críticas trabajaban en referencia a ella oponiéndole una visión alternativa, revisionista. En este punto, y cada uno a su modo, coinciden Foucault y Benjamin. Si para el primero, la labor del genealogista consistía en *hacer de la historia una contra-memoria y desplegar en ella una forma totalmente diferente del tiempo*; para el segundo, el historiador –en este caso como experiencia cultural y política de la clase social de los oprimidos–, tiene como su tarea *pasarle a la historia el cepillo a contrapelo*.⁸ Memoria y contra-memoria como dos polos enfrentados en relación a un único y mismo centro estatal-disciplinario, productor de un cuerpo social cuya figura subjetiva era el ciudadano.

Pero ¿qué sucede cuando el riesgo ya no es la dispersión del archivo sino la dispersión-disolución de lo social? ¿Qué ocurre cuando lo común no es evidente ni está estatalmente garantizado? No seríamos muy originales si reconocieramos que las funciones estatales-disciplinarias han sido alteradas radicalmente en las últimas décadas. Nuevos modos de producción de subjetividades se despliegan. El mercado –como dispositivo social– ha relevado al estado en sus clásicas funciones de formación de ciudadanía, redefiniéndose la idea de lo público. La pérdida de las capacidades soberanas por parte de los estados nacionales y sus redes institucionales, lejos de haber creado una apertura a nuevas formas de libertad, han consolidado formas de control más brutales que las que proponían las sociedades de reclusión.⁹

La aceleración de los flujos económicos y sociales, y agreguemos infor-

macionales, visibles en el proceso de globalización en curso, provocaron un fenómeno de dispersión de los sentidos de la vida social y por supuesto de las instituciones. La precariedad de las vidas, la falta de horizontes estables y la ineficacia de los modos de pensar(nos) tradicionales imponen asumir el problema radicalmente.

V.

¿Qué es lo que debe hacer una Biblioteca Nacional como la nuestra en este contexto? Mucho se ha hablado de sus crisis. Problemas presupuestarios, organizacionales, de burocracia, etc. No es que estos problemas no sean ciertos –al menos en parte– sino que a veces resultan un impedimento para poder pensar su sentido social en épocas de fragmentación social. Si la Biblioteca Nacional fue pensada al interior de un modo de lo social, hoy es necesario repensarla cuando el suelo sobre el que se asentaba se ha modificado. No se trata de echar por la borda toda la experiencia histórica, la producción teórica y documental, sino poner entre paréntesis, las representaciones heredadas respecto al sentido de una institución como la nuestra, para poder pensarla en su novedad. Tarea que requiere de colectivos pensantes capaces de asumir semejante incertidumbre y releer esos saberes –teóricos y bibliotecológicos– desde la perspectiva actual, para lo que es necesario que la Biblioteca se ponga como recurso para el pensamiento y las nuevas experiencias que buscan refundar lo común cuando ha estallado.

NOTAS

1. Foucault, Michel, *La Arqueología del Saber*, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI, 2004, pp. 9-10.
2. Ibid, pp. 10-15.
3. Ibid, pp. 219-220.
4. Deleuze, Gilles, *Foucault*, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1987, pp. 27-48.
5. Benjamin, Walter, *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, Santiago de Chile, Ed. Arcis-Lom, 1997, p. 49.
6. Derrida, Jaques, *Mal de Archivo. Una impresión freudiana*, Madrid, Ed. Trotta, 1997, p. 12.
7. Foucault, Michel, *Nietzsche, la Genealogía, la Historia, compilado en Microfísica del poder*, Madrid, Ed. La Piqueta, 1992, p. 26.
8. Benjamin, Walter, *ibid*, p. 53.
9. Deleuze, Gilles, *Conversaciones*, Valencia, Ed. Pre-Textos, 1996, pp. 277-286.

El archivo del mal

Por Daniel Alvaro

Un conjunto de impresiones inscriptas en un formato y que carece de un nombre capaz de definirlo. El archivo, de naturaleza ambigua, comienzo y futuro abierto a la vez –nos dice Derrida– es la posibilidad de repetir aquello que olvida la memoria, y que, a través de su reunión en un corpus atesorado y espacialmente dispuesto, conjura la amenaza al soberano.

La pregunta del archivo, potencialidad de afirmar un devenir indeterminado, es la pregunta por la política, por sus modos de socialización e integración de la vida colectiva.

Ninguna seguridad, disponibilidad, o garantía, para un concepto del archivo. “Archivo” es sólo una impresión, o bien un conjunto de impresiones que carece de concepto. Contrariamente a lo que podría pensarse, no es esta impresión un concepto inadecuado o incompleto, ni siquiera se trata de un defecto teórico o de una falla conceptual de las disciplinas asociadas a la historia del archivo. Se trata, quizá, de la posibilidad misma del concepto. De un concepto del archivo por venir. Se trata, más allá de todo concepto, de pensar el archivo como una experiencia singular de la promesa.

Una de las tesis que auspiciaba la conferencia pronunciada por Jacques Derrida en junio de 1994, publicada posteriormente bajo el título *Mal de archivo. Una impresión freudiana*, intentaba ligar, precisamente, el concepto de archivo y archivación a la cuestión del porvenir y al enigmático llamado de lo mesiánico sin mesianismo.

Del modo más natural, se suele relacionar el archivo con el tiempo pasado, el saber y la memoria. Pero no se trata aquí del pasado, sino del porvenir, dado que el archivo “es la cuestión misma de una respuesta, de una promesa y de una responsabilidad para mañana”. Es en el porvenir de un tiempo inapropiable, tal vez próximo, pero esencialmente imprevisible, donde el concepto de archivo habrá querido decir algo para nosotros. De ello se sigue la tesis que afirma una radical disimetría del archivo con la arqueología; de un archivo, pues, en permanente tensión con el origen. La demostración de esta hipótesis, comienza por obligarnos a distinguir el archivo de aquello a lo que siempre se lo ha asociado, en particular, la búsqueda segura de un “comienzo absoluto”, los dispositivos arqueológicos, el recuerdo y la experiencia de la *memoria*.

La palabra archivo, según Jacques Derrida, nombra de una vez el comienzo y el *mandato*. En efecto, dos órdenes o dos principios, habitan el corazón mismo del nombre *arkhé*. Por un lado, un “orden secuencial”, esto es, un orden del comienzo (físico, ontológico, histórico), del principio, o del origen. Por otro lado, un “orden del mandato”, orden social de la ley relacionado con el ejercicio de la autoridad. El sentido de la palabra “archivo”, del griego *arkheion*, hace referencia en primer lugar, a una casa, un domicilio, la residencia de quienes ejercían el mando y representaban la ley. Los arcontes eran quienes guardaban, cuidaban y alojaban en sus casas los documentos oficiales, y al mismo tiempo, quienes ostentaban el poder de interpretar los documentos portadores de la ley. Ciertamente, los archivos han de tener un lugar que les sea propio, deben ser consagrados por un espacio de residencia privilegiado, y a su vez han de contar con la estabilidad de un soporte de inscripción.

Ahora bien, el poder o la función arcónica, no simplemente agrupa en un lugar, para luego identificar y clasificar. Pues no basta con que el

archivo resida en algún sitio, sobre un lugar de impresión. Hay también un poder de consignación, que consiste en reunir bajo un mismo sistema la articulación ideal de todos sus elementos. Sobre la amenaza de una diferencia irreductible, el efecto arcónico de la consignación tiende a sellar las partes unas con otras. Amenaza, tal vez, de lo secreto como aquello no archivable.

Del modo más natural, se suele relacionar el archivo con el tiempo pasado, el saber y la memoria. Pero no se trata aquí del pasado, sino del porvenir, dado que el archivo “es la cuestión misma de una respuesta, de una promesa y de una responsabilidad para mañana”.

...el archivo, aun sin saber con certeza aquello que esta palabra nombra, encuentra su lugar en la ausencia original de la memoria que se apresta a conservar.

El proyecto psicoanalítico que encarna Freud, al pensar el cruce del lugar y de la ley, el cruce de la *topología* y de la *nomología* como condición indispensable del archivo, al pensar un archivo

psíquico propiamente dicho que no se reduciría en principio al acto consciente de la rememoración, plantea preguntas esenciales sobre la

relación del archivo con la técnica, sobre la lógica patriarcal del principio archivero, sobre la economía psíquica y su relación con los registros. El psicoanálisis freudiano trabaja efectivamente una nueva teoría del archivo. No en vano su discurso privilegia las figuras de la imprenta y de la impronta, de la censura y de la represión, de la memoria y de la huella.

En 1930 con la publicación de *El malestar en la cultura*, Freud retoma todos estos temas –temas que ya había trabajado en *Más allá del principio del placer–*, pero esta vez desde una perspectiva que se podría llamar culturalista. Freud se entrega en este texto, al desarrollo e interpretación de lo que Derrida llama “una tesis irresistible” o “la posibilidad de una perversidad radical”, a saber, la llamada pulsión de muerte, de agresión o de destrucción. Sin otro fin aparente que destruir las huellas de su propio paso, la pulsión de muerte permite en cada instante aquello que amenaza con destruir. La pulsión de muerte –así mismo, una *pulsión de pérdida–* trabaja pues sin descanso, en la borratura de su archivo. Por esta justa razón, se dice que es “*anarcóntica*”, “*anarchivística*”, o también, “*archivolítica*”. Ahora bien, para llegar a comprender el alcance destructivo de esta pulsión, habrá que recordar aún que ésta no se conforma

con la simple borratura del recuerdo y la memoria, aquello que los griegos llamaban *mnéme* o *anámnesis*; sino que además destruye el propio archivo, el suplemento, el soporte exterior, precisamente aquello que como *hypómnema* no se deja confundir con la memoria. Y esto porque el archivo, aún sin saber con certeza aquello que esta palabra nombra, encuentra su lugar en la ausencia original de la memoria que se apresta a conservar. No hay, digámoslo ya, archivo sin afuera. No hay archivo sin un suplemento exterior que garantice la posibilidad de la repetición, de la reproducción, o de una cierta mnemotecnia. Según Freud, la lógica repetitiva de toda archivación es consustancial al movimiento destructivo al cual se expone. Por esto, el concepto de archivo en Freud, mas también su discurso general sobre el archivo, dirá Derrida, es sin duda alguna contradictorio. Contradicción que lejos de ser negativa, ha de ser afirmada, confirmada, como la condición de posibilidad para un concepto del archivo. He aquí, entonces, que el archivo no puede más que presentarse en su inminente retirada: en aquello mismo que hace posible la archivación, se cumple la exigencia de su olvido, la sustracción violenta del archivo. A esto se llama el *mal de archivo*. Mal de archivo al que irresistiblemente nos debemos. El “*mal de*”, afirma Derrida, bien puede significar otra cosa que el simple padecimiento de un mal, puede significar también el incontenible deseo por encontrar lo ya siempre sustraído a cualquier búsqueda. Dicho de otra manera, no podría haber jamás algo así como un deseo irreprimible hacia el archivo, sin estar atravesado de parte a parte por el llamado “*mal de*” archivo.

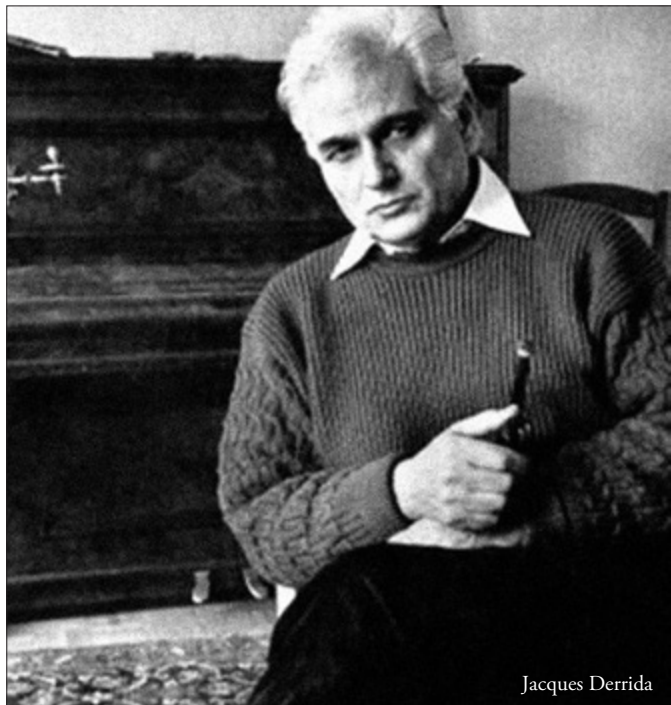
Nada de lo que atañe al archivo es extraño al psicoanálisis. Más aún, la

deconstrucción en curso de la historia del “archivo”, depende hoy más que nunca del porvenir teórico, institucional y científico del proyecto psicoanalítico. Más acá o más allá de Freud, con él y sin él, la deconstrucción del principio arcóntico, consistiría en cuestionar la modalidad temporal del pasado y del presente a la cual queda sometido el tratamiento del archivo, para oponerle un pensamiento de la historicidad abierto al acontecimiento venidero, es decir, un pensamiento afirmativo de la promesa mesiánica y del porvenir que la requiere.

Hacer o dejar venir el archivo, tal es la cuestión de un pensamiento mesiánico previo a todo mesianismo. *Hacer o dejar la venida* de un acontecimiento incalculable, imprevisible en su llegada, es la condición —quizá la única— del archivo por venir y, por lo tanto, de la historia. Expuesto como está, el archivo produce; por esta razón es que no puede hablarse de un archivo “sin resto”. Acaso la exigencia, la más seria responsabilidad del archivo, consista en cuestionar lo que vendrá, aquello que aún resta por venir, y de lo que nada puede decirse ya que permanece indeterminado, es decir, solamente determinado por su condición de ser/estar abierto al porvenir.

El archivo como experiencia de la promesa, incluso como la formalidad estructural de un mesianismo sin religión, es la cuestión decisiva de una política del archivo. En efecto, no hay archivo, sea éste *real o virtual* —oposición tradicional que domina estos conceptos—, sin control del poder político. No cabe duda que la puesta en orden del archivo, habrá sido siempre una cuestión determinante al interior de las relaciones entre lo público y lo privado, en el establecimiento de criterios sobre el acceso a la información,

y en la legislación de los derechos de impresión y de publicación. Porque el archivo siempre ha sido la puesta en obra institucional de la soberanía de un Estado, o sea, el efecto de un principio de consignación, no es posible tratar la cuestión del archivo sin reconocer el fundamento (*arkhé*) del discurso político que lo sustenta, sin tener en cuenta el derecho y la ley que de él dependen. En resumen, la puesta en marcha del archivo se lleva a cabo en un movimiento necesariamente indecible: el carácter impensado de este mal que arrastra todo archivo, que todo lo puede excepto el secreto, exige la difícil tarea de pensar el trabajo imposable de una espera privada de horizonte, esperanza mesiánica que orienta la experiencia radicalmente heterogénea de afirmar el porvenir ético, jurídico y político para un nuevo concepto del archivo.



Jacques Derrida

La bibliografía nacional argentina: una deuda pendiente

Por Susana Romanos de Tiratel ()*

El siguiente artículo, es parte de la ponencia presentada por la investigadora bibliotecológica Susana Romanos de Tiratel en el Congreso Mundial sobre Bibliotecas e Información. 70^a Congreso General y Consejo de la IFLA que bajo el título “Bibliotecas: Instrumentos para la Educación y el Desarrollo” se realizó en agosto de este año, en la Biblioteca Nacional de la República Argentina.

Romanos de Tiratel brinda un cuadro de situación de la inexistente bibliografía nacional argentina, oficial y en curso, con un breve contexto teórico; analiza la normativa legal vigente; y presenta los productos bibliográficos nacionales que se compilaron en el pasado y menciona al único sucedáneo en vigencia; además informa sobre dos interesantes proyectos frustrados, a estos se deben agregar cuatro propuestas formuladas entre 1985 y 1986. La investigadora también incursiona en la revisión de la situación de las bibliotecas depositarias argentinas; como conclusión reflota las ideas que se han ido delineando y propone un inicio de solución.

La bibliografía nacional argentina en curso de publicación es, tal como lo indica el título de la ponencia, una deuda pendiente. Quizás lo que deberíamos preguntarnos es ¿por qué se contrajo?, ¿qué condiciones de realización no se efectivizaron e impidieron llegar al siglo XXI sin que se vislumbre siquiera un intento de solución?, ¿qué posiciones han sustentado los actores involucrados o interesados en el tema?, ¿hubo intentos de compilación? si los hubo, ¿por qué se frustraron?, ¿hay sucedáneos? si los hay, ¿cuáles son sus ventajas y desventajas?

Tal como se puede ver, contestar a todas estas preguntas con profundidad y certeza no es una cuestión sencilla, ni siquiera posible en el tiempo acotado de una presentación en un congreso. Sin embargo, se tratará de proporcionar un cuadro de situación lo más aproximado a la realidad. Para ello se dará, en primera instancia, un breve contexto teórico para establecer qué se entiende hoy por bibliografía nacional, oficial y en curso, como encuadre para el posterior desarrollo y las conclusiones de la ponencia; se pasará luego a analizar la normativa legal vigente con el propósito de ver cuál es el marco regulador actual, señalando sus resquicios y debilidades; a continuación se delinearán un cuadro que enumera, describe y evalúa los productos bibliográficos nacionales, generales y en curso que se compilaban en el pasado y se menciona al único sucedáneo actualmente en vigencia; en general, el bosquejo anterior puede llevar a pensar, equivocadamente, que no hubo reflexiones o propuestas para solucionar la cuestión bibliográfica nacional, sin embargo, existieron en el país por lo menos dos

proyectos frustrados pero sostenidos por ideas muy claras respecto del propósito, la importancia, la normalización y la necesidad de oficializar la compilación de lo que se editaba en la Argentina, a estos hay que sumar cuatro propuestas que se sucedieron entre los años 1985 y 1986; más adelante, se analiza la situación de las bibliotecas depositarias argentinas, con el único objetivo de presentar sus obligaciones y potencialidades.

Conceptos básicos

Se puede definir a la bibliografía nacional, oficial y en curso, como un repertorio que lista exhaustivamente las citas completas y de autoridad de las ediciones nacionales de un país, en sus diferentes formatos y soportes, y que se publica con una frecuencia regular dentro de los plazos más breves posibles. Por cita de autoridad “se entiende aquella redactada por un organismo responsable que, en el caso de las bibliografías nacionales, es la agencia bibliográfica nacional” (Cordón García, 1997: 31).

En los considerandos previos a las recomendaciones finales de la Conferencia Internacional sobre Servicios Bibliográficos Nacionales, realizada en Copenhague entre el 25 y 27 de noviembre de 1998, se ratifica el concepto de Control Bibliográfico Universal (CBU) como un programa a largo plazo tendiente a desarrollar un

Se puede definir a la bibliografía nacional, oficial y en curso, como un repertorio que lista exhaustivamente las citas completas y de autoridad de las ediciones nacionales de un país, en sus diferentes formatos y soportes, y que se publica con una frecuencia regular dentro de los plazos más breves posibles.

sistema mundial para el control e intercambio de información bibliográfica; se destaca la necesidad de consolidar el control bibliográfico nacional como uno de los requisitos previos para el CBU; se reconoce la importancia de la bibliografía nacional como el mejor instrumento para asegurar el registro completo del patrimonio de la edición nacional y para conseguir un control bibliográfico eficaz; se afirma que, si

Los especialistas reconocen que la bibliografía nacional, oficial y en curso, cumple las siguientes funciones: es vitrina y memoria patrimonial porque refleja la producción editorial y, por lo tanto, forma parte de la identidad cultural de un país; informa sobre la edición en curso; es reservorio bibliográfico; es un producto destinado al mercado externo, una vidriera oficial de la edición; suministra todas las informaciones necesarias para la selección y la adquisición, la identificación y la referencia, y sirve como modelo de catalogación.

bien las bibliotecas y las agencias bibliográficas nacionales deben trabajar cooperativamente con otros organismos, la coordinación y la aplicación de las normas es de exclusiva responsabilidad de la agencia bibliográfica nacional; se reafirma el valor del depósito legal como medio para asegurar la conservación del patrimonio

cultural e intelectual y la diversidad lingüística de la nación, de modo tal que sean accesibles a los usuarios actuales y futuros (Conferencia Internacional sobre Servicios Bibliográficos Nacionales, 1998). Sobre estas bases la Conferencia hace 23 recomendaciones respecto del depósito legal, de la cobertura de las bibliografías nacionales, de su presentación y periodicidad, de las normas internacionales utilizadas y de las actividades a realizar por IFLA. Volveremos sobre este último punto en las conclusiones.

Respecto de los materiales que se deben incluir en las bibliografías nacionales es mejor transcribir lo que expresan al respecto las recomendaciones 4 y 5:

4. Las bibliografías nacionales deberán incluir las publicaciones nacionales en curso y si es posible ofrecer una cobertura retrospectiva. Cuando sea necesario se establecerán criterios de selección que se difundirán por la agencia bibliográfica nacional;

5. La bibliografía nacional deberá incluir los registros de los documentos en todas las lenguas y/o escrituras en que se producen las publicaciones dentro del país; y siempre que sea posible, estos registros deberán ir en las lenguas y/o escrituras de la versión original de la publicación; (Conferencia Internacional sobre Servicios Bibliográficos Nacionales, 1998).

Los especialistas reconocen que la bibliografía nacional, oficial y en curso, cumple las siguientes funciones: es vitrina y memoria patrimonial porque refleja la producción editorial y, por lo tanto, forma parte de la identidad cultural de un país; informa sobre la edición en curso; es reservorio bibliográfico; es un producto destinado al mercado externo, una vidriera oficial de la edición (Beaudiquez, 2001: 2-4); suministra todas las informaciones necesarias para la selección y la adquisición, la identificación y la referencia, y sirve como modelo de catalogación (Cordón García, 1997: 31).

El hecho de que haya países que no compilan su bibliografía nacional, oficial y en curso, no implica que se niegue la vigencia de los grandes principios definidos por la IFLA: Control bibliográfico universal y Acceso

universal a la información sino que esta falta puede deberse, básicamente, a dos problemas: carencias presupuestarias que impiden su realización (compilación y publicación) o estructurales: escasa producción editorial, dispersión de la edición nacional o fallas en el cumplimiento del depósito legal (Beaudiquez, 2001: 1-2).

El depósito legal en la Argentina

Desde 1933, el depósito legal está contemplado en la ley 11.723 (Régimen legal de la propiedad intelectual), reglamentada por el decreto 41.233/34 y modificada parcialmente a posteriori a lo largo de los años. En su artículo 1 esta ley define las entidades pasibles de ser registradas y en el 57 establece para las obras impresas quién está obligado a depositarlas: los editores; dónde: en el Registro Nacional de la Propiedad Intelectual hoy Dirección Nacional de Derecho de Autor; cantidad de ejemplares: tres; plazos del depósito: tres meses a contar desde su aparición (Argentina. Leyes, etc. 1933). El decreto reglamentario de esta ley, en su artículo 17, indica el destino de los impresos: Biblioteca Nacional, Biblioteca del Honorable Congreso de la Nación y Dirección Nacional de Derecho de Autor; este último con fines de caución para garantizar el derecho adquirido por los autores, por lo tanto, en el artículo 59 de la ley, se le obliga a publicar la nómina de las obras presentadas a inscripción en el Boletín Oficial (Argentina. Leyes, etc., 1934). Años más tarde, mediante el decreto 3.079/57 se destina otro ejemplar al Archivo General de la Nación (Argentina. Leyes, etc., 1957). Finalmente, un artículo poco analizado de la ley de propiedad intelectual, el

64, agrega que todas las reparticiones oficiales y las instituciones, asociaciones o personas que por cualquier concepto reciban subsidios del Tesoro de la Nación, están obligados a entregar a la Biblioteca del Congreso Nacional, sin perjuicio de lo dispuesto en el artículo 57, el ejemplar correspondiente de las publicaciones que efectúen, en la forma y dentro de los plazos determinados en dicho artículo. Esta última disposición intenta salvaguardar, explícitamente, a las publicaciones oficiales (Argentina. Leyes, etc., 1933).

La observación que podemos hacer respecto de la legislación citada es que, estrictamente hablando, no existe una ley de depósito legal per se, desvinculada de los derechos individuales de los creadores sobre sus obras y, por lo tanto, centrada en objetivos distintos tales como la recolección y conservación de la edición nacional y la posterior creación de los registros bibliográficos oficiales derivados de la misma. Se puede objetar que la reglamentación de la ley 11.723, al establecer el destino de los ejemplares depositados reconoce implícitamente dichos objetivos, pero en realidad no lo hace y, al existir más de una institución

Antes de entrar específicamente en tema, es útil diferenciar dos esferas dentro de las compilaciones bibliográficas nacionales. Una es la general que abarcaría todas las materias tratadas dentro de los formatos macrobibliográficos: libros, publicaciones periódicas, actas de congresos, tesis, páginas Web, etc., sin excluir ningún soporte (papel, electrónico, microfilm, etc.); en esta clasificación entra la bibliografía nacional de un país. La otra es la esfera especializada que incluiría sólo una o un grupo acotado de materias, tratadas, preferentemente, dentro de los formatos microbibliográficos, sin excluir tampoco ningún soporte: capítulos de libros, artículos de periódicas, ponencias en congresos.

depositaria, no queda fehacientemente establecido cuál se hará cargo de la compilación de la bibliografía nacional ni cómo deberá hacerse, no se crea tampoco una agencia bibliográfica nacional ni tampoco se fija su sede en alguna de las unidades depositarias.

Cuadro de la bibliografía nacional en curso

Antes de entrar específicamente en tema, es útil diferenciar dos esferas dentro de las compilaciones bibliográficas nacionales. Una es la general que abarcaría todas las materias tratadas dentro de los formatos macrobibliográficos: libros, publicaciones periódicas, actas de congresos, tesis, páginas Web, etc., sin excluir ningún soporte (papel, electrónico, microfilm, etc.); en esta clasificación entra la bibliografía nacional de un país. La otra es la esfera especializada que incluiría sólo

En 1981 se promulga la ley 22.399 que, en su artículo 1, obliga a todo libro editado en la Argentina a llevar impreso el número del Sistema Internacional Normalizado para Libros (ISBN - *International Standard Book Number*) y, en el artículo 3, designa a la (entonces) Secretaría de Cultura del Ministerio de Cultura y Educación como la encargada de otorgar dicho número...

una o un grupo acotado de materias, tratadas, preferentemente, dentro de los formatos microbibliográficos, sin excluir tampoco ningún soporte: capítulos de libros, artículos de periódicas, ponencias en congresos, etc. (Romanos de Tiratel, 2000); aquí podría mencionarse, por ejemplo, la Bibliografía argentina de Artes y Letras. Ahora bien, los propósitos, las funciones, los públicos a los que se dirigen y las agencias compiladoras de estas dos esferas

pueden coincidir en algún punto pero, en general, difieren en ambos casos. Hecha esta distinción, se podrá entender y justificar la exclusión, a pesar de su importancia, de repertorios especializados nacionales en esta sección del trabajo. Por su parte, las bibliografías nacionales retrospectivas constituyen otra ausencia comprensible, dado que el tratamiento de las mismas merecería un artículo aparte.¹ El primer intento de compilación de una bibliografía nacional, general y en curso data del siglo XIX; nos referimos al Anuario bibliográfico de la República Argentina: críticas, noticias, catálogos. Este repertorio creado, sostenido y dirigido hasta la fecha de su muerte (1885) por Alberto Navarro Viola y, desde el año siguiente hasta su cierre por su hermano Enrique, incluye asientos analítico-críticos ordenados siguiendo una clasificación propia. “El propósito primordial de los autores fue el de reunir ordenadamente los elementos necesarios para la elaboración de la bibliografía argentina en curso. Ello serviría, en primer lugar, para dar a conocer la producción nacional en nuestro país y en el extranjero; y, en segundo término, para elaborar estudios comparativos y estadísticos –durante largos períodos– de dicha producción...”

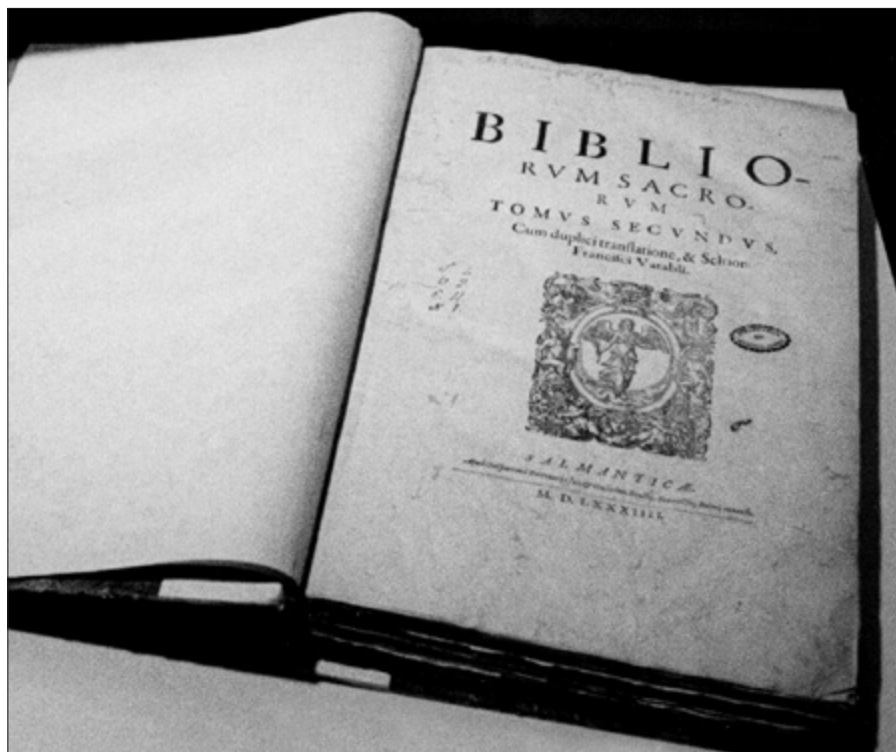
El Anuario incluye libros, folletos, tesis de Derecho y Medicina, publicaciones oficiales, patentes y publicaciones periódicas editados en la Argentina” (Romanos de Tiratel, 1986). Nos encontramos frente a un típico exponente de la bibliografía artesanal del siglo XIX, un intento muy valioso pero aislado y sin continuidad, iniciado y sostenido por particulares, admirable pero fugaz.² Habrá que llegar a 1937 para que se publique el Boletín bibliográfico

argentino cuyo editor inicial es la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual a la que sigue, en 1947, la Junta Nacional de Intelectuales. En 1950 cambia de título y nuevamente de editor: Boletín bibliográfico nacional y Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación para, finalmente, recaer a partir de 1955 en la Biblioteca Nacional. Con una frecuencia variable: semestral y anual, publica 33 fascículos en 23 años. Ordena los registros siguiendo una clasificación propia, desde 1951 lo hace por CDU. Las críticas a este repertorio han sido demoledoras: “La catalogación es muy pobre, y las normas para determinación de autor carecen de validez universal... a menudo los asientos están incompletos [y tienen] numerosos errores... No es una bibliografía exhaustiva... Carece de valor bibliográfico...” (Sabor, 1978: 206-207). Esta obra se inicia como una empresa semioficial para entrar luego en la órbita estatal y terminar en la Biblioteca Nacional que, probablemente, no haya podido continuar y mejorar el intento por carencias presupuestarias.

Otra compilación que se debe mencionar es el Boletín bibliográfico de obras inscriptas, elaborado por la Dirección Nacional de Derecho de Autor (creada por Decreto 800/71 en reemplazo del Registro Nacional de la Propiedad Intelectual). De frecuencia trimestral, ordena las entradas siguiendo una clasificación propia y registra la producción bibliográfica nacional que se haya inscripto en la Dirección: libros, folletos, publicaciones periódicas, obras dramáticas, composiciones musicales, dramático musicales, libretos y programas (cine, televisión, radio), planos, mapas, etc. Esta

obra tiene muchos defectos técnicos, dado que no sigue norma alguna para describir los ítem ni para clasificarlos. Dichas deficiencias se originan, básicamente, en que el personal encargado de planificar y compilar el repertorio estaba guiado por propósitos jurídicos antes que bibliográficos. Sin embargo, a pesar de sus muchas deficiencias técnicas, es la única fuente disponible para el período³.

En 1981 se promulga la ley 22.399 que, en su artículo 1, obliga a todo libro editado en la Argentina a llevar impreso el número del Sistema Internacional Normalizado para Libros (ISBN - *International Standard Book Number*) y, en el artículo 3, designa a la Secretaría de Cultura del Ministerio de Cultura y Educación como la encargada de otorgar dicho número (Argentina. Leyes, etc., 1981). En la resolución 407/81 se la designa “Agencia Internacional ISBN” u oficina nacional de grupo en todo el país; entre sus atribuciones nos interesa destacar la que fija la elaboración del catálogo ISBN con la inclusión de la producción bibliográfica argentina, clasificada por títulos, autores, materias y editores; para ello, indica que se considera libro a toda publicación impresa unitaria de frecuencia no diaria y sin regularidad periódica⁴ (Argentina. Presidencia de la Nación. Ministerio de Cultura y Educación, 1981). El 25 de junio de 1981, la Secretaría celebra un convenio con la Cámara Argentina del Libro (CAL), mediante el cual, desde esa fecha, la entidad que reúne y defiende los intereses de algunos editores⁵ se hace cargo de administrar el ISBN en el país (Goldstein, 1993: 75-77). A raíz de esta actividad, desde 1982 la CAL registra y publica, primero en soporte papel y luego en CD-ROM, acumulados que identifican los libros



de edición argentina que hayan tramitado el ISBN. Dado que se trata de una bibliografía comercial no está obligada a proporcionar registros oficiales ni todos los elementos exigidos en el nivel más alto de descripción. De todos modos, en un nivel básico, las entradas son completas, permite la recuperación por título, editor, fecha, código internacional de materias y con texto libre en cualquier campo. En el último año y lo que va de este la CAL ha intentado brindar la información desde su página Web con poca fortuna, de todos modos sigue trabajando en el tema⁶ y lo más probable es que pueda resolver pronto los problemas técnicos. Si la malla de la red del depósito legal deja pasar muchas obras sin identificar, a la del ISBN le ocurre otro tanto. A esto se debe agregar que no registra todos los formatos en cualquier soporte; su fuerte son los libros impresos. Por ejemplo, si quisiéramos conocer las seriadas que se

publican en nuestro país deberíamos recurrir a la Bibliografía nacional de publicaciones periódicas argentinas registradas con ISSN. Se trata de la primera versión electrónica editada por el Centro Nacional Argentino de ISSN del Centro Argentino de Información Científica y Técnica (CAICYT) que registra 7.264 títulos asignados desde 1974 hasta la fecha con información de periódicas editadas desde 1858. Incluye el registro bibliográfico completo, nombre y dirección del editor, temática y características; agrega, para las revistas científicas, repertorios que las indexan y si tienen sistema de arbitraje.

Proyectos frustrados y propuestas

El cuadro que se acaba de pintar pareciera mostrar varios problemas, entre los que se destacan, por un lado, una factura en muchos casos descui-

dada, una discontinuidad alarmante y una falta de claridad en los objetivos oficiales y, por el otro, una ausencia llamativa de ideas respecto de lo que se suele denominar la cuestión bibliográfica nacional. Sin embargo, no sería justo pasar por alto a ciertas personas que reflexionaron sobre lo que era y lo que había, y sobre lo que debería ser y haber en la Argentina. La historia es larga y rica en matices, nombrar y resumir el pensamiento de todos alargaría innecesariamente esta ponencia, por eso, sólo se mencionará a aquellos que hicieron una formulación teórica directa en relación con la bibliografía nacional en curso de publicación o lideraron empresas condenadas al fracaso por la imposibilidad de publicar los repertorios.

En el siglo XX existieron dos proyectos valiosos pero frustrados por diferentes causas. Veremos en primer lugar el de un hombre que en nuestro país adscribe a las ideas más modernas de su tiempo, Federico Birabén (1867-1929). Este ingeniero y bibliotecario presenta en Santiago de Chile, a fines de 1908, una comunicación al IV Congreso Científico Latinoamericano y 1° Pan Americano donde propone la creación de la Oficina Bibliográfica Nacional como un centro “destinado a dar satisfacción a exigencias ya premiosas de nuestro adelanto intelectual...” a lo que agrega “La triple consideración de tratarse de un congreso a la vez científico, internacional y americano me ha parecido suficiente motivo para someterle una cuestión que afecta en alto grado al conocimiento científico, que es de alcance internacional, y en fin, que envuelve un verdadero desideratum de progreso para la mayor parte, quizás, de los países americanos”. Se declara seguidor de

las directivas y clasificación del Instituto Internacional de Bibliografía de Bruselas y las propone para “la solución del problema bibliográfico nacional”. Finalmente, considera que la realización de su proyecto escapa de la esfera privada y debe contar con el apoyo estatal (Birabén, 1908). Resumiendo: necesidad de identificar y dar a conocer una producción intelectual en aumento, internacionalismo y panamericanismo, adopción de normas de descripción bibliográfica y de clasificación que posibiliten la cooperación entre los diferentes países, y reconocimiento de que este tipo

de proyecto sólo tendrá una concreción adecuada con la intervención oficial son las características salientes del pensamiento de Birabén⁷ que, entre marzo de 1909 y mayo de 1910, logra la creación de tres oficinas bibliográficas: en Chile, en la Argentina y en Perú. En nuestro país se desvirtúan las ideas de Birabén que buscaba una dependencia universitaria, más precisamente de la Universidad de Buenos Aires, porque el decreto del Poder Ejecutivo del 10 de noviembre de 1909, crea la Oficina dependiente de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Bajo esta subordinación el proyecto de Birabén fracasa (Romanos de Tiratel, 1996: 62). Frente a esta experiencia negativa, otro ingeniero cordobés, Raúl Cisneros Malbrán que, a fines de la década de 1920, intentaba crear una Oficina Bibliográfica en la Universidad Nacional de Córdoba

...es importante comprender que la bibliografía nacional ha involucionado del mismo modo que, en muchos aspectos, lo ha hecho la Argentina; por eso, la motivación que existió o dejó de existir detrás de su compilación tuvo una enorme influencia sobre su contenido, su accesibilidad y su existencia misma.

(UNC), convence a las autoridades universitarias para que la entidad que propone funcione como una parte más del Rectorado. De este modo, en los considerandos de la Resolución de creación (1928) se destaca lo pernicioso que es para cualquier central bibliográfica depender de una biblioteca, aunque esta subordinación parezca, a primera vista, la más natural, porque las tareas de ambas difieren y el resultado que se obtiene es la absorción de una por la otra (Romanos de Tiratel, 1996: 63).

La Oficina Bibliográfica de Córdoba fue dirigida por Raúl Cisneros Malbrán con la infatigable colaboración de Fernanda Foucaud; ambos trabajaron durante diez y seis años, adhiriendo a las normativas del Instituto Internacional de Bruselas y persiguiendo un doble

El presupuesto de un país no es otra cosa que la declaración concreta de sus prioridades políticas y mientras éstas no cambien será prácticamente imposible resolver la cuestión bibliográfica nacional.

objetivo: la constitución de un repertorio bibliográfico universal y la compilación de la bibliografía nacional que, en 1939,

según informa Cisneros, reúne 42.000 asientos bibliográficos clasificados por autor y, decimalmente, por materia. Cinco años después Fernanda Foucaud aclara que el Repertorio bibliográfico argentino se elabora en dos series: la retrospectiva que contiene las obras aparecidas hasta el 31 de diciembre de 1939, y la corriente que incluye las publicadas desde el 1° de enero de 1940 en adelante. A pesar de que el director y fundador de la Oficina Bibliográfica echó mano a todos los recursos inimaginables para que las autoridades de la Universidad publicaran el repertorio nacional, nunca lo

consiguió. Con el paso del tiempo las fichas se dispersan y la compilación desaparece sin dejar rastros (Romanos de Tiratel, 1996). La idea de un organismo bibliográfico independiente de la Biblioteca Nacional aparece en una serie de trabajos publicados en la década de 1980.⁸ En esta línea Amelia Aguado de Costa propone la constitución de una Comisión para la Bibliografía Nacional Argentina integrada por una serie de organismos vinculados al libro: las cuatro entidades depositarias (Biblioteca Nacional, Biblioteca del Congreso de la Nación, Archivo General de la Nación y Dirección Nacional de Derechos de Autor), la Dirección del Libro y las cámaras del libro. Entre sus objetivos está la publicación de una “Bibliografía Nacional Argentina periódica” (Aguado de Costa, 1985: 6). De igual modo, Elsa Galeotti plantea la creación de un Instituto Bibliográfico Nacional encargado de la realización de la bibliografía nacional argentina (retrospectiva, actual y corriente, y prospectiva) y de la coordinación de toda la actividad bibliográfica del país (Galeotti, 1985: 45-46).

Un año después Josefina E. Sabor se pregunta: ¿qué probabilidades tiene la Biblioteca Nacional de asumir la responsabilidad de compilar y editar la bibliografía general en curso de la República Argentina?... creemos que muy pocas, por no decir ninguna” (Sabor, 1986: 6); a partir de este aserto, presenta los lineamientos de un Instituto Bibliográfico Nacional (Sabor, 1986: 7-10). Por su parte, Hebe Pauliello de Chocholous como conclusión de un meduloso trabajo hace suya la propuesta de Sabor (Pauliello de Chocholous, 1986: 27-28). Las cuatro bibliotecarias mencionadas coinciden,

además, en la necesidad de adoptar normas internacionales –Sabor (1986: 10) menciona específicamente las de descripción bibliográfica de la IFLA– y se insiste en la incorporación e integración a una corriente más amplia que contribuya al control universal de lo que se publica en el mundo.

Las bibliotecas depositarias

Cabe preguntarse ¿de dónde surge esa insistencia a referirse, en forma casi excluyente, a la Biblioteca Nacional como la principal responsable de la compilación de la bibliografía nacional, oficial y en curso? En primer lugar a la “Resolución del Ministerio de Educación (Exp. 56.705/55) que encomienda a la Biblioteca Nacional la compilación y edición del Boletín bibliográfico nacional (vide supra). Posteriormente, cuando por Decreto-Ley 727/71 del mismo Ministerio, se da a la Biblioteca Nacional una nueva estructura, se le encomienda, ante la pobreza del Boletín, la publicación de una Bibliografía nacional en curso... [esta última] nunca fue publicada [aunque] la Biblioteca Nacional preparó para su edición el volumen correspondiente a 1971, que permanece inédito. Además, el departamento técnico... destina una ficha duplicada de cada monografía que cataloga a formar un fichero que pueda servir en el futuro para la redacción de la mencionada Bibliografía...” (Sabor, 1986: 3, 5). Más cercano en el tiempo, el decreto 1.386/96 que aprueba el funcionamiento de la Biblioteca Nacional como organismo descentralizado y autárquico, en jurisdicción de la Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación, fija como

uno de sus objetivos “custodiar, acrecentar, preservar, conservar, registrar y difundir la memoria impresa de la cultura, con prioridad en lo que hace a la herencia cultural del país, recogida sobre cualquier soporte permanente de información” (Argentina. Leyes, etc., 1996). Difundir significa extender, esparcir, propagar físicamente (Real Academia Española, 1992), por lo tanto, implica publicar y distribuir lo registrado dando preferencia a las manifestaciones culturales argentinas; acotamos que esto sólo podría concretarse si los catálogos de la Biblioteca disponibles en línea a través de Internet abarcaran la producción argentina retrospectiva y no sólo desde 1994, y permitieran una búsqueda por país editor, cosa que en la actualidad no hacen, o si se editara la bibliografía



nacional periódicamente. Finalmente, la resolución 86/2003 de la Dirección de la Biblioteca Nacional cuando define su estructura organizativa en el Anexo II, bajo Departamento Procesos Técnicos Acciones, indica: “Organizar y coordinar las actividades relativas a la producción de la Bibliografía Nacional” (Argentina. Presidencia de la Nación. Secretaría de Cultura, 2003). Como se puede apreciar, esta serie de indicios apunta insistentemente hacia una única dirección, sin embargo, si dejamos de lado a la Dirección Nacional de Derecho de Autor por ser una entidad jurídica, restan aún otras dos bibliotecas: la del Congreso y la del Archivo General de la Nación. Respecto de la primera, tal como ya se mencionó antes, el artículo 64 de la ley 11.723 la designa depositaria preferencial de las publicaciones oficiales cuando indica que además del depósito usual, esta entidad debe recibir cualquier publicación editada a costas del Tesoro Nacional (Argentina. Leyes, etc., 1933). En relación con la segunda, es conveniente mencionar que cumple con muchas dificultades sus funciones de archivo nacional, por lo tanto, es difícil incorporarla a un plan general que coordine las actividades de las bibliotecas depositarias en lo referente a la compilación de la bibliografía nacional. Quedarían pues, a mi juicio en un nivel parejo, la Biblioteca Nacional, en la que suelen converger todas las miradas y la Biblioteca del Congreso como candidatas firmes a integrar dicho plan. A modo de conclusión Tal como dice una respetada especialista, Una bibliografía nacional es el espejo en el que se refleja la cultura, el carácter y los intereses del momento en el país, lo hace mediante una lista de las publicaciones

editadas. No sólo sirve como recordatorio histórico, sino que cuando se distribuye a otros países es como una ‘ventana’ por donde se ve ese país (Bell, 1988: 29, cit. por Madsen, 1999).

Utilizando el símil citado, la ventana de la producción nacional (no sólo de libros y periódicas sino de documentos electrónicos, registros de video y sonoros, microformas, tesis, grabaciones musicales, documentos oficiales, folletos, etc.) está semiabierta y el espejo tan empañado que sólo puede devolver una imagen muy distorsionada.

Llegados a este punto es importante comprender que la bibliografía nacional ha involucionado del mismo modo que, en muchos aspectos, lo ha hecho la Argentina; por eso, la motivación que existió o dejó de existir detrás de su compilación tuvo una enorme influencia sobre su contenido, su accesibilidad y su existencia misma.

La única ventana que puede abrirse hoy para reflejar una muy limitada parte de nuestra producción editorial es comercial y, como tal, persigue propósitos de difusión para la venta, por lo tanto, no registra obras agotadas ni aquellas que se comercialicen fuera del circuito tradicional de distribuidores y librerías.

Es muy penoso para una bibliotecaria con vocación bibliográfica llegar a esta instancia. Los puntos que se han venido desarrollando: marco legal con sus vacíos e indefiniciones, intentos deficientes de control bibliográfico de la producción nacional, buenos proyectos y trabajos frustrados por falta de apoyo institucional, propuestas de crear un nuevo organismo bibliográfico separado de la Biblioteca Nacional sólo demuestran la falta de planificación, el desperdicio de recursos humanos y materiales, la

pésima distribución del presupuesto y la falta de voluntad política para remediar una situación a la que nos resistimos a calificar como se merece.

Se podrá aducir que la Argentina, en los últimos años, ha aumentado dramáticamente sus tasas de exclusión social, sin embargo, el problema de la bibliografía nacional es de larga data. Las causas presupuestarias a las que alude Beaudiquez (2001) impidieron, y lo siguen haciendo, su concreción y sostenimiento en el tiempo, pero el presupuesto de un país no es otra cosa que la declaración concreta de sus prioridades políticas y mientras éstas no cambien será prácticamente imposible resolver la cuestión bibliográfica nacional.

Sin embargo, una propuesta muy simple surge de todo lo que se ha venido exponiendo: en primer lugar, habrá que gestionar apoyo estatal específico, traducido en la incorporación de nuevos recursos materiales y humanos o en la reasignación y reorganización de los existentes para que la elaboración de un plan a corto, mediano y largo plazo pueda realizarse y sus recomendaciones cumplirse. En segundo lugar, hay que reconocer la existencia de tres actores que deben coordinarse y trabajar conjuntamente en la distribución de la compilación de la bibliografía nacional en curso: la Biblioteca Nacional para todas las entidades portadoras de información que se registren en la Dirección Nacional de Derecho de Autor⁹, excluyendo publicaciones oficiales (editadas a expensas del Estado) y periódicas. De la compilación de las nombradas en primer lugar se hará cargo la Biblioteca del Congreso y de las seriadas, tal como ya lo viene haciendo, el Centro Argentino de Información Científica y Tecnológica (CAICYT), depen-

diente del Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), organismo oficial que otorga el ISSN. Los directivos y el personal que intervengan y se involucren en el proyecto tendrán que superar todos los imposibles incorporados a la historia profesional; reconocer que la exhaustividad puede ser una meta a alcanzar pero, de ningún modo, un logro inicial; recoger y utilizar con sentido común la experiencia acumulada en todo el mundo; aceptar sin vacilación el formato y las normativas internacionales recomendados para la confección del repertorio nacional; entender que la edición electrónica es una solución muy atractiva para la publicación (Knutsen, 2003); saber pedir ayuda y aceptarla con humildad y buena disposición.

En este sentido y aprovechando la ocasión propicia que genera esta nueva reunión de la IFLA en Buenos Aires, rescatamos la recomendación 19 de la Conferencia Internacional sobre Servicios Bibliográficos Nacionales (1998) que dice: "Cuando sea necesario, la IFLA ayudará a las agencias bibliográficas nacionales a desarrollar sus actividades bibliográficas, por ejemplo: estableciendo proyectos piloto y aportando directrices para desarrollar y elaborar las bibliografías nacionales y organizando con este fin seminarios y talleres a nivel nacional, regional o internacional". Ignoramos cuántos otros países en el mundo están en la misma situación de la Argentina, creemos que son pocos, por eso, si nosotros hacemos nuestra parte podremos aguardar con esperanza ese apoyo que se nos ofrece.

El título de esta ponencia se refiere a una deuda pendiente, una que no se ha saldado aún. Entre tantas deudas internas y externas que ha contraído

nuestro país quizás ésta no sea ni la más importante ni la más urgente, sin embargo, es válido que los bibliotecarios argentinos luchemos con fuerza y decisión por un derecho reconocido en cualquier sociedad humana: la identificación, el registro, la conservación y el acceso a toda su

producción intelectual, cimientos irremplazables para la construcción de la identidad cultural.

(*) Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

NOTAS

1. Para el tema de la bibliografía nacional argentina retrospectiva es útil leer: Sabor, Josefa E., *Manual de fuentes de información*, Buenos Aires, Marymar, 1976, pp. 194-210 y, más recientemente, Zabala, Horacio, *Resumen histórico de la bibliografía argentina* [Archivo electrónico], 2000. En Jornadas Nacionales de Bibliografía (5as. : 2000 : Mar del Plata). [Actas]. Mar del Plata: Asociación de Bibliotecarios, Documentalistas, Archiveros y Museólogos; Departamento de Documentación y Biblioteca Central de la Universidad Nacional de Mar del Plata. 1 CD-ROM.
2. Para obtener otro punto de vista sobre este repertorio se puede consultar: Sagastizábal, Leandro de, *Diseñar una nación: un estudio sobre la edición en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, 2002.
3. Exceptuando a *Polibiblon: bibliografía acumulativa argentina e hispanoamericana*. N° 1 (1947), N° 7 (1947). Buenos Aires, [s. n.], 1947; y a *Biblos*, órgano oficial de la Cámara Argentina del Libro. Buenos Aires: Cámara Argentina del Libro, 1941-1966.
4. La ley en cuestión toma la definición dada en la N° 20.380/73 que fuera posteriormente derogada y reemplazada por la 25.446/2001, de fomento al libro y la lectura, y que no proporciona ninguna definición de lo que, legalmente, se considera un libro.
5. Otra entidad similar es la Cámara Argentina de Publicaciones.
6. Cámara Argentina del Libro: <http://www.editores.com> (Consultado: 27/4/04)
7. Para ampliar puede consultarse: Menéndez Navarro, Alfredo, Guillermo Olagüe de Ros y Mikel Astrain Gallart. "Ciencia, positivismo e identidad nacional en el Cono Sur: la participación argentina en los proyectos documentales contemporáneos (1895-1928)", en *Hispania: revista española de historia*, N°62 (1): 221-258. 2002.
8. Veinte años antes, Coutoure de Troismonts, luego de estudiar el panorama de la bibliografía nacional en curso, tanto general como retrospectiva, propone la creación de un ente que coordine el esfuerzo conjunto de todos los organismos implicados; para ampliar véase Coutoure de Troismonts, Roberto. *Estado actual de la bibliografía nacional argentina*. Buenos Aires: Fundación Interamericana de B. Franklin. 1965.
9. Para una lista completa de las obras que registra la Dirección Nacional de Derecho de Autor, consultar <http://www.jus.gov.ar/minjus/ssjyal/Autor/default.htm> Referencias bibliográficas Aguado de Costa, Amelia. 1985. "Bibliografía Nacional Argentina, necesidad impostergable", en *Jornadas Nacionales de Bibliografía* (1as. : 1985 : Mar del Plata). [Actas]. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, Biblioteca Central, pp. 3-7.

Anuario bibliográfico de la República Argentina: críticas, noticias, catálogos. Año I, 1879-año IX, 1887. Buenos Aires: Impr. del Mercurio, Impr. Biedma, 1880-1888. 9 v. Argentina. Leyes, etc. 1934. Decreto 41.233. Disponible en www.infoleg.gov.ar [Consultado 19/3/04] Argentina. Leyes, etc. 1957. Decreto 3.079. Disponible en www.infoleg.gov.ar [Consultado 15/3/04] Argentina. Leyes, etc. 1971. Decreto 800. Disponible en www.jusautor.com.ar/registros.htm [Consultado 19/3/04] Argentina. Leyes, etc. 1996. Decreto 1.386. Disponible en www.infoleg.gov.ar [Consultado 15/3/04] Argentina. Leyes, etc. 1933. Ley 11.723. Disponible en www.infoleg.gov.ar [Consultado 19/3/04] Argentina. Leyes, etc. 1981. Ley 22.399. Disponible en www.filo.uba.ar/contenidos/carreras/edicion/cont/Derechos/isbn.html [Consultado 22/3/04] Argentina. Presidencia de la Nación. Ministerio de Cultura y Educación. 1981. Resolución 407. Disponible en www.filo.uba.ar/contenidos/carreras/edicion/cont/Derechos/isbn.html [Consultado 22/3/04] Argentina. Presidencia de la Nación. Secretaría de Cultura. 2003. Resolución 86. Disponible en www.infoleg.gov.ar [Consultado 19/3/04] Beaudiquez, Marcelle. 2001. *Usages et utilité des bibliographies nationales: quelles perspectives?*, en *IFLA Council and General Conference* (67th : 2001 : Boston). Disponible en www.ifla.org/IV/ifla67/papers/114-119f.pdf [Consulta: 24/4/04] Bell, Barbara. 1988. *Progress, problems and prospects in current national bibliographies: implementation for ICNB recommendations*, en *National Bibliographies Seminar* (1987 : Brighton). Proceedings ed. by Winston D. Roberts. London: IFLA Universal Bibliographic Control and International Marc Programme, 1998. pp. 29-37. *Bibliografía argentina de Artes y Letras*. N°1 (ene.-mar. 1959)-52 (jul.-dic. 1971). Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, 1959-1974. Frecuencia varía: trimestral y semestral. Bibliografía nacional de publicaciones periódicas argentinas registradas con ISSN: BINPAR. [Archivo electrónico]. Buenos Aires: CAICYT. Disponible en www.caicyt.gov.ar [Consultado 26/4/04] Biblioteca Nacional (Argentina). Dirección. Resolución 86/2003. Disponible en www.infoleg.gov.ar [Consultado 19/3/04] Birabén, Federico. 1908. La proyectada Oficina Bibliográfica Nacional [Manuscrito]. Comunicación presentada al IV Congreso Científico Latinoamericano (1° Panamericano). Sesión de Santiago de Chile, dic. 25. Boletín bibliográfico argentino. N°1 (ene.-jun. 1937)-no. 26 (ene.-dic. 1949). Buenos Aires: Comisión Nacional de Cooperación Intelectual, 1937-1950. 26 v. Frecuencia varía: semestral y anual. Continuado por: *Boletín bibliográfico nacional*. N°27 (1950-1951) N°33 (1955-1956). Buenos Aires: Ministerio de Educación, Dirección General de Cultura, 1952-1963. N° 32 y 33, con información 1953-1956, Buenos Aires: Biblioteca Nacional. Frecuencia varía. Continúa a: Boletín bibliográfico argentino. Boletín bibliográfico de obras inscriptas. N°1 (ene.-abr. 1973) N°42 (jul.-set. 1983). Buenos Aires: Dirección Nacional de Derechos de Autor, 1973-1983. 42 v. Trimestral. Conferencia Internacional sobre Servicios Bibliográficos Nacionales. (1998 : Copenhague). Recomendaciones finales. Disponible en <http://www.ifla.org/VI/3/icnbs/fina-s.htm> [Consulta: 24/4/04] Córdón García, José Antonio. 1997. *El registro de la memoria: las bibliografías nacionales y el depósito legal*. 1ª ed. Gijón: Trea. Galeotti de Fernández, Elsa. 1985. Acotaciones sobre la bibliografía nacional argentina. En *Jornadas Nacionales de Bibliografía* (1as. : 1985 : Mar del Plata). [Actas]. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, Biblioteca Central, p. 41-47. Goldstein, Mabel R. 1993. Respuestas jurídicas para la empresa editorial. Buenos Aires: Sielp. Knutsen, Unni. 2003. Electronic national bibliographies: state of the art review. En *IFLA Council and General Conference* (69th : 2003 : Berlín) Disponible en www.ifla.org/IV/ifla69/papers/109e-Knutsen.pdf [Consultado 8/3/04] Libros argentinos: producción registrada en 1982-2003 [Archivo de computadora]. 1a. ed. Buenos Aires: Cámara Argentina del Libro, 2003. 1 CD-ROM. Entre 1997 y 2000, la CAL publicó varios discos compactos de frecuencia variable (trimestral y cuatrimestral) acumulando cada vez los registros desde 1982. Madsen, Mona. 1999. ICNBS 1998. Nuevas recomendaciones para la bibliografía nacional. En *IFLA Council and General Conference* (65th : 1999 : Bangkok). Disponible en www.ifla.org/IV/ifla65/papers/015-123s.htm [Consulta: 24/4/04] Pauliello de Chocholous, Hebe. Un país sin bibliografía nacional. Buenos Aires: Asociación de Bibliotecarios Graduados de la República Argentina, 1986. 35 p. Trabajo presentado a la Reunión Nacional de Bibliotecarios (12ª : 1986 : San Juan). Real Academia Española. 1992. *Diccionario de la lengua española*. 21a. ed. Madrid: Espasa Calpe. Romanos de Tiratel, Susana. 1986. "El anuario bibliográfico de la República Argentina: análisis de un repertorio excepcional", Mar del Plata: Universidad Nacional, 19 p. Trabajo presentado a las Jornadas Nacionales de Bibliografía (2as. : 1986 : Mar del Plata). Romanos de Tiratel, Susana. 1996. "La Oficina Bibliográfica de la Universidad Nacional de Córdoba", en *Boletín [de la] Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos*. (2): 61-68. Romanos de Tiratel, Susana. 2000. *Guía de fuentes de información especializadas: Humanidades y Ciencias Sociales*. 2a. ed. Buenos Aires: GREBYD, 281 p. Sabor, Josefa E. 1976. Manual de fuentes de información. Buenos Aires: Marymar. Sabor, Josefa Emilia. 1986. "El inquietante futuro de la bibliografía argentina", Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, Biblioteca Central, Centro de Investigaciones Bibliográficas, 1986. 12 p. Trabajo presentado a las Jornadas Nacionales de Bibliografía (2as. : 1986 : Mar del Plata).

El archivo como teoría de la cultura

Por Horacio González

La persistente inquietud que provocan los archivos nos interpela respecto a las razones más profundas que nos ligan a ellos, aun cuando no sepamos de qué está hecha esa pasión que nos invita a recorrerlos. Si no nos pueden proporcionar un reflejo idéntico de un mundo pretérito, los archivos se nos presentan como objetos sobrevivientes de aquella experiencia humana que los produjo, confiscados en su ser situado, y que se despliega sobre nuestros días como una enigmática reverberancia capaz de hablar a través de nuestras interpretaciones actuales. Dos caminos para pensar el atesoramiento de los documentos. En tanto un tributo oficial que rinde su homenaje a un remoto pasado acontecido —lo que acentúa el rasgo conservador del hacer archivístico— o en tanto apertura para una teoría de la cultura que repara en un especial cuidado por las condiciones de producción de los textos resguardados.

Este dilema requiere de una revisión de los nombres de “nuestra” historia que han instituido modos singulares del tratamiento documental.

De la capacidad de restituir aquel “presente vivo” del que nos hablan los archivos, depende nuestra posibilidad de pensarnos en la diferencia respecto a aquel pasado que solicita no ser olvidado.

Problema que nos conduce a preguntarnos por el sujeto de conocimiento y por sus capacidades de efectuar una indagación que esté a la altura del desafío que nos formula el archivo.

Las filosofías del archivo son amenazadas por una incipiente y desbordante “ideología de la información” que resuelve los dramas históricos, clausurando sus potencialidades, a través de su reducción a mera “información objetivada” que virtualiza —sirviéndose de un nuevo lenguaje tecnológico— el drama experiencial actual.

I.

¿Por qué tenemos tanto amor a nuestros archivos?, dice Claude Lévi-Strauss. Leemos esta pregunta en *El pensamiento salvaje*, uno de sus magníficos libros. Hace cuatro décadas que se han escrito esas páginas y la propia respuesta del antropólogo resume la actualidad de un problema:

Los acontecimientos a los que se refieren los archivos son atestiguados independientemente, y de mil maneras: viven en nuestro presente y en nuestros libros; en sí mismos están desprovistos de un sentido que cobran, por entero, en virtud de sus repercusiones históricas y gracias a los comentarios que los explican vinculándolos con otros acontecimientos.¹

Pero si en un extremo utópico, los archivos son innecesarios para el pensamiento histórico o los juegos de la memoria, en su propia existencia física son indispensables para otorgar una renuente verosimilitud al propio pasado que fluye. Esta verosimilitud nunca puede entregarse por completo, como desearían los archivistas que buscan en el archivo un símil completo del mundo. Pero la mera existencia del archivo permite resguardar los acontecimientos con el apoyo de una referencia palpable. Existen en él vestigios “encarnados”, retazos sobrevivientes que podrían simbolizar el conjunto de los hechos alguna vez ocurridos.

Es cierto que en los museos, archivos o bibliotecas nunca puede haber un estanco de objetos y piezas sensibles que por sí solas puedan significar la totalidad de los objetos del mundo a ser preservados. La mera existencia de estas instituciones ya supone de por

sí el indicio sacrificial de todo acto de cultura. Estamos tratando en ellas no con la serie de objetos, enlazados a la vida real que los produjo, sino con los objetos supervivientes de la serie que componían. Como precio de esa supervivencia, tenemos objetos que al ser atesorados por la excepcionalidad de su sobrevivencia, reclaman una mirada especial como testigos del modo en que las culturas consumaron el tiempo.

De esta forma, los objetos archivados, catalogados por bibliotecas o acopiados por museos, son retirados de su vida real como sacrificio necesario para su preservación. Realizan entonces una vida irreal, necesaria para el movimiento de la cultura. Esa irrealidad del archivo resguarda de alguna manera la realidad de la vida colectiva. La interpretación de archivo, a la vez, nos propone otros problemas. En primer lugar, una cuestión vinculada al “vitalismo” adherido a los documentos. Por supuesto, de cada pieza inerte

a ser interrogada, no hay porque deducir una vida.

Pero, distantes o imperiosos, en los documentos de archivo subyace una voz que sin duda debe haberle pertenecido en momentos en que ese documento estaba vivo. Es

decir, no apresado por las instituciones que cuidan del tiempo y ensueñan (como las bibliotecas y archivos) evitar que se dismantelen o dispersen los objetos. Si la forma de vida que subyacía a cada objeto capturado por los archivos (o bibliotecas) puede ser evocada, no es difícil encontrar allí el motivo último

De este modo, los objetos archivados, catalogados por bibliotecas o acopiados por museos, son retirados de su vida real como sacrificio necesario para su preservación. Realizan entonces una vida irreal, necesaria para el movimiento de la cultura. Esa irrealidad del archivo resguarda de alguna manera la realidad de la vida colectiva.

de un desconsuelo por la tragedia de las culturas. Y a la vez el camino de la investigación archivera que da lugar a las ciencias del hombre, sobre todo las vinculadas con la memoria colectiva.

Cuando decimos que hay una voz sepultada en los documentos, puede

Sin embargo, el archivismo (o memorialismo documentalista de las culturas) puede hacer sus opciones. En algún caso, por una consecuencia ligada al coleccionismo de los restos de la cultura, bajo el implícito de que las ruinas preservadas museísticamente son un tributo oficial al pasado. En otros casos, por desarrollar alrededor de esos restos salvados de la natural devastación de la historia humana, una crucial teoría de la cultura.

consistir en una explícita primera persona que despeja su intimidad en un escrito o, por el contrario, en un rumor acallado, una mudez que reclama intérpretes, que puede haber tenido varias interpretaciones y llega a nosotros con esas alteraciones, esos balbuceos,

la indescifrable resistencia a perder su impenetrable singularidad.

Documento doméstico en el primer caso, documento público, administrativo en el segundo. Aquí se nos presenta el problema esencial de la cultura: el tema de la palabra heredada, la conocida cuestión del legado cultural, siempre ensombrecido por un cúmulo de agregados y napas enrarecidas que pueden encarcelar su sentido original, si fuera fácil determinarlo. Puede ser la carta íntima, el libro incunable, el acta de una reunión, el *pamphlet* revolucionario, el memorándum reservado, la minuta oficinesca o todo aquel registro en donde la palabra que se ha dicho queda registrada por un tercero imbuído de la noción del valor colectivo, comunitario o político que posee. O ahora, las cartas electrónicas que el lenguaje diario llama *mails*, sometidas

a procedimientos de borrado que le dan una instantaneidad que desafía a la propia filosofía del archivismo.

Surge de inmediato el problema de los aparatos de registro, que concientes de su misión, intervienen precisamente como mediadores de la letra o la voz. Esa mediación no sólo incluye un uso retórico (como esquema que ordena el flujo de sentido), sino que a veces es ese uso el que organiza todo el material sensible, dándole el significado del que carecerían. Sin embargo, el archivismo (o memorialismo documentalista de las culturas) puede hacer sus opciones. En algún caso, por una consecuencia ligada al coleccionismo de los restos de la cultura, bajo el implícito de que las ruinas preservadas museísticamente son un tributo oficial al pasado. En otros casos, por desarrollar alrededor de esos restos salvados de la natural devastación de la historia humana, una crucial teoría de la cultura.

Es evidente que en el primer caso estamos ante una situación absoluta de preservacionismo y en el segundo, ante un *preservacionismo situado*, es decir, una preservación que a su vez es portadora de una fórmula escéptica sobre el andar de las culturas y las instituciones. Éste es el que preferimos. El poderoso recurso al archivismo —que en los despliegues filosóficos de Derrida aparece como la idea del origen de un poder oscuro, y también como el destino futuro de las culturas, forma inversa pero complementaria del acontecimiento—, nos recuerda permanentemente que el puesto de las culturas es el lamento (disimulado en protección) sobre las lógicas de su pérdida. Pero puede significar también el trato imaginativo con las ruinas del pasado para tomar sus aspectos vivos a la manera de una

reposición del sentido oculto de las contiendas culturales.²

Es que hay en esos documentos arcaicos, sean runas, tablillas cuneiformes, cartas de navegación utópicas o epistolarios remotos, un conjunto de voces irreales, atrapadas por la cerámica, el papel o dejadas por un incierto punzón (después diremos algo sobre la idea de “soporte”), que acaso se puedan redimir. Puede decirse interpretar, si es que no gusta redimir, pero en toda interpretación hay algo de rescate in extremis. Desde luego, pueden haber hablado los documentos a través de transcripciones o desciframientos que descansan en la certeza traductora que albergan los oficios de aquellos que bajo el llamado de cualquier ciencia o curiosidad, quieren imaginarse en un diálogo sensible con los acontecimientos del pasado. Pero es sabido que el pasado es sinónimo de incerteza, y en una insólita violentación debida a la soberanía de la actualidad –del tiránico presente que busca su infinitud–, puede llegar a pensarse que nunca ha ocurrido.

II.

Es que el pasado no lo será de cualquier forma (yace en sus encierros documentales, pero al liberarse por la interpretación *ya es otro*) ni podrán ser definidos trivialmente los ámbitos de los imprescindibles conceptos de interpretación. Hay documentos, es claro. Como todo, son signos mudos si son despojados de su cortejo de interpretaciones. Pero al decir interpretación, súbitamente se ven envueltos los documentos –con su fría mudez– en el horizonte inagotable de la imaginación histórica.

Aun leído de una manera despreocupada, Michelet indica las razones de un método de suscitación que supone una posibilidad de revivir el pasado por la imaginación historiadora. Del mismo modo, es posible mentar que José María Ramos Mejía, al igual que Jules Michelet, imagina que pueden levantarse como desafiantes espantajos los personajes que se mencionan en los papeles de los archivos que revisa. Es más, sin esa suscitación de vida, cree que el documento no valdría. Detengámonos un poco en este ejemplo. Ramos Mejía es un autor de inusitada relevancia para este debate. Su modo de historiar se liga decididamente a una problematización dramática del trabajo documental.

Atento lector de la polémica entre Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López³, Ramos Mejía podrá llevar a una gradación, si se quiere más elevada, el recurso a una interpretación vitalista del documento histórico. Para López, en una anticipación asombrosa del pensamiento de Lévi-Strauss⁴, *nuestros archivos no contienen verdaderos secretos, ni encierran la solución de ningún problema histórico o social por resolver; contienen, cuando más, ínfimos o curiosos detalles sobre incidentes personales que en nada pueden cambiar la noción viva y general que todos tenemos de nuestra reciente historia y de nuestra tradición de ayer.*⁵

Ramos Mejía, discípulo de López y de Sarmiento (difícil e interesante caso de discipulado cuya tensión podría ser insoportable), escribe en la introducción y prólogo de *Rosas y su tiempo*, uno de sus libros más extraordinarios, un completo panorama de la historiografía argentina del siglo XIX. Las posiciones en torno a la figura de Rosas hacían propicio tal ejercicio. Asume

Del modo de usar el archivo por parte de Ramos Mejía surge entonces un vitalismo simbolista del documento. Su escritura misma, diríamos que proviene del modo artístico en que consulta el archivo.

ahí el método de la “resurrección dramática” de las figuras ocultas que subyacen en grises documentos, con una advertencia formidable al gran archivista Adolfo Saldías, cuyo linaje mitrista no le había impedido refutar las truculencias dichas sobre Rosas, lo que lograba con el auxilio de un

enorme acopio documental en su poder, en gran parte cedido por Manuelita Rosas. ¡Saldías tenía los documentos del propio Rosas, que según es fama, éste mandaba custodiar por las noches por un peón inglés!

El “Rosas” de Ramos Mejía, que durante mucho tiempo fue repudiado por los “revisionistas” del nacionalismo rosista, tiene una envergadura notable, fruto de una escritura historiográfica de esbelta resolución, de un pensamiento barroco extrañamente conviviente con una estetización biologicista de los actos políticos y de una teatralización de la historia que se sobrepone sobre el acervo documental. No mantiene simpatía hacia el personaje —como de alguna manera tiene el mejor documentado Saldías—, pero construye una visión de Rosas que él mismo llama “shakespeareana”, la que opone a la módica reivindicación “burguesa” que surgiría de un personaje apenas reivindicado como “buen administrador”, tal como surgiría de las bases documentales en poder de los cautos simpatizantes de Rosas. *El archivo, en esta acepción, sería un instituto burgués.* Al contrario, la literatura historiográfica a la Macaulay, a la Vicente Fidel López, aristocrática en

su visión del mundo, resulta libertaria en su uso de los recursos documentales y archivísticos.

Es que Ramos Mejía significa un peculiar desafío para la ética historiográfica y documentalista argentina. Que es un personaje controvertido, lo sabemos. Que la controversia que debemos establecer con él está situada en las previsibles cuerdas de su tentación discriminativa y su empleo dudoso de los conceptos de locura, raza y simulación, no es difícil demostrarlo ni es aconsejable abandonar un apresto crítico hacia su figura contenciosa. Pero no es posible encontrar en esos parámetros el fin de la reflexión sobre el “caso Ramos Mejía”. Porque su escasa disposición democrática en cuestiones políticas, conviven con una democracia radical en cuanto al uso de los recursos y métodos investigativos. Además, bajo el rostro de un elitismo de dandy, se halla una gran libertad y desenfado en el pensamiento, como lo muestra su aguafuerte sobre Yrigoyen, al que ve como un esteta morfínmano en su afanes de conspirador político.

Al aceptar la consigna de López y no la de Mitre, Ramos Mejía abre el cofre de las voces plurales de la historia y pone el ideal estricto de las fuentes históricas en un campo de inagotable polifonismo. El desafío que a la investigación histórica significa su figura recién ahora puede comprenderse. Desde luego, estamos ante un personaje cuyas convicciones políticas lo encuentran decididamente en las filas del más nítido conservatismo. Bajo el influjo de Le Bon, teme a las masas inmigratorias; bajo el influjo de las doctrinas biologicistas del postdarwinismo, mantiene fórmulas como la de la locura hereditaria; bajo el influjo del libro de Edouard Drumond, coquetea con impulsos antisemitas.

Nada de esto ha de ser alivianado o disimulado. Pero es preciso ver que su estilo barroco y su espíritu cómico-decadentista, en cada caso lo lleva a curiosas derivaciones.

Es evidente que su confusa aceptación del concepto leboniano de *multitud*, lo lleva a rozar aspectos de libertarismo pulsional en la comprensión de la acción política; que su esteticismo biologista lo lleva a considerar la inmigración como fuente de un nuevo ciclo vital y que su culto simbolista hacia los signos esotéricos de la ciudad, lo lleva a intuir una hermenéutica de la locura y una necesaria extrañeza en la alteridad humana, al punto de colocarlo mucho más allá de la psiquiatrización política o del racismo.

Del modo de usar el archivo por parte de Ramos Mejía surge entonces un vitalismo simbolista del documento. Su escritura misma, diríamos que proviene del modo artístico en que consulta el archivo. No es propiamente un ensayista —como podría considerárselo bajo otras cuerdas interpretativas— sino más bien un archivista barroco que termina siendo absorbido por una noción de documento, en la cual el historiador debe comportarse como un escenógrafo.

III.

En una primera apreciación, no tan distinto es el caso de Paul Groussac. Cuando se lanza a escribir su *Santiago de Liniers* —obra histórica, no superior, pero más amigable con el lector que su *Mendoza y Garay*—, debe aclarar el propio concepto de documento que invocará.

La historia es ciencia, es arte, es filosofía: todo el mundo lo sabe y

repite; pero quiere la desgracia que ocurra a muchos confundir esa ciencia con la documentación vacía de crítica, ese arte evocador con la fraseología suntuosa, esa filosofía con generalizaciones vagas y arbitrarias que poco ganan con apellidarse síntesis.

Eso dice: se entiende pues que la apelación al documento, a la evocación artística y a la filosofía moral proponga una articulación dificultosa, pero sin la cual no habría escritura histórica. Aquí no se halla Groussac lejos de Vicente Fidel López y de Ramos Mejía, aunque a este último le propina un fraterno castigo en el prólogo a la *Historia de la locura universal* por la impropiedad científica de sus argumentos.

De todas maneras, su espíritu científico lo acercaría más a Mitre —por más que disputa bravamente con él respecto a los hechos que se sucedieron la defensa de Buenos Aires contra los ingleses en 1807— y aunque critica a López por impreciso —“cultivaba la inexactitud como un don literario”⁶—, sin decirlo, espera de la crónica histórica la misma vivacidad literaria que le infundía el hijo del autor del himno. Pero lo que agrava todo, es que debe discutir con todos esos escritores argentinos sobre lo que considera la *sinrazón* del fusilamiento de Liniers, lo que hace de este libro tan sutil y a la vez contundente, una suerte de *Operación Masacre* conservadora.

Las fuentes documentales utilizadas en el Liniers groussaquiano fueron consultadas en el Archivo de la Nación y en la colección de manuscritos de la Biblioteca Nacional, que serían publicados en los *Anales*, revista que le sucede a *La Biblioteca*. Pero en la posterior polémica con Mitre, Groussac —que

no vacila en citar a Tácito o Platón en su libro—, se atiene escrupulosamente al Proceso que en Londres se le sigue al fracasado general Whitelocke. La polémica Mitre-Groussac es menos relevante que la polémica Mitre-López, porque lo que aparentemente está en juego es apenas la posibilidad de un descripticismo más preciso de las batallas de 1807 dentro del perímetro de la ciudad de Buenos Aires, pero más allá del acuerdo de ambos con la *histoire bataille*, se percibe la lucha por el control de la esfera historiadora del Estado.

Ramón Doll, que desarrolló un tipo de crítica cultural de connotaciones agrias pero de una sorprendente agudeza, cierto que ensombrecida por una agresiva intemperancia contra la tradición progresista ilustrada, plantea muy bien el problema de Groussac. Pero las intuiciones felices de Doll, agobiadas por su rencor por las retóricas literarias más encumbradas de la época, no lo llevan a extraer conclusiones justas. Es cierto que Groussac podría ser considerado el escritor que basado en su amplia autonomía ante el medio cultural oficial —en el que actuaba realmente—, rompía con una tradición declamatoria, recubierta de inanes afectaciones.

Pero Doll podía conceder lo primero sin aceptar que Groussac hubiese fundado un estilo brillante y a la vez vernáculo, pues lo ve con las mismas vetas insustanciales y cosmopolitas que afectarían al que, sin duda muy lejanamente, podía ser considerado su sucesor, el mismísimo Borges. Es que la forma imperativa y abrumada que Doll propone para su ética de lectura, que sin embargo mantiene una gracia cachadora muy reconocible, es llamada por él *policía intelectual*. Para el lector de los años 30, podía

no llamar la atención esta extrañada humorada, pero varias décadas después ya no le servirían a Jauretche, que toma no pocos motivos y chascarrillos de Ramón Doll, pero ya llama a lo suyo *filosofía de estaño*, ajeno a toda insinuación persecutoria por involuntaria que fuera.

Pero todas estas formas ensayísticas y caracterologías imaginativas del drama cultural, son el verdadero rastro viviente al que debemos contraponer el debate sobre el archivismo nacional, esto es, el debate sobre el peso existencial de la documentación efectivamente interrogada para formular una teoría de la cultura contemporánea.

IV.

Es que el archivo propone en primer lugar el dilema de enfrentar cada una de las páginas marchitas, en el trance de un presente vivo en el cual podrían engarzarse. Esta posibilidad es la posibilidad de recreación del archivo en términos de una dádiva que el presente le ofrece al pasado y el pasado, a su vez, concede realizar. Apelándose entonces a las cautas ficciones del historiador, ese teatro de la palabra podría descender trabajosamente a recuperar la *experiencia vivida* que alguna vez lo sostuviera. Y más que sostenerlo, ser lo que propiamente denominamos presente, experiencia real, acontecimiento colectivo que pudo haberse presenciado y estimulado en sus protagonistas. Y luego, referencia persistente a la cual habrían de volver los protagonistas cada vez que las circunstancias posteriores obligaran a hacer los cálculos de potenciales actos no ocurridos y de palpables responsabilidades imprevistas de acuerdo a la

dirección de ninguna manera vaticinada que tomaron los hechos. En su *Crítica de la razón dialéctica* dice Sartre:

Se considerará que la Historia ya vivida muestra resistencia al esquematismo a priori; se comprenderá que aunque esta Historia esté ya hecha y sea anecdóticamente conocida, tiene que ser para nosotros el objeto de una experiencia completa...⁷

Es decir, se debe comprender que el ejercicio de la reflexión histórica debe restituir el presente vivo de la situación. El archivo debe abrirse pese a sus propias resistencias. Pero ese presente vivo es una forma del ocurrir temporal; ya no es presente sino bajo la forma de una invocación reconstructiva que sólo puede sucederse desde otro presente de naturaleza diferente al anterior. ¿Alcanza con la recomendación sartreana de la necesidad de afirmar la especificidad del acontecimiento histórico? Sartre subraya *acontecimiento*. Nunca se terminará de reconocer acabadamente hasta qué punto los pensamientos de la teoría política contemporánea que hoy se aferran a esa palabra nacen de una intuición propia de la razón dialéctica, de la cual el “acontecimiento” buscaría finalmente distanciarse y manifestar su propio canto absolutista a la *diference*. Pero la experiencia completa de una especificidad no es otra cosa que el intento de “restituirle sus funciones múltiples” a los hechos que acontecen en la plena libertad de sus determinaciones. Esa libertad, en tanto, se hace necesario reconocerla en el seno de las fuerzas que ella misma alberga y cuyo mero desarrollo permite saber que no habría libertad sin la proyec-

ción de esos dominios condicionantes, ni fines sin contingencias. Como estas estipulaciones tienen rango metodológico, permiten delinear el acontecimiento sin idealismos arquetípicos que sometan la singularidad de los hechos. Así, los *sans-culottes* de 1793 no pueden ser asimilados o reducidos a la condición abstracta de proletarios modernos en ciernes. Sartre combate los fenómenos expresivos de lo social convertidos en “esencias eternas”, lo que décadas después prosperaría en los estudios culturales de finales del siglo XX impulsando un ataque al pensamiento ontológico e histórico.

Todos los grupos sociales —los *sans-culottes*, nuevamente— no podían dejar de ser grupos heterogéneos. Podían definirse como grupos despojados de condiciones de subsistencia, pero a su vez debían encontrar los instrumentos necesarios para su acción, y éstos

son artificios mentales (no lo dice así Sartre) que permitían forjar conceptos operantes en el terreno político.

Estos conceptos son radicalmente ambiguos. Si por un lado los *sans-culottes* esperan de la Monarquía garantías a la propiedad, por otro lado, no pueden dejar de amenazarla exigiendo reparos para el hambre. El pueblo no podía dejar de empujar la revolución pero “su miseria tenía incidencias contrarrevolucionarias”. ¿Y la revolución? No dejaba de serlo por el hecho de preparar las futuras relaciones burguesas. La burguesía, por su parte, debía combatir por la revolución pero esperar que todo acabara de una buena

En el archivo yace lo que parece ya sabido pero clama por una interrogación presente que le demuestre lo que cada documento desea: no ser portador de conocimientos ya cancelados.

vez. Por su lado, los combatientes, los *enragés*, poseían el atributo más enérgico de defensa de la revolución pero por eso mismo sumergían el país en una situación de debilidad frente a la invasión extranjera.

En suma, se configuraba “un combate en medio de las tinieblas”. Los grupos sociales y políticos que participan de la revolución se ven inmersos en situaciones ambiguas, en medio de acciones revolucionarias que invocan recuerdos del pasado, o acciones conservadoras que escapan de sus propósitos originales. Por lo tanto —dice Sartre— hay que “reconocer la originalidad irreducible de los grupos social-políticos así formados y de definirlos en su complejidad a través de su desarrollo incompleto y de su objetivación desviada”.

Sartre está pensando en *El 18 Brumario* de Marx, que le sirve para inspirar en él la idea de que los fines de la acción surgen de un conjunto complejo y variado de intenciones. Incluso, la ilusión ideológica es una parte del campo de los fines. En el famoso escrito de Marx, lo que está en juego son las condiciones de la acción y las formas anacrónicas que la asedian, desfigurando sus raíces inmanentes en la singularidad del presente. Esa desfiguración, en Marx, da lugar a una crónica tejida en ironías y en un tono farsesco que debe llevar a fundar la crítica histórica.

La adulteración, el disimulo y el sainete en la escena histórica motivan la denuncia de una leyenda del poder, denuncia que para ser efectiva tiene que ser narrada como lo haría un autor teatral con recursos de sátiras y graciosos escarnios. El dislocamiento de la verdad es tomado por el escritor crítico como motivo de sus afanes de develamiento. Y lo hace con la espe-

ranza de llevar el sentido de los hechos a un apareamiento definitivo entre las finalidades de cada personaje y los intereses de conocimiento que realmente agotan la significación de cada ente social.

Tanto Sartre como Marx evalúan las acciones cuya raíz está en la imaginación metafórica de los hombres, al revestir sus actos reales de apariencias de conocimiento que vendrían a sustituir lo que no logran examinar con su conciencia autónoma. Sartre, con el ejemplo de los amagues del boxeador, indica algo semejante. No dejan de ser acciones reales aquellas sólo destinadas a mover categorías de la imaginación de los otros. Son falsas en sus fórmulas de eficacia verdadera. Todo esto en virtud de recrear para el conocimiento la *singularidad* de las manifestaciones de sentido político.

Ahora bien, esa singularidad está compuesta de lo que cada agente político no sabe de sí mismo. En el archivo yace lo que parece ya sabido pero clama por una interrogación presente que le demuestre lo que cada documento desea: no ser portador de conocimientos ya cancelados. Cada documento sabe de su ausencia de saber pasado, pues en ello, es un presente que dejó perder su contemporaneidad. Perdió la alteridad de los sucesivos presentes que sobrevendrán. Los documentos aprisionados en el archivo no son una mera condensación de lo que luego se despliega forjando una totalidad provisoria automática, sino un manojito de libertades potenciales en medio de unas alternativas que se presentan con iguales oportunidades de realizarse. El archivo precisa tanto de una custodia como de una disgregación en las preguntas del presente. Lo singular de cada hoja

de archivo cuando era parte de los días vivos de su tiempo adjunto, es lo futuro que no será conocido. Lo presente puede ser conocido pero mantiene una carga de negaciones sobre sí mismo que le impiden realizarse como mero presente. Todo presente llora invisiblemente frente al archivo teórico de la cultura. Y no porque los pliegos y folios antepasados pueden perderse, sino porque aún atesorados, podemos no poseer la clase de lo que haya que averiguar en ellos.

En *El 18 Brumario* de Marx se presentan casi del mismo modo las cosas. Marx postula que si pudiese haber un momento en que las acciones de los hombres se ofreciesen en total transparencia ante su propia mirada realizadora, ése momento no podría ser ningún momento presente. Siempre se cuenta con un conocimiento inadecuado o incompleto de lo que se hace. Los intereses últimos de la realidad son usurpados por sus mediaciones imaginarias. Por eso, era menester en primer lugar describir qué ocurría en ese plano imaginario. Parece tener vida propia, es la conclusión de Marx. La imaginación usurpa las notas inmanentes del reino de la realidad.

Ese presente imaginario, sin archivo metodológico pero engrillado en un pasado legendario, será entonces una imaginación que se declara a sí misma como coadyuvante de la historia en tanto obra ficcional, teatral o poética. Expresa una teatralidad obtusa y recelosa que apenas tiene una virtud sustituta respecto a lo que la acción humana debería asumir como su potencialidad singular. El mundo real comienza a operar así en términos de sustitución y disimulo. Marx quiere develar de esos encubrimientos —y rescatar— los núcleos vivos de la acción autogenerado en cada

presente histórico. El único archivo necesario es aquí el de la memoria de las fuerzas de producción, de la razón crítica y de la materialidad de la experiencia viva de los hombres. ¿Pero esta negación del archivo de mitos escritos no condiciona pobremente el pensamiento histórico como multiplicidad de presentes pasados?

El 18 Brumario es la crítica a los falsos presentes que conciben los actos estatales como pasos de comedia, mascaradas con grandes disfraces y gestos que sirven para encubrir realidades miserables. En un juego de sustituciones, las acciones políticas se revisten aquí de simbologías del pasado para fortificar las pasiones del ama colectiva. Pero a esta mascarada Marx la entiende como fruto de ilusiones fantasmales que reemplazan el drama de la dialéctica por una conciencia temerosa y repetitiva. Lo que lleva al espejismo del éxtasis, al dominio de los mantos sagrados, al imperio de la falsedad. Para describirla, sin embargo, había que comprenderla. El archivo de Marx parece estar menos en el *British Museum* —y vaya si ahí consultaba y fabricaba infinitos borradores— que en la memoria transparente de la humanidad dispuesta a recobrar todo su anterior transcurso alienado en la repentina iluminación de un presente sin máscaras.

El famoso aserto indicando que los hombres hacen la historia pero no en condiciones conocidas por ellos, establece una trágica fisura entre las acciones y la posibilidad de conocerlas. Se presenta ahí un desajuste conceptual que pone en marcha el pensamiento y la misma existencia social. Sin embargo, la mera formulación del problema nos invita a considerar que lo acontecido en la historia tiene

una dimensión visible, memorable y efectiva. En esa rara ductilidad objetiva, más allá de que la conciencia de los hombres sea ociosa para incorporar el conjunto real de las condiciones, hay una facticidad primera que implica ese inicial escalón del hacer histórico. Frente a ella el archivo histórico nunca es nada en el presente: condición para convertirse en la sombra de la historia luego, cuando se lo mire como un arca testimonial, que asusta si sus pruebas se pierden y secretamente nos condena si no lo consultamos para sacarlo del olvido. Sin embargo, de esa renuencia esencial está hecho el presente.

Pero todo presente, digamos mejor, está en posición de negatividad respecto a esa certeza objetiva. Sartre ve la propia práctica humana política como necesariamente ligada a la libertad de elección y por lo tanto a la producción de incerteza y penumbras de lo actual. Hay intencionalidad porque hay incógnitas en el corazón del presente. De modo que la frase marxista debe ser entendida de una forma más circunspecta. ¿No importaría que los hombres actúen en condiciones veritativas explícitas cuánto más se involucra en sus prácticas la idea de la penumbra constitutiva de los hechos? Hay hechos porque existe ese magma pendiente de aplicación que propiamente *los sostiene*. Y esa dependencia es la que permite dilucidar la misma idea de que *hay hechos*. Hay hechos pero no archivos del presente. Eso es la televisión. Hay archivos porque hay pérdidas del presente, que son pérdidas anticipadas que comprobará el pasado.

A partir de estas comprobaciones, no se entienden los alcances encrespados de la crítica que en su momento dirigió Lévi-Strauss a Sartre. Tomando

su mismo ejemplo de la revolución francesa, en *El pensamiento salvaje*, Lévi-Strauss concibe que Sartre no escapa a las fórmulas del pensamiento mítico, aunque sin la ventaja de situarse con comodidad expresiva dentro de él. Las experiencias vividas no son el foco primero de la comprensión histórica, excepto si los esquemas de interpretación mítica así lo disponen. De lo contrario, sucumbiríamos en un trascendentalismo historicista. Es sabido la manera adversa en que Lévi-Strauss se ha expedido contra esta perspectiva, a nuestro ver con notoria injusticia, no fuese que en esa arbitraria refutación ha dejado el rastro de su propio pensamiento mítico, abrumado de una pesarosa originalidad.

¿Por qué imaginar que no hay realidad en este juego de totalizaciones inestables con las que Sartre interpreta la Revolución Francesa? Lévi-Strauss cuestiona el modo en que actúa la totalización, como *a priori* trascendental, que habría que canjear por un *a priori* sin sujeto trascendental (como se ha dicho). Pero que esta totalización sea un recorte entre tantos otros no afecta la historicidad humana, en tanto se piense que los actos realizados bajo este título, son homólogos a la conciencia relacional que permite todo presente histórico. El propio Lévi-Strauss, que considera los acontecimientos como deslindados de la estructura en el caso del totemismo (en una formidable anticipación a las filosofías de los años 80), no tiene otra posibilidad que oponer las series totémicas como superiores a la historia moderna autogenerada, ésta sin respaldo de clasificaciones tomadas del mundo animal o vegetal.

Es que “una historia verdaderamente total se neutralizaría a sí misma”. Esta declaración Lévi-Straussiana es

decisiva. Obliga al perspectivismo, a la elección de grupos y situaciones específicas o analíticas, como si tratara de una clasificación totémica, pero sin el auténtico respaldo que ésta ofrecería. Es la prueba de porqué amamos a nuestros archivos. Mostrando en éste y en casi todos los casos la compatibilidad de su pensamiento con el de Borges, Lévi-Strauss no puede trascender las oposiciones simétricas, a las que sustenta a partir de la tensión con la forma del mito. En Borges no es nada diferente, excepto que el nexo entre partes de la estructura se verifica por la vía del destino y la muerte, cuando la totalidad se hace presente en su mera simetría absurda. De ahí que la totalidad sea un imposible teórico, pues no habría canon de interpretación, con todo lo acontecido pululando sin ton ni son en torno a su propia incapacidad de diferenciación.

Sin embargo, Sartre no debería caer en las mallas de esta enconada crítica. El proyecto de Lévi-Strauss de reintegrar la cultura en la naturaleza —esbozado con atrevida ductilidad— desprecia a la historia en nombre de la etnología. Pone a la historia en estado de archivo trascendental. A poco que consideremos que la lengua de la historia y del historiador no tiene porque operar en la dimensión ética de las reducciones Lévi-Straussianas y que aceptemos una idea del mito más grata que la del autor de *El pensamiento salvaje* (aunque no menos contradictoria que la que él formula), la historia se nos aparecerá como un terreno animado de formas morales e intelectuales en la que el historiador o el pensamiento histórico debe escoger inevitablemente un punto de vista. En todo caso, la noción fenomenológica de experiencia vivida merece un tratamiento que nos interesa

especialmente, pues involucra el modo fugaz de todo tiempo presente.

En el tiempo presente yace lo histórico —sin duda— pero el presente siempre está en estado real de inexistencia. Por eso, es tan dificultoso definir lo presente. El estructuralismo pensó la cruz del tiempo en términos de diacronía y sincronía, emanado de un esquema trascendental ajeno a los núcleos prácticos vividos. Sabía que el verdadero problema era llegar a ellos. Sin embargo, cuando lo vivido aparece,

se diluye en cuadros que interpretan la acción humana presa a un diagrama de oposiciones, simetrías, oxímoron, quiasmas, metonimias, etc., esto es, una retórica nominalista que Lévi-Strauss presentó con una asombrosa maestría —lo que nunca se acentuará lo suficiente— aunque con una brutal destitución

del sentido de lo histórico, como experiencia y como crónica irrevocable de las prácticas colectivas.

Quizás en situaciones de fuerte historización, la etnología estructural y su pensamiento salvaje podrían ser un auxiliar agudo e irremplazable para descubrir las composiciones, exactamente al revés de cómo lo presupone Lévi-Strauss. Ciertamente, anticipándose dos décadas al tono que luego adquirirá la filosofía acontecimental, juzga los archivos como un sistema clasificatorio que recrea

¿El archivo es la forma “mercenaria” de la historia tormentosa? ¿Se puede ser archivista bajo cualquier condición y régimen político? ¿El archivista público o particular debe ponerse por encima de las conmociones sociales o de los partidismos de época? Si estas preguntas fueran respondidas con una afirmación eufórica, es probable que el Archivo fuera el ojo superior e indulgente de la historia acomplejada de los hombres, sarcófago pertinaz de las intenciones rotas, y juez perdonavidas y postrero de los proyectos fracasados.

quiméricamente la contingencia, hace de la historia un mero rito y genera una ilusión, acaso necesaria, de pura historicidad. Pero resulta sorprendente que Lévi-Strauss le atribuya a los documentos la mera cualidad de ofrecer apenas un “sabor diacrónico”. Es cierto que sin los documentos el pasado existe, *de suyo*. Imaginamos, en tanto, un partido Lévi-Straussiano que sólo desea enfrentarse a una forma tajante de la vivencia, a una radicalidad primera donde sólo existiría la forma pura de la vida sin documentación intermediente.

Ya Derrida, en su momento, señaló con exhaustiva precisión el inconveniente de enaltecer la materia primigenia de la *phoné* sobre la mediación escritural o documental, cualquiera que ésta sea. Es sabido que por la misma razón, éste autor defiende el archivo como una forma de la memoria vinculada a la autoridad ancestral como querella esencial de las sociedades, fundadora del pensamiento sobre la escritura como cimiento de la noción de tiempo social. Y también de la propia idea de memoria y de futuro. Nótese el interés que tiene este viejo debate, pues no es posible descartar el modo en que Lévi-Strauss busca la pócima esencial de lo vivido como materialidad final del sentido. Pero esta vivencialidad reside en formas mentales, rubros del pensar que en paralelismo con el fabricar *armarios* de Heidegger, se resuelve en Lévi-Strauss en fabricaciones concretas como la *alfarería*, en la que cohabita el pensamiento operante, y eso es realmente pensamiento y realidad del pensamiento. Pero no es esto a donde apuntamos nosotros.

Buscamos la experiencia vivida a partir de una idea de pérdida que tiene que ver con la existencia de docu-

mentos que atestiguan en su letra o en su simbología, la efectuación de hechos en los que quedó adherida la voz o los enunciados proferidos, en una dimensión física de la que ahora no somos, fatalmente, contemporáneos. Aceptemos que la contemporaneidad de lo pretérito-ocurrido, es mediatizada y menoscabada. Es lógico que sea así; pero en nuestro caso nos preguntamos por el método que nos lleve a recobrarla en la pregunta y el conocimiento. Recobrarla no en la semejanza efectiva de lo vivido sino en las maniobras reflexivas posibles que puedan llevar a reconstituir una escena reflexionante y un pensar.

El debate entre Lévi-Strauss y Sartre no puede quedar asemejado sin más al debate entre Mitre y Vicente Fidel López, pero remotamente algo los mantiene en un tenue y común hilo evocativo. Qué es un archivo, cómo hacerlo hablar, cómo habla la historia en él, cómo pierde sus tesoros no sólo si alguien los incauta o los dispersa, también si no los sabemos interrogar. ¿No son esos los temas de estas polémicas y acaso de todo debate?

V.

Un caso muy especial de archivismo iluminista, periodismo político asalariado, utopismo del explorador científico, filosofía del coleccionista y erudito preceptor de vástagos de corte, es el del polígrafo napolitano Pedro de Angelis. Imposible escribir la historia del memorialismo archivero de la Argentina sin a la vez recordarlo. Esta vida oscura y extraordinaria —y en ella los asuntos referidos a la isla utópica de Pepys, una suerte de réplica brumosa de las Malvinas, no son los

menos importantes—, es una de las claves para preguntarnos hoy sobre la ética archivadora.

¿El archivo es la forma “mercenaria” de la historia tormentosa? ¿Se puede ser archivista bajo cualquier condición y régimen político? ¿El archivista público o particular debe ponerse por encima de las conmociones sociales o de los partidismos de época? Si estas preguntas fueran respondidas con una afirmación eufórica, es probable que el Archivo fuera el ojo superior e indulgente de la historia acomplejada de los hombres, sarcófago pertinaz de las intenciones rotas, y juez perdonavidas y postrero de los proyectos fracasados. Pero ¿Cómo no desconfiar del archi-vismo? ¿Cómo no desconfiar de Pedro de Angelis, archivista misterioso de la historia nacional? En el definitivo libro que Josefa Sabor le dedica a De Angelis —revisando exhaustivamente todas sus intervenciones periodísticas, archivísticas y bibliográficas—, encontramos el siguiente párrafo:

Rosas, cuyas relaciones intelectuales con De Angelis se caracterizaron por una ambivalencia que va desde la mayor desconsideración hasta el elogio, no dejó de poner siempre de manifiesto una pertinaz desconfianza cuando se trató de confiarle materiales, muy notoria cuando estaban en juego obras depositadas en la Biblioteca Pública. El mismo Rosas había prohibido en forma terminante el préstamo a domicilio de libros de la Biblioteca, y se conservan cartas de De Angelis —unas dirigidas a los encargados de la Biblioteca, otras al propio Rosas— en las que aquél solicita que se le permita retirar en préstamo algunas piezas importantes.⁸

Extrañísima descripción de la relación entre un gobernante y su polígrafo, entre un intelectual lector de Vico (De Angelis lo es en grado eximio, lo trae como novedad al Río de la Plata y lo apoya a Michelet para su traducción francesa, la que cita Alberdi en el

Fragmento preliminar al estudio del derecho) y el uso de las bibliotecas y archivos públicos, de uno de los cuales, el de Buenos Aires, De Angelis sería subdirector. Pero la trayectoria del napolitano, pedagogo de cortesanas diversas, significa entre nosotros una extraordinaria oportunidad de

reflexionar sobre el documento y su historicidad, sobre el documento y su extenuación, dispersión u olvido. Pedro de Angelis obtuvo a lo largo de su carrera en Buenos Aires la posesión inusitada de colecciones documentales que raramente un solo hombre puede custodiar. En vida, De Angelis fue acusado de incautarse indebidamente de documentos, y la rara cualidad del coleccionista imperioso que no excluye el oscuro honor del cleptómano, seguramente pudo haber sobrellevado de manera injusta su pasmosa figura, suavemente mercenaria y fervorosa en su misión de devoto coleccionista. Para la novela argentina, como lo demuestra *Respiración artificial*, no ha pasado desapercibido.⁹

Numismático experimentado y dedicado prologuista del vasto material

La Argentina ha surgido como país independiente no de un Archivo sino junto a una Biblioteca, su actual Biblioteca Nacional. “Junto” y no “de” una Biblioteca. Aunque ésta no es simple derivación de los actos políticos de Mayo de 1810. Una Biblioteca como la que mentamos, no sólo significa la actividad específica que ellas cumplen alrededor de la cultura del libro, sino también el recuerdo de los ciclos históricos del país y también de sus proyectos de emancipación.

que había acopiado, no sólo los documentos jesuíticos sino los escritos de los viajeros americanos del siglo XVIII, De Angelis pudo ser sospechado fácilmente de caco de bibliotecas –incluso por el propio Rosas–, como si fuera un personaje del libro de Miles Harvey, *La isla de los mapas perdidos*.¹⁰ Los delitos cartográficos que se presentan y comentan en este sugestivo libro nos ayudan a comprender la dialéctica oscura de los archivos: el coleccionista hace las veces de Estado acopiador y guardián, simultáneamente con el papel de ladrón fervoroso y maniático. Las colecciones relevantes de De Angelis fueron vendidas por él mismo a Brasil, país entonces gobernado por los Braganza, Imperio en el que deseaba prestar servicios diplomáticos e intelectuales, quizás porque le recordaría más el ambiente del Reino de las Dos Sicilias, donde había sido el preceptor del hijo de Murat. La dispersión de los archivos es el sino fatal de todo acopio de los legados antiguos. En la ética del archivista existen dos gradaciones trágicas: el trabajo asalariado en cualquier régimen social que sea, y la dispersión del tesoro. Los dos son males inconsolables y difíciles de conjurar. Nada se sabe del oficio tenaz y oscuro del archivista si no se consideran estas dos calamidades que parecen contradictorias entre sí, como lo son la permanencia incondicional y la dispersión súbita, pero ambas trazan el destino del archivo, su fenomenología, su ética y su filosofía irrisoria. El italiano De Angelis es el eslabón más relevante del ideal archivero del estado argentino como forma de un compromiso cultural, quizás de una teoría de la cultura. El francés Groussac le sigue en el tiempo y en importancia. Paul Groussac es el Estado argentino

mismo con sus papeles y cartapacios, investigado desde sus mismas entrañas. Pero su espíritu irónico, su cercanía amistosa a tres presidentes de la Argentina clásica, patricia e ilustrada –Avellaneda, Pellegrini y Sáenz Peña, quizás los hombres más sensibles del viejo orden– permiten considerarlo un raro caso de funcionario papelerero con tanto autonomismo frente al poder como el que usufructuaban los jóvenes Ingenieros y Lugones –que comienzan criticándolo– y los grupos anarquistas, con los que establecen mutua indiferencia. La intervención de Groussac en debates esenciales, como el de la autenticidad del *Plan de Operaciones* de Mariano Moreno –en un gran episodio de lucha filológica, archivística y bibliotecaria–, representa en gran medida lo que queremos decir cuando hablamos del archivo como síntoma de una teoría de la cultura. Por supuesto que debemos incluir aquí a Ernesto Quesada, que tenía además una propensión reseñística propia de un meticuloso coleccionista, como lo demuestra su comentario¹¹ y posterior libro sobre *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler y que aunaba cierta concepción prusiana de la ciencia histórica con el fervor del documentalista profesional, desdénoso de las vetas utopísticas de las ciencias de la época, como se revela en la condena que Quesada (tanto como Groussac) lanzan contra Lucien Abeille luego de la publicación del atrevido, sin duda errado, pero imaginativo ensayo titulado *El idioma nacional de los argentinos*, en 1900. De una manera u otra, la genealogía archivera argentina no es la fuerza del documentalismo enfrentada al ensayo caracterológico, sino que hay que verla como su cuerda interna, su refutación

nunca consumada y su contradictorio necesario como compañero ineluctable de travesía. Del archivo como pasión incontentada y de su vástago ilegítimo, el ensayismo social-literario, surge el balbuceo indetenible de la teoría de la cultura argentina, hasta hoy. Quizás el remate de este edificio inconcluso pueda percibirse cuando alguien intente conjugar ambos planos en un único relato histórico. Pero aquí será el juego del historiador el que reuniría todas las dimensiones, y seguramente el método investigativo de la historia rechaza tal desafío.¹²

VI.

En *Los nombres de la historia*¹³, Jacques Rancière se acerca a un problema tal como el que concebimos. Allí reflexiona sobre el estilo narrativo de Fernand Braudel y su libro clásico, *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Se trata de examinar la decisión del historiador de ubicar al final de su libro un hecho que fue tan conmocionante para sus contemporáneos: la propia muerte de Felipe II. Entendiendo que no era posible darle a ese episodio una relevancia que lo articulase al desarrollo propiamente dicho de la “civilización material”, con sus largos procesos temporales realizados al margen de las presencias reales, la figura de Felipe II aparece al final de libro como un rey apático, poderoso en su momento pero visto con el ojo del historiador de la duración prolongada.

Apenas un simple efecto textual que el historiador puede visitar metafóricamente en su despacho real. Rancière observa con buen criterio, y un oportuno apoyo en las sutiles meditaciones

sobre los tiempos del relato que hace Émile Benveniste, que la larga duración se escribe en presente y en cambio se elige el tiempo futuro de la segunda persona para las acciones que anteceden a un presente imaginado. Esta solución crea un relato histórico novedoso, donde termina predominando la lógica de un presente imaginario, hipotéticamente configurado por el historiador según la máxima de Benveniste en relación al hecho de que el discurso postula *a partir de su mismo interior* la temporalidad a la que se refiere. Si hay un yo y un tiempo verbal que se expresa, no surge sino de un tiempo presente del cual el discurso siempre da cuenta –porque enteramente está en presente, siempre– y porque ese presente expresivo puede jugar en las diversas temporalidades pasadas o futuras en las que elige situar un acontecimiento.

Esos *tempos* del relato del historiador pueden tener la doble conciencia de ser emitidos desde un presente sui-referencial (como dice Benveniste¹⁴), y poder explorar las capas de tiempo que se recrean desde un presente discursivo cada vez más complejo, en la medida en que debe convivir con un simultáneo presente del pasado y presente del futuro. Munido de estas posibilidades, disponer al final de la obra el relato de la muerte del Rey no podría significar otra cosa de que éste ya no es necesario en la economía de los procesos colectivos, pero al mismo tiempo debe ser sometido a la lección final de un interrogatorio donde el historiador de la “cultura material” concede dialogar con esa sombra y libra un combate crucial en torno a los nombres que deben permanecer en el orden de las explicaciones.

He aquí el historiador con sus utensilios explicativos, la superficie del

tiempo sin confines, tiempo quizás inmóvil que baña a los objetos y se confunde con ellos en ampliadas dimensiones que superan las vidas particulares. Pero los nombres singulares de las vidas concretas irradian su herético aullido para no ser dados de baja –del modo que fuese– gracias a una hipótesis narrativa que revele las “encrucijadas imprevistas”, no raramente ligadas a la aventura irreductible de los hombres que dialogan con su muerte y sus acciones olvidadizas.

Lo que nosotros buscamos, podemos ponerlo en las cercanías de lo que Rancière expone como un relato que tanto persigue la sombra de su propia literatura como la aureola fugaz del tiempo. El tiempo que le ha pertenecido y ha quedado sin rostros ni cuento. Pero lógicamente lo decimos con otro lenguaje y bajo el signo de otra problemática. El archi-vismo argentino y sus teorías de la historia es lo que nos interesa ahora. y también un método –llamémoslo así– por el cual los documentos impregnados de voces disipadas por el tiempo, pueden reverse en términos de una reconstrucción de su cercanía interpretativa y vital. Intuimos que las discusiones sobre el archivo nacional argentino y su corte de sombras bibliotecarias, nos llevan al mismo problema.

En primer lugar, comprobamos el hecho de que la materialidad del archivo mantiene el drama que debe ser respetado por el historiador, pero someterlo a la imaginación del no-archivo. Es decir, a la imaginación del tiempo, donde muchos presentes conviven en un caos que los documentos no ordenan, sino que son arrebatados por él. Del nombre de una vida singular a la de un objeto

cualquiera que perdura mudo en un archivo se elabora el sentido de la pregunta por la historia.

En segundo lugar, el juego entre lo que puede recuperarse de lo perdido y lo que fatalmente se ha perdido de lo recuperado, es una parte inhallable pero intuible de la realidad. El archivo es lo más mimético que pueda imaginarse con esa realidad. No es conservación sino que es conservación dialéctica de lo perdido. Es la realidad de lo que se perderá –del futuro sin pasado– en estado de archivamiento siempre potencial. Este es el archivo en su pasaje a la realidad. Podemos evitar llamar mito a estos planos que se buscan y rechazan, pero nunca la realidad viene a nosotros en su pureza imaginaria, como alcaloide sin mancha, como tiempo inmanente que se deshace de lo que no es suyo. Eso no sucede así. Es realidad porque ocurre alguna vez en la integridad incorruptible de su alma interna, y porque los archivos, bibliotecas y filmes los esperan. La realidad siempre ocurre dos veces. Hay un secretario de actas en el destino ulterior de los hechos. Pero son desafiados por los propios archivos en los que habitan.

La Argentina ha surgido como país independiente no de un Archivo sino junto a una Biblioteca, su actual Biblioteca Nacional. “Junto” y no “de” una Biblioteca. Aunque ésta *no es simple derivación* de los actos políticos de Mayo de 1810. Una Biblioteca como la que mentamos, no sólo significa la actividad específica que ella cumplen alrededor de la cultura del libro, sino también el recuerdo de los ciclos históricos del país y también de sus proyectos de emancipación. En verdad, nace junto al acto emancipador, siempre. La Biblioteca es

archivo imaginario, museo imaginario, más allá de sus existencias visibles, de su naturaleza libresca y papelera.

Las nuevas culturas de la información no han cambiado esta realidad, aunque insisten en modificarla implícitamente con conceptos como “soporte informático”. Al adoptarse esa idea, fruto de una revolución técnica evidente, queda el mundo cultural sometido enteramente a un adminículo de supuesta naturaleza neutral, y se reduce la totalidad del juego cultural histórico con el concepto de “contenidos”. Desde el punto de vista de las teorías de la cultura y sus viejos archivismos –que intentamos revisar en este artículo– significa una vuelta a las más elementales fórmulas del conocimiento, a la mera división entre *forma* y *contenido*, que las culturas filosóficas más elaboradas habían problematizado y superado.

En tercer lugar, el complementario concepto de “sociedad del conocimiento”, salido de Silicon Valley y localizaciones abstractas semejantes, significa una desnutrida interpretación de lo que son y de lo que compone a las sociedades históricas. Se limita el conocimiento con el pretexto de que “todos accedan”, pues el mundo cultural queda escindido en expertos en *soportes* y expertos en *contenidos*, con lo que el modo de pasar a limpio todos los siglos de producción humana anteriores, registra más posibilidades de pérdidas conceptuales de experiencias y textos, que lo que ocurriría si un archivo o una biblioteca antigua fuera saqueada por un ejército invasor, por más que simultáneamente se desarrollan técnicas de preservación que emanan de las mismas concepciones del “soporte”. Que a la vez tiene su travesía historicidad, y hay que

preservar por otras técnicas a su vez más sofisticadas.

Hay pues un debate en términos del drama que se juega entre el archivismo y las técnicas informatizadas para preservarlo. La pertinencia y sutileza de esta discusión nos indica que las culturas se ven, como siempre, asistidas por una tensión fundadora. Es la que percibimos entre las técnicas modernas de almacenamiento o preservación de artefactos del pasado y la subsistencia de sus objetos más arcaicos, que han resistido el paso del tiempo y se presentan ante nosotros como testimonio y tesoro de las antiguas realizaciones de los hombres. Este simple hecho alcanza para percibir los archivos, museos y bibliotecas de un modo más sensible y humanístico que lo que permite suponer las ideas en torno a las técnicas contemporáneas de preservación. No las despreciamos, sino que las adoptamos. No somos “apocalípticos”, como suelen acusar los papas de la informatización del mundo real-histórico.

Pero no hay adopción de tecnologías e instrumentos técnicos (que siempre son formas de la razón, aunque la teoría y el lenguaje del “soporte” no permita entreverlo fácilmente) sin que el juego incesante de la cultura se comprenda como una recurrente pérdida y una continua batalla por la recuperación de lo perdido. Este es el compromiso de la memoria. El libro en sí mismo es un formidable proyecto de preservación de la memoria. Y como sabemos, toda preservación origina técnicas –producto del ingenio humano–, que asimismo han de ser preservadas. Que el preservador deba ser preservado, lección de la filosofía a las tecnologías informáticas, demuestra una vez más que en la tensión que existe

entre objetos de la memoria humana y las tecnologías contemporáneas, debemos encontrar la verdadera raíz de un compromiso con la civilización e incluso con el llamado permanente a que cesen las conflagraciones que destruyen vidas y devoran los patrimonios civilizatorios. Los fallos y fallas de teorías tecnocráticas, como la que trasunta la hipótesis de una “sociedad de conocimiento”, no deben llevarnos a convertirnos en funcionarios de una humanidad virtual.

Debemos cuidar que las revoluciones tecnológicas que se disponen a crear las instancias para hacerse cargo de la memoria colectiva, no asfixien los objetos vivos, que son los testimonios supervivientes que atraviesan el tiempo con su muda interrogación. Debemos seguir mirando esos objetos antiguos y dejar que los libros más arcaicos, que testimonian buena parte de los últimos siglos de la historia moderna, sigan conviviendo con nuestro presente, bajo

el celo y la protección más adecuadas. Todo ello es, sin duda, la fuente de un humanismo renovado. La historia del archivismo argentino o en la Argentina, con sus destellos en dirección hacia una teoría de la cultura siempre en estado de debate, sólo lo confirman.

Este número de *La Biblioteca*, que recoge una memoria realmente existente en la Biblioteca Nacional, quiere trazar el arco de ese problema, desde los primeros archivistas hasta los actuales investigadores de la cultura: los que saben que todo investigador será a su vez no sólo un visitante del archivo, sino una de sus partes constitutivas gracias a su mera presencia, trayendo en él, el polvillo volátil del presente. Con este número de *La Biblioteca*, recordando a antiguos archivistas y modernos investigadores argentinos –como Julio Irazusta o Ángel Rosenblat– esperamos cumplir con la tarea que ésta época y la Biblioteca Nacional requieren.

NOTAS

1. Lévi-Strauss, Claude, *El pensamiento salvaje*, México FCE, 1964.
2. No quiero privarme aquí de ejemplificar con un extraño escrito de Rodolfo Fogwill, *Runa*, que intenta descifrar el mecanismo por el cual sería posible imaginar en forma viva y presencial el juego de una cultura extinguida. Ese desciframiento es una literatura imposible que sin embargo puede ser escrita.
3. Esta polémica se puede seguir con provecho en el vivo resumen que hace de ella Ricardo Rojas, en su *Historia de la literatura argentina*. Puede consultársela en el tomo XIV, titulado *Los modernos*. (Librería La Facultad, Buenos Aires, 1924). Rojas toma partido por Mitre, imaginando que el “método científico” del que López dudaba, terminaría refugiándose finalmente en la novela histórica, más cercano a Walter Scott o a *Salambó* de Flaubert, que a Taine.

4. No decimos esto recurriendo a un estilo comparatista ufano o desafiante a costa de desconocer las diferencias de intención o de ambientación histórica. Precisamente por no desconocerlas, llama la atención el partido tomado por López, en un verdadero acceso “totémico” a la historia nacional, considerada como una expansión de las genealogías familiares. Si se hace la difícil prueba de pasar por alto la opción política de López, que surge del mundo cultural de la élite porteña de la época, con sus vastos e injustificables prejuicios sobre el artiguismo, es posible ver en su método de “resurrección dramática” de una temporalidad perdida, buena parte de las ocupaciones del historiador contemporáneo en su drama frente al archivo. El archivo no sería una prueba científica de las ocurrencias históricas sino una prueba existencial, la “verdad encarnada” de la historia, en la que un sólo documento sobreviviente, puede hacer las veces de todos los documentos que alguna vez hayan existido.
5. Madero, Roberto, *El origen de la historia: sobre el debate entre Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre*, Buenos Aires, FCE, 2001.
6. Groussac, Paul, *Santiago de Liniers*, Buenos Aires, Editorial Estrada, s/f.
7. Sartre, Jean Paul, *Crítica de la razón dialéctica*, Buenos Aires, Losada, 1963.
8. Sabor, Josefina, *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina*, Buenos Aires, Solar, 1995.
9. Efectivamente, puede decirse que en *Respiración artificial*, de Ricardo Piglia, publicada a comienzos de los años '80, la figura de Pedro de Angelis y también la de Paul Groussac, sirven como modelo del intelectual espectral, extraviado entre sus papeles perdidos. Esos intelectuales –evocados entre sombras– contribuyen a definir el enrarecimiento del aire de un país como la propia forma de ser, exquisita y trágica, de ese país. La visión ajena y a la vez asimilada, es la fuerza contradictoria de la mirada que Piglia hace respirar artificialmente para componer la tragedia argentina. Recientemente, se ha publicado la novela de Carlos Catuongo, Angelis, una reconstrucción preciciosa y sutil sobre Pedro de Angelis, proyectado sobre la experiencia del intelectual del siglo XIX, entre vislumbres de bibliotecas, añoranzas de utopías y político de conspiraciones literarias. Todo ello enhebrado en las tinieblas de una investigación histórica que enjuicia al propio tiempo histórico. (Editorial Paradiso, 2003).
10. Harvey, Miles, *La isla de los mapas perdidos*, Barcelona, Editorial Debate, 2001.
11. El episodio de esta larga reseña de un libro publicado en tres volúmenes es satirizado por José Ingenieros en un artículo firmado con el pseudónimo de Barreda Lynch en la *Revista de Filosofía*. Quesada luego da un curso sobre Spengler –con el que tenía relación personal– y lo publica en el libro *La sociología relativista spengleriana*. En los recuerdos de Quesada sobre Ingenieros a propósito de la muerte de éste, se revelan interesantes contrapuntos sobre el modo de trabajo intelectual de ambos. Ingenieros decía que el método del apunte constante de Quesada (el apunte personal es el reverso y a la vez el complemento del Archivo) era un “tonel de Danaides”. (Cf. el número extraordinario de la revista *Nosotros* dedicado a José Ingenieros, Tomo LI, 1925)
12. Quizás podamos interpretar de esta manera el intento de Tulio Halperín Donghi, mediador a la distancia entre Mitre y López.
13. Rancière, Jaques, *Los nombres de la historia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1994.
14. Cf. Èmile Benveniste, *Problemas de lingüística general*, México, Siglo XXI editores, 1985.

Rostros y figuras de la investigación en la Argentina

Cuando se funden la historia y el lenguaje se constituye una identidad. "Todo lenguaje es un alfabeto de símbolos cuyo ejercicio remite a un pasado que los interlocutores comparten" sentencia Borges en El Aleph. Rostros y figuras de la investigación en la Argentina intenta mostrar diversos ejemplos de cómo se dio la fusión entre historia, lenguaje y modelos de investigación cultural. Inevitablemente, debe representar así una muestra itinerante por los perfiles de personajes que construyeron la historiografía (ese tribunal de instrucción en donde se evalúan las pruebas para el juicio de la historia), que estudiaron el lenguaje de los argentinos y trazaron horizontes cambiantes respecto a la evasiva pregunta sarmientina, "quienes somos cuando argentinos nos llamamos".

Gerardo Oviedo, en su artículo titulado Una Aporía del Patriotismo Filológico: El Argentinismo extran-

jero, esgrime un concepto que puede ser, o no, un oxímoron: el argentinismo extranjero y analiza el rol de dos personajes clave en la creación del pasado nacional: Esteban Echeverría y Pedro de Angelis, ambos fuerte, inexorablemente influidos por corrientes europeas. El romanticismo o "un aire de familia viqueano", los confunden en la densidad analítica-temporal en la que se interna Oviedo.

Mucho se ha escrito acerca de la inexistencia de una gran civilización precolombina en las desamparadas tierras rioplatenses, falencia que permite explicar, desde un reduccionismo inquietante, la vocación europeísta de los constructores de la nacionalidad y también la ausencia de un Garcilaso. Es que la cultura tiene que ver, entre tantos factores incidentales, con un sentimiento de pertenencia, sentimiento que inspiró a los futuros peruanos o mejicanos y que en el Río de la Plata estaba denigrado por la ocupación variable de un lugar afín a la supervivencia. Nativos y desierto marcharon siempre juntos dispuestos a abjurarse mutuamente.

Quizás, en virtud de ello se desconozcan los legados colectivos para encontrar otro elemento fusionante en la lealtad a un jefe político (¿El Rosas o el Quiroga de Sarmiento?). Sarmiento mismo, entre otros autores, reconoce en Rosas el aglutinante que la patria, difusa y vocacional, no genera. Una idea en esa dirección surge en la obra de Halperín Donghi que Alejandro Moreira contribuye a descifrar muy adecuadamente en este número.

La idea de patria emergió mitificada a partir de una lengua transplantada, con aportes indígenas que fueron rechazados por la ilustración vernácula y por ideas esencialmente francesas, impulsadas por la Generación del 37. Oviedo postula, remitiéndose a autores como Lucien Abeille y Martínez Estrada, que no sólo el autonomismo idiomático, sino el patriotismo serán desenmascarados por las semióticas contemporáneas como ilusiones gramaticales.

En otros artículos, Guillermo David y Mario Tesler encuentran respuestas, en oscuros anaqueles, sobre Pedro de Angelis, el gran demiurgo de la historiografía

rioplatense, rastreador incansable, archivista obsesivo; su pasado rosista lo privó de un “ranking” más relevante en el panteón republicano. Para vindicar a De Angelis es necesario “salvarlo de sí mismo” escribe David con relación a las “orteguianas circunstancias” que moldearon las mutables adhesiones políticas del intelectual napolitano. Por su parte, el pensador francés Patrice Vermeren semblantea las afinidades ideológicas, las tendencias literarias y los desvelos archivísticos de su compatriota Paul Groussac.

En José María Ramos Mejía, la investigadora Hebe Clementi vislumbra a un “buceador de verdades”. Clementi transmite la sensación de que el científico Ramos Mejía, al momento de escribir Rosas y su tiempo, se refugia en las fuentes históricas como un modo de inmunizarse contra el subjetivismo, los odios y los miedos que se incuban en su pasado familiar de exiliado antirosista, Paul Groussac, que en 1895, prologa *La locura en la historia*, y como a todo buen historiógrafo las concesiones le son ajenas, le advierte a Ramos Mejía: “Verdad y belleza son los blancos lejanos de nuestros tiros sucesivos; no hay habilidad tan impecable que los acierte una vez”, refiriéndose tanto a la estética plena y vigorosa de su estilo como a la endeble y fragmentaria rigurosidad de sus fuentes, en las cuales, a diferencia de Groussac, Hebe Clementi reconoce “horizontes renovadores”.

Una simpatía por la cultura alemana, quizá inducida, nunca perdonada, un rosismo revisado desde la aristocracia y la preocupación por el nacionalismo idiomático, emergen como el núcleo de la nota de Oscar Terán, sobre Ernesto Quesada. María Etchepareborda recorre la trayectoria familiar de Vicente y Ernesto Quesada en la Biblioteca Pública de Buenos Aires, haciendo escalas en su gestión y en sus memorias.

Retratado por Fernando Devoto, el pensador nacionalista Julio Irazusta, parece una figura que mereció mejores lecturas, por su trabajo de historiador “a la fuerza” y por su destino creciente de solitario melancólico de una Nación imaginada y postergada. La relación de Mariano Rosas con el Restaurador y con un progresista Lucio Mansilla es recreada desde la ficción por Daniel Sorín, recreación que incluye la propuesta de imponer el nombre del archivista Mariano Rosas para una sala de la Biblioteca Nacional.

En el artículo del filólogo José Luis Moure, a propósito de Angel Rosemblat, se destaca que por urdimbre del azar, Rosemblat adoptó a la Argentina, superando las circunstancias geográficas que establecieron su nacimiento en Polonia, lo que acabaría dándole a sus estudios de filología el cariz que le sirve para destacar la poderosa y multicultural identidad del castellano de Hispanomérica. Esta identidad, según establece Rosemblat registra las tensiones —anacrónicas vistas desde este tiempo— entre el lenguaje vernáculo y la voluntad cosmopolita de la ilustración criolla. Igual que en Quesada o en Martínez Estrada, la antítesis tradición-progreso dejó una marca ígnea. Yerra y yerro en el pensamiento nacional.

A propósito de señas indelebles, María Pía López investiga las que surgen de la estética textual de David Viñas, convergente con su particular y criteriosa lectura de los archivos. A su vez, Roberto Ferro compone un retrato de la obra de Noé Jitrik en el que sobresale la *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, estudio colectivo que al mismo tiempo que proyecta una magna visión de todo el desarrollo de la literatura argentina, se convierte en un plural repertorio de estilos de crítica y reflexión teórica.

A los “yacimientos arqueológicos” que se evidencian en los escritos de Beatriz Sarlo dedica Darío Capelli unas agudas observaciones, y finalmente María Angélica “Kato” Molinari que, como muchos de los autores de esta sección, trabaja hace muchos años en esta Biblioteca Nacional, escritora cordobesa doblemente orgullosa de sus orígenes y de su universidad, traza una miscelánea de un escritor poco frecuentado: el autodenominado Vizconde de Lascano Tegui.

Una aporía del patriotismo filológico: el argentinismo extranjero

Por Gerardo Oviedo

Debería ser una ironía argentina (justamente por ser “argentina” no lo es): un francés Lucien Abeille propuso la existencia de un idioma nacional, hipótesis, que fue derrumbada bajo el peso de enfáticas argumentaciones de los argentinos Quesada y Borges, temerosos de las degradaciones retroactivas, implícitas en todo afán emancipatorio, profetas denunciadores de un desvío idiomático, del sacrificio iniciático del castellano en el altar de la patria gramatical para ser inhumado en las pantanosas regiones de los sectarismos dialectales.

Confluyendo con el pensamiento de Echeverría y su romanticismo francés, disintiendo al momento de otorgarle a Abeille los méritos de una polémica movilizadora, Borges y Quesada con gradaciones diversas, generadas en el talento pasional de uno y en el conocimiento, un tanto aséptico del otro, postularon una patria vocacional y sentimental de universalidad lingüística.

Algunos viejos libros perdidos en la vastedad de ciertas bibliotecas públicas creyeron poder convocar para sí la exhortativa voz de la filosofía romántica de la historia, sobre la que depositaron la desmesura de su íntima, acaso inconfesable, esperanza: perdurar en los lectores tras anunciar una humanidad redimida. Se equivocaron fatalmente en ambos puntos. Si aquella tradición tuviera todavía algo con que hacerse oír, vale decir, si su reverbero trasvasara su requisada malla semiótica para desprender algún destello de sentido que todavía no fuera del todo confesado como pura efectucción de significantes encadenados, el rezumar esas palabras tal vez nos permitiría asomarnos a un desgarrón vital que asume el nombre de un conjunto de ideas sobre la experiencia del tiempo moderno: el historicismo romántico. Entonces ciertos libros hablarían de su condición de perdurabilidad en los términos propios no ya de las nomenclaturas bajo las que son invocados por las analíticas hermenéuticas, sino por los signos insepultos que dejan a la estela de su desmemoria: el polvillo de los anaqueles donde no son solicitados por decenios, o sólo interrumpidos de su sueño impiadoso por estudiosos obsesivos de archivo. Tal vez por eso algunos historicistas románticos del siglo XIX argentino, por caso Esteban Echeverría y Pedro de Angelis, se pliegan hoy entre sí, no tanto por el demasiado visible aire de familia viqueano que no encubría del todo sus diferencias polemistas frente al Restaurador, cuanto por la matriz intelectual mayor que los comprendía y acordelaba en torno a un mismo hilo conductor programático, que sólo desde el historicismo se podía tomar por traza politicista de un proyecto

cultural “patriótico”: la emancipación del idioma argentino y la formación de un archivo americano.

Si son solícitos de un mismo sistema de interpretación del mundo, que a más de “filosofía de la historia” y de “romanticismo” cabría subentender en las grandes placas discursivas que claman por el nombre —ya no tan afrentoso— de humanismo y de tradición retórica, un libro raro que gira en torno al perno de un cambio de siglo, podría comprenderse acaso como un atavismo anómalo de aquel programa cultural del humanismo historicista romántico bajo la forma del patriotismo idiomático. Nos referimos a *Idioma nacional de los argentinos*, del profesor francés Lucien Abeille, publicado en París en 1900, en cuya desorbitada filología nacionalista se imputaba a la lengua hablada dentro de las fronteras de la República, una síntesis mimética del alma lingüística occidental inscrita dentro de una morfología semántica diferenciada del español. La representación simbólica del mundo que entrañan los solecismos y el léxico argentinos, posee una autonomía espiritual y expresa una caracterología anímica propia, nacional, que aspira a empinarse en la literatura y la filosofía, nos aseguraba el profesor

Tal vez por eso algunos historicistas románticos del siglo XIX argentino, por caso Esteban Echeverría y Pedro de Angelis, se pliegan hoy entre sí, no tanto por el demasiado visible aire de familia viqueano que no encubría del todo sus diferencias polemistas frente al Restaurador, cuanto por la matriz intelectual mayor que los comprendía y acordelaba en torno a un mismo hilo conductor programático, que sólo desde el historicismo se podía tomar por traza politicista de un proyecto cultural “patriótico”: la emancipación del idioma argentino y la formación de un archivo americano.

francés. Como ya Paul Groussac con Echeverría¹, Ernesto Quesada y más tarde Jorge Luis Borges harán recaer el peso de sus cultas críticas a tamaña presunción emancipatoria proveniente de un erudito europeo que ahondaba una de las brechas cuasi-populistas de la Generación del 37, y que anticipaba los trazos más revulsivos del autonomismo criollista de Lugones. Eso no podía quedar así. Pero si a la sombra de estos lejanos debates, en donde ciertas paradojas de la cultura y del tiempo traen la ironía amarga que dejan las imaginaciones intelectuales liberadoras, puede extraerse una lección, esta no vendría de una resolución lógica ni sintáctica, sino, con suerte, de los indicios de apertura histórica

De este romanticismo político Echeverría ya se había empapado en su viaje francés, para luego argentinizarlo en oposición al racionalismo iluminista, también afrancesado. Para lo cual debía disputarle su concepto de lo moderno.

Sabemos que el socialismo echeverriano destinaba a la emancipación cultural la formación misma de la nación. El sujeto realizador de ese proyecto, es un problema distinto. El elitismo vanguardista queda impuesto en el Dogma² bajo la tesis de que la razón colectiva es soberana, pero no la voluntad colectiva. De aquí la necesidad de ilustrar la razón del pueblo y del legislador sobre las cuestiones políticas, “antes de entrar a *constituir* la nación.” Es la disociación semántica y la vacilación del significado, es decir la radical carencia de un pacto simbólico fundante lo que está en la raíz de la inconstitución de la comunidad polí-

tica, patente en “la anarquía que reina en todos los corazones e inteligencias; la falta de creencias comunes, capaces de formar, robustecer e infundir irresistible prepotencia al espíritu público”. Esta diseminación y confrontación de los contenidos de sentido conduce al desmembramiento del cuerpo social, privado de todo fundamento espiritual civilmente vinculante, que religue a sus miembros bajo una semántica unívoca de comprensión del mundo, y la transmita en el tiempo colectivamente vivido. La *comunicación simbólica* preestructura la vida de la polis, porque es el medio de sociabilidad fundamental que unifica la totalidad social en su continuidad histórica interna como tradición legada, anterior al poder estatalmente instituyente. Leemos en la undécima palabra simbólica, “*confraternidad de principios*”, que esa “facultad de comunicación perpetua entre hombre y hombre, entre generación y generación; esa encarnación continua del espíritu de una generación en otra, es lo que constituye la vida y la esencia de las sociedades.” Si semejante lazo comunicativo social e histórico es el que resume la categoría de “principio fraterno”, es porque viene a conformar “un criterium común de certidumbre que sirva de fundamento a la labor de todas las inteligencias y a la reorganización de la patria y de la sociedad.” De Leroux toma Echeverría la idea de la comunión-comunicación, quien conceptúa la solidaridad humana como una identificación y unión trinitariamente procedente de la reciprocidad participativa de cada individuo con la comunidad y con el cosmos divino. La vulneración de este origen sagrado deviene en las formas de opresión y violencia que degradan a los

pueblos. Así la propiedad, la familia y la patria se han convertido en instrumentos de despotismo en vez de bienes comunitariamente asequibles que reporten el goce amoroso, la integridad moral y la equidad distributiva. Su principio histórico-emancipatorio es la reapropiación laica del evangelio cristiano igualitarista que predica la solidaridad fraterna secularizada. Cabe a los grandes programas culturales propiciar esta redención secular del pueblo soberano.

De este romanticismo político Echeverría ya se había empapado en su viaje francés, para luego argentinizarlo en oposición al racionalismo iluminista, también afrancesado. Para lo cual debía disputarle su concepto de lo moderno. Según el poeta, romántico y clásico se oponen entre sí como civilización antigua y moderna. La mitología y el paganismo que nutren la esencia clasicista son confrontados por la gesta cristiana y el misterio de la vida. El romanticismo es la búsqueda del sentido de la tierra y del alma, el retorno a lo olvidado y la prospección al futuro. En esto estriba ya una vena patriótica. Dice Echeverría, deslizando un sesgo biográfico:

En fin, el genio clásico se goza en la contemplación de la materia y de lo presente; el romántico, reflexivo y melancólico, se mece entre la memoria de lo pasado y los presentimientos del porvenir; va melancólico en busca, como el peregrino, de una tierra desconocida, de su país natal, del cual, según su creencia, fué proscrito y a él peregrinando por la tierra llegará un día.³

Esta futurización utópica de un pasado reencontrado en tanto espacio anun-

ciante de lo promisorio, que Echeverría descifra como clave romántica de la vivencia del tiempo moderno, se vuelve sobre lo estético para alojar allí una inflexión politicista. Entonces la literatura asume el status de una práctica cultural emancipatoria. Ya que la literatura debe llegar a ser una “potencia social”. Debe volverse condición cultural de una nación liberada, porque el “espíritu del siglo lleva hoy a todas

las naciones a emanciparse, a gozar la independencia, no sólo política sino filosófica y literaria”, afirmaba Echeverría. Pero este patriotismo lingüístico de Echeverría cargaba con una doble deuda extranjera: su viaje formativo francés y su posterior conspiración anti rosista y pro francesa junto a sus condiscípulos del Salón de Marcos Sastre.⁴ Aunque semejante contrariedad tenía reservada una capa aún más enervada por la paradoja.⁵ Aquella por la cual ese espíritu programático será proseguido por un filólogo extranjero.

La convicción medular que vertebra el planteo de Abeille es que si el idioma expresa la caracterología anímica de un pueblo, en ello estriba su condición soberana. El idioma es propiamente el plebiscito de todos los días, porque la nacionalidad es ante todo un psiquismo lingüístico colectivo. Leemos en el capítulo primero del libro⁶, que versa sobre la relación entre lengua y raza, lo siguiente:

Una nación, ha escrito Renán, es un alma. La manifestación de la

La convicción medular que vertebra el planteo de Abeille es que si el idioma expresa la caracterología anímica de un pueblo, en ello estriba su condición soberana. El idioma es propiamente el plebiscito de todos los días, porque la nacionalidad es ante todo un psiquismo lingüístico colectivo.

actividad de esta alma se traduce por la lengua. Si el estilo es el hombre, así también la lengua de un pueblo es este mismo pueblo. Y en efecto, los hechos demuestran que la especialidad de las lenguas se halla en relación con la especialidad de impresión, de tendencia y de carácter que distingue los pueblos entre sí y forma su genio propio. De donde resulta, que la especialidad de las lenguas es el resultado de la acción del genio del pueblo sobre la lengua.

En la idea de patria resuena el griego que nombra la propiedad y el latín que nombra la herencia paterna. Abeille subraya que además la patria es el suelo donde acontece la historia y la vida: lo que convoca la guerra y asimismo la política. Puesto que si la patria es la lengua, la “política sabe perfectamente que unos de los medios más adecuados para granjearse los pueblos vencidos consiste en imponerles su idioma”.

Entonces Abeille sentencia: “Una nación que carece de idioma propio es una nación incompleta.”

La nacionalidad del idioma reside en su expresividad patriótica sensible, previa a sus contenidos de representación intelectual, puesto que sus vocablos vibran desde las fibras más íntimas de

los hablantes. Entonces el patriotismo debe buscarse más en las dicciones populares coloquiales que en los tímidos amagues conceptuales de sus

literatos y pensadores. “El sustantivo nación y su derivado nacional se usan con mucha frecuencia en la República Argentina”, observa Abeille. Y luego se extiende en la siguiente consideración:

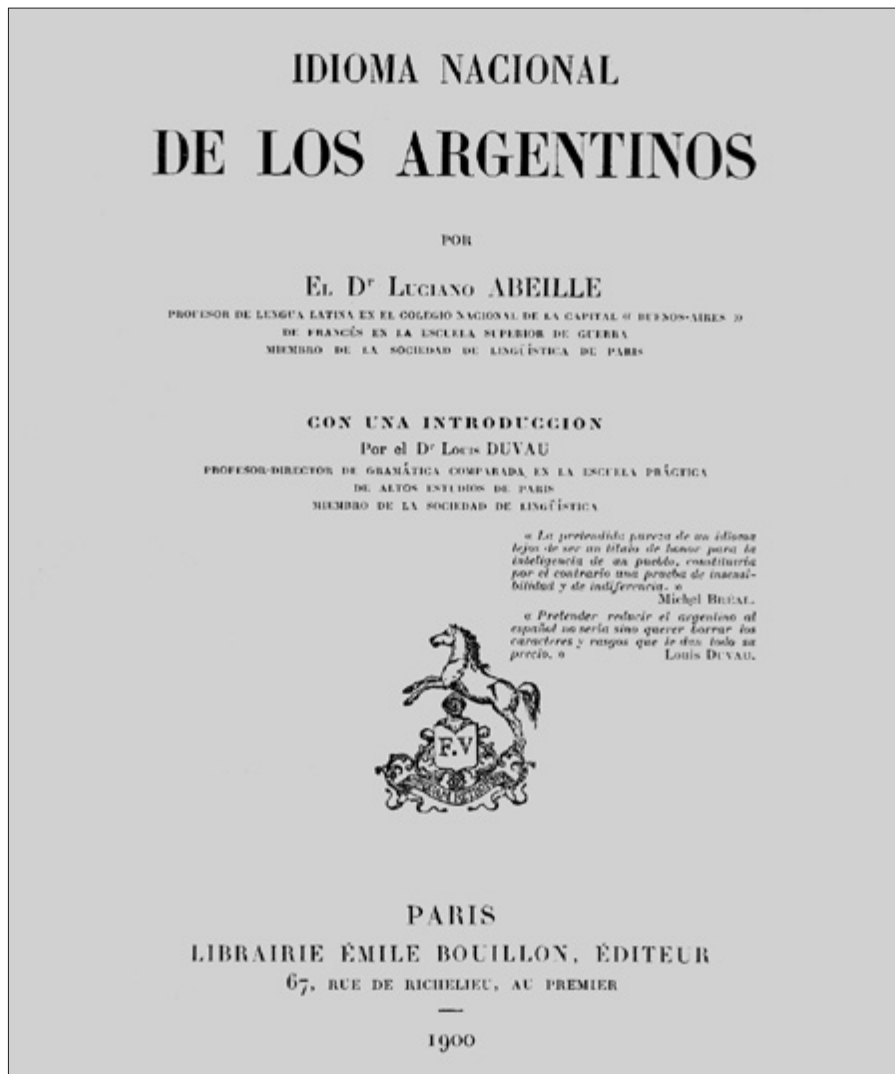
El sentimiento de esta nacionalidad toma cada día mayor consistencia en el espíritu y en el corazón de los ciudadanos que anhelan formar una gran nación por su agricultura, su comercio, su industria, sus artes, sus ciencias, su lengua llamada idioma nacional. Semejante denominación prueba que los argentinos aceptan y favorecen la evolución del idioma español transplantado en este país, evolución que concluirá por la constitución de una lengua propia, nacional, o sea el idioma argentino.

En efecto Abeille confiaba a la evolución del idioma nacional la formación de una identidad política y cultural soberana. Pero sus objetores argentinos más sólidos verían precisamente en esa dimensión algo bien distinto: un equívoco y además una corrupción. Con el pretexto de una hartada reseña crítica del libro de Arturo Costa Álvarez, *Nuestra lengua* (1922), Ernesto Quesada ponía al día la “cuestión bibliográfica” del debate en torno al idioma argentino, que incluía sus propios aportes de 1900 y 1902, El problema del idioma nacional y El criollismo, respectivamente, con la inmodesta certeza de constituir un antes y un después en el estado de la controversia, que vendría a zanjar su propio estudio *La evolución del idioma nacional*.⁷ No nos parece que Quesada haya incidido en una desmesura, a juzgar por los argumentos que sintetiza magistralmente y la retahíla de citas que sin embargo nunca pierden

Despojado del furor erudito de Quesada, aunque no renuente a afilar todavía más su anticriollismo, Borges declara que el vocativo “idioma argentino” constituye, aparte de una “travesura sintáctica”, una aproximación forzada de términos que pertenecen a órdenes distintos, y una “casualidad verbal” que ha consagrado ilícitamente el uso corriente.

su intención de ofrecer una sinopsis panorámica. Ya en la primera página Quesada menciona, a veintidós años de distancia, “el hoy olvidado libro de Abeille”, del que el estudio de Costa

bles estilizaciones literarias. Tampoco Quesada evita destacar que Álvarez indaga *la evolución de la lengua castellana en Argentina arrancando desde la prédica romántica de Echeverría, al*



Portada del
*Idioma nacional
de los argentinos.*

Álvarez da cuenta. Pero Quesada, a diferencia del francés argentinista, se atiene a la tesis de la unidad de la lengua española por oposición al “separatismo dialectal”, postulando —en la precoz línea esbozada por Florencio Balcarse⁸— que su originalidad iden-

importar entre nosotros el movimiento parisiense del año 30”; *observación elocuente por sí misma, dado que no restaña el hecho de ver en el nacionalizador Echeverría sólo un “importador”*. Si la lengua de los argentinos porta consigo una misión redentora, no es ésta ni la que surge de los “giros

Borges se desplaza así del polo del signo hacia el polo del significado, donde halla la representación del mundo y por tanto la fisonomía colectiva del decir. Empero el joven Borges remeda en un punto a Abeille, yendo más allá de Groussac y aún de Quesada: con un retorno al patriotismo del lenguaje.

arrabaleros”, ni la que aspira a configurar una independencia idiomática: sólo debemos ambicionar la preservación y purificación de un castellano que, en todo caso, ha de ser salvado de la “tendencia criolla”, sostiene un Ernesto Quesada por entonces director

de la Academia argentina dependiente de la Real Academia Española. En efecto, Quesada no eludía sus responsabilidades, cuando repasa que “el gran peligro que corrió nuestro idioma nacional hace próximamente medio siglo fue el de ser suplantado por un simple caló popular e inferior”. Mas el balance que se impone es que:

Hoy, al finalizar el primer cuarto de siglo de la centuria presente, puede decirse que lo que entonces era ‘problema’ ha dejado ahora de serlo, disipándose cualquier peligro de tendencia deliberadamente corruptora del idioma y aunando, todos, esfuerzos en mantener incólume la pureza de la lengua, sin menoscabo de su derecho de crecimiento y de reforma y de incorporación de términos nuevos o de índole regional, ya que todo idioma es un organismo vivo, que crece y se desarrolla y se transforma.

Es preciso reconocer entonces que:

nuestro idioma nacional es la propia lengua castellana, hablada por el mayor número de seres en el globo

terrestre, con una tradición literaria que es orgullo y patrimonio de todos

en tanto “es la lengua usada por los buenos escritores, en el libro o el periodismo, lo que caracteriza el lenguaje nacional”. El idioma nacional es el de los grandes escritores, por lo tanto el joven Borges se creará autorizado a dar el último golpe de gracia al criollismo populista, elevando el patriotismo a gran literatura universal y radicalizando en un secreto aspecto la postura unificacionista de Quesada.

Al titular su breve ensayo de 1928, *El idioma de los argentinos*⁹, el joven Borges sintetizaba tres cuartos de siglo de polémicas, tomando partido desde el comienzo: precisamente en la supresión del vocablo “nacional”. Despojando del furor erudito de Quesada, aunque no renuente a afilar todavía más su anti-criollismo, Borges declara que el vocativo “idioma argentino” constituye, aparte de una “travesura sintáctica”, una aproximación forzada de términos que pertenecen a órdenes distintos, y una “casualidad verbal” que ha consagrado ilícitamente el uso corriente. El debate en torno al idioma se ha estancado en un falso dilema: la lengua argentina no es arrabalera ni casticista. Mas Borges se entretiene en demoler el primer argumento, que consagra como nativo y propio al “sedicente idioma popular”. Borges rechaza esta imposición e inscribe el linaje de su recusación: “Desertar porque sí de la casi universalidad del idioma, para esconderse en un dialecto chúcaro y receloso –jerga aclimatada en la infamia, jerigonza carcelaria y conventillera que nos convertiría en hipócritas al revés, en hipócritas de la malvivencia y de la ruindad– es proyecto de malhumorados y rezongones. Ese programa de trágica

pequeñez fue declinado ya por de Vedia, por Miguel Cané, por Quesada, por Costa Álvarez, por Groussac.” Abeille padece la tragedia de la insignificancia, al grado que Borges desdeña toda mención a su célebre libro. Es cierto sin embargo que Borges toma distancia de una tributación española a la que Quesada quedaba demasiado atenido, también por evidentes razones institucionales. El lenguaje académico hispánico propende a la multiplicación de los signos y al rigorismo gramatical en desmedro de la simplificación léxica del lenguaje viviente, que profiere no sólo palabras elementales sino imágenes compuestas. De ahí la devoción académica por el acopio de voces muertas, y su afán prescriptivo. Borges se desplaza así del polo del signo hacia el polo del significado, donde halla la representación del mundo y por tanto la fisonomía colectiva del decir. Empero el joven Borges remeda en un punto a Abeille, yendo más allá de Groussac y aún de Quesada: con un retorno al patriotismo del lenguaje. El joven Borges no eludía pronunciarse en los siguientes términos respecto al patriotismo:

Ser argentino en los días peleados de nuestro origen fue seguramente una felicidad: fue una misión. Fue una necesidad de hacer patria, fue un riesgo hermoso, que comportaba, por ser riesgo, un orgullo. Ahora es ocupación descansadísima la de argentino. Nadie trasueña que tengamos algo que hacer. Pasar desapercibidos, hacernos perdonar esa guarangada del tango, descreer de todos los fervores a lo francés y no entusiasmarse, es opinión de muchos. Hacerse el mazorquero o el quichua, es carnaval de otros. Pero la argen-

tinidad debería ser mucho más que una supresión o que un espectáculo. Debería ser una vocación.

Dicha vocación no es ajena al lenguaje. Más aún, se despliega en su sustancia viviente. Nada más Borges la restringe de la filología a manifestaciones más modestas pero privativas: la poesía, el humorismo. El idioma argentino está antes en lo que nos emociona y nos hace reír, que en un repertorio de palabras que en España no se entienden, porque “el no escrito idioma argentino sigue diciéndonos, el de nuestra pasión, el de nuestra casa, el de la confianza, el de la conversada amistad.” El joven Borges permuta el patriotismo gramatical y lexicográfico por un patriotismo sentimental que además no reniega de sus prolongaciones literarias, y aún, metafísicas. Y sigue diciendo:

Sabemos que el lenguaje es como la luna y tiene su hemisferio de sombra. Demasiado bien lo sabemos, pero quisiéramos volverlo tan límpido como ese porvenir que es la posesión mejor de la patria.

La patria es el habla cotidiana y asimismo lo venidero y lo venturoso, estimaba Borges, hasta concluir:

La esperanza es amiga nuestra y esa plena entonación argentina del castellano es una de las confirmaciones de que nos habla. Escriba cada uno su intimidad y ya la tendremos. Digan el pecho y la imaginación lo que en ellos hay, que no otra astucia filológica se precisa.

¿Tanto se apartaba esta postura del filólogo extranjero Abeille, patriota

importado, como nos lo recordaba Quesada? Barruntamos en Borges una astucia: tomar la intención nacional de Abeille pero desentendiéndose de su filología nativista. He ahí entonces la razón del título de su ensayo, que cita a Abeille por omisión. Lo cual implica una crítica velada a Quesada, cuyo patriotismo es irreprochable, pero acaso excesivamente privado de énfasis. Mas el joven Borges no desprecia semejantes acentos. Ahora bien, permítasenos deslizar una inquietud que de ningún modo esconde un ardid: si ya no sólo el autonomismo idiomático, sino el

patriotismo será desenmascarado por las semióticas contemporáneas como ilusiones gramaticales y además como una sospechosa ontologización de los signos, a cierta aventura del pensar se le anoticiará no ya sólo de una falsa apariencia, sino también de una fatídica desventura. Entonces vocablos como “nacional” y “argentino”, pero también “historia” y “lectura”, valgan menos que arenilla en la ventisca: las páginas se recorren pero sus letras permanecen inertes ante las pupilas fatigadas que rebuscan con alborozo los indicios de lo recobrado. Y los ojos arderán en vano.

NOTAS

1. Nos referimos al célebre y agudo “Esteban Echeverría. La Asociación de Mayo y el Dogma Socialista”, en *Crítica Literaria*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1980.

2. Cf. Echeverría Esteban, *Dogma Socialista. Precedido de una ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 1837. Plan económico. Filosofía social*. Buenos Aires Ed. La Cultura Argentina, 1915.

3. Cf. Echeverría Esteban, *Clasicismo y Romanticismo. Los consuelos*, Buenos Aires, Ed. Sophos, 1944.

4. Cf. Viñas David, *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*. Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires, 1974.

De la conjura como impronta política generacional y epocal de la Generación del 37, ha tomado nota detalladamente Horacio González en su último libro. Véase: *Filosofía de la conspiración. Marxistas, peronistas y carbonarios*, Buenos Aires, Ed. Colihue, 2004, Cap. 6.

5. Recordamos que para Ezequiel Martínez Estrada, es Sarmiento el creador de un “idioma nacional”, y por tanto el realizador auténtico del ideal programático de la generación del 37 de crear una literatura nacional acorde con el espíritu lingüístico del pueblo, míticamente instituido. Porque en el principio fue el mito, es decir el patriotismo heroico. En el comienzo, vale decir, entre 1810 y 1852, “la patria”, asevera Martínez Estrada en *La literatura y la formación de una conciencia nacional*: “no es la tierra ni el habitante sino un mito poético, es decir, una utopía”. El himno nacional promueve un delirio básico, que presupone un falso mito de origen: somos una *gran nación*. Ésa era la denuncia de *Radiografía de la Pampa*, lo que explica la técnica clínica de la revelación amarga de una mentira alucinada cristalizada como identidad colectiva. Su tesis sobre la literatura nacional se pretende equidistante aunque algo elevada respecto a las precedentes de Joaquín V. González, Lugones y Rojas. Dice allí Martínez Estrada:

El patriotismo de los poetas y estadistas, guerreros y misioneros de la revolución de 1810, invístese con las galas del nacionalismo, y desde entonces son términos anfibológicos. La definición de lo argentino o de lo nacional que dan Joaquín V. González (lo tradicional filogenético) Leopoldo Lugones (lo gentilicio épico-lírico) y Ricardo Rojas (lo heroico-histórico que se elabora en 1810 y 1816), exige capítulo aparte. Aunque no lo trate en este trabajo, debo advertir que sin fijar el sentido semántico de esos términos, no podrá entenderse la relación entre lo inmigratorio (que reemplaza a lo mestizo) y lo nativo, en lo social y en lo político. Para la tesis de este trabajo debo crear una definición ad hoc: nacional es lo que refleja la literatura culta, de cenáculo; patriótico es lo que expresa la literatura popular, campesina (los Viajeros y los gauchescos) repelida de las antologías y crestomatías.

No era otra la premisa que atravesaba *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*. Martínez Estrada azuza esta insidiosa paradoja: *la literatura patriótica es nacional pero no argentina. Es que el sentimiento patriótico de los orígenes es equívoco: lo que se cantó como oda a la independencia popular republicana no se dirigió al pueblo, y cuando éste la cantó apeló a la sensibilidad heredada de lo colonial hispano-americano. De esta dualidad aporética constitutiva es que resultan dos formas patrióticas distantes y contrapuestas: la de lo argentino-europeo-elitista y la de lo argentino-americano-popular. Ese desgarramiento y disociación irreconciliables de la idea nacional argentina jamás pudo dar término a las divisiones internas desde Rivadavia y Dorrego. Es que “patria” y “nación” son “cuños retóricos”.* Aquí Martínez Estrada se retrotrae a la culpa original –es decir jacobina– que divide a los intelectuales de las multitudes para confrontar el cuño retórico fundamental de la literatura patriótica. La época del Salón Literario de Marcos Sastre señala “la primera y última vez que se intenta aquí conscientemente y con un designio, conectar la literatura, las ciencias y las artes con la nación y el pueblo.” Y añade:

Los promotores: Marcos Sastre, Vicente López y Planes, Echeverría, Gutiérrez, Alberdi y numerosos adherentes socios, entre ellos Pedro de Angelis, relator de Rosas, formulan un programa de gobierno democrático, un plan de educación y de cultura laica e internacional, y una doctrina de la nacionalidad inspirada en los socialistas franceses.

Ese proyecto:

Perfecciona y da forma a esa filosofía social compartida por los miembros conspicuos de la sociedad porteña, porque además de devocionario de una fe ecuménica devino el plano arquitectónico según el cual los constructores de la nación, en gran parte ellos mismos, intentaron crear una vida intelectual propia.

Cf. Martínez Estrada, Ezequiel “La literatura y la formación de una conciencia nacional”, en *Para una revisión de las letras argentinas*. Prolegómenos. Buenos Aires, Editorial Losada, 1967.

6. Cf. Abeille Luciano, *Idioma nacional de los Argentinos*. París, Librairie Émile Bouillon, París, 1900. Este texto suele referirse, acaso por hábito, como “El idioma nacional de los argentinos”. Mas en la edición francesa que consultamos en cierta biblioteca pública universitaria –cuya posesión queda vedada al perímetro de su sala–, al igual que en la de 1901, figura el título con la supresión del artículo, así como la castellanización del nombre Luciene y el uso de la mayúscula en el gentilicio “argentinos”, tal como aquí citamos.

7. Cf. Quesada Ernesto, *La evolución del idioma nacional*, Buenos Aires, Imprenta Mercatali, Buenos Aires, 1922. Una muestra de las abrumadoras objeciones eruditas de Quesada, es cuando reprocha a Costa Álvarez incurrir en graves omisiones bibliográficas, acusándolo de haberse limitado a abordar tan sólo 36 títulos en su tratamiento de la materia, mientras que él, en su biblioteca de 60.000 volúmenes, ha podido reunir 183 libros y folletos apenas en una primera revisión, dedicando a tales referencias unas siete carillas del cuerpo central del libro, y sólo en carácter de resumen.

8. Véase su famosa carta de octubre de 1837 a Félix Frías, recogida en Félix Weimberg, *El Salón Literario de 1837*. M. Sastre, J. B. Alberdi, J. M. Gutiérrez, E. Echeverría, Buenos Aires, Librería Hachette, 1958.

9. Cf. Borges, Jorge Luis. *El idioma de los argentinos*, Buenos Aires, M. Gleizer, 1928. Esta edición comprende otras reflexiones lingüísticas del joven escritor en los años veinte, tales como su análisis del tango.

Pedro de Angelis: memoria histórica y nación

Por Guillermo David

Sin soslayarlas, ni atenuarlas, Guillermo David intenta rescatar a Pedro de Angelis de sus contradicciones reincidentes. La figura del historiógrafo se corporiza densamente maculada en arrumbados documentos que dan fe de un vasto realismo, lindante con el oportunismo, que ahogó sus adolescentes ideales libertarios en las oscuras aguas de las ambivalencias humanas. De Angelis fue un exiliado por convicción, un refugiado por conveniencia y un archivista por compulsión, que supo frecuentar con solvencia tanto las bibliotecas, con inquisición de historiógrafo académico, como los despachos, con especulación de hagiógrafo político.

De Angelis representó el archivo del poder y el poder del archivo, quizá por ello, Sarmiento –una bella pluma más propensa a la denostación que al elogio– sostuvo que “le debe la República lo bastante para perdonarle sus flaquezas”.

Era éste un hombre alto, vistoso, de tez blanca, casi sonrosada, de musculatura un tanto adiposa, de gran nariz guarnecida de tumefacciones (...); de ojos chiquititos y hundidos, como los del cerdo; de boca grande y gruesos labios, que acusaban la lascivia, templada por una frente y una conformación craneana en la que la frenología habría encontrado, localizadas y desenvueltas plenamente, las facultades intelectuales más nobles y la idealidad; aseado hasta la pulcritud, vestía siempre con corrección, usando la gran corbata blanca de entonces (...); miraba a su interlocutor oblicuamente, de arriba abajo, porque su talla era miguelangelesca y se movía con solemnidad, envolviendo toda su persona una sonrisa que no era ni irónica ni burlesca, sino desdeñosa y escéptica (...). Tomaba rapé, y estoy viendo sus gordas manos blancas con petequias, guarnecidas de uñas macizas, plebeyas, y el pañuelo de la India para sonarse, que manejaba con cierta coquetería varonil". [...] "Era don Pedro, efectivamente, el hombre de las salidas más inesperadas, de las respuestas más oportunas, y, en medio de su mansedumbre y de lo inocuo de su naturaleza, capaz de los sarcasmos más desagradables, no tanto por el prurito de decir gracias, o bons mots, cuanto por la devoción de su espíritu de partido.

Lucio V. Mansilla. *El señor don Pedro. Entre - Nos. Causeries de los jueves.*

En cierto modo el vocablo remite, razones tenemos para creerlo, al arkhé en el sentido físico, histórico u ontológico, es decir, a lo originario, a lo primero, a lo principal, a lo primitivo, o sea, al comienzo. Pero aún más, y antes aún, «archivo» remite al arkhé

en el sentido nomológico, al arkhé del mandato. [...] Los arcontes son ante todo sus guardianes. [...] No sólo aseguran la seguridad física del depósito y del soporte sino que también se les concede el derecho y la competencia hermenéuticos. Tienen el poder de interpretar los archivos. Confiados en depósito a tales arcontes, estos documentos dicen en efecto la ley: recuerdan la ley y llaman a cumplir la ley. [...] Todo archivo, es a la vez instituyente y conservador. Revolucionario y tradicional.

Jacques Derrida. *Mal de archivo.*

Fue en Nápoles, precisamente, en el Nápoles de Tasso, de Vico y de Croce, quien mentando esta genealogía llamaría a su ciudad "un paraíso habitado por diablos", que el filósofo Jacques Derrida desgranó hace una década una larga reflexión sobre las aporías que propone el mal de archivo. Nápoles, patria de nuestro archivistarconte, de nuestro guardián primero, instituyente del nomos originario de nuestra Historia, había sido el lugar de surgimiento de un nuevo concepto de lo histórico, propiamente moderno, íntimamente ligado a nuestro destino como nación. Pues allí, a la vera del Vesubio, surgía la viquiana Ciencia Nueva que propuso la ficcionalidad instituyente del mundo humano; ciencia que hace del poeta el dador de la existencia y del hermeneuta el

Como sucede con tantos personajes de nuestra historia, a De Angelis es preciso salvarlo de sí mismo para que su legado relumbre con vivacidad amigable. Pero para ello hay que interrogar sus zonas oscuras, sus ambigüedades y flaquezas a la luz de los méritos más ostensibles de su labor y en contrapeso con los riesgos que asumió a cada paso.

interrogador de sus claves. Y allí, años después, nació y se formaba Pietro de Angelis, digno introductor en París y en Buenos Aires de las visiones de Giambattista Vico.

Como sucede con tantos personajes de nuestra historia, a De Angelis es preciso salvarlo de sí mismo para que su legado relumbre con vivacidad amigable. Pero para ello hay que inter-

De Angelis es, claramente, un constructor de hegemonía, una figura fundadora del nuevo orden surgido de Mayo, al que imagina guiado por principios de libertad republicana. Pero las volátiles condiciones históricas vapulearán sus convicciones instándolo a desarrollar un fuerte realismo en el que su ya probada versatilidad no siempre reconocerá el límite del mero oportunismo.

rogar sus zonas oscuras, sus ambigüedades y flaquezas a la luz de los méritos más ostensibles de su labor y en contrapeso con los riesgos que asumió a cada paso. Sus peripecias biográficas son conocidas; muchas veces, de Weiss a Sabor, han sido narradas en el esmero por limar, justificar o lamentar sus contradicciones, no siempre conjugadas con tino de modo que resultasen tolerables. Baste enumerar algunos momentos de su trajinada existencia para dar cuenta de la complejidad del hombre.

Hijo de la burguesía acomodada y en ascenso de la Italia en ciernes —por entonces, poco más que un concepto geográfico—, el ardiente carbonario juvenil que celebrara la caída del rey Borbón bajo la embestida de los ejércitos napoleónicos devendría en breve un entusiasta sustentador de la progresista monarquía francesa de Joaquín Murat, para lo cual hubo de hacer una nada fácil abstracción de su republicanismo napolitano.¹ Posición ésta que le sería recordada por los exilados de

la Confederación en la Banda Oriental cuando la análoga ocupación francesa, a la que opuso su recientemente adquirido nacionalismo rosista. He allí, pues, su primer, discutible viraje.

Devenido ayo de los hijos de Joaquín Murat, Bibliotecario y Profesor de la Real Escuela Politécnica y Militar, el ex-artillero que redactara manuales sobre su arma pasaría a rozarse con la monarquía modernizadora cuyos secretos vergonzantes no tardaría en vender a la prensa cuando el cuñado de Napoleón cayera en desgracia. De la frecuentación de aquellos círculos áulicos le restarán los refinados modales aristocráticos que tanto agradarían a Mansilla, una esposa rusa de cultura francesa cuya belleza sería un ingrediente no menor en su carrera indiana, y una afición por los documentos históricos que acumularía con pasión de coleccionista y que, a la postre, labraría su fama.

En Francia, adonde, hacia 1825, se retirara debido a “sus generosas ideas”, tendría lugar la puesta a prueba de sus aptitudes en el marco ofrecido por los círculos intelectuales más conspicuos. Se convertirá, en principio, en escriba a destajo. Dos centenares de biografías redactadas para una enciclopedia, entre las que cuentan las de Tasso y Spinoza; la adquisición del oficio de tipógrafo e imprentero, la colaboración en la *Revue Europeene*, y su amistad con figuras como el general Lafayette y Madame de Staël, con Destutt de Tracy y el joven Jules Michelet a quien iniciaría en Vico (“me sentí como un nuevo Dante guiado por Virgilio hacia el averno de la historia”, habría proclamado el insigne futuro historiador de la revolución francesa), le granjearían un sitio desde el cual erigir una reputación y acaso cimentar una carrera. En cambio, todo

aquello le valdrá una recomendación para formar parte del elenco del presidente de una república joven llamada Argentina —Bernardino Rivadavia—, a la sazón de gira de reclutamiento por la vieja Europa.

Su arribo a la que sería su patria adoptiva lo impulsará no sólo a la creación de órganos de comunicación del Estado (se hará cargo de la imprenta y de la prensa oficial) sino que incluso le induciría a la tarea pedagógica de instituir

colegios y editar manuales de enseñanza: De Angelis es, claramente, un constructor de hegemonía, una figura fundadora del nuevo orden surgido de Mayo, al que imagina guiado por principios de libertad republicana. Pero las volátiles condiciones históricas vapulearán sus convicciones instándolo a desarrollar un fuerte realismo en el que su ya probada versatilidad no siempre reconocerá el límite del mero oportunismo. La flagrante contradicción entre sus textos del período rivadaviano sostenedores de un credo democrático-liberal moderado, y las posiciones de cerrada defensa de los poderes fácticos más indefendibles que, desde las páginas



Pedro de Angelis.

de *La Gaceta Mercantil*, sostuvo sin descanso ante el despotismo rosista —continuación a sus ojos del período épico fundacional de las naciones modernas que para Vico era una cruel etapa necesaria en su organización—, operaría un menoscabo en su apreciación y ensombrecerá el encomio de su labor historiográfica; con mucho, lo más meritorio de su impronta en nuestro país. “Rosas tomó alquilada la erudita pluma De Angelis, un italiano, para cubrir la desnudez de su literatura de apodos, epítetos, sobrenombres y aclamaciones” escribirá Sarmiento.

Y es que, efectivamente, la figura intelectual que compone De Angelis se reviste de patetismo en su apelación

Mas hay también en sus posiciones un doble juego, una suerte de duelo implícito, en donde la desconfianza nunca zanjada del dictador, que todo lo someterá a revisión personal –y es sabido que corregía cada texto salido de la pluma de De Angelis hasta en los menores detalles, e incluso decidía sobre cuestiones de diagramación, tipo de letras, etc. de *La Gaceta Mercantil*– obligaba al escriba a una estrategia sutil de seducción, en la que el fingimiento de una admiración no era inusual, y al uso de florilegios lingüísticos para poder eludir los filtros de la censura.

al poder, al que reconoce como fuente y garantía de legitimidad de un estilo de enunciación que, en sus melindres, pretende eludir sus furores. “Contemporizar con el poder es reconocer un amo” –se excusa– “y si tal hubiera

sido nuestro designio, no teníamos necesidad de atravesar los mares, para buscar amos en un país donde la autoridad, móvil por su naturaleza, se hace respetar hoy en el hombre que hubiéramos querido derribar ayer” escribía, durante los años de Rivadavia, esgrimiendo una involuntaria profecía autocumplida. El drama, íntimo y público –el de

una conciencia escindida por el apego a principios de convivencia democrática mal avenidos con las prácticas someras del poder total en un régimen leviatánico al que sirve–, que afronta el moderno intelectual orgánico estatal, se hará más ríspido en la medida en que lo asemeja en demasía –una demasía no reconocible fácilmente en su época– a sus más conspicuos contradictores; sus antiguos correligionarios ahora exiliados en Montevideo, los corifeos de la llamada Generación del '37, que tendrían mejor suerte en lo que respecta a su valoración póstuma. Como en los escribas cautivos del Paraguay de José Gaspar Francia cuya peripecia ficcionalizara Roa Bastos,

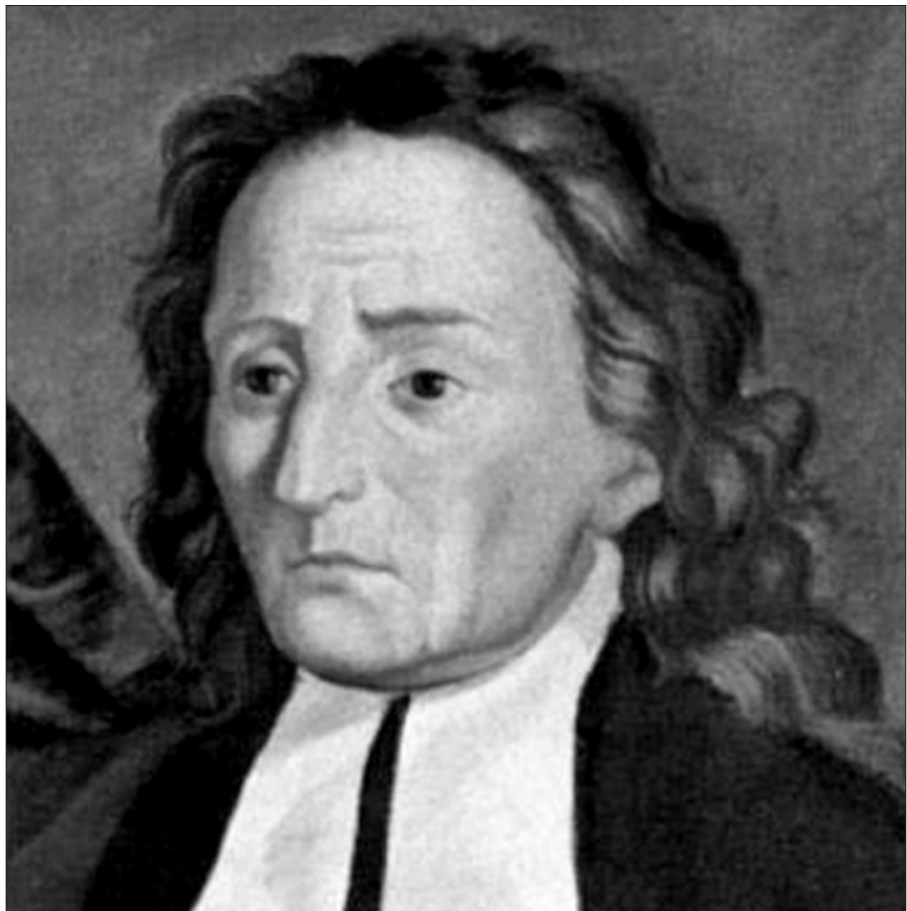
De Angelis convida a ver en su imagen de publicista de Rosas más allá de su propias palabras, y emite señales inequívocas a la posteridad lectora para atemperar los juicios levigados sobre su figura. Rescatar su más permeable filosofía política de entre la maraña de sucesos y zonas grises en que se halla inmersa es el propósito de estas notas. Recuerda el filósofo cordobés Diego Tatián que Spinoza había dado en la adulación la clave de la servidumbre voluntaria, nudo secreto de toda opresión. Allí está el primer esbozo biográfico de Rosas, debido a De Angelis, para probarlo. Al elogio final –“hemos tenido que hacer un esfuerzo por no caer en la exageración que naturalmente inspira la contemplación de virtudes tan eminentes”– le antecede la advertencia justificatoria del biógrafo: “Por grande que sea el peligro que asume un escritor al bosquejar la vida de un hombre sentado en la primera silla del Estado, no hemos trepidado en arrosarlo, considerando esta tarea como un servicio hecho a la causa pública”. Mas hay también en sus posiciones un doble juego, una suerte de duelo implícito, en donde la desconfianza nunca zanjada del dictador, que todo lo someterá a revisión personal –y es sabido que corregía cada texto salido de la pluma de De Angelis hasta en los menores detalles, e incluso decidía sobre cuestiones de diagramación, tipo de letras, etc. de *La Gaceta Mercantil*– obligaba al escriba a una estrategia sutil de seducción, en la que el fingimiento de una admiración no era inusual, y al uso de florilegios lingüísticos para poder eludir los filtros de la censura. En nuestra época, en lo que es algo más que un cruel sarcasmo, Borges apuntaría el paradójico beneficio para la literatura proporcionado

por los totalitarismos en la medida en que propician el uso de la elipsis; Sarmiento, refiriéndose al amanuense de Rosas dirá que "... al leer el Archivo Americano nadie creerá que es expresión de la opinión privada del señor De Angelis...". Por lo cual, asegura en el mismo momento en que lo excusa, "hizo más mal y prolongó por más tiempo la agonía del país [...] porque el saber no es despreciable". A su vez, De Angelis ironizará de continuo en sus cartas sobre la consideración pública de su condición presunta: "yo, ladrón, bandido, miserable, mazorquero", escribe, no sin mechar desencantados párrafos sobre "esta nación tan desgraciada" en los que declara su deseo, nunca cumplido, de retorno a Europa. Si a veces equivocaba el modo de tener razón (como cuando, con Robespierre, recusaba la Constitución —"apenas y sólo un librito"—; lo cual no fue óbice para apresurarse a proponer una Constitución a

los vencedores de Caseros), otras no estaba errado en sus razones para el acierto. Tal fue el caso de su ataque, en lo que podría considerarse una posición antimperialista, a los salvajes

unitarios por su búsqueda de apoyo en potencias extranjeras para el logro de la libertad. Por lo demás, la ácida polémica sostenida con Echeverría muestra dos inteligencias, entre las más formidables existentes por entonces en el Río de la Plata, que con gran bochorno se disminuyen a sí mismas al descender al fango del impropio y la injuria. "Sofista audaz y charlatán necio" que "vendió su pluma y su conciencia al Restaurador", dirá de él el autor del Dogma socialista, quien

Giambattista Vico,
filósofo de fuerte
influencia en
Pedro de Angelis.



incluso llegaría a afirmar que Rosas se había dejado embaucar por ese "napolitano de lengua impía", endilgándole la paternidad intelectual de los males del país. De Angelis, en su respuesta a

De Angelis, plenamente conciente de ello, llevará a cabo una política de la memoria muy precisa, que reeditarán en ocasiones concretas en beneficio de su patria adoptiva: la cuestión Malvinas y los litigios de límites con Chile, así como los problemas de soberanía sobre la navegabilidad de los ríos interiores, que haría extensiva al Brasil, se dirimirán desde entonces sobre la base de su concienzudo trabajo de historiógrafo. Nótese, por lo demás, que la deliberada naturaleza secundaria de su voz en relación a la predominancia que adjudica al documento, construye el espacio de acogimiento público del sentido a construir sobre sus trazas. Sus textos, fuentes insustituibles del quehacer historiográfico de las siguientes centurias, reclaman siempre un Estado que los encarne, son textos que buscan –que construyen– un sujeto histórico.

lo que llamó el “parto de un cerebro trastornado”, se esforzará en limar la originalidad del pensamiento echeverriano, atribuyéndole deudas intelectuales, si excesivas

no menos eminentes, con sus fuentes de inspiración europea (Saint-Simon, Fourier, Enfantin, etc.). Había dado en la tecla; señalando el dilema del pensamiento argentino en ciernes que aún no alcanzaba a formular del todo su ansia soberana, este extranjero acusaba de extranjerizante a uno de los adalides de la conformación de la identidad nacional. Pues nuestro historiógrafo, que en su fervoroso historicismo radicalizaba la peculiaridad de cada nación,

sostenía que “es imposible fundar una sociedad sobre un modelo dado”. “Basta echar una mirada a la infinita variedad de elementos que entran en la composición del orden público para convencerse de que tan difícil es que dos naciones se hallen en posición exactamente igual, como que las letras del alfabeto arrojadas sobre una mesa formen la Eneida de Virgilio”.

La nominación por parte de los poetas teólogos, sostenía Vico, funda el espacio sagrado: se trata de la geografía poética, “el otro ojo de la sabiduría poética”. A los dioses siguen los héroes, cuya acción histórica reviste fuerza de ley instituyente, necesariamente violenta. Finalmente adviene la era de los hombres, regida por las constituciones y la razón. Los jeroglíficos de la teología mística dan paso a la lengua de las armas que arrojan la jurisprudencia heroica, y luego devienen conversación civil. Tal su teleología mítica. El orden de los Estados nace allí: “Así elaboraron las naciones la lengua poética, compuesta de caracteres divinos y heroicos, posteriormente expresados con lenguas vulgares y, finalmente, escritos con caracteres también vulgares”, colige la Scienza Nuova. La Poiesis viquiana, en un imprevisto maridaje entre Nomos, logos y arkhé, convoca a la fundación poética del Estado, a la movilización de sus fuerzas, al establecimiento de su espacio material articulado en una política y una geografía poéticas asentadas en el lenguaje. Suscitar las fuerzas orgánicas de la nación en ciernes desde el lugar de origen, el documento, la inscripción, la huella nuda de la experiencia histórica, es la tarea que preside los desvelos del historiador, al que confiere el rol decisivo. De Angelis, plenamente conciente de ello, llevará a cabo una política de la memoria muy precisa, que reeditarán en ocasiones concretas en beneficio de su patria adoptiva: la cuestión Malvinas y los litigios de límites con Chile, así como los problemas de soberanía sobre la navegabilidad de los ríos interiores, que haría extensiva al Brasil, se dirimirán desde entonces sobre la base de su concienzudo trabajo de histo-

riógrafo. Nótese, por lo demás, que la deliberada naturaleza secundaria de su voz en relación a la predominancia que adjudica al documento, construye el espacio de acogimiento público del sentido a construir sobre sus trazas. Sus textos, fuentes insustituibles del quehacer historiográfico de las siguientes centurias, reclaman siempre un Estado que los encarne, son textos que buscan —que construyen— un sujeto histórico. De allí que sus aristas libertarias convivan malamente con la atadura al destino que depara a la palabra su ligazón con los poderes instituidos. Como observa Derrida, “Todo archivo es a la vez instituyente y conservador, revolucionario y tradicional”; el dilema de De Angelis no escapará a esta aporía. Pero cabe acotar que hay en él un pensamiento emancipador que será la argamasa de sus desvelos. “La delegación que hace el pueblo de su soberanía es temporaria y condicional; no es ilimitada y absoluta como un gobierno despótico”, había escrito, dando cuenta del problema mayor de la política, el de la representación, sus

límites, sus virtualidades y peligros. Es por ello que concederá a la excepcionalidad histórica el carácter de evento, en el cual la soberanía admite otro tipo de construcciones. “Su autoridad no emana de ningún poder”; así describirá el por qué de la eficacia en el ejercicio del poder fáctico llevado a cabo por Rosas. “El poder que reviste,

La Gaceta Mercantil, medio gráfico en el que escribió Pedro de Angelis.



aunque ilimitado por la voluntad de sus conciudadanos, nada ha perdido de su calidad, y no debe olvidarse de su origen: este poder es popular y responsable, y más temprano o más tarde debe volver a entrar en sus límites”. Tal el anuncio del acotamiento —un

puro desideratum— que ha de cernir el Estado sobre sus detentadores.

Pero asimismo, las instancias propias de un orden moderno asentado en lo que llamó la moderación política, requieren de una faz pública que instala a la lengua comunicacional —el “estilo de las discusiones políticas”— en el centro de todo igualitarismo posible: “Los hombres sólo se entienden comunicándose ideas”, postuló. Para el ilustrado De Angelis la libertad de imprenta, que “perfecciona la razón humana”, “dice al tirano: cesa de oprimir, y al hipócrita: no pretendas avasallarnos con tu perfidia”. “La imprenta, precioso instrumento de actividad mental y reforma política” [...] “no es solamente el órgano de la opinión pública; ella la protege, la defiende, le suministra armas”. En la organización de la cultura, De Angelis, que fue la voz de una dictadura, concede a la comunicación el lugar privilegiado de institución de la libertad política: “Más poderosa que la autoridad más absoluta, más activo que el conquistador más ambicioso, y tan irresistible como la coacción, ataca de frente y derrota los abusos, somete a su crisol todas las reputaciones, desengaña a las masas, hace temblar a los usurpadores, y da vigor, unión, y voluntad a los muchos contra los pocos que los humillan y oprimen”, escribe.

En ese ámbito de lenguaje la historia hace su ingreso; los pueblos, de los que emana todo poder legítimo, fundan en sus creaciones la posibilidad de construcción de un espacio comunitario nuevo. El habla y el mito son sus herramientas. Por eso resulta aleccionadora esa imagen que lo pinta conversando en el patio de su casa con lenguaraces indios que contrataba como peones, a los que tomaba como informantes para la composición de

sendos diccionarios: así, recopilará vocabularios guaraní, toba, tamanaca, quechua, pampa, aymara, mapipure, etc. Su visión integracionista, incluida en su proyecto de Constitución desestimado por los congresales del 53 a favor del menos inclusivo de Alberdi, muestra a las claras una concepción de respeto de las naciones originarias en el mismo movimiento en que da cuenta del dilema central de la construcción de la nación: “... no concibiendo el Estado cómo se llevarían a efecto dos operaciones tan incompatibles, a saber: ocupar los terrenos de los indios y solicitar su alianza”. Así había descrito, para justificar la política rosista en relación al indio, el drama del encuentro civilizatorio que sería resuelto, décadas después, del peor de los modos. “La intolerancia es el único argumento de los que no tienen razón”, dictaminará, profético, De Angelis.

Su pasión privada de coleccionista que lo llevó a amarrocar un formidable archivo, el más completo de su época, en el pasaje a la dimensión pública que produjo como editor y publicista hizo de su actuación como historiógrafo la más firme certificación de la potencia que revisten los textos cuando son revividos adecuadamente. Este argentino por adopción, que con otros ilustres europeos aquerenciados —de Groussac a Gombrowicz, pasando por Hudson, Lallemant, Jacques o los Daireaux— realizara inmensos aportes a la construcción de la nación, ha de merecer, más allá de su bemoles, el honroso título de paisano inevitable. Como tantas veces, fue Sarmiento, poco dado al elogio, quien llamó de una vez y para siempre a su Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata

“El monumento nacional más glorioso que pueda honrar a un Estado americano”, y sostuvo que a De Angelis “le debe la República lo bastante para perdonarle sus flaquezas”. Como tantas otras veces, hacemos nuestras sus palabras.

NOTAS

1. Por otra parte, décadas después, a la caída de Rosas, aceptaría ser, y no sin ver lesionado su proclamado liberalismo y asumida criolledad, Cónsul en el Río de la Plata de una casi virtual corona borbónica restituida al mismo Reino de las dos Sicilias, con la que tramaría una falsa utopía utilitaria de ribetes sanchopancezcos. Me refiero al reclamo personal de hipotéticas regalías a devengar por la corona sobre las futuras colonias de la inexistente isla Pepys, de su pura invención.

Contribución de Pedro de Angelis para los estudios de los países rioplatenses

Por Mario Tesler ()*

La vida y obra de Pedro de Angelis, excedió el alcance de los trabajos de sus cuatro bibliógrafos.

Una personalidad con fuertes inquietudes en el campo intelectual y sensible a las influencias del poder político, supo merecer reconocimientos por su labor de historiógrafo particular, que combinaba su labor de exhumación de documentos con una persistente inquietud geográfica en la delimitación territorial de una patria en ciernes, y el gusto por la arqueología y la paleontología. Una colección –posiblemente la más completa de la época– que luego fue dispersada en varias partes del Brasil. Archivista meticoloso, acopiador minucioso y escritor, De Angelis se convirtió en inevitable, tanto para las políticas estatales, como para los debates de aquel tiempo. Mario Tesler, nos muestra con puntillosa erudición, el recorrido de esta particular biografía, haciendo hincapié en sus publicaciones.

En Buenos Aires fue periodista, escritor y editor, educador, bibliógrafo e historiador, traductor, numismático y coleccionista, además de interesarse por la arqueología y la paleontología. Por todo cuanto aportó a estas disciplinas, con la perspectiva del tiempo se le está perdonando haber trabajado al servicio incondicional de todos aquellos que se sucedieron en el gobierno, aunque con ello contradijese hoy lo afirmado ayer. Si no tuvo demasiados pruritos, en cambio mostró capacidad y perseverancia. Todo lo que hizo, algunas veces fue por pasión, en otras obligado por la necesidad, y no faltaron las que fueron simplemente por conveniencia. Su única causa fue la producción intelectual, y a fuer de ser justos se debe convenir que lo logró, y que en esto su esfuerzo casi no tuvo límites. Vino solicitado a la edad de 42 años, y hasta su muerte, a los 77, Pedro de Angelis hizo carrera en la vida cultural y política cisplatina. De la sociedad rioplatense, en donde predominaba una xenofobia arraigada, recibió críticas que fueron desde agravios lacerantes hasta reconocimientos laudatorios. A pesar de cuanto se ha estudiado su conducta y su obra, quienes las toman como tema aún encuentran algo novedoso para aportar.

Cuatro bibliógrafos no pudieron ofrecer un estudio exhaustivo de su obra editada e inédita, ni tampoco lograron hacerlo los interesados en lo referido solamente a aspectos parciales de su producción. Por eso todos presentan sus trabajos aclarando que llegan hasta donde pudieron saber. El primero fue Antonio Zinny, quien en 1886 lo incluyó en su *Bibliografía periodística de Buenos Aires hasta la caída del gobierno de Rosas*, publicada

en la *Revista de Buenos Aires*. Tres años después, lo reedita aumentado en el volumen titulado *Efemeridografía argirrometropolitana*; y en obras posteriores del autor, aparecen datos complementarios sobre obras de De Angelis.

En 1930, en un suplemento de la *Literatura Argentina*, Enrique Arana (h) publica su trabajo bibliográfico titulado *Pedro de Angelis, 1784-1859; su labor literaria, histórica y periodística*.

En 1933, ese mismo trabajo, con algunos agregados, aparece nuevamente, en el *Boletín de la Biblioteca de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires*. Continuando cronológicamente, Rodolfo Trostiné es el tercero en contribuir a la bibliografía de De Angelis cuando en 1945 la incorpora a su *Pedro de Angelis en la cultura rioplatense*.

Y por último Josefina Sabor en su *ensayo bibliográfico sobre Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina*, dado a conocer en 1995, aclara no haber aspirado a que fuera una *bibliografía exhaustiva*. No obstante lo advertido por la Sabor, su trabajo ha sido justipreciado en 1996 como el mejor de todos por Jorge Bohdziewicz,

En Buenos Aires fue periodista, escritor y editor, educador, bibliógrafo e historiador, traductor, numismático y coleccionista, además de interesarse por la arqueología y la paleontología. Por todo cuanto aportó a estas disciplinas, con la perspectiva del tiempo se le está perdonando haber trabajado al servicio incondicional de todos aquellos que se sucedieron en el gobierno, aunque con ello contradijese hoy lo afirmado ayer. Si no tuvo demasiados pruritos, en cambio mostró capacidad y perseverancia. Todo lo que hizo, algunas veces fue por pasión, en otras obligado por la necesidad, y no faltaron las que fueron simplemente por conveniencia.

al incluirlo en *Bibliografía de bibliografías individuales*, y Horacio Zabala en *Bibliografía de bibliografías argentinas*, publicado en el 2000, lo destaca por sus detalles y erudición.

Contribuyó a la imposibilidad de contar con un registro bibliográfico total de lo producido por Pedro de Angelis, el que aún permanezcan inéditos muchos de sus trabajos, la dificultad que presenta localizar buena parte de sus artículos periodísticos, también la existencia de piezas anónimas y de otras con algún nombre de pluma adoptado para la circunstancia. De algunas de las obras que se le atribuyeron, pudo demostrarse que no le pertenecían y varias otras aún están en estudio.

Sin embargo, los bibliógrafos citados y otros historiadores dieron a conocer trabajos monográficos y biográficos

Pedro de Angelis nació en el seno de una familia burguesa napolitana el 20 de junio de 1784. Los De Angelis, adscriptos al pensamiento liberal, eran republicanos que militaban en círculos carbonarios y sociedades masónicas. No obstante esto, tanto Pedro como su hermano Andrés, supieron adaptarse y disimular sus convicciones cuando la ocasión lo requería adhiriendo a todos los cambios políticos que se fueron dando en su patria.

acabados, que coadyuvaron a tener una imagen plena de su obra para analizarla desde la arista que se escoja.

Pedro de Angelis nació en el seno de una familia burguesa napolitana el 20 de junio de 1784.

Los De Angelis, adscriptos al pensamiento liberal, eran

republicanos que militaban en círculos carbonarios y sociedades masónicas. No obstante esto, tanto Pedro como su hermano Andrés, supieron adaptarse y disimular sus convicciones cuando la ocasión lo requería adhiriendo a todos los cambios políticos que se fueron dando en su patria.

Pedro fue oficial graduado de artillería en la Real Escuela Politécnica Militar; además en su formación general y conocimientos de la historia incidió Andrés de Angelis, su hermano mayor, por quien siempre manifestó admiración. Andrés también se ocupó de posicionarlo social y laboralmente.

Además de su carrera militar, en la que ascendió varios grados hasta llegar a oficial de 1ª clase en el Comando Supremo, entre 1811 y 1819 se desempeñó en otras actividades. En la corte del rey Joaquín Napoleón I es nombrado en 1811 como maestro de italiano y geografía de sus hijas e hijos; poco tiempo después se lo encuentra en la Real Escuela Politécnica dictando cátedra de historia, geografía y matemáticas, sumando en 1812 las funciones de bibliotecario. Cuando en 1815 cae el rey Joaquín Napoleón I y retorna al trono Fernando de Borbón, en lo inmediato no se sabe cuáles son sus actividades, pero en abril de 1817 aparece como corrector oficial de 1ª clase en la flamante Imprenta del Estado Mayor del Ejército, en 1818 se lo traslada al Comando General de Sicilia, pasando en 1819 como adscripto a la Secretaría de la Suprema Corte Militar.

De Angelis abandonó Nápoles en 1819 para nunca más volver a su patria, pero continuará prestándole sus servicios. Primero va a Ginebra y en 1820 ya está en París donde iniciará su breve paso por la actividad diplomática hasta 1821. En adelante vivirá de su trabajo como escritor, inicialmente al servicio del diplomático ruso Grigori Vladimirovich Orloff, del cual usufructuó muy bien. Alma Novella Marani en su *Cinco amigos de Rivadavia*, publicado en 1987 por el Centro de Estudios Italianos de la Facultad de Humanidades y Ciencias

de la Educación de la Universidad de La Plata, cita un documento diplomático, del Archivo di Stato di Napoli, donde dice que De Angelis *era íntimo del Conde Orloff*... Pero esta relación, inicialmente social y luego también laboral que –al parecer– devino en íntima, Orloff la dio por concluida al enterarse que De Angelis inició el romance con quien sería su esposa. Después De Angelis trabajó para los editores de dos revistas y de tres enormes diccionarios biográficos de importancia, aunque en esta etapa ya sus ingresos fueron magros.

Por el año 1825, las autoridades de su patria lo incluyeron entre aquellos a los cuales se les prohibía regresar. La documentación examinada sobre su vida privada indica que entonces De Angelis ya se habría casado con Melanie Dayet. Este matrimonio se mantuvo en lozanía, sin grises, hasta la muerte de él, lo que es de señalar. Melanie fue el amparo y sostén de este monógamo impenitente con sólida formación cultural, probado en distintas ocupaciones laborales, a quien todavía le restaba sortear las vicisitudes de un muy largo período de vida y el desarraigo en un medio que no le era familiar.

Se conjetura que en 1825 De Angelis conoció a Bernardino Rivadavia, cuando este se encontraba en Europa. Ya en la presidencia, Rivadavia necesitó de una prensa oficial y adicta que defendiera sus obras y combatiera las ideas federales; instruido sobre el tema, Filiberto Héctor de Varaigne, agente para promover la inmigración y amigo personal de Rivadavia, fue quien le propuso a De Angelis trabajar como periodista en nuestro país. Con Melanie llegó a Montevideo a fines de 1826 y de ahí pasaron ellos y el matrimonio Mora a Buenos Aires el 29 de enero de 1827.

De cuanto en adelante produjo De Angelis como autor, periodista, compilador, o editor, se exceptúan para esta oportunidad aquellos trabajos biográficos, traducciones, de circunstancia o de mera alabanza; solamente se ponderará someramente algunos de sus aportes documentales y aquellos que cobraron valor como tal.

Rivadavia recibió de inmediato a De Angelis y a José Joaquín de Mora encargándoles trabajar en dos publicaciones periódicas. La primera dificultad que debió sortear De Angelis fue el idioma. Entre los borradores, conservados en el Archivo General de la Nación, hay varios de sus primeros textos periodísticos y están todos en francés, los que eran traducidos por el periodista español José Joaquín de Mora, también contratado en el Viejo Mundo. Los servicios de Mora duraron alrededor de un año. De Angelis no tardó en poseer el idioma castellano y el habla local. De esa época quedan los periódicos *La Crónica Política y Literaria de Buenos Aires* y *El Conciliador*.

Inicialmente, *La Crónica Política y Literaria de Buenos Aires* apareció tres veces por semana y a partir del número 49 continuó con entregas diarias, a excepción de los días festivos. Alcanzó un total de 120 entregas. No obstante que el prospecto anunció una entrega trimestral, de *El Conciliador* sólo apareció un número, con 83 páginas. No está fehacientemente probado que De Angelis colaborara inicialmente en *El Constitucional*, periódico también rivadaviano de carácter comercial y político.

Afirman algunos historiadores que el gobernador Manuel Dorrego lo invitó a seguir como director de *La Crónica*. De Angelis que inicialmente vino a Buenos Aires probablemente

pre dispuesto contra el nuevo Gobernador por informaciones del agente Varaigne, enemigo encarnizado de Dorrego, no aceptó, *esperanzado* —dice la Sabor— *en que los unitarios retornarían al poder*.

Con el gobierno de Juan José Viamonte efectuó un acuerdo para lanzar a *El Lucero*. En él aparece De Angelis como su redactor principal, además de ser el propietario. De este diario se editaron 1.121 números. Fue un *diario*, como lo especificó su denominación, de carácter *político, literario y mercantil*. Su existencia, un total de cuatro años, transcurrió al servicio de los gobernadores Viamonte, Rosas y Juan Ramón Balcarce. Fue un diario informativo, político, polémico, con rectificaciones de carácter histórico, informaciones oficiales, crítica literaria, cotizaciones de monedas extranjeras, informes meteorológicos, más otros rubros. Antonio Zinny en 1869 publicó un listado que confeccionó con los principales artículos publicados en este diario.

En 1829 inicia otra etapa no interrumpida como periodista político partidista, pero a veces haciendo solamente de cronista, al servicio de Juan Manuel de Rosas, ya consolidado en el poder, la que se prolongará hasta 1840; en esta aparece ora como responsable de la publicación ora como colaborador. A esta etapa corresponden, además de *El Lucero*, *Le Flaneur*, *El Monitor*, *Los Muchachos*, *El Restaurador de las Leyes* y *La Gaceta Mercantil*.

De *Le Flaneur*, *ambigu politique et litteraire* fue el editor. Totalmente escrito en francés, de este semanario se editaron doce números. En él se encuentra de todo, desde informaciones nacionales a noticias de otros países, desde trozos literarios hasta casi chimentos.

El Monitor, presentado como *diario político y literario*, publicó 247 números y un suplemento. Fue designado diario ministerial, en él se transcribieron documentos oficiales, partes de la expedición al desierto de Rosas, documentos sobre instrucción pública, artículos sobre literatura europea, historia universal. Con los mejores artículos Zinny también efectuó una enumeración que incluyó en su *Efemeridografía argirometropolitana*.

Aunque figura Luis Pérez como redactor de *Los Muchachos* es muy probable que De Angelis haya sido colaborador; por lo menos así se denuncia en *El látigo Republicano*, otro medio periodístico coetáneo. De *Los Muchachos* se publicó tan sólo un número.

Como otros, *El Restaurador de las Leyes* también fue *diario político, literario y mercantil*. Aparecieron 87 números. Fue una publicación de exaltación federal, muy combativa. Manuel Irigoyen lo fundó y después de publicados los primeros números se retiró de la dirección, pero, junto con Nicolás Mariño y Lucio Mansilla, continuó como colaborador. La conducción de hecho estuvo a cargo de De Angelis; aunque no figura como director, tanto *El Aguila Federal* como *El Defensor de los Derechos del Pueblo* lo señalan como tal.

El *diario comercial, político y literario* denominado *La Gaceta Mercantil*, fundado e inicialmente dirigido por Esteban Hallet, contó —entre otros— con De Angelis como redactor durante un tiempo, en 1829 su rol asciende a una suerte de redactor principal en lo que a política y literatura se refería. Pero esto se interrumpió antes que De Angelis editara *El Lucero*, en setiembre de 1829, limitándose a partir de entonces a entregar de

tanto en tanto alguna colaboración. *La Gaceta Mercantil* es una fuente generosa de documentación e información sobre el acontecer general, entre 1823 y 1852, los veintiocho años y cuatro meses que se editó.

También se le atribuye a De Angelis, casi con seguridad, la paternidad del *Espíritu de los mejores diarios que se publican en Europa y América* editado en 1840.

Después de un interregno de tres años se lo vuelve a ver en 1843, esta vez al frente del *Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo* que duró, junto con *La Gaceta Mercantil*, hasta la caída de Rosas. Fue el brazo ejecutor de los 61 números, editados entre los años 1843 y 1851, presentando el texto en castellano con traducción al inglés y francés. En sus páginas tuvieron cabida artículos, documentos oficiales, noticias nacionales y del exterior, además de textos volcados al castellano. Fue la mejor publicación de la que dispuso Rosas para hacer conocer su obra de gobierno ante los Estados Unidos de Norte América y Europa. Gracias a Ignacio Weiss, la reedición del texto en castellano, efectuado entre 1946 y 1947, trae para el mejor aprovechamiento un índice temático.

Por encargo de Rosas en 1846—aunque éste después no la utilizó—, De Angelis confeccionó la *Memoria histórica sobre los derechos de soberanía y dominio de la Confederación Argentina a la parte austral del continente americano, comprendida entre las costas del Océano Atlántico y la gran Cordillera de los Andes, desde la boca del Río de la Plata hasta el Cabo de Hornos, inclusa la Isla de los Estados, la Tierra del Fuego y el estrecho de Magallanes en toda su extensión*. De Angelis recién publicó este trabajo en 1852, cuando Rosas ya no

ejercía el poder; se lo reeditó en 1877, cuando el autor ya había fallecido, junto con otras obras y documentos por parte del Ministerio de Relaciones Exteriores. Posteriormente, en 1881, se lo tradujo al francés.



La documentación aportada en este trabajo va desde 1681 hasta 1835, con una bibliografía al final sobre el tema. Domingo Faustino Sarmiento, en *Campaña en el Ejército Grande* editado en noviembre de 1852, vio en esta memoria una *diatriba contra Chile*, calificándola como *más agresiva* que la de Dalmacio Vélez Sarsfield, a quien Rosas también había encomendado la misma tarea. En cambio el propio Vélez Sarsfield juzgó a

La Colección de Pedro de Angelis se inicia con este retrato.

esta memoria como *una obra acabada, pues los documentos que su autor había reunido demuestran hasta la evidencia los indudables derechos de la República á todas las tierras que se estienden hasta el Cabo de Hornos.*

No menos importantes son sus trabajos bibliográficos publicados y los inéditos, tarea que logró utilizando en ella la sagacidad propia de ávido acopiador. Estos trabajos, documentos secundarios, hoy siguen prestando utilidad como instrumento de referencia orientador para determinar qué documentos iniciales y primarios consultar. No se equivocó De Angelis cuando incluyó en los trabajos bibliográficos tanto las piezas editadas como los originales manuscritos, o copias de estos. Aquí puso de manifiesto su desempeño como bibliógrafo, con lo que realiza mucho más su condición de investigador y coleccionista. Las objeciones técnicas que se le suelen espetar huelen a argumentación leguleya. *La calidad de la técnica bibliográfica* debe –esto lo dice la Sabor– *ser analizada a la luz de la época y de las facilidades que ofrecían las bibliotecas del Buenos Aires de entonces.*

La *Bibliografía del Chaco* con la cual acompaña el *Diario de la expedición reduccional del año 1780* realizada por Francisco Gavino Arias, dijo De Angelis que fue extractada de la *Bibliografía General del Río de la Plata*. Dividida en tres partes, a saber obras impresas, trabajos gráficos, y obras inéditas; estas últimas en mayor número están subdivididas en gramáticas y vocabularios, documentos históricos, informes, representaciones y cartas, diarios y proyectos. Todas las piezas están ordenadas cronológicamente, forma de presentación preferentemente escogida por el autor también para otros trabajos de esta naturaleza.

Dos piezas con características de bibliografía, de valor limitado pero que en cambio revisten interés por las informaciones aportadas, son *Noticias de los trabajos emprendidos y ejecutados, bajo la dirección y los auspicios del Gobierno de Buenos, en la Región Patagónica, Estrecho de Magallanes, Tierra del Fuego y de los Estados*, publicada en 1852, y su complemento, aún inédito, al cual tituló *Bibliografía de la Región Patagónica*. Esta última y otra que dejó inédita tienen su origen en dos trabajos menores: *Obras impresas sobre la costa Patagónica y Bibliografía de la región patagónica.*

Explicación de un monetario del Río de la Plata es el trabajo inicial en nuestro medio sobre bibliografía numismática, como lo reconoce Jorge N. Ferrari en la *Bibliografía argentina de numismática y medallística*, publicada por la Academia Nacional de la Historia. Aquí De Angelis enumera las monedas y medallas de su colección. *Este folleto permite seguir el rastro y establecer el origen de algunas de las primeras piezas del período independiente y de las últimas del período hispánico.* Tres años después, en 1843, y ante los cargos de los opositores políticos, sobre el modo de obtener las piezas de su colección, De Angelis publicó *Explicación de un monetario*, con el cual legó pormenores para saber el origen y las distintas manos por las cuales pasaron.

También aportó varios volúmenes de recopilación de leyes y decretos promulgados en Buenos Aires, desde el 25 de mayo de 1810 hasta el 14 de octubre de 1858. Esta recopilación trae un índice general de materias en el tercero. De Angelis reconoce la paternidad de esta obra en el catálogo de venta de su biblioteca, aunque por entonces recién se habían publicado

los tres primeros volúmenes. Queda en duda su participación en el resto de la obra.

Colección de obras impresas y manuscritas que tratan principalmente del Río de la Plata, formada por Pedro de Angelis, publicado en 1853 con una extensión de 232 páginas, es el catálogo de venta de su propia colección, de temática americana, y se lo estima como la principal guía bibliográfica que produjo. Contiene libros raros, mapas, planos y documentos originales en su poder. La colección fue casi totalmente adquirida por el Imperio del Brasil y dividida para ser conservados los documentos sobre límites en el Ministerio de Relaciones Exteriores, los duplicados en el Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro y la mayor cantidad de piezas, un total de 4.076, por la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro. En el decurso del siglo XX, el Archivo General de la Nación, la Biblioteca Nacional y el Colegio del Salvador obtuvieron copias de la documentación adquirida por el Brasil. En cuanto al Instituto de Investigaciones Históricas, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, obtuvo –mediante una labor dirigida por Ricardo Rodríguez Molas– copia de todos los documentos que guardaba la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, un total de 50 rollos para 500 exposiciones cada uno, es decir 25.000 fotografías.

Para algunos fue la mejor colección de su época, otros opinan que fue la segunda en importancia, después de la de Saturnino Segurola. Estaba integrada por ejemplares, cuando no únicos y de singular rareza, por piezas inéditas de distintas materias, preferentemente coleccionó los testimonios de descubridores, conquistadores y viajeros

en general, cartografía, obras sobre las gobernaciones y los virreinos, de los jesuitas y sus misiones, derecho, economía, bellas artes, letras, causas legales, publicaciones periódicas, reales órdenes, oficios, bandos, manuscritos de obras, documentos autógrafos y del quehacer misional. Este trabajo consta de más de tres mil asientos.

A la guía anterior De Angelis sumó el *Apéndice al catálogo de la biblioteca de...*, que data de 1854. En relación con la *Colección...* enumeró pocas obras pero raras de lingüística aborigen americana, también algunos incunables misioneros.

La *Colección de obras y documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata* aunque aparece como publicada entre 1836 y 1837, en realidad ocurrió entre 1835 y 1839. De Angelis intentó continuarla pero su proyecto quedó nonato. En tres oportunidades se encaró su reedición, la primera fue en 1900 y quedó trunca, en 1910 se encaró la segunda, y la tercera en 1969.

Consta de 7 volúmenes y en ellos aparecieron 70 trabajos, de los que 57 entonces se publicaban por primera vez. Cada uno de estos con paginación independiente. En total suman 4.560 páginas. Salieron originariamente a la venta en fascículos. La colección esta dedicada a Rosas a quien llamó uno de los *genios tutelares*, confesando ser *su más obsecuente y obediente servidor*. Están integrados por textos manuscritos unos y ya editados los otros, más documentos conexos; además De Angelis aportó sus estudios a manera de proemio, discursos preliminares, introducciones, noticias biográficas, y advertencias para acompañar a cada una de las piezas. Estas piezas están referidas a la Argentina, Paraguay, Brasil

y la Banda Oriental, a las Misiones Jesuíticas y a la Patagonia y son historias, descripciones, derroteros, diarios de viajes, memorias, informes de y a los virreyes, descripciones geográficas, tratados, correspondencias, actas capitulares, y documentos de todos los ramos de la administración pública.

Se dice que esta colección tiene errores. Que a veces el editor no respetó los textos originales. Que introdujo variantes, que algunas traducciones presentan fallas, que hay textos amputados. Todo eso es cierto y también más, pero con todo De Angelis transformó los conocimientos históricos en su momento e introdujo cambios importantes. El análisis bibliográfico de esta obra lo brindó Teodoro Becú, con la asistencia de Diego Luis Molinari, y desde 1941 se cuenta con este trabajo que publicó el ya mencionado Instituto de Investigaciones Históricas.

Entre los opositores al gobierno de Rosas en el exilio esta colección fue mal recibida y peor tratada. Esto, que por razones circunstanciales se justifica, tiene su costado de curiosidad, la ocasión sirvió para tener que admitir – pero a regañadientes– sus condiciones intelectuales y poner en tela de juicio su honorabilidad, al decir de él que se apropiaba en forma indebida de piezas ajenas. Publicado por la Biblioteca del Congreso de la Nación, en el epistolario perteneciente a Juan María Gutiérrez hay una carta de Florencio Varela, remitida desde Montevideo el 31 de octubre de 1833, donde le dice:

Ese de Angelis, dotado de tanta capacidad cuanta es la perversidad de su carácter, ha hecho llegar a mis manos no sé por mano de quién el Prospecto de la Colección de obras y documentos inéditos relativos a la

Historia, antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata. El Editor puede, en mi sentir, hacer una publicación importantísima porque tiene abundantes materiales, de los que algunos debe a mi necia condescendencia y a mi fácil credulidad. Quiero, pues, que tenga V. La bondad de suscribirme con mi nombre a esa publicación...

Con la labor de Augusto Belin Sarmiento, datada en 1903, se dispone de una herramienta de consulta obligada, para conocer de cuáles personas y de qué temas se ocupó Domingo Faustino Sarmiento en su dilatada y polifacética actuación. Gracias a este aporte analítico, reimpresso en el 2000 por José Luis Trenti Rocamora, se sabe que Sarmiento en veintisiete oportunidades se refirió a Pedro de Angelis. Como es de suponer, este temido polemista enrolado en la más radicalizada oposición a Juan Manuel de Rosas, casi siempre se ocupó de él para vituperarlo por sus hechos y sus dichos. Pero en la parte final de su réplica a Juan Bautista Alberdi por las *Cartas quillotanas*, me refiero a *Las ciento y una*, fechada en mayo de 1853, dice:

Yo me he servido de Arenales, Sola, Angelis, Wappaiis para la ilustración de las cuestiones de los ríos, y á Angelis, á quien tanto desestimo bajo otros aspectos, le he rendido mi público tributo de gracias por haber emprendido la publicación de los documentos argentinos, sin acordarme que medió en ello interés de editor.

Es claro que Sarmiento no pudiendo con su genio, al final le restó tirándole un cascote, como si el ser editor

pudiera invalidar un aporte de esta naturaleza. Pero –eso sí– puede corroborarse que no fue en *Las ciento y una* cuando por primera vez reconoció el valor de los documentos que De Angelis editaba, sino antes, desde Chile en 1850 en su *Argirópolis*.

José A. Oria en 1925 logró identificar a Bartolomé Mitre, tras el inicialónimo B. usado en *El Tirteo* de Montevideo para también firmar, el 19 de julio de 1841, el brulote poético *A Pedro de Angelis*, donde le llama ponzoña, traidor, Judas, lame pies, prostituido, rufián, apóstata, hipócrita, fanfarrón, y lacayo. Pero con los años se estableció entre ambos una relación cordial, sin que por ello pueda suponerse que necesariamente volvieron sobre lo andado, al menos de parte de Mitre. Además de expresar su reconocimiento en diversas ocasiones por la calidad de los estudios de De Angelis, en la historia de la historiografía argentina Bartolomé Mitre aparece protagonizando un proceder que enalteció a ambos. En cuartos aledaños a la Biblioteca Pública de Buenos Aires, el 3 de setiembre de 1854 Mitre

pronunció un discurso, lo recuerda Juan Angel Fariní en la *Cronología de Mitre 1821-1906*, promoviendo al Instituto Histórico Geográfico del Río de la Plata. El 6 de mayo de 1856 *se aprueban las bases orgánicas que él redactara* y su reglamento. Integrarían este instituto hombres de todas las disciplinas, pero se estableció que solamente serían miembros natos los que inicialmente hubieran suscripto esas bases. Con tal motivo Mitre, acompañado de otros varones, se presentó en la quinta de De Angelis para solicitarle la firma de ese documento. De Angelis no sólo aceptó, sino que además concurrió a algunas de las sesiones.

(*) Biblioteca Nacional - Archivo Institucional Histórico.

Tiene publicados decenas de libros y folletos, entre ellos *Cronicón de dos álbumes encontrados en el Tesoro de la Biblioteca Nacional* y *Revistas de la Biblioteca Nacional argentina 1879-2001*, el primero editado por La Peña del Libro y el otro por la Academia Nacional de Periodismo.

Para un retrato de Julio Irazusta

Por Fernando J. Devoto ()*

Una contenida pasión por la (historia) Argentina, aparejada por un difuso talento para la literatura ficcional, pero con una notable tendencia hacia la crítica, lecturas amplísimas, tan amplias como cuestionadas (Maurrás) y la necesidad inmensa de visitar bibliotecas para mitigar una soledad tan expansiva en la vida como en la muerte, transfiguraron a Julio Irazusta en un historiador revisionista, siempre alejado de toda forma de acción o provocación, siempre distante de la construcción de estructuras político-ideológicas.

Su generación fue conciente de una superioridad póstuma que resignó proyectos en las bifurcaciones de los caminos históricos. Su diversa cultura, su autoprotectora melancolía son, eternamente, de nuestro espacio y de otro tiempo.

Julio Irazusta tituló a un ensayo autobiográfico, que era parte de un esfuerzo más vasto que no llegó a concretar: “Memorias (Historia de un historiador a la fuerza)”: En el subtítulo entre paréntesis quizás pueda rastrearse alguna de las claves de su labor intelectual. Conocido, sobre todo, por su trabajo como historiador y como fundador del revisionismo histórico (si hemos de datar al mismo desde el libro que publicó en 1934 con su hermano Rodolfo sobre La Argentina y el imperialismo británico) bastante hubo de no buscado, en esa, su actividad principal. Una lectura rápida llevaría a asentir con la lógica del itinerario de sí mismo que propuso al asumir como miembro de número de la Academia Nacional de la Historia en 1971: se trató del paso “de la literatura a la historia a través de la política”. Las cosas fueron, quizás, más complejas. Perteneciente a una familia de medianos terratenientes de Gualaquaychú, tuvo a lo largo de su vida la posibilidad de vivir sin necesidad de buscar un empleo y un salario, aunque la situación familiar no era de extraordinaria riqueza. Por ejemplo, a la muerte de su padre, la liquidación de la herencia le permitió, con los cinco mil pesos que recibió, encarar un viaje a Europa (un pasaje en vapor en segunda, valía entonces unos quinientos pesos) y poco más. Será en cambio la muerte de su abuela, que había sobrevivido a sus dos progenitores, la que le permitiría un pasar más holgado a partir de las cuatro mil hectáreas de la herencia del campo “Las Casuarinas”, cerca de Gualaquaychú. Los hermanos Irazusta no parecen haber sido un modelo de empresarios agrícolas, aunque más no fuese porque pasaban largas temporadas en Buenos Aires. Sin embargo, la explotación del campo con las alzas y bajas de las coyunturas inter-

nacionales y nacionales, les brindó una renta que les permitió nuevos viajes a Europa, en los años 20, y un apacible y no rumboso pasar en la ciudad-puerto. Le permitió, también, proveerse de una muy buena biblioteca. Cuando los fondos comenzaron a ser insuficientes, ya que era difícil que los ingresos que obtenía de su labor periodística o de escritor sirviesen como remedo, la venta sucesiva de pedazos del campo (al final de sus días Irazusta prácticamente poseía sólo el casco de la estancia) le permitió continuar con su sencillo tren de vida, sin grandes sobresaltos.

La autonomía económica le posibilitó a Irazusta, ante todo, independencia y esta una actitud de distanciamiento de las cosas concretas que podían obtenerse vía un título profesional (no culminó sus estudios de derecho) o vía los cargos públicos, electivos o administrativos, a los que podía accederse a través de las conexiones políticas. A ella puede atribuirse, al menos en parte, el periplo de un intelectual que no ocupó cargos en el estado argentino a lo largo de los ochenta años de su existencia, salvo dos fugaces empleos como docente, en sus años mozos y en su vejez.

Como en sus años juveniles se había sentido atraído por la bohemia de la Buenos Aires de fines de la década de 1910 y principios de la siguiente, hubiera sido posible que su vida transcurriese en el medio de ella en alguna forma de otium cum dignitate (o sine). Sin embargo, y pese a la ausencia en su vida de rutinas externas quiso voluntariamente imponerse algunas. Aunque frecuentaba la bohemia, al llegar la medianoche, alegando los problemas de salud que lo aquejaban de joven, solía retirarse de los cenáculos literarios que visitaba en distintos cafés de Buenos Aires. Le gustaba alzarse temprano

para leer un libro durante la mañana. Un bohemio sin bohemia. Sobre todo un metódico trabajador, como antes que él lo había sido Lugones (aunque no tuviese las necesidades de supervivencia de éste) y antes todavía Emilio Zola. Quizás ello era el resultado de su

La mayor afición de esos años juveniles parece haber sido leer. Como la situación no era seguramente tan holgada para adquirir todos los libros que deseaba, constituyó parte de ese anónimo –y a menudo olvidado– universo de lectores que concurren a la Biblioteca Nacional sólo para frecuentar un libro sin propósitos ulteriores. Todas las tardes, después de almorzar, las pasaba en la calle México, en el confortable ambiente de su sala de lectores. Su permanencia en la Biblioteca era lo suficientemente prolongada como para permitirle leer cada día un cuarto o medio libro. Lecturas desordenadas, como corresponde al autodidacta...

temperamento, quizás de la necesidad de justificar ante la sociedad, con el trabajo intelectual, una existencia que el destino le había dado holgada, quizás el haber hecho suyo el consejo que le dio en Londres Pearsall Smith, acerca de los deberes que compellan al escritor que no necesita vivir de la pluma.

La mayor afición de esos años juveniles parece haber sido leer. Como la situación no era seguramente tan holgada para adquirir todos los libros que deseaba, constituyó parte de ese anónimo –y a menudo olvidado– universo de lectores que concurren a la Biblioteca Nacional sólo para frecuentar un libro sin propósitos ulteriores. Todas las tardes, después de almorzar, las pasaba en la calle México, en el confortable ambiente de su sala de lectores. Su permanencia en la Biblioteca era lo suficientemente prolongada como para permitirle leer cada día un cuarto o medio libro. Lecturas desordenadas, como corresponde al autodidacta que era, aunque frecuentase paralelamente

los cursos que se dictaban en las Facultades de Derecho y de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Leía un poco de todo, historia, literatura, filosofía y en varios idiomas (inglés, italiano, francés) a los que había accedido con los conocimientos adquiridos en el colegio secundario, y con la ayuda del diccionario.

Los itinerarios europeos no parecen haber cambiado los hábitos del joven Irazusta. París no le gustó, salvo la prensa política, ya que no se correspondía al que había construido por medio de la lectura en sus viajes imaginarios. Incluso le pareció, en muchas cosas, inferior a Buenos Aires. Su imagen de Londres fue bastante mejor, ya que de algún modo le recordaba a Buenos Aires, con sus espacios verdes y sus suburbios extensos de casas bajas. En donde se encontró más a gusto fue en la serenidad bucólica de Oxford, que a su vez le traía reminiscencias de su Gualeguaychú natal. La rutina que practicó allí no era además tan diferente de la que había desarrollado en la Argentina: encuentros sociales-académicos en la casa en donde se alojaba como pensionista o en otras, algunos cursos para mejorar sus estudios clásicos y frecuentación de las muchas bibliotecas allí existentes. También se sintió a gusto en Italia, en especial en el centro-norte y, al retratar fugazmente sus viajes en ella, sus memorias transmiten una inusual serena alegría. Como en otros de sus momentos que parecen haber sido felices es llevado a establecer curiosas asociaciones con su país natal. En éste caso, la primavera romana le recordaba el clima del litoral pampeano. Siempre, en el fondo, la Argentina. Carente de imaginación literaria y de la osadía estética de las vanguardias de

los 20, sus pasos parecían orientarlo hacia la crítica literaria para la cual lo ayudaban su estilo contenido, pero no exento de elegancia, su método de trabajo concienzudo, su cultura erudita y el consejo de amigos y maestros que veían para él un porvenir allí. Una parte de sus retratos de obras y autores publicadas en muchas partes, de *Martín Fierro* a *La Nación*, de *El Hogar* a *Sur*, las reunió en un libro, *Actores y Espectadores*, que obtuvo el Premio Municipal de Literatura en 1937.

La política argentina e internacional, acerca de la cual había comenzado a escribir ya en la segunda mitad de la década del 20, en especial desde la aparición del semanario *La Nueva República* en 1927, ocupaba, en cambio, un segundo plano en su producción. Nunca podremos saber cuánto efectivamente le interesó, más allá de lo que hoy llamaríamos la teoría política y más bien parece haber ido hacia ella a la rastra de su hermano mayor, Rodolfo. Al menos, para un intelectual vinculado con un grupo de ambiciosos aspirantes a políticos, es, cuanto menos sorprendente, que cuatro meses antes del golpe militar que preanunciaban —y con la conspiración plenamente en marcha—, en mayo de 1930, haya decidido embarcarse de nuevo para Europa desde donde recibiría las noticias de la revolución de Urriburu.

Los años sucesivos al fracaso de la revolución de 1930 serán los que concentrarán lo principal de la actividad política de Irazusta, desde un retorno a la militancia en el radicalismo entrerriano hasta la fundación, de nuevo junto a su hermano, de un pequeño Partido Libertador de escasísima cosecha en las cruciales elecciones de 1946. No dejó tampoco de intervenir en ella desde artículos en la prensa periódica, durante la larga década

conservadora, y en especial durante los años de la guerra. Sin embargo, aunque tantas iniciativas sugieren un interés no irrelevante hacia la política argentina, la misma estuvo siempre mediada por una posición de distanciamiento.

Desconfiaba de involucrarse en primer plano, como si la actitud del intelectual debiese ser guardar prudentes distancias. Como una vez me señaló, en la altura de sus años, los intelectuales no debían dar cheques en blanco. Su amigo Raúl Scalabrini Ortiz había dado, según él, dos (Perón y Frondizi) y el segundo lo había llevado

a la tumba. Por otra parte, esa política real concreta de la Argentina post 1930 no dejaba de parecerle crecientemente desagradable. La exasperación de sus tonos y la violencia que cada vez más la acompañaba, le parecían deplorables. No dejaba de ver en ello una incorporación de métodos que ya había visto (y criticado), en el accionar del fascismo italiano, pero también en los Camelots du Roi de la Acción Francesa, durante su viaje a Europa de 1923. Para agravarlo, en la primera línea de esas nuevas y violentas formas de acción política en la Argentina, estaban aquellos que eran o debían ser sus compañeros de ruta: los nacionalistas. Así, por ejemplo, expresaría públicamente su disgusto desde *La Voz del Plata*, que había fundado con su

La tentación del nacionalismo de cooptar a cualquier gobierno le impedía seguir el único camino para él posible: constituir un partido político. La llegada del peronismo al poder, que le provocó una repulsión aún mayor, no hizo sino agravar las cosas, alejando todavía más a Irazusta de la política concreta.

Ciertamente, esa distancia no dejaba de reflejar no sólo una creciente añoranza de tiempos idos sino también una creciente dificultad de comprensión de la política nacional e internacional a las que trataba de seguir pensando desde las categorías del siglo XIX.

hermano Rodolfo durante la segunda guerra mundial, ante el comportamiento de un desorbitado Jordán Bruno Genta, interventor en la Universidad del Litoral designado por la revolución de 1943. El gobierno militar, al que tantos de sus conmlitones se habían sumado, respondió suspendiendo por dos números la publicación del periódico.

Como escribió en sus memorias, en lo que era casi un exabrupto, había sido sobre todo la guerra europea la

Así el estudio del pasado puede ser visto en Irazusta como un refugio en un lugar congenial: el mundo de las bibliotecas y los libros. Es posible, como él mismo afirmó, que llegase a él desde la desilusión que le produjo la revolución del 30 con su aire de restauración conservadora, su descubrimiento de Uriburu como un nuevo Lavalle (una “espada sin cabeza”) o su tardía comprobación de que el denostado yrigoyenismo había hecho más en defensa de lo que llamaba los intereses nacionales que sus sucesores.

que había extrañado los espíritus rompiendo aquél espíritu de “convivencia civilizada” que reinaba en el mundo intelectual argentino y del cual las tertulias que solía frecuentar en la casa de Victoria Ocampo eran un admirable ejemplo. La guerra europea (que hay que datar desde el inicio de la guerra civil española) había llevado,

según Irazusta, a que el nacionalismo degenerase en una “internacional ideológica” maniobrada por el régimen. La tentación del nacionalismo de cooptar a cualquier gobierno le impedía seguir el único camino para él posible: constituir un partido político. La llegada del peronismo al poder, que le provocó una repulsión aún mayor, no hizo sino agravar las cosas, alejando todavía más a Irazusta de la política concreta.

Ciertamente, esa distancia no dejaba de reflejar no sólo una creciente añoranza de tiempos idos sino también una creciente

dificultad de comprensión de la política nacional e internacional a las que trataba de seguir pensando desde las categorías del siglo XIX. Es decir desde las minorías que regían sus destinos y diseñaban sus estrategias. Dos de los fenómenos nuevos, el estado-nación y la sociedad de masas, le eran absolutamente extraños, y ello da un aire de ingenuidad a su lectura de la política contemporánea. Como puede observarse en sus trabajos sobre Rosas, miraba a la política desde la racionalidad discursiva y no desde las dimensiones mitológicas y rituales –que en cambio habían interesado tanto a José María Ramos Mejía– que serían un componente esencial de la misma en el siglo XX. Por otra parte, en una característica no sólo de él sino de la mayor parte de los intelectuales del nacionalismo argentino, aunque fuesen abogados como Carlos Ibarguren o Ramón Doll (y aquí el contraste con los autoritarios brasileños es muy revelador), miraba la política mucho más desde el prisma de una formación literaria que desde cualquier otro lado. Así, Irazusta aunque se ufana de ser un realista y un crítico de los políticos abstractos e ideológicos (como buen lector de Edmund Burke) era sustancialmente un intelectual que se negaba a reorientar sus ideas en el contraste con una realidad que se distanciaba de sus designios.

Desde luego Irazusta no era un hombre de acción (era demasiado tímido para ello) como tampoco lo había sido su admirado Charles Maurras. Empero, para ser un hombre de pluma, sus tonos eran demasiado mesurados para ser efectivos, incluso en las batallas retóricas de su tiempo. Nunca hubiera podido escribir como aquél lo hiciese en 1925, que *Ce serait sans haine et sans crainte que je donnerais l'ordre de repandre votre sang de chien*, con referencia al ministro del

interior del gabinete Herriot, Abraham Schrameck. No llegaba ni siquiera a las mucho menos tremebundas (y casi nunca ad hominem) inectivas de Leopoldo Lugones al que admiraba y solía visitar en su despacho de la Biblioteca del Maestro, donde este conservaba una pistola que nunca utilizaría. Lugones, otro violento de pluma con enormes límites para la acción directa, en especial si lo comparamos con el espejo dannunziano.

Así el estudio del pasado puede ser visto en Irazusta como un refugio en un lugar congenial: el mundo de las bibliotecas y los libros. Es posible, como él mismo afirmó, que llegase a él desde la desilusión que le produjo la revolución del 30 con su aire de restauración conservadora, su descubrimiento de Uriburu como un nuevo Lavallo (una “espada sin cabeza”) o su tardía comprobación de que el denostado yrigoyenismo había hecho más en defensa de lo que llamaba los intereses nacionales que sus sucesores. Con todo, si le interesaba la historia, era porque aunque mirase la política desde una distancia que hacía a la vez inefectiva y poco atractiva su acción en ella, no dejaba de ser ahora la de un hombre preocupado por la Argentina de sus tiempos. Es decir un ciudadano comprometido, tal cual era, en su imaginación, aquel Maurras a quien llamó hiperbólicamente “el primer ciudadano de nuestro tiempo”. Sin embargo, es plausible que cualesquiera hayan sido los móviles iniciales, la historia sería ante todo ese lugar, sino confortable al menos reparador, que no encontraba en la crecientemente inhospitalaria argentina, ni tampoco en el ámbito familiar del cual, más allá de la parquedad con que se refería a él, pocas gratificaciones había obtenido.

Su tema y su personaje los encontró pronto: Juan Manuel de Rosas. Ya en 1935 le había dedicado un largo ensayo que publicó la Editorial Tor. Para la confección del mismo, Adolfo Saldías y su *Historia de la Confederación Argentina* habían sido su guía primera y le habían provisto el material inicial con el cual empezó a construir esas meticulosas carpetas organizadas cronológicamente donde encolaba todo lo que iba leyendo. Cuando detrás de un proyecto editorial lo visitamos en el verano de 1975, con mi maestra Haydée Gorostéguí de Torres, que lo conocía por las colaboraciones que le había pedido para su *Polémica. Historia Argentina Integral*, no dejó de sorprendernos que en las mismas estaba, incluso desgastada y pegada, la invaluable serie completa del *Archivo Americano* publicado por Pedro de Angelis. La acumulación de materiales lo impulsó más allá y se propuso el ambicioso objetivo de organizar una vida política de Rosas a través de sus documentos. Era la segunda mitad de los años 30, uno de los momentos difíciles para los Irazusta, obligados a levantar su departamento en Buenos Aires y residir por más tiempo en “Las Casuarinas”.

Sus esfuerzos llevaron a la aparición, en 1941, del primer tomo de la *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través*



de su correspondencia. Todo él está constituido por materiales secundarios y fuentes editas. El prudente ostracismo al que se sometió con el advenimiento del peronismo (no era ya el caso de gritar sin consecuencias “Viva la República y abajo el mal gobierno” como había hecho con su hermano y con Mario Lassaga al paso del presidente Yrigoyen y su gabinete, en ocasión del tedeum del 9 de julio de 1929) le dejó algo menos de una

década con todo el tiempo disponible. Decidió emplearlo en la historia para profundizar sus estudios sobre Rosas. Por sugerencia de su editor Carballeira, para tratar de estar a tono con los tiempos historiográficos, a la vez que y, quizás sobre todo, para organizar una vez más metódicamente su tiempo libre que era mucho, comenzó

a frecuentar diariamente durante diez años en especial el Archivo General de la Nación, pero también la Biblioteca Nacional. En cualquier caso, volvía a la Biblioteca no ahora en tanto que lector desinteresado sino como un investigador que buscaba, en especial en la sala reservada de “Manuscritos”, las piezas que completaran su edificio. El resultado fue que de los dos tomos originales la obra pasaría a diez en la edición definitiva de 1970. Aunque sin seguir las reglas de los eruditos en la transcripción de los documentos, popularizadas entre nosotros por Emilio Ravignani, algo parecía

impulsarlo a seguir el criterio de aquellos en cuanto a conocer todos los documentos posibles para fundar el juicio histórico. Era quizás lo mismo que le llevaba a criticar en privado a otros revisionistas notorios que, según él, estaban apegados al relativismo y a la instrumentalización política de la historia. Creía honestamente en la verdad histórica y no en la historia *magistra vitae*. Sin embargo, es difícil no ver en su obra, que no trata de escamotear ninguna “prueba” ni recortar las fuentes para acomodarlas a su tesis, como una vindicación de Rosas. Es decir, como la continuación de la operación propuesta ya por Saldías en la década de 1880. Es esa defensa de Rosas, apelando a los documentos o a las comparaciones históricas, el propósito que recorre toda la monumental *Vida política de Juan Manuel de Rosas*.

Esa dualidad entre conocimiento de la verdad y defensa de los intereses de una parte (fuese una tradición política o la “nación”) al servicio de los cuales está aquella, no era desde luego sólo de él. La misma historia erudita había nacido ya, desde la *Revue Historique* sino antes, con la creencia ilusoria de que no existía incompatibilidad alguna entre los deberes de la ciencia y los deberes de la patria. De este modo, la operación documental de Irazusta no lo lleva a alterar sustancialmente la imagen tan positiva de Rosas que había formulado en la edición precedente y aún en el libro de 1935. Más bien reforzaba la argumentación y las formas de legitimación externa de la misma. Al proceder de este modo, utilizando el archivo como verificador de hipótesis previas, tampoco estaba sólo. De haberlo sabido, se hubiera sentido gratificado de conocer que no era un modo disímil el que empleaba su admirado Benedetto Croce quien, como estudios recientes han mostrado, sobre



la base de los registros de consultas en el Archivo de Nápoles, sólo buscaba allí materiales sectorialmente para verificar puntos menores de la argumentación o para avalar sus certidumbres previas.

En cambio, lo que fue cambiando en la presentación que Irazusta hacía del personaje Rosas, fueron ciertos rasgos que parecían buscar impedir que su figura pudiese ser asociada con el líder político que tanto denostaba. Para ello le quitaba todo ribete remanente de populista, reforzando en su presentación el papel de hombre de orden, como exhibe la importancia que atribuía a la carta a Vicente González, el “carancho de Monte” como clave de la concepción de Rosas del problema del poder. Desde luego, también contribuía a ello el conservadurismo político de Irazusta que, aunque nunca lo había abandonado, se hacía cada vez más manifiesto con su admiración por aquella Inglaterra de la forma de gobierno mixto, por detrás de la cual reposaban los ecos de una larga translación que la cultura europea había hecho del modelo romano, tal cual había sido afortunadamente construido por Polibio.

Es difícil saber si una tarea, la historia, a la que dedicó tanto tiempo de su vida, fue mucho más que un refugio y pudo darle no sólo una gratificación cotidiana sino una razón mayor para su transcurrir en el atribulado siglo XX. El Irazusta cercano a los ochenta años con su sencillez sin afectación, sus encantadores modales ya antiguos, su conversación amena, carente de narcisismo y plena de una amplia cultura acumulada, lo presentaban, en la tormentosa Argentina de los años setenta, como una persona de otro tiempo. Ello se revelaba también en los mismos rótulos “unitario”, “federal” o “patriota” que solía utilizar para tipificar a sus contemporáneos o en sus citas abundantes de los clásicos, entre los que

descollaban tanto los historiadores latinos (Tito Livio, ante todo) como los pensadores europeos de los siglos XVIII ó XIX (del Doctor Johnson al abate Galiani o a Carlyle). Clásicos que aparecían para él, de algún modo, como parte de su mismo tiempo intelectual, como lo habían sido para los intelectuales del siglo precedente. Añoranzas, como las que también conservaba hacia aquellos hombres públicos de la generación de su padre, equivocados tal vez, pero para él tan superiores a los que vendrían luego.

La soledad era así su destino creciente, independientemente del relativo éxito de su obra historiográfica, más aludida que efectivamente leída. Soledad apenas alterada por las apacibles sesiones de la Academia Nacional de la Historia, por los encuentros con su amigo Ernesto Palacio —con el que seguía discutiendo a propósito del peronismo— o con los acólitos nacionalistas de generaciones más jóvenes con los que, sin embargo, parecía tener tan poco que ver. Por debajo de todo ello podía entreverse, al pasar, un dejo de estoica y contenida melancolía.

Aunque sin seguir las reglas de los eruditos en la transcripción de los documentos, popularizadas entre nosotros por Emilio Ravignani, algo parecía impulsarlo a seguir el criterio de aquellos en cuanto a conocer todos los documentos posibles para fundar el juicio histórico. Era quizás lo mismo que le llevaba a criticar en privado a otros revisionistas notorios que, según él, estaban apegados al relativismo y a la instrumentalización política de la historia. Creía honestamente en la verdad histórica y no en la historia *magistra vitae*. Sin embargo, es difícil no ver en su obra, que no trata de escamotear ninguna “prueba” ni recortar las fuentes para acomodarlas a su tesis, como una vindicación de Rosas.

(*) Instituto Ravignani, Universidad de Buenos Aires.

El narrador y el archivista

Por Daniel Sorín (*)

El joven Panguitruz, llamado Mariano por quienes pretenden refundar una identidad a partir del lenguaje, de noble origen ranquel, aprende a controlar sus impulsos guerreros en la generosa cautividad que le brinda el Restaurador y cambia la lanza por el lazo, piensa que no son menos bárbaros estos cristianos de liturgia vacua, la técnica del degüello de reses no reconoce, en ellos, diferencias al ser aplicada a cabezas mejor dotadas. Su inteligencia, su disposición a albergar saberes extraños y la introversión, distintiva de su gente, impulsan su mirada ávida hacia unos símbolos atávicos, sagrados, marcados con sangre negra sobre la palidez de unos frágiles trozos de piel apilados, descubre que muy pocos pueden entender esos símbolos que significan un fractura dimensional en la cotidianeidad intrascendente de sus captores. Años después el cacique Panguitruz, buscando precisiones en la incerteza de la vida ranquelina, comienza a acumular documentos, como vituallas para atravesar el desierto del futuro.

Por azares, que no figuran en los archivos, el introspectivo ranquel conoce a ese *dandy* loco de Mansilla que luce su inmutable prestancia caballerisca en medio del mundo aborígen. Se reconoce a sí mismo en el pasado, a un noble desterrado, y termina de entender a su destino: en Mansilla, en los archivos, Panguitruz, Mariano Rosas, ve que se acerca –como una inalterable tragedia cósmica– la extinción de su estirpe.

Hay veces en que los hombres comunes en circunstancias excepcionales hacen cosas extraordinarias. Por lo menos esa es la visión que de Oscar Schindler ha tenido Steven Spielberg. El justo Schindler no era Leonardo, Copérnico, Erastótenes, Freud ni Marx, genios que, cuando las aguas de la historia no bajaban tormentosas, intuyeron (o tradujeron) lo subterráneo, haciéndolo visible y provocando rupturas tan escandalosas como inevitables. Ni el narrador ni el archivero de esta historia fueron genios pero, tampoco, hombres comunes. Sí les tocó una época turbulenta, sí compartieron un vórtice histórico, y un tiempo de quiebre.

Nieto de un prudente comerciante, don León Ortiz de Rozas, que había casado con una mujer de voluntad indomable, doña Agustina López Osornio, hijo de un general con buen sable y hábil cintura para la política, y de la mujer más bella del Buenos Aires de su época, Agustina Rozas; Lucio Victorio Mansilla, aquí denominado el narrador, heredó los expuestos dones salvo, claro, la paciente prudencia de su abuelo materno. Fue, además, sobrino del Restaurador de las Leyes, a quien supo bien mear su cama durmiendo entre él y su tía Encarnación.

Tuvo dos hermanos: Lucio Norberto, muerto de propia mano por un amor no correspondido, y Eduarda, una mujer excepcional, novelista, autora de Pablo o la vida en las pampas, en un tiempo que no demandaba de la mujer alturas intelectuales. De niño Lucio vivió en una casa que había sido en tiempos coloniales una oscura cárcel. El tío Tomás, un negro liberto que trabajaba en la casa de los Mansilla, bonachón y de mirada pícara, sabía cientos de historias de

calabozos y presos. En realidad no había visto nunca aquellas celdas húmedas de sus historias, lo que poco importaba a su fértil imaginación: por las noches, mientras cantaban los grillos, le contaba a Lucio, inclinando su enorme corpachón hacia él, con ojos desorbitados y el aire pegajoso del suspenso, sobre muertos y fantasmas.

—¿No oyes, niño, esos gritos? Son las almas de los que están en los calabozos, bajo tierra— le decía.

El narrador, que después en su vida dio tantas muestras de valor, temerario como supo ser durante la Guerra del Paraguay, fue la consecuencia inesperada del terror infantil. Se despertaba de noche, a altas horas, gritando desesperado

y bañado en transpiración. Porque cuando el miedo gobierna una sociedad nadie está a salvo, el terror que había impuesto su tío llegó, incluso, a las casas de los de su propia estirpe. Durante la adolescencia pareció curar su miedo transformándolo en otra

cosa. Se hizo enamorado y extremadamente influenciado por las turbulencias femeninas. Conmovido por los atributos de una encantadora joven, una jovencita de dieciséis años recién llegada a Buenos Aires desde Francia, modista de sombreros para más datos, se enamoró a su manera: perdidamente. Esa joven lo sedujo con sus labios finos y rojizos, con sus carnes adolescentes y duras, su piel blanca y

El narrador, que después en su vida dio tantas muestras de valor, temerario como supo ser durante la Guerra del Paraguay, fue la consecuencia inesperada del terror infantil. Se despertaba de noche, a altas horas, gritando desesperado y bañado en transpiración. Porque cuando el miedo gobierna una sociedad nadie está a salvo, el terror que había impuesto su tío llegó, incluso, a las casas de los de su propia estirpe.

sus pequeños pechos ocultos detrás de una blusa blanca. Pero también lo hizo con su mal español de cadencia gala y el uso, aquí y allá, de palabras francesas mal mezcladas en la conversación. Seguramente todo esto le otorgaba ese aire de mujercita desprotegida, solitaria y cándida, que entusiasmó la libido urgente del joven Lucio. Fue la primera vez que ese niño, tantas

Durante la guerra, Mansilla conoció a Dominguito Sarmiento y fue, justamente, quien anotició a su padre, el duro militante del progreso, de su muerte injusta. A partir de allí Mansilla trabajó para la candidatura del autor de *Facundo* quien, como sabemos, fue presidente incluso antes de desembarcar en Buenos Aires. Cuenta la historia que una noche Mansilla fue a la casa del sanjuanino con una lista de ministeriales, él incluido, claro. Pero don Domingo ni siquiera le abrió la puerta, le tiró una sogá para que engancharse la nota que traía y después se rió de él diciéndole que dos locos eran demasiado en el gobierno.

La historia, viaje clandestino a Montevideo y calabozo incluidos, devino larga estadía en los campos familiares y en el saladero que su padre tenía en Ramallo. Muy pronto Lucio perdió total interés en el degüello de reses, labor que la época consideraba formadora de la personalidad del varón, y se entregó a la lectura. Cierta día, mientras leía boca abajo en su cama, apareció el general y, al observar la lectura que entretenía a su hijo, le dijo:

—Mi amigo, cuando uno es sobrino de Juan Manuel de Rosas, no lee el Contrato Social si se ha de quedar en el país, o se va de él si quiere leerlo con provecho.

El narrador ha sugerido que, siendo peligrosas ciertas lecturas durante el gobierno de su tío, su padre consideró necesario sacarlo del país con la excusa de un viaje comercial al Oriente. Pero tal cosa, de dudosa autenticidad, fue dicha después de Caseros.

Por los motivos que fueran, Lucio emprendió un largo viaje, que al fin resultaría iniciático. El mundo, descubrió, era mucho más que la vida chata de ganaderos hacendosos y comerciantes adocenados. Conoció Londres y París y a las damas de ambas metrópolis. Pero también conoció Benarés, Constantinopla, las Pirámides de Egipto, Lahore y Delhi. Para una mente crédula, que cree con puntualidad lo que su tiempo le dicta, que no se pregunta el porqué y asume como propia la común respuesta, el viaje no hubiese pasado de ser una rutina turística; pero la mente de Lucio, con su rara inclinación al desprejuicio, estalló al conocer el mundo y sus hombres. Esas culturas diferentes le revelaron diferencias pero también similitudes, algo encontró en Londres, algo encontró también en Egipto, que ya había conocido en las pampas argentinas.

El 3 de febrero de 1852, en Caseros, el drama de la historia dobló la esquina. El general Mansilla había trabajado con Rosas y, aunque no fue acusado de ningún crimen, y hasta había sido siempre señalado como un tibio por los rosistas extremos, creyó oportuno ausentarse y se dirigió a París con sus hijos. Además, le encantaban los salones y las fiestas.

Cuando regresó, Lucio trató de limpiar el honor familiar retando al senador Mármol en presencia de medio Buenos Aires: "...declaro que el senador Mármol es un vil calumniador", dijo y le arrojó el guante. El duelo no se concretó pero sus huesos fueron a dar a la cárcel de la que saldría expatriado. En la Confederación Argentina iniciaría Mansilla su labor periodística, detrás de esa actividad, agazapado, se encontraba el narrador, aún desconocido e inédito.

Tiempo después serviría en la Guerra del Paraguay. Durante la contienda el periodista no se privó de atacar a sus superiores, una y otra vez, con un sarcasmo y una pluma envidiables (ambos). Permítaseme una digresión: eran tiempos en que los adeptos al progreso luchaban por dejar fuera de combate al país profundo y atrassado; en esas circunstancias el ejército sanmartiniano, napoleónico, donde la autoridad provenía del liderazgo, se estaba mudamente transformando en un ejército prusiano, con su división prolija del trabajo y en el que la autoridad se originaba en la jerarquía. Pronto el primero desaparecería, y con él los militares de pluma desordenada. Durante la guerra, Mansilla conoció a Dominguito Sarmiento y fue, justamente, quien anotició a su padre, el duro militante del progreso, de su muerte injusta. A partir de allí Mansilla trabajó para la candidatura del autor de Facundo quien, como sabemos, fue presidente incluso antes de desembarcar en Buenos Aires. Cuenta la historia que una noche Mansilla fue a la casa del sanjuanino con una lista de ministeriales, él incluido, claro. Pero don Domingo ni siquiera le abrió la puerta, le tiró una sogá para que enganchase la nota que

traía y después se rió de él diciéndole que dos locos eran demasiado en el gobierno. En eso tenía algo de razón Sarmiento, Lucio no tenía todos los chips puestos donde se debe. Pero el presidente hizo más que eso: lo envió a la frontera a combatir a los indios. O sea lejos, muy lejos de donde se tomaban las decisiones.

Lucio fue, con su ego herido y una bronca de todos los diablos. Para colmo de males sus viejos enemigos en el ejército, habida cuenta de su precaria situación, quisieron cobrarse antiguos desplantes. Se le acusó de haber fusilado durante la guerra a un desertor sin juicio previo, lo que era tan cierto como común: las formalidades no abundan cuando silban las balas.

Acorralado por sus enemigos, Lucio Victorio Mansilla decidió huir hacia adelante.

Pensó e hizo una excursión a las tierras de los indios ranqueles, para formalizar un nuevo tratado de paz.

Antes de morir atravesado por una lanza, con la boca llena de saliva y sangre, Santiago Llanquelén vio cómo la tierra se enrojecía y el cielo se teñía con el humo gris del incendio. Pudo, también, escuchar claramente los alaridos enfurecidos de los atacantes, que en enloquecido trance no hacían

Lucio fue, con su ego herido y una bronca de todos los diablos. Para colmo de males sus viejos enemigos en el ejército, habida cuenta de su precaria situación, quisieron cobrarse antiguos desplantes. Se le acusó de haber fusilado durante la guerra a un desertor sin juicio previo, lo que era tan cierto como común: las formalidades no abundan cuando silban las balas. Acorralado por sus enemigos, Lucio Victorio Mansilla decidió huir hacia adelante. Pensó e hizo una excursión a las tierras de los indios ranqueles, para formalizar un nuevo tratado de paz.

más que matar, hundir puñales, cortar cuellos y avivar el fuego. A Santiago Llanquelén le concedieron el ácido privilegio de observar, amarrado al tronco de un árbol, como desaparecía de la faz de la tierra toda huella de su descendencia. Para el atardecer no quedaría vivo ni uno solo de su estirpe renegada. Este suceso ocurrió hacia el otoño del año 1838 y los sanguinarios asesinos fueron conducidos por el mismísimo cacique Painé Gnerr. El fuego se reflejaba en sus ojos cuando, antes de rematar a Llanquelén, le preguntó qué había hecho con su

De vuelta de su entrevista con Mariano Rosas, portador de un nuevo tratado de paz, Mansilla fue expulsado del ejército. Sus enemigos habían vencido y él, sin plata y sumergido en el odio, resolvió hacer su segunda excursión, la más brillante, la que aquí intentamos revalorar. Escribe como folletín: *Una excursión a los indios ranqueles*, donde le dice a los ciudadanos de la polvorienta Buenos Aires, y a su propia clase (por la que se siente traicionado), que la Civilización no es tan civilizada ni la Barbarie tan bárbara. Replantea, resignifica, la ecuación sarmientiniana.

hijo. ¿Dónde está Panguitruz?, indagó con una mirada ya del todo enajenada. No tuvo éxito. El renegado murió sin revelar la suerte de su hijo menor.

Si bien el rapto del niño fue lo que precipitó la matanza, la verdad es que la tribu de Llanquelén había traicionado a toda la indiada acordando su propia paz con los huincas, paz

que incluía delatar y, más aún, matar o hacer presos a los de su misma raza. Para ese entonces el hijo de Painé Gnerr, Panguitruz, ya había sido despachado junto con otros indios a una estancia, a disposición del gobernador de Buenos Aires. Esta historia no hubiese tenido importancia más que para esas almas interesadas si días

después Painé Gnerr no se hubiese transformado en cacique general. De manera que sin saberlo el gobernador de Buenos Aires, don Juan Manuel de Rosas, tenía cautivo en una de sus estancias al hijo menor del cacique general de las tribus ranquelinas. Un año tardaría en darse cuenta.

El silencio es una condición natural de los indios cuando están en presencia del huinca. El silencio y la mirada de soslayo, nunca de frente. El sabio I Ching explica que la curiosidad, que en el señor es un rasgo de vulgaridad, se transforma en el alma vulgar en una expresión de inteligencia. De igual manera, la mirada ladina, que en el hombre de poder evidencia una oscura desviación de la conducta, es, en el desposeído, en el débil, una necesidad para sobrevivir, una estrategia ante el poderoso. Panguitruz y sus compañeros obedecieron con la mirada en el piso lo que les ordenaron los blancos.

Hombre de intuiciones más que de impulsos, algo debía sospechar el gobernador: los ranqueles tenían especial interés en recuperar a cierto indiecito. ¿Pero dónde se encontraría? ¿En cuál de sus estancias estaría laborando? Don Juan Manuel de Rosas no daba puntada sin hilo: se encariñó con Panguitruz. Le enseñó las tareas del campo y, como acto de amor de un hombre temeroso de Dios, lo hizo bautizar en su fe cristiana entregándole su apellido. Panguitruz sería, en adelante, Mariano Rosas.

Pero el líder indiscutido de la Santa Federación no era hombre de amores pródigos. No se lidera la resistencia a las marinas imperiales con amor. No se es jefe del combate fronteras adentro con amor. No se degüellan salvajes unitarios, no se restablece el orden, no se defiende a la Patria, no se retiene el

poder con amor. Don Juan Manuel lo hizo bautizar y después calló: la especulación es en el poderoso, como el silencio cabizbajo en el débil, una muestra de fina inteligencia. Ambos eran, Mariano y Juan Manuel, almas definidas por la mente, a su manera artistas o guerreros, porque el arte y la guerra son dos territorios del cálculo y la especulación.

Mariano Rosas aprendió a bolear y a pialar, adquirió el conocimiento de cómo se arreglaba y componía un buen parejero y la manera en que se cuidaba el ganado. Puso empeño, sabía que esas destrezas le serían de utilidad. Tenía el aspecto de un joven fuerte pero manso, callado e inteligente. Recibió y cumplió las tareas que le dieron; durante tres años forjó una nueva mirada con la laboriosidad de un artesano, reemplazó la oblicuidad astuta y torva por una mirada lánguida de párpados bajos. Puso en este cambio toda la fuerza de su voluntad y el ingenio solapado de su mente astuta. Tres años le costó trasvasar su espíritu de un molde a otro, permutar su rostro, convertir a Panguitruz en Mariano Rosas.

Hasta que confiaron en él.

Creían –los huincas– que era indio bueno, que era de confiar. Por eso no pudieron dar fe a sus ojos cuando no encontraron las ropas de Mariano y sus amigos, ni sus pocas pertenencias, ni los mejores caballos de la estancia. Habían huido. Desertaron, internándose en el desierto, para volver a las tolderías, al fragor recordado de sus indiadas.

Fue un largo y peligroso camino el que desandaron, esquivando partidas, sin poder entrar en ninguna estancia para indagar la ruta correcta que los llevase a casa. Dos veces fueron sorprendidos y dos veces pudieron convencer a las

patrullas de que venían de mercar honradamente. Arribaron por fin a Mamil Mapu de mañana muy temprano, el frío les calaba los huesos. Las tolderías aún dormían. Informado de inmediato, Painé Gnerr salió a recibirlo, lo abrazó, lo acarició, lo hundió dentro de su pecho. Lo miró a los ojos para descubrir que aquel muchachito que supo conocer, y que crió observándolo día a día desde su distante silencio ya no existía, que había trocado en hombre. Sabría después que Panguitruz ya nunca volvería, que en su lugar estaba Mariano Rosas, que traía a las tolderías no sólo lo que el blanco quiso enseñarle sino, además, lo que su alma sagaz y prudente fue capaz de arrancarle.

Poco después de su llegada Mariano Rosas recibió una carta y un presente. En el sobre decía “don Juan de Rosas”. Adentro podía leerse:

Mi querido ahijado: no crea usted que estoy enojado por su partida, aunque debió habérmelo prevenido, para evitarme el disgusto de no saber qué se había hecho de usted... Nada más natural que quiera ver a sus padres, sin embargo nunca me lo manifestó. Yo le habría ayudado en el viaje haciéndolo acompañar... Dígale a Painé que tengo mucho cariño por él, que le deseo todo el bien, lo mismo que a sus capitanejos e indiadas... Reciba este pequeño obsequio que es cuanto por ahora le puedo mandar. Venga a mí siempre que esté pobre. No olvide mis consejos porque son los de un padrino cariñoso, y que Dios le dé mucha salud y larga vida. Su afectísimo. Juan de Rosas.

Al final había una posdata: *Cuando se desocupe, véngase a visitarme con algunos amigos.*

Mansilla cometió un delito que los hombres del progreso consideraron imperdonable: dar entidad al indio, otorgarle condición humana. Se estaba tramando la Conquista del desierto (desierto nada deshabitado, es debido apuntar) que debía concluir con el casi completo aniquilamiento de los pueblos originarios. Y todo genocidio debe ser ciego al otro, porque no es el odio sino la negación de la condición humana, lo que hace posible el exterminio.

El regalo que el metódico Restaurador de las Leyes le había mandado a Mariano Rosas consistía en doscientas yeguas, cincuenta vacas y diez toros de un pelo, dos tropillas de overos negros con madrinas oscuras, un apero

completo con muchas prendas de plata, algunas arrobas de yerba y azúcar, tabaco y papel para armar cigarrillos, ropa fina, un magnífico uniforme de coronel y, por supuesto, muchas divisas coloradas, símbolo omnipresente de la Santa Federación. La indiada c o n t e m p l ó enmudecida el

magnífico regalo. Para aquellos indios el presente equivalía a una fortuna.

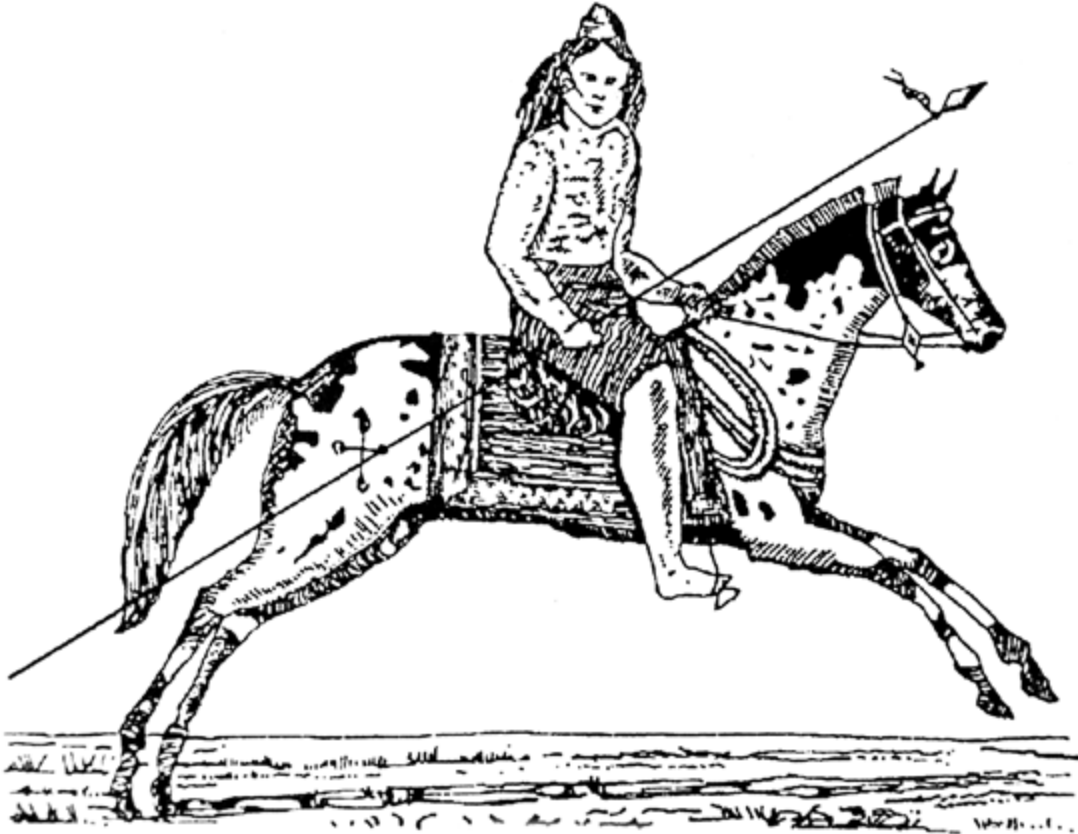
Mariano Rosas asumió la conducción de las indiadas mucho después. Antes, hacia los primeros días del seco enero de 1858, el general Emilio Mitre realizó una apocalíptica expedición en territorio indio, pero tanto la formidable sequía reinante cuanto el desconocimiento geográfico del desierto lo condujo al desastre. Sus tropas estaban cansadas y sedientas, sus monturas aplastadas y baja la moral cuando fueron observados por una patrulla ranquel. En su precipitada huida el general dejó en el desierto que le fuera tan hostil seis piezas de artillería y decenas de fusiles y cajones con municiones. Cuenta la historia que Guayquiner, hermano mayor de Mariano Rosas, quiso probar un revólver y, con la ingenuidad y la

torpeza del ignorante, apuntó hacia unos envases sin saber que contenían pólvora. La explosión se escuchó a millas de distancia, él y sus veintitrés acompañantes murieron en el acto.

Reunidos nuevamente los caciques eligieron a Mariano Rosas como cacique general. Esto sucedió alrededor del 20 de enero de 1858. El cacicazgo de Mariano Rosas debió su nacimiento tanto a la seca que desgastó a las tropas del general Emilio Mitre, como a la crédula ignorancia de su hermano mayor.

Entre ese acontecimiento desgraciado y el momento en el que Mariano Rosas vio entrar en su toldo al coronel Lucio Victorio Mansilla pasaron muchas cosas. Pasaron, por ejemplo, las batallas de Cepeda y de Pavón, las victorias y la derrota final de Urquiza y la Confederación Argentina a manos de Buenos Aires. Pasaron una sucesión ininterrumpida de expediciones militares contra los ranqueles, los inviernos fríos, la escasez de alimentos, la guerra contra el Paraguay, el ascenso a la presidencia de Sarmiento, el nacimiento de los críos, los tratados de paz siempre incumplidos, centenares de malones, miles de cautivos y la angustia, esa opresión continua en el alma de ver acercarse, inexorable, el final.

De vuelta de su entrevista con Mariano Rosas, portador de un nuevo tratado de paz, Mansilla fue expulsado del ejército. Sus enemigos habían vencido y él, sin plata y sumergido en el odio, resolvió hacer su segunda excursión, la más brillante, la que aquí intentamos revalorar. Escribe como folletín: *Una excursión a los indios ranqueles*, donde le dice a los ciudadanos de la polvorienta Buenos Aires, y a su propia clase (por la que se siente



traicionado), que la Civilización no es tan civilizada ni la Barbarie tan bárbara. Replantea, resignifica, la ecuación sarmientiniana.

No apuntaremos aquí los cuantiosos asuntos, temas y materias en los que el narrador observa inteligencia y cultura, valor y sutileza, en la sociedad ranquel. Quedará para el lector de estas líneas desempolvar, si su curiosidad así se lo reclama, una obra magnífica, y buscar en ella el mundo del desierto y las opiniones de su autor. Vaya como ejemplo las que vierte sobre el matrimonio indio, al cual no duda en alabar. En esas páginas encontraremos al indio peleador, consumido por el alcohol, pero también al platero genial y al estadista prudente.

Allí descubriremos un diálogo que encierra la visión del cacique y también la del narrador:

—Hermano, los cristianos han hecho hasta ahora lo que han podido, y harán en adelante cuanto puedan por los indios— dice Mansilla que le dijo a Mariano Rosas.

—Hermano, cuando los cristianos han podido nos han muerto. Y si mañana pueden matarnos a todos, nos matarán. Nos han enseñado a usar ponchos finos, a tomar mate, a fumar, a comer azúcar, a beber vino, a usar bota fuerte. Pero no nos han enseñado ni a trabajar ni nos han hecho conocer a su Dios. Y entonces hermano ¿qué servicios les debemos?—

Una excursión a los indios ranqueles es una obra sociológica extraordinaria y un producto literario fundacional, un edificio construido a partir de la valentía y el desprejuicio.

Es absolutamente notable que se considere al *Facundo* de Sarmiento y no a la *Excursión* de Mansilla, como obra liminar de la literatura argentina. Es notable y, bien pensado, revelador.

Mansilla cometió un delito que los hombres del progreso consideraron imperdonable: dar entidad al indio, otorgarle condición humana. Se estaba tramando la Conquista del desierto (desierto nada deshabitado, es debido apuntar) que debía concluir con el casi completo aniquilamiento de los pueblos originarios. Y todo genocidio debe ser ciego al otro, porque no es el odio sino la negación de la condición humana, lo que hace posible el exterminio.¹

Ahora bien. El narrador contó en su narración que Mariano Rosas tenía un archivo, un ordenado archivo. Reparemos un poco en esto. Los indios no tenían lengua escrita... pero Mariano Rosas, tenía un archivo con recortes de los diarios blancos... él y posiblemente otros ranqueles, sabían leer y escribir el español.

Los arquitectos del Granero del Mundo no lo han creído, para ellos habrá sido una fantasía de Mansilla, y si lo creyeron no pasó de ser apenas una miscelánea, un dato olvidable, lo que hoy diríamos una nota de color. Nadie, jamás, lo ha estudiado. Y, por supuesto, ese archivo no ha llegado a nosotros porque nada o poco quedó después de Roca. Como dice Mignogna a “la historia la escriben los que ganan”. Según el poeta esto confirma que hay

otra historia. Con la prudencia que me caracteriza lanzo aquí la hipótesis de que el archivo de Mariano Rosas era, además de extraordinariamente ordenado como nos informa Mansilla, muy completo. Digo, con la misma racionalidad oportuna con la que se han llenado las plazas de la Patria con monumentos a Julio Argentino Roca, con la misma lógica coherencia mediante la que admitimos asesinar al salvaje en nombre del progreso, con ese mismo apego a la verdad, sostengo: Mariano Rosas fue el más grande archivista de su época y la Biblioteca Nacional bien haría en llamar a una de sus salas con su nombre.

El lector pensará que esto no es más que una deducción tramposa destinada a acusar, a través del absurdo, a la fatua banalidad de los hombres del progreso.

Pues tiene y no tiene razón.

Sea como fuere es hora de redefinir el progreso, cuestión ésta de absoluta actualidad. ¿Puede el progreso incluir la desaparición de pueblos y de sus culturas? Para los positivistas sin duda que sí, porque el progreso es el verdadero dios. No por nada desde otra visión (aparente) de la historia, Juan B. Justo saludaría años después las tropelías estadounidenses en el Caribe, defendería al “imperialismo protector” que, llevando progreso (capitalismo) suministraría clase obrera y con ella el germen del socialismo (el progreso, nuevamente).

La iglesia de estos vicarios del nuevo dios –dios que mora bancos y no capillas– terminó cometiendo (como los protestantes sajones) peores crímenes que la Cruz que blandieron los conquistadores españoles. Al fin de cuentas éstos amaron a algunas indias

e hicieron con su simiente, e incluso a veces con su amor, al criollaje y con él una síntesis posible.

(*) Escritor.

Error de cálculo, Buenos Aires, EMECE, 1998.

El dandy argentino, Buenos Aires, Norma, 2000.

Palabras escandalosas, Sudamericana, 2003.

Palacios. Un caballero socialista, Sudamericana, 2004.

NOTA

1. Y poco importa (aunque esto es maravillosamente literario) que el sobrino de Rosas no haya sido un Moreno y haya hecho lo que hizo no por militante sino por despecho personal: *Una excursión a los indios ranqueles* es la obra literaria más importante de su época, aunque la historia diga otra cosa.

Groussac, la República de los filósofos y la Biblioteca de la Nación

Por Patrice Vermeren ()*

El pensador francés Patrice Vermeren redescubre en la personalidad de Paul Groussac, una moral republicana, no exenta de una cierta tendencia aristocrática-filosófica. Tempranas lecturas de Spinoza, Schopenhauer, Taine y Renán, moldearon y fortalecieron un espíritu siempre preocupado por la cuestión de la ética bibliotecaria, en nuestro país encontró el objeto y la causa para sus desvelos. ¿Qué debe ser una biblioteca nacional? ¿Cuál es el sujeto lector? La doble condición de “pública” y “nacional” obliga a la biblioteca a estar abierta a todos y constituirse en la autoridad que supervisa, a la vez que preserva, la producción nacional de libros, sostenía el intelectual francés, director de la Biblioteca Nacional, como nos recuerda Patrice Vermeren.

¿Qué es un filósofo para Groussac? La crónica necrológica que dedicó a Auguste L. Burdeau en *Le Courrier Français* del jueves 13 de diciembre de 1894, comienza con las siguientes palabras: “Una nueva desdicha abate a la democracia francesa”, evocando la muerte, a los cuarenta y tres años del eminente profesor de filosofía, traductor de Spencer y de *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer, muy pronto diputado y ministro de la Tercera República. Conmemora su desaparición como la de:

Un gran corazón, de un espíritu eminente, de un republicano sin miedo y sin reproche, uno de esos ciudadanos en los que Francia podía fundar sus esperanzas más legítimas.

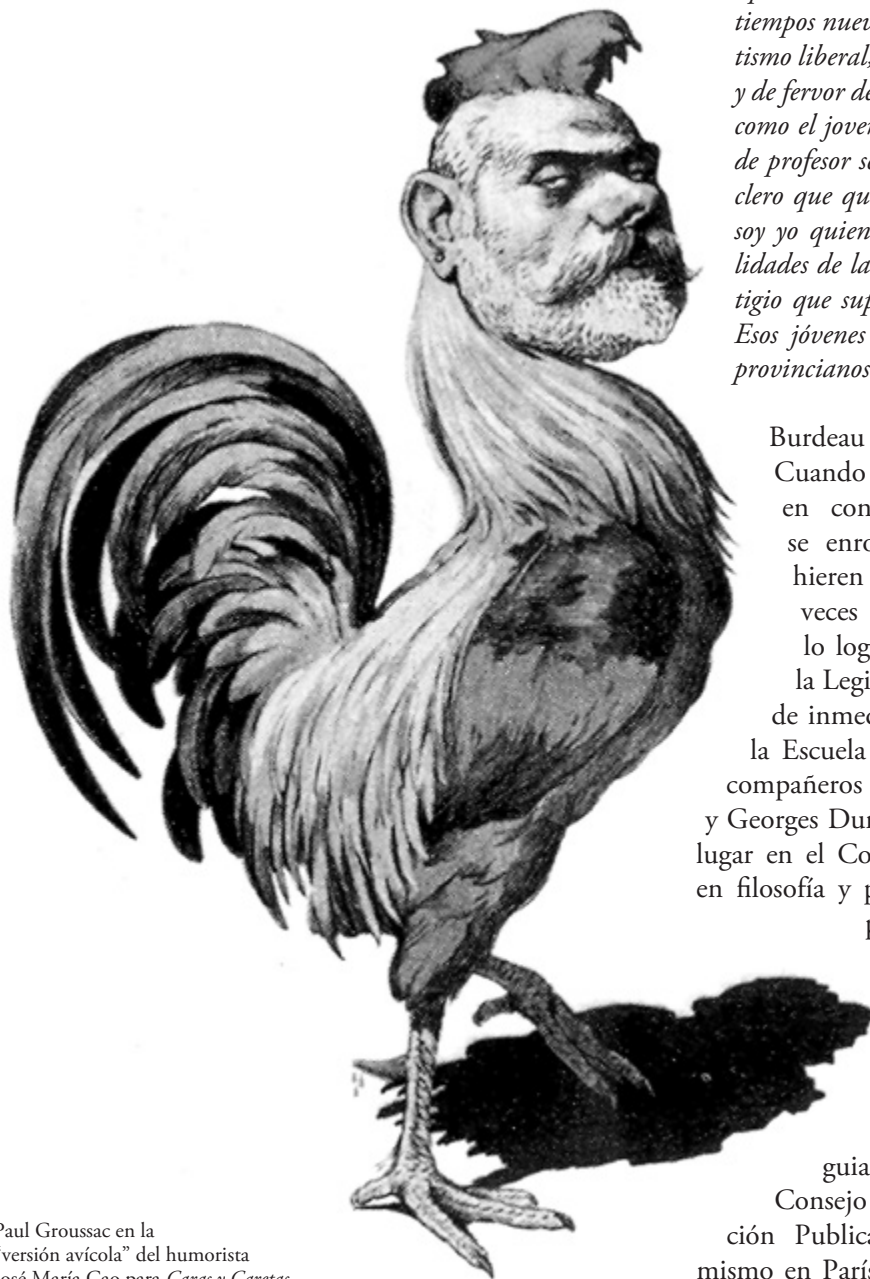
Un hombre al que Groussac describe –basado en el retrato que todos sus contemporáneos han hecho de él– como alguien que no pertenecía como Carnot, Casimir-Périer, o Cavoúgnac, a la aristocracia republicana sino que era un hijo del pueblo. Nacido en Lyon el 10 de setiembre de 1851, Burdeau era el sexto hijo de un empleado administrativo de la Escuela de Veterinaria, que murió joven como él. Sola, la madre crió a sus seis hijos y trabajó como costurera jornalizada. Su último hijo, Auguste, debió comenzar a trabajar a los diez años como tejedor de seda pero por la noche iba al colegio luego del trabajo. A los dieciséis años ganó una beca de internado. Después obtiene el premio de filosofía en el concurso general de los departamentos, lo cual le permitió ingresar en el prestigioso Liceo Louis le Grand de París. Más adelante recibió el premio de honor en filosofía en el concurso general y del concurso

de ingreso en la Escuela Normal Superior. Es el paradigma exacto de lo que Albert Thibaudet denomina en *La République des Professeurs* en la época de los becarios que sucede a la de los herederos¹. Entre ellos cita a Lagneau, hijo de campesinos, Darlu, hijo de un profesor de college y a Jaurés, cuyo padre vivía en un pueblito de los alrededores de Castres.



Al evocar esta nueva generación de profesores de filosofía, Andre Canivez escribe esto, que también podría ser un retrato de Groussac:

Todos esos hombres saben y aún cultivan cuan dura fue la vida de sus padres y no reniegan de ella, pero saben diferenciar entre los que trabajan y se elevan y los que vegetan. En ellos se siente al mismo tiempo el amor al pueblo, que se manifiesta por un fuerte compromiso con la democracia y una actitud austera con los que no supieron hacer el mismo



Paul Groussac en la
"versión avícola" del humorista
José María Cao para *Caras y Caretas*.

esfuerzo de sus padres y el de ellos mismos. Experimentan por toda obra de existencia la misma desconfianza que, paradójicamente, coincide con la opinión de la burguesía afianzada. Ellos son de la clase ascendente y, en su vida, severa hasta la austeridad, se sienten los prototipos de una suerte de religión de los tiempos nuevos, mezcla de protestantismo liberal, de moralismo kantiano y de fervor democrático. Ya no dicen, como el joven Renán, que la carrera de profesor se asemeja tanto a la del clero que querían abandonar. Pero, soy yo quien retoma las responsabilidades de la elite y también el prestigio que supo tener parte del clero. Esos jóvenes profesores son también provincianos...².

Burdeau es un patriota. Cuando se declara la guerra en contra de Alemania, él se enrola como soldado, lo hieren y cae prisionero. Tres veces intenta escapar, al fin lo logra y recibe la Cruz de la Legión de Honor. Retorna de inmediato a sus estudios en la Escuela Normal, donde tiene compañeros como a Jules Lemaitre y Georges Duruy. Obtiene el primer lugar en el Concurso de Agregación en filosofía y pasa cinco años como profesor en Saint Etienne. Luego lo nombran en Nancy donde crea la *Correspondance Universitaire*, boletín destinado a guiar las vocaciones en el Consejo Superior de Instrucción Pública. En 1880 hace lo mismo en París, en el Liceo Louis le

Grand. Distinguido por su republicanismo militante lo nombran jefe de gabinete del nuevo ministro de educación pública, Paul Bert. Posteriormente, después de un retorno de tres años a su cátedra, lo eligen diputado por el Ródano, en una cámara en la que se hizo notar por su capacidad para cubrir todo el campo de competencias requeridas por la actividad parlamentaria, se convirtió más tarde en ministro de marina, antes de asumir la presidencia de la Cámara de Diputados. Sin embargo, la dedicación a estas actividades, nunca le hizo abandonar sus traducciones de Spencer y de Schopenhauer. Burdeau inspiró, en la literatura, la figura del profesor de filosofía Adrien Sixte, héroe de la novela de Paul Bourget *Le disciple*³. Burdeau también aparece en la obra de su alumno Maurice Barrés quien, pese al retrato crítico que traza de él en *Les deracinés*, tras los trazos de Bouteiller, refiere que el profesor *maravilló* a toda la clase de filosofía del Liceo de Nancy durante los cuatro meses que enseñó allí, desde setiembre de 1879 hasta enero de 1880⁴. Barrés, al contrario de su ex maestro, se comprometerá políticamente y le reprochará su kantismo.

Burdeau basaba toda su enseñanza en el principio kantiano. Y lo formulaba así: Actuar siempre de manera tal que nuestra acción pudiera servir de regla a todo hombre ubicado en la misma situación que nosotros. Hay en ese principio un elemento de estoicismo. Hay también un elemento de gran orgullo, puesto que eso equivale a decir que se puede conocer la regla aplicable a todos los hombres. Existe un germen de intolerancia fanática, porque concebir una regla común

*a todos los hombres es estar tentado a sojuzgarlos “para su bien”. Por último, hay un desconocimiento total de los derechos del individuo, de todo lo que la vida contiene de variado, de poco análogo, de espontáneo en mil direcciones diversas*⁵.

Un kantismo que al mismo tiempo, pero por otras razones, resulta un motivo de crítica por parte de otro de los antiguos alumnos de Burdeau, quien concurría al Liceo Louis le Grand en 1884 y que también adscribía a la derecha ya que junto con Charles Maurras será el fundador de *L’Action Française*. Se trata de Léon Daudet, quien expreso:

*Lo más fuerte es que esta impregnación, esta penetración del kantismo se haya hecho en nombre del patriotismo bien entendido. Más no hacía falta, ante todo, conocer a fondo a nuestros vencedores y someternos a una disciplina mental en la que se hallaba, según Burdeau y los otros, el secreto de sus recientes victorias*⁶.

Léon Daudet fustiga también la fractura de su espíritu por la locura germánica de su profesor de filosofía, y concluye así: “El kantismo es un veneno para la inteligencia francesa. La entumece y la paraliza”. En cuanto a la otra referencia alemana de Burdeau, Schopenhauer, ella infesta su curso con el pesimismo más negro que el profesor no vacila en infligir a sus alumnos con su propia traducción de *El mundo como*

Se ha demostrado que las bibliotecas públicas nacen cuando las clases medias, que no tienen acceso a las colecciones de libros privados por falta de medios presionan para tener libre acceso a las obras que necesitan.

voluntad y representación, obra de este misántropo, siempre lindante con la parálisis general.

Es importante saber que Groussac en esa época se relacionó con Alphonse Daudet, padre de Léon Daudet, por haber publicado el 28 de febrero de 1883 un resumen de su libro *L'Evangeliste* en *El Diario de Buenos Aires*. Además, ofreció las columnas del diario al escritor francés, mientras que Daudet le abrió las páginas del *Figaro* y del *Journal de Débats* en París. Por otra parte, por la correspondencia de Groussac, se sabe que conoció muy

La biblioteca pública, como el museo, sobrevive a sus fundadores y lleva, por lo menos en principio, una existencia apacible. El carácter público supone también que esta biblioteca se encuentre abierta a todo el mundo o por lo menos virtualmente abierta a todos. Sobre todo si es nacional.

bien a Barrés. Un Groussac que también conoció personalmente al filósofo Burdeau, en 1883, en el Liceo Louis le Grand y que se enorgullecía por haberlo destacado frente al público argentino, entre todos los representantes de la joven universidad. Un Groussac que en 1894 recuerda que, en una carta publicada por *El Diario de Buenos Aires* del 17 de agosto de 1883, en la que describía el “espíritu nuevo” universitario en Francia respecto de los argentinos, escribió:

He hablado mucho de educación con el filósofo Burdeau, traductor de Spencer, que es profesor de filosofía en el Liceo Louis le Grand. Es uno de los representantes más eminentes de la nueva generación... Nuestra última conversación tuvo lugar en su clase, después de una lección de filosofía a la que asistí con placer y provecho.

En 1894 añade:

Me asombró su método tan fuerte como original. Esos candidatos a la Escuela Normal se trataban como hombres, como jóvenes amigos, y su autoridad era absoluta aunque siempre sonriente. Recuerdo que a un joven príncipe Bibesco, muy inteligente, Burdeau lo reprendió agríamente porque no había leído un artículo reciente de Fouillée publicado en la Revue des Deux Mondes. Pero yo debo contenerme y dejar para otra vez estos detalles personales. Burdeau era entonces un hombre muy joven, de aspecto y manera de andar. De altura mediana, delgado y pálido, muy miope, de fisionomía fina y agradable. Se parecía un poco a Bizet, aunque menos fuerte. Su dicción era maravillosamente clara y fluida. Y aunque conocía su valor, con su bondad risueña y franca, atraía enseguida la simpatía. Me recordaba a Daudet, al que quería mucho y cuyo hijo Léon era entonces uno de los mejores alumnos del Louis le Grand. Yo lo había examinado y cuando le hablé a Burdeau de la inteligencia del muchacho sus palabras fueron “¡Yo creo que tiene mucho que esperar!” Y sentí, con su parecer, la altura que un artista original y creador como Daudet ocupa en el mundo intelectual, por encima de los profesores y de los eruditos.

Lo que también sedujo a Groussac es, sin duda, la capacidad de este filósofo para propulsarse hacia el terreno de la actualidad y hacerse político dejando la cátedra y el gabinete de trabajo, como muchos otros en la época en que los Thiers y los Gambetta pidieron a varios catedráticos de filosofía (discípulos o

ex discípulos de Victor Cousin, como Barthelemy Saint-Hilaire, Jules Simon o Charles Waddington, o lectores de Schopenhauer, como Challemel Lacour, o el mismo Burdeau) que se conviertan en los voceros, los ministros y los diputados de una nación como Francia, que, en esa época, se transformó en la república de los profesores de filosofía⁷.

Ahora bien, quizá no hay nada tan lejos de esta imagen de filósofo que puso sus cualidades al servicio de la república nacional en Francia en busca de sus mitos fundadores, que la de un escritor argentino que se hizo periodista –Sarmiento– para defender la civilización en la invención de la República Argentina, y terminó como presidente de la República, también es el caso de Avellaneda, el de Pellegrini o el de Sáenz Peña, a quienes Groussac conoció cuando enseñaba en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Un Groussac que, ya volveremos al tema, es un incondicional del Partido y por lo tanto de la República, radical. El otro filósofo de referencia de Groussac es Spinoza. Por ende, cita la *Ética* de Spinoza como epígrafe de *El alma cautiva*. Pero evoca, sobre todo a propósito del Spinoza francés lo siguiente: “La devoción, dice Spinoza, es el amor de lo que se admira”. Ese es el sentimiento que algunos experimentan por Taine⁸.

En todo caso convengamos que es un lugar común desde por lo menos el artículo Spinoza del *Dictionnaire* de Bayle y repetido durante todo el siglo XIX, sostener que la vida virtuosa de Spinoza contradice la opinión según la cual él sería un monstruo moral. Groussac proyecta esta idea sobre su reencarnación francesa y escribe: como la de Spinoza,

amado maestro de su juventud, la vida de Taine es de una belleza moral absolutamente adecuada a su genio. La divisa de Spinoza será la suya: *Vivir para pensar*. Una declaración publicada en 1895 y que se hace eco de otros homenajes a Taine⁹.

No se deja de repetir, escribe Groussac, que Taine es con Renán, y por diversas cualidades, el más grande escritor de nuestra era.

Spinoza y Schopenhauer en el panteón de los filósofos, Taine y Renán los más grandes escritores del tiempo presente. Más allá de esto, ¿cuál sería la biblioteca ideal de Paul Groussac? Él lo indica en un cuestionario que confeccionó para dirigirlo públicamente a sus lectores del *Courrier Français*, del 20 y 21 de mayo de 1895: 1) *La Biblia*, Job, *El eclesiastés*, *Los evangelios*. 2) Homero, *La odisea*. 3) Virgilio, *Las géorgicas*, *La eneida*. 4) Tácito, *Anales*. 5) Cervantes, *Don Quijote*. 6) Shakespeare, *Julio César*, *La tempestad*, *Como gustéis*, etc, etc... 7) Racine, *Fedra*, *Atalía*, etc... 8) Spinoza, la *Ética*. 9) Goethe, *Fausto*. 10) Heine, *Libro de los elementos*, *Intermezzo*. 11) Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*. 12) Renán, *Estudios religiosos*. 13) Taine, *Literatura inglesa III*. 14) Flaubert, *La tentación de San Antonio*. 15) Antología de poetas, por hacer, que incluiría a Hugo, su *Leyenda*. Lamartine, Leopardi, Leconte de L'isle, *L'illusion súpreme*, Sully-Prudhomme, Heredia.

En esta lista, ¿es preciso ver el equivalente de la taxonomía extraída de cierta enciclopedia china citada por Borges y retomada por Michel Foucault para plantear la cuestión de la imposibilidad de pensar en eso?¹⁰ ¿O bien puede verse en esa yuxtaposición la coherencia de un espacio común de los nombres y las obras?

En primer lugar, ¿qué es una biblioteca? Aquí es necesario distinguir desde el principio entre la biblioteca pública y la privada. En el artículo mencionado se trata, por supuesto, de saber lo que un individuo singular preservaría para sus lecturas o sus relecturas personales. Y por otra parte, Groussac se entrega a consideraciones demasiado rocambolescas, pasando por la experiencia de las otras encuestas periodísticas de esa clase efectuadas en el mundo tomando en consideración la especificidad del supuesto sujeto lector del Río de la Plata. Pero en toda la vida de Groussac, la cuestión será, más que la de la Biblioteca Pública, la de la Biblioteca Nacional de la nación argentina. Esto parece interesarle muy temprano. El escribe artículos sobre el tema, en *Le Courrier Français*, después en *La Biblioteca* e, incluso, un libro. O más bien es siempre el mismo texto que él rescribe. Se ha demostrado que las bibliotecas públicas nacen cuando las clases medias, que no tienen acceso a las colecciones de libros privados por falta de medios presionan para tener libre acceso a las obras que necesitan¹¹. Como para los museos, su primer rasgo característico, según Pomian, es la permanencia, contrariamente a la colección particular que, en casi todos los casos, se dispersa después de la muerte del que la formó y que sufre los vaivenes de las fluctuaciones de fortuna de aquél. La biblioteca pública, como el museo, sobrevive a sus fundadores y lleva, por lo menos en principio, una existencia apacible. El carácter público supone también que esta biblioteca se encuentre abierta a todo el mundo o por lo menos virtualmente abierta a todos. Sobre todo si es nacional. Y en ese caso se agrega una preocupación por lo exhaustivo

en cuanto a la producción nacional de libros. Por eso es necesario hacer que el Congreso apruebe una ley que obligue a los editores a entregar un ejemplar de todo lo que se publica en el país, algo en lo que se empeñó en forma Groussac.

(*) **Profesor de la Universidad de París VIII**

NOTAS

1. Thibaudet, Albert, *La République des professeurs*, París, Grasset, 1927.
2. Canivez, Andre, "Jules Lagneau: professeur et philosophe". *Essai sur la condition du professeur de philosophie jusqu'à la fin du XIX siècle*. Universidad de Estrasburgo. Les Belles Lettres, París, 1965, tomo 1, p. 265
3. Bourget, Paul, *Le disciple*, París, Lemerre, 1889. Véase Stephane Douailler, artículo "Le disciple" de la Encyclopedie Philosophique Universelle, París, PUF, tomo III, 1993. Y Patrice Vermeren "Le Spinoza du jardin des plantes", en *Spinoza et la politique*, dirigido por Humberto Giannini, Pierre Francois Moreau, Patrice Vermeren, París, L'Harmattan, 1997. Véase también, en la misma colección *La filiation du repentir*, de Horacio González, por la conferencia dictada por Borges respecto de Spinoza.
4. Véase Maurice Barrés, *Mes cahiers*, París, Plon, tomo IX, p. 197. Véase el análisis de Georges Navet en *Le philosophe comme fiction*, París, L. Harmattan, 2000, pp. 120 sq.
5. Véase, además, Maurice Barrés, *Mes cahiers*, op. cit. Tomo XIII, p. 60, citado por Rene Pierre Colin, "Schopenhauer en France". *Un mythe naturaliste*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1979, p. 134
6. Daudet, Léon, *Fantômes et vivants*, París, Nouvelle Librairie Nationale, pp. 136 a 137, op. cit. p.133.
7. Al respecto, véase Pierre Macherey, en el prólogo a Jules Barni *La morale dans la démocratie*, París, Kime, 1992, p. 21.
8. Véase Paul Groussac "Hyppolite Taine", *Le Courrier Français*, 10 de febrero de 1895.
9. Comenzando por Emile Faguet, "Hyppolite Taine" en *La Revue Bleue.*, 11 de marzo de 1893. Véase Victor Giraud, *Essai sur Taine, son oeuvre et son influence*, Friburgo / París, Librairie de l'Université / Hachette, 1901, p. 14.
10. Foucault, Michel, *Les mots et les choses*, París, Gallimard, 1966, p. 7.
11. Pomian, Krzysztof, *Entre l'invisible et le visible*, la collection, Libre n°3, París, Payot, 1978.

José María Ramos Mejía. El aval de las fuentes que abren horizontes renovadores

Por Hebe Clementi ()*

Ilustre exponente del positivismo laico, humanista perfectible, científico reconocido, José María Ramos Mejía estudió la sociedad argentina con el afán siempre latente de formular diagnósticos prospectivos, de encontrar marcas semiológicas en los archivos que transformaba en historias clínicas a las que adjuntaba prescripciones propias de su estirpe académico e ideológico. Las disidencias entre el cientificismo y la vocación de curador del cuerpo social, convergían dramáticamente en su personalidad. Fue admirado por José Ingenieros, su alumno más notable, y anatematizado por el revisionismo en sus componentes ensayístico-frenológicos de su obra, inherentes a su condicionantes históricos.

Hebe Clementi, escapa de los apasionamientos y vislumbra un horizonte renovador en su fuerte inquietud historiográfica.

El lapso de vida de José María Ramos Mejía (1849-1914) le permite atravesar una mitad del siglo XIX tremendamente fértil en ideas renovadoras del quehacer humano (historia) y del quehacer científico (si cabe disociar uno del otro). El caso es que las lealtades y los valores que hasta allí acreditaban una hegemonía expresa, van pasando a un plano algo dubitativo, y abriéndose a la perspectiva que las ciencias de la matemática y de la naturaleza fueran encaradas por teorías de plena evidencia lógica. Huelga agregar que el código religioso es el que pasa a un segundo plano y en todo caso a un plano beligerante y combativo, que también tiene una incidencia fuerte en el área gobernada por cánones políticos del Vaticano.

En este extremo de la América en donde los argentinos asientan su territorio nacional, en el que recién en esa segunda mitad del siglo alcanzan una cierta unidad que designan Organización Nacional, auspiciada por la batalla de Caseros en la que finalmente acaba la larga dominación de Juan Manuel de Rosas que, partiendo del ámbito originario –la provincia de Buenos Aires–, ha irradiado su poder manteniendo las riendas sobre el resto de territorio en donde cuenta con la adhesión de buena parte de los sectores de mando de cada provincia, aunque todavía en precaria institucionalidad. Es hijo de Matías Ramos Mejía y de doña Francisca Madero, ambos pertenecientes a la elite terrateniente de la provincia de Buenos Aires, del más alto nivel, que deriva de contar con enorme extensión de tierras bonaerenses. Un marcado antagonismo con el gobernador Juan Manuel de Rosas, fuerza a toda la familia al exilio sin alternativa, en 1831, lo cual provoca la posterga-

ción de los estudios universitarios de los hijos. La Revolución del Sur, poco después, les ofrece ocasión de regreso, pero el infortunio del encuentro de Chascomús los obliga a regresar al exilio. José María y sus hermanos, Francisco y Ezequiel, atraviesan esas mismas circunstancias, como también las que provoca la gestión del General Lavalle, que desde Corrientes organiza una rebelión y debe huir hacia el norte, adonde lo acompaña Matías, el padre, quien habrá de llevar los restos de Lavalle hasta la Quebrada de Humahuaca al resguardo de eventuales tropelías postreras. La lucha que sobreviene contra Hilario Lagos, y luego con los porteños contra Urquiza, en Cepeda y en Pavón, vuelve a marcar las trayectorias de la familia, al menos hasta la batalla final “La Verde”, que será la última, junto a Mitre. Cuando muere su padre,

José María cuenta con 36 años, y su hermano Francisco con 34, y ambos terminaron sus carreras universitarias a destiempo. Las alternativas de 1874 los verán en la cárcel al padre y al hijo... cuando José María ya escribía artículos periodísticos que firmaba como “Licenciado Cabra”, para el diario de los Paz, y algunos para *El Nacional*. Se doctora en 1879, aunque ha comenzado ya a escribir en 1870, y en 1873 ha fundado el *Círculo Médico Argentino*, creando los *Anales* que todavía siguen en plena circulación. Cuando comienza su tarea médica, y frente a la situación sanitaria del país y la ciudad central,

José María ya escribía artículos periodísticos que firmaba como “Licenciado Cabra”, para el diario de los Paz, y algunos para *El Nacional*.

Se doctora en 1879, aunque ha comenzado ya a escribir en 1870, y en 1873 ha fundado el *Círculo Médico Argentino*, creando los *Anales* que todavía siguen en plena circulación.

crea la Asistencia Pública, de la que es primer director, decisión que pronto acompañará con otras instituciones que cumplen esa misma disponibilidad para atención del público en general, como hospitales de sangre, vacunaciones diversas, etc.

Entre 1888 y 1892 se hace cargo de una Diputación Nacional, pero sigue atentamente su profesionalidad en enfermedades nerviosas. Crea la Cátedra de Enfermedades Nerviosas, y en 1893, el Departamento Nacional de Higiene, del que se encarga de su organización, concorde con otras medidas oportunas que atañen al funcionamiento hospitalario.

Entre 1908 y 1913 preside el Consejo Nacional de Educación, en tanto produce incansablemente trabajos, fruto de sus indagaciones sobre la locura, y variaciones en frenología y en psiquiatría.

Su *Neurosis de Hombres Célebres en la Historia Argentina* (1876-1882), evidencia su tránsito de la frenología a la psiquiatría, como también su *Estudios de Patología Nerviosa y Mental* (1893) son seguidos por *La Locura en la Historia* (1895).

Las situaciones que atraviesa la opinión pública y la estructura de poder, en relación con la famosa querrela con la Iglesia, que sumaba rechazos por las medidas del gobierno desde la Ley 1420, hacia las escuelas y los Consejos de Educación, frente a las escuelas de instituciones religiosas, de lo que se tienen fuentes de sector oficial y del eclesiástico.

El clima social perturbado por colisiones de diverso cuño y el accionar de presiones políticas diversas (en 1892 se organiza el Partido Radical y en 1896 el Socialista, amén de “revoluciones” en 1890, 1903 y 1905) y, por otra

parte, las organizaciones de protesta obrera incentivadas por la llegada multitudinaria de inmigrantes de procedencia mayoritariamente española e italiana sobre todo, muchas veces empujados a emigrar para evitar persecuciones en Europa.

Frente a lo que se denomina La cuestión social, la reflexión sobre cambios notorios en la sociedad, inclina a Ramos Mejía a revisar nuestra historia para sacar conclusiones como las de *Las Multitudes Argentinas*, quizá su libro más original y mejor escrito, en donde el trayecto de la historia cronológica es diversificado en el mejor estilo de un sociólogo psico-social, que rediseña nuestro transcurrir en función de algunos hechos notables en donde la convocatoria de la sociedad en su conjunto fue tan evidente que empujó el desarrollo y la buena fortuna de las rebeliones. Las invasiones inglesas, la Reconquista, el Mayo del Cabildo, la gesta de los caudillos correntinos, el apoyo masivo del bajo pueblo a Rosas, Urquiza en Caseros, son magistralmente revisados, puestos en acción, y presentados en relación al lugar y la gente, con invariable sentido antropológico o social.

Rosas y su tiempo, su último trabajo, en 1907, precedido por *Los Simuladores de Talento en las Luchas por la Personalidad y la Vida* (una rápida visión de neurosis evidentes), que escribe en 1904, merece una cuidadosa relectura.

Ramos Mejía era un lector ávido y, seguramente, habrá leído al Saldías que reivindicaba a Rosas, al que seguirán otros no pocos hombres de la política, revalidando también a Rosas. La originalidad peculiar de Ramos Mejía radica en el hecho de que recurre como fuente adecuada sobre el relevamiento de la personalidad

de Rosas –en procura de informaciones prudentes y no sectarias– a los hombres de pueblo que de una manera u otra tuvieron contacto más o menos directo con Rosas, ya sea en la conformación de brigadas o en la gestión de determinados logros indicados por el Restaurador de la Leyes, o bien partícipes en rodeos o en las campañas del desierto, y que por tanto conservan recuerdos de aquellas patriadas, o bien memorias de haber participado en fiestas campestres en las que Rosas solía dar cuenta de sus habilidades como calificado jinete. El panorama que muestra es y fue inusitado, y prueba en cualquier caso la honradez de un buceador de verdades, y la elocuencia de un grande de nuestra expresión vernácula; aparte de optar por la oralidad como fuente más confiable que muchos escritos en determinadas cuestiones, tanto más sobre Rosas estigmatizado por los “cultos” unitarios...

En cuanto a *La Locura en la Historia*, que lleva un notable prólogo nada menos que de Paul Groussac (Talleres Gráficos J. Rosso), recorre una serie de vesanías, neurosis, taras hereditarias, teorías de la degeneración hereditaria, hipótesis que descarta una por una atendiendo a fundamentos, de lo cual Groussac –con mirada y cincel insoslayables– da testimonio elocuente y constante, que por supuesto es otro de los atributos que es justo atribuirle como crítico inteligente y de saber universal. El es quien proclama la valía intelectual de José María Ramos Mejía y quien valora su energía de estudioso que lo honra en el panorama de la naciente literatura científica de la América del Sur. En todo momento expresa una crítica punzante hacia la doctrina religiosa del catolicismo, en el que detecta procedimientos que

originan conductas enfermas, neuróticas, vesánicas, así como posibles neurosis que terminan siendo graves si degeneran en estados de histeria, o melancolía, o en la tan temida locura en cualquiera de sus grados.

La detenida descripción que hace Ramos Mejía de la locura que algunas dinastías españolas sufrieron, y las marcas que impone a quienes siguen cánones religiosos –ya sea católicos o judíos– como enfermedades psíquicas que describe con notable elocuencia, o bien deformaciones físicas que guardan relación con deficiencias de organización mental, que recuerdan a Lombroso. Al parecer Taine y Lombroso son sus lecturas reafirmadoras de las opiniones que le merece la marcha de nuestra sociedad y sus líderes, aunque no invalidan la originalidad del planteo ni el plus de comprensión hacia nuestras propias situaciones conflictivas, que quizá por primera vez son vistas como “fenómenos”.

También José Ingenieros, por los avances que para esos primeros años del siglo XX supondrá el acceso a la obra de William James y sus *Principios de Psicología* o el propio Henri Bergson como queda evidenciado en el Congreso de Roma, en 1905, al que asiste Bergson, James y el joven Ingenieros, son partícipes activos de esos tiempos que para la medicina y la psiquiatría, son de acelerado cambio.

La opción reparadora del arduo y preciso trabajo que ha emprendido Ramos Mejía en su libro, se puede valorar mejor desde el detallado índice que aparece en su primera edición, que vale leerlo con detenimiento si se reflexiona que atraviesa toda la historia europea y española en especial, y que cada acápite está ejemplificado con

creces en sus páginas, con citas abundantes que prueban el esfuerzo sistemático y erudito que emprende, amén de la literatura supletoria. Es todo un emprendimiento, que cubre cuanta bibliografía y estudios sobre el tema se conocen hasta allí. Y precisamente creemos que esta evaluación pondera y da el nivel del trabajo, que le permite afrontar las críticas que seguramente caerán sobre las conclusiones.

Quizás nos podemos atrever a afirmar que ha habido un cambio drástico en la configuración que Ramos Mejía se hiciera sobre la vida social argentina. Si en *Las multitudes argentinas* fascinan sus imágenes y sus metáforas, cuando advierte qué momentos históricos delatan esas multitudes que perfilan en su accionar multitudinario un sentimiento de argentinidad, empezando por la Reconquista durante la primera invasión inglesa, y siguiendo por el Cabildo de Mayo, o el apoyo a las huestes del Litoral, cada vez con un campo de acción diferente, pero también con una connotación de pertenencia que permite y consiente considerarlas “argentinas” de pura cepa.

Lo veremos ocuparse con idéntico fervor e implacable búsqueda, en otro libro suyo que publica en 1899, *Las multitudes argentinas*, que en cierto modo es una contradicción flagrante de estas patologías que ha venido analizando en función del origen de la locura. También *Rosas y su Tiempo*, que publica en 1907, sigue este orden de ideas, impensable hasta allí también en un Ramos Mejía que había vivido

cebado en el odio a Rosas que impregnara su vida familiar desde chico y durante más de treinta años.

Quizás nos podemos atrever a afirmar que ha habido un cambio drástico en la configuración que Ramos Mejía se hiciera sobre la vida social argentina. Si en *Las multitudes argentinas* fascinan sus imágenes y sus metá-

foras, cuando advierte qué momentos históricos delatan esas multitudes que perfilan en su accionar multitudinario un sentimiento de argentinidad, empezando por la Reconquista durante la primera invasión inglesa, y siguiendo por el Cabildo de Mayo, o el apoyo a las huestes del Litoral, cada vez con un campo de acción diferente, pero también con una connotación de pertenencia que permite y consiente considerarlas “argentinas” de pura cepa.

El libro sobre Rosas y su tiempo, por otra parte, sorprende y descoloca al autor en relación con su vida anterior. Porque, quizá, incentivado por el resurgimiento del interés hacia nuestra historia a partir de la reconsideración de Rosas aunque también, y quizá con menor lógica por su gestión desde el Consejo Nacional de Educación donde su cargo lo impulsó a tomar una serie de medidas fundamentales y coordinadas entre sí, que aseguraron la vigencia creativa de esa institución, que él por su parte, impulsaría con toda energía. No sólo gestionando la construcción de más escuelas (15 nuevos edificios en capital, 34 en provincias y 25 en territorios), sino también encomendando a Leopoldo Lugones escribir una biografía sobre Sarmiento y a Juan P. Ramos, colaborador suyo en el Consejo, una *Historia de la Educación Pública*; también creando escuelas públicas al aire libre, en el Parque Lezama y en el Parque Olivera, predios que los propietarios han cedido con destino a niños débiles (también en Tandil) y reglamentando la gestión de asilos y hospitales, allí en donde hubiera asistencia médica a inválidos y huérfanos.

Debe dejar de ser un acto de caridad dependiente de buenos sentimientos de gente altruista de buena posición

para convertirse en función del Estado, y los gastos que dichos servicios demandaren, no deben ser cubiertos en otra forma que la que rige para sostén de los demás resortes administrativos ejército, policía, aduanas, etc.. También en el sentido de la tan mentada argentinización prescribe los modos de festejar las efemérides patrias, sus cánticos, festejos, y ceremonias, pautados de manera más elocuente y disciplinada.

Esta entrega, precisamente antagónica con lo que sectores ligados a la política religiosa en las escuelas han ido manifestando, le ganará no pocos ataques, expresos y encubiertos, de modo que termina renunciando a su cargo, y poco después muere. José Ingenieros, que lo ha seguido de cerca, que ha publicado en 1903 su tesis de doctorado sobre la locura, y en 1904 gana la cátedra de Lógica y Psicología en la Facultad de Filosofía y Letras, en 1905 concurre a Roma, donde un congreso le permite conocer a William James y a Henri Bergson, amén de los nada doctrinarios positivistas italianos, y que este joven de 37 años, quizá italiano de origen, dará frutos valiosos con su reflexión y estudio siguiendo la ruta de Ramos Mejía. Su *Revista de Filosofía* tuvo alcance internacional, y a pesar de haber sido estigmatizada por los enemigos ideológicos, sigue sorprendiendo por sus contenidos de avanzada y sus inquietudes abarcadoras. Para Hugo Vezzetti, José María Ramos Mejía es el primer psicopatólogo argentino que reúne esa intención de “objetivación” de la locura con el imperativo de construir el andamiaje teórico para analizar y gobernar la sociedad (en *El positivismo argentino*, comp. Hugo Biagini, pp. 362/373). Por lo demás Biagini ha escrito su

tesis de doctorado precisamente sobre los contenidos y proyección de la *Revista de Filosofía* de José Ingenieros, borrando con sus evidencias las acusaciones sectarias que se hacían a su director, probando que incluye allí colaboraciones de grandes figuras del pensamiento filosófico y científico de fines de siglo que agigantan el papel que jugó José Ingenieros en la difusión del pensamiento científico y en la inserción institucional debida.

Y Vicente Fidel López, que tuvo siempre especial simpatía por Ramos Mejía, expresa acerca del libro *Neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, que su espiritualidad es inherente:

... los que en nombre de la teología declaman contra la doctrina de las evoluciones, como si al acusarla de materialismo hubiese concretado sobre ella todas las circunstancias de lo criminal y de lo abyecto, no se han fijado siquiera en que la palabra materia significa maternidad, porque viene de MATER; y que todos sus ataques recaen sobre este sublime sentido con que la Naturaleza se ha revelado a los hombres, en esa palabra, desde los primeros orígenes del lenguaje humano.

Tantas voluntades y saberes, estaban apostando al futuro de una sociedad bien constituida, asegurándole los parámetros de su formación, y admitiendo la seguridad de que podían alcanzar la excelencia en materia de desarrollo mental y compromiso con el quehacer nacional, a partir del análisis, la compulsión y el estudio comparativo de procedimientos y logros.

Quizá estas reflexiones que siguen son, en cierto modo, paralelas y por

tanto “independientes” del abordaje de este trabajo, que privilegia la visión de “documentalista” empeñado en reunir datos que le consintieran arribar a conclusiones seguras, visión hasta aquí seguida compulsivamente por José María Ramos Mejía, pero como quiera que sea, no queremos eludir su mención. Las multitudes argentinas es mucho más que un ensayo, es una nueva manera de vernos como pueblo en construcción, al que le impactan los sucesos que marcan su devenir, y reacciona de maneras muy propias y efectivas, que se propagan como llamas al viento, y consolidan una protesta, una voluntad, un destino. Y ésto sin fechas ni documentación específica, sino con la pulsión de la hora, la adhesión a la protesta, la solidaridad en la lucha. Algo de esto mismo tienen las respuestas de la gente de pueblo cuando testimonia aspectos de un pasado junto

a Rosas fuera de su casona, junto a la gente que cuida de su establecimiento, o de sus cabalgaduras, o de sus expediciones, ganada por la familiaridad que comunica en esas situaciones el caudillo distante, y que abonan luego la adhesión que marca su persistencia en el poder. Son modos de ver los hechos que nos marcan, determinados o formulados por el mismo pueblo, que sin representantes que sean sus voceros, produce reacciones volcánicas insospechadas, reformuladoras de un destino. Punto de vista que –podríamos afirmar– es el de nuestro autor, que declinando su vigor físico, rescata esa fuerza de la voluntad comunitaria que define el destino de los pueblos.

(*) Investigación bibliográfica realizada por la Bibliotecaria Susana Gudalewicz de la Biblioteca Nacional.

BIBLIOGRAFÍA

- *Homenaje al Dr. José María Ramos Mejía*, Buenos Aires, Ed. J. Peuser, 1940.
Incluye trabajos presentados por las más altas instituciones con motivo del homenaje a José María Ramos Mejía, en el XXV Aniversario de su muerte, del Dr. Pedro M. Ledesma, Presidente del Consejo Nacional de Educación; Dr. José Arce (decano de la Facultad de Medicina); Dr. Francisco de Veyga, miembro de la Academia Nacional de Medicina; Dr. Jacobo Spangenberg, Presidente del Departamento Nacional de Higiene; Dr. Arq. Martín S. Noel, miembro de la Academia Nacional de la Historia; Dr. Enrique Mouche, en representación de la Facultad de Filosofía y Letras; Dr. Ricardo Negri, Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de Medicina.
- Homenaje de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, a cargo del Dip. Arq. Martín S. Noel, y el Dip. Dr. Víctor J. Guillot.
- Homenaje de la Honorable Concejo Deliberante y de la Municipalidad de Buenos Aires, a cargo del Dr. Carlos F. Rophille, concejal; Dr. Raúl Denis, Director Interino de la Asistencia Pública.
- Homenaje del Consejo Nacional de Educación, a cargo de Pedro M. Ledesma, presidente del Consejo Nacional de Educación y Dr. Jacinto Y. Prieto; Sr. Luís Quartino, Vic. de la Cooperadora Escolar José María Ramos Mejía.
- Tres valiosas opiniones sobre “Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina”, Dr. Vicente F. López; Juicio crítico del General Mitre sobre la primera parte del libro y Juicios críticos de Don Domingo Faustino Sarmiento sobre el libro (primera y segunda parte).
- Floria, Carlos, *El clima ideológico de la querrela escolar*, en idem.
- Montserrat, Marcelo, “La mentalidad evolucionista. Una ideología de progreso”, en *La Argentina del ochenta al centenario*, Ed. Sudamericana.
- Picotti, Dina, “La cuestión religiosa”, en *El Movimiento positivista argentino*, comp. Hugo Biagini, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1985, pp. 223-240.
- Ramos Mejía, José María, *La Locura en la Historia*, Bs. As., Introducción de Paul Groussac, Felix Lajouane editor, 1985. p. 690.
- Ramos Mejía, José María, *Rosas y su tiempo*, Buenos Aires La Cultura Argentina, 1952, 3 tomos.

- Ramos Mejía, José María, *Las Multitudes Argentinas*, Buenos Aires, ed. de Belgrano, Estudio de Psicología Colectiva. 1977.
- Ramos Mejía, José María, *Rosas y su tiempo*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1952, 3 tomos.
- Ramos Mejía, José María, *La Locura en la Historia*, con Introducción de Paul Groussac, Buenos Aires, Félix Lajouane editor, 1985. pp. 690.
- Rovalletti, Lucrecia, "Panorama psicológico", en *El Movimiento positivista argentino*, comp. Hugo Biagini, Buenos Aires, ed. de Belgrano, 1985.
- Terán, Oscar, *Vida intelectual, en el Buenos Aires fin de siglo (1880-1920)*, "Derivas de la 'cultura científica'", Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Vezzetti, Hugo, "El discurso psiquiátrico", en *El movimiento positivista argentino*, comp. Hugo Biagini, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, Bs. As., 1985.
- *La locura en la Argentina*, Paidós, Bs. As., 1985.

Obras de José María Ramos Mejía en la Biblioteca Nacional (*)

- Ramos Mejía, José María, *Rosas y su tiempo*, Buenos Aires, 1907, 2 vol.
- Ramos Mejía, José María, *Rosas y su tiempo*, (Prólogo de David Peña) 3ª.ed. ilustrada, 1927. 3 vol.
- Ramos Mejía, José María, *Rosas y su tiempo*, (Prólogo. de A Dellepiane) Buenos Aires, Jackson, 1944.
- Ramos Mejía, José María, *A martillo limpio: estampas y siluetas repujadas*, Buenos Aires, Cía. Impresora Argentina, 1959.
- Ramos Mejía, José María, *A martillo limpio*, Buenos Aires, 1952. 3 volúmenes.
- Ramos Mejía, José María, *A martillo limpio*, Yrigoyen Vivo, Buenos Aires, 1952, p. 7
- Ramos Mejía, José María; Ingenieros, José, *El amor y la incapacidad civil*, De la Semana Médica, 1909.
- Ramos Mejía, José María, "Apuntes clínicos sobre el traumatismo cerebral". Tesis (Colección Candiotti Medicina.) Buenos Aires, Biedma, 1879, tomo 26.
- Ramos Mejía, José María, *Contestación a las observaciones de los contadores fiscales sobre el ejercicio económico de 1911*. Buenos Aires, Consejo Nacional de Educación, 1912.
- Ramos Mejía, José María, *Estudios clínicos sobre las enfermedades nerviosas y mentales*, Buenos Aires, 1893.
- Ramos Mejía, José María. *Las neurosis de los hombres célebres de la historia argentina*, Buenos Aires, Biedma, 1878-1882. 2 vol.
- Ramos Mejía, José María, *Las neurosis*, Buenos Aires, Biedma, 1915.
- Ramos Mejía, José María, Discurso de inauguración del Museo Histórico Escolar (Escuela Sarmiento) Discursos, Bs. As. 1910.
- Ramos Mejía, José María. *La locura en la historia. Contribución al estudio psicopatológico del fanatismo religioso y sus persecuciones*. (Introducción de Paul Groussac), Buenos Aires, Editorial Científica y Literaria Argentina, 1927.
- Ramos Mejía, José María. "Las multitudes argentinas: estudio de psicología colectiva para servir de introducción al libro *Rosas y su tiempo*", Buenos Aires, 1899.
- Ramos Mejía, José María. *Las multitudes argentinas*. Estudio preliminar de José María Bolaños, Buenos Aires, Kraft, 1952.
- Ramos Mejía, José María, *La neurosis*, 2da. reedición, 1927.
- Ramos Mejía, José María, *La neurosis*. 2da. reedición, 1932.
- Ramos Mejía, José María, *Rosas y el Dr. Francia. Estudios psiquiátricos. La neurosis De Rosas. La melancolía del Dr. Francia*.
- Ramos Mejía, José María, *Los simuladores de talento en las luchas por la personalidad y la vida*, Bs. As., 1904
- Ramos Mejía, José María, *Los simuladores de talento*. Bs. As.: Tor, 1955

Obras sobre José María Ramos Mejía

- En afectuosa memoria al Dr. José María Ramos Mejía, Bs.As. 24 de dic. 1852 - 19 de junio 1914 (folleto).
- Veyga, Francisco de, *Vida y trabajos del Dr. José María Ramos Mejía*.
- Mitre, Bartolomé, *Estudios históricos y literarios* (Apéndice). Ingenieros, José, *Personalidad intelectual del maestro*.
- Farini, Juan A., *Dr. Juan María Ramos Mejía por Juan Farini* (Bibliografía de los miembros de número de la Academia Nacional de la Historia, IX).
- Dellepiane, Antonio, "José María Ramos Mejía: (1852-1914.)", Buenos Aires, Coni, 1914 (folleto).
- Mouchet, Enrique, "El instinto y la razón en el ser humano". (Anales del Instituto de Psicología).
- Lynch Ricardo. "Informe presentado por el Dr. R. Lynch al Dr. Jose M. Ramos Mejía, Presidente del Consejo Nacional de Educación".
- Loudet, Osvaldo, *Política del espíritu. Maestros y Discípulos*, Buenos Aires, El Ateneo, 1948.
- Loudet, Osvaldo, *La obra intelectual del Dr. J.M. Ramos Mejía. El psiquiatra y el historiador*. Buenos Aires, 1935.

Ernesto Quesada: archivar e historiar (la patria)

Por Oscar Terán ()*

Asumiendo los riesgos ínsitos que acechan al investigador de un período de fractura en nuestro país, Ernesto Quesada intentó revertir con su escepticismo investigativo la demonización liberal del período rosista. Munido de una archivística que subvertía el borrador de la historia oficial y de un romanticismo nacionalista que revela sus vertientes gemánicas, a diferencia del romanticismo literario echeverriano, de alcurnia francesa, Quesada debió abreviar en el rosismo, además, por su búsqueda de situaciones determinantes que fortalecieran un nacionalismo neonato, debilitado por odios intestinos, indigente de prolongados pasados que, míticamente, contribuirían para instalar las tradiciones. Contra su vocación y formación, recurrió al ícono del gaucho como un recurso indeseable en su idea, a veces, filológicamente errónea, siempre, contextualmente necesaria, de encontrar un lenguaje diferenciador en un inconsciente colectivo inconsistente.

El investigador filosófico Oscar Terán aportó un trabajo, que representa una vindicación de Quesada como protagonista definitivo de la simbiosis nación-cultura en la Argentina, el presente artículo es parte de ese estudio.

La vida y obra de Ernesto Quesada (1858-1934) siguen esperando el estudio que su trayectoria intelectual merece. Paradójicamente, el opacamiento de su figura casi seguramente tiene que ver con aquello que lo conformó en su temprana juventud y que le permitió ocupar un espacio diferenciado en la constelación liberal argentina del giro del siglo XIX al XX. Ese rasgo provenía de su formación germánica, adquirida en estrecha ligazón con la carrera diplomática e intelectual de su padre, Vicente Gregorio Quesada. Precisamente, durante su estadía alemana realiza una parte fundamental de su educación formal, y a su retorno en los primeros años de la década del 80, se gradúa de abogado, mientras participa de la *Nueva Revista de Buenos Aires* (1881-1885) y mantiene fluidas relaciones con el poder roquista. Un punto relevante de su intensa actividad intelectual lo anota cuando a principios de siglo es designado profesor titular de la cátedra de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras porteña.

Con una obra numerosa y respetada, sus primeras desavenencias con su propio grupo surgirán a partir de sus simpatías con Alemania en la primera guerra mundial. Esta curva vital siguió de tal modo un destino muy argentino, ya que quien comienza formando parte del centro del poder de la alberdiana “República posible”, terminará sus días autoexiliado en Suiza en su finca a la que ha bautizado como “Villa Olvido”. Donará por fin su inmensa biblioteca al Estado alemán, sobre cuyas bases se constituye el *Iberoamerikanisches Institut* de Berlín, en cuyos reservorios ha sido custodiada hasta el presente.

Precisamente, en este espacio me interesa remarcar el inmenso capital bibliotecológico que acumuló al compás de

aquella trayectoria y, con ello, la huella profunda que en su vida tuvieron los documentos y los archivos. Y es que, consciente de que su país ha ingresado en una etapa de cambios fundamentales, también lo es de que esa modernidad impulsada desde el Estado y la sociedad implica sumarse a la tarea que caracteriza a buena parte de su generación: recopilar documentos, construir archivos, edificar el panteón nacional, componer mapas del territorio material y simbólico de la Argentina, pero asimismo recibir en esta porción del mundo los instrumentos intelectuales más avanzados que permitan comprender las transformaciones en curso.

Por lo demás, componer archivos históricos en esa nación nueva era muchas veces recoger recuerdos y memorias de los propios miembros de un linaje, según ese movimiento que en algunos como Sarmiento llegó a identificar la historia del país con su propio recorrido biográfico. Una generación después, para Ernesto Quesada eso implicó heredar el archivo de su suegro, el general rosista Pacheco, a partir del cual elaborará buena parte de su libro de 1898 que tituló *La época de Rosas: su verdadero carácter histórico*. He aquí cierto desfasaje, cierto desvío, que marcará siempre un lugar relativamente excéntrico respecto de carreras más previsibles de otros miembros de la clase dirigente. Después de todo, su padre había formado parte de la gestión de Urquiza, y ahora es él mismo quien en su estudio sobre Rosas –por cierto que no en soledad– ofrecerá una visión más matizada del Restaurador de las Leyes; visión que lo despegaba de la imagen del déspota de las pampas para definirlo como alguien que tiene derecho a incorporarse al legado legítimo de una nación en construcción.

En 1897 en un artículo sobre el Museo Histórico Nacional en gestación, Ernesto Quesada había indicado que ya no era posible “juzgar ese período cubriendo un bando con el denso velo de la palabra ‘tiranía’ y envolviendo al otro en la aureola celeste de la ‘libertad’”. Y al abordar justamente su estudio sobre

Componer archivos históricos en esa nación nueva era muchas veces recoger recuerdos y memorias de los propios miembros de un linaje, según ese movimiento que en algunos como Sarmiento llegó a identificar la historia del país con su propio recorrido biográfico. Una generación después, para Ernesto Quesada eso implicó heredar el archivo de su suegro, el general rosista Pacheco, a partir del cual elaborará buena parte de su libro de 1898 que tituló *La época de Rosas: su verdadero carácter histórico*. [...]ofrecerá una visión más matizada del Restaurador de las Leyes; visión que lo despegaba de la imagen del déspota de las pampas, para definirlo como alguien que tiene derecho a incorporarse al legado legítimo de una nación en construcción.

Rosas, propone una lectura que respete la objetividad (ha trabajado con “veinte mil piezas inéditas”; entre ellas, los archivos del general Pacheco, de Lavalle, de Lamadrid), y de ese modo intensifica la ruptura con la tradición satanizadora del fenómeno rosista, para concluir que “la leyenda unitaria sobre Rosas es un simple espejismo”. Brinda así, en *La época de Rosas*, una visión crítica de la versión historiográfica oficial, que incluso luego

del derrocamiento del presunto tirano habría llegado al ocultamiento de la verdadera historia mediante la quema de documentos: “¡Nuestros padres –exclama– han contemplado la humareda de esa *justicia* histórica!”.

Este juicio disonante respecto del mitrismo lo iba a ser igualmente con relación a la entera tradición unitaria, a su entender un movimiento urbano,

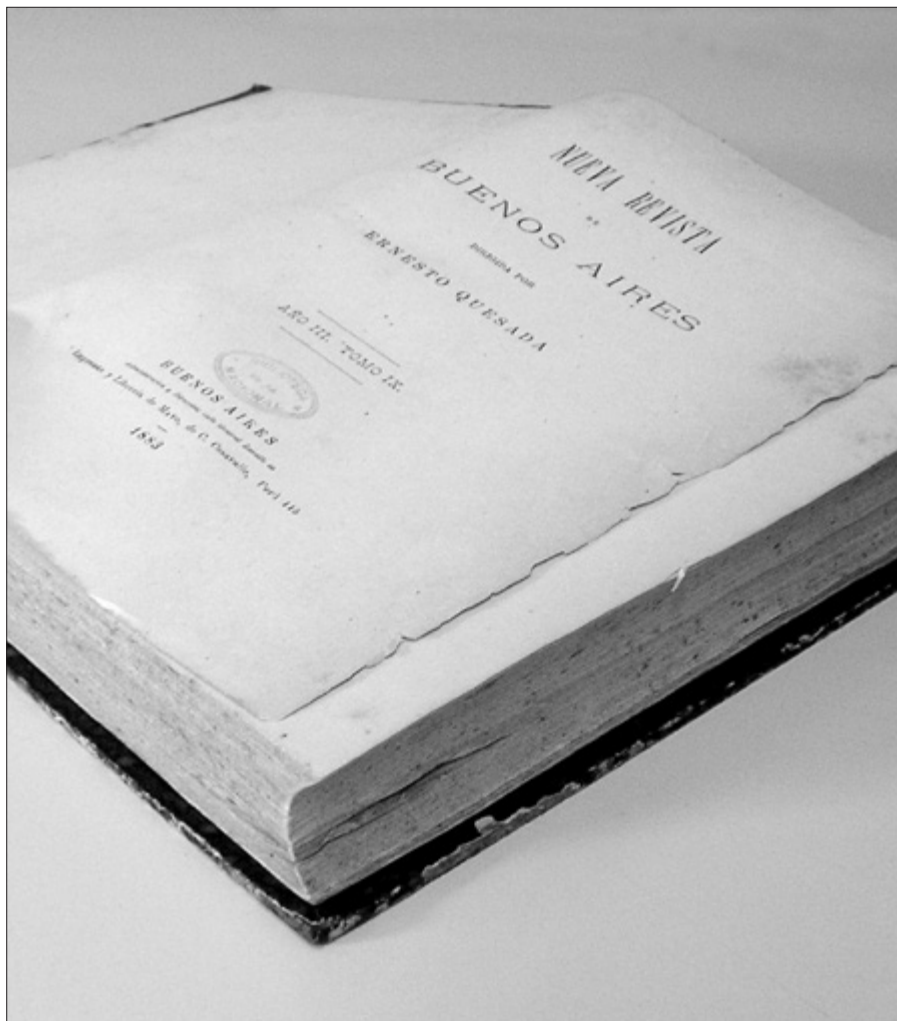
patricio, “aristocrático por esencia”, “empingorotado en la tradición” e inflexible en su doctrinarismo, mientras el federalismo era “una aspiración inconsciente de las poblaciones del interior” (Juan B. Justo, Aníbal Ponce, entre otros, repetirán casi textualmente esta definición). Se justifican por eso –prosigue Quesada– los levantamientos de Quiroga, López y Rosas ante “la pretensión de una oligarquía que, convencida de su impopularidad, quería regenerar la nación a la fuerza”. Obtenido de este modo el control del poder, Rosas logró así consumir esa evolución que dio “tan admirables resultados” sobre la base de un orden autoritario y el apoyo de las clases populares. De modo que su larga dominación salvó la nacionalidad argentina, y, con una política “más amplia y más argentina que la de Rivadavia”, proyectó una patria grande y fuerte. En particular, la diplomacia de Rosas es considerada un capítulo brillante de la historia patria, y en defensa de la soberanía nacional llegó a desafiar a Francia e Inglaterra, hasta librar el combate de la Vuelta de Obligado, que Quesada no vacila en calificar de “homérico”. En suma que, como sabemos desde hace tal vez no demasiado tiempo, no hubo que esperar entre nosotros al revisionismo de la década de 1930 para la elaboración de una historiografía alternativa a la llamada “oficial”: ella estaba naciendo en el interior mismo de la república aristocrática...

Además, esa visión del pasado construía un suelo de experiencia que –en términos de Koselleck– permitía definir un horizonte de expectativas, ya que la figura de Rosas (tal como también lo será para José María Ramos Mejía) condensaba esa virtud del buen gobierno consistente en obtener el favor de las masas manteniendo con ellas una

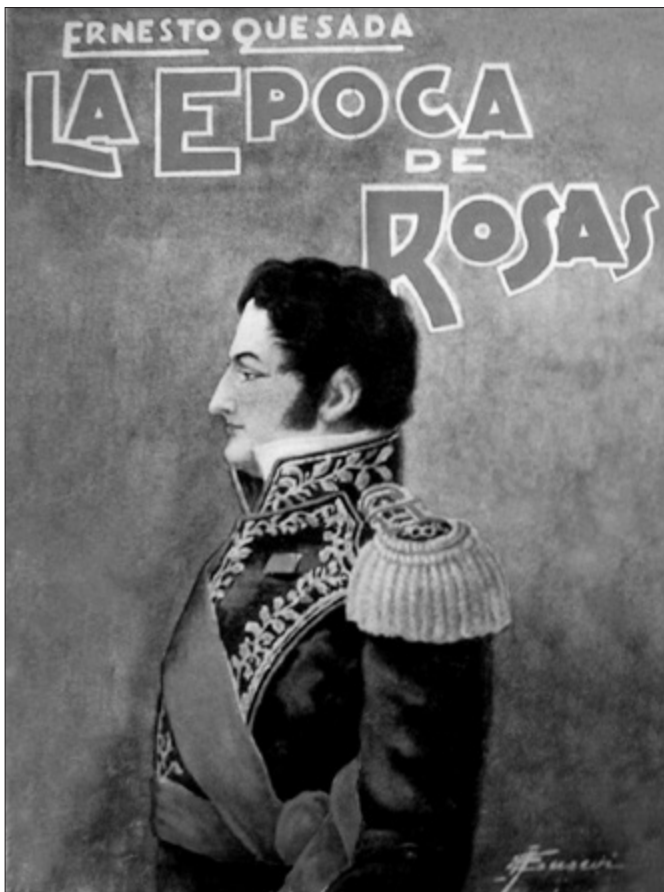
justa distancia de subalternización. Sólo que ahora el orden deseado no requiere la pacificación del criollo mundo rural, sino la construcción de una amalgama patriótica necesaria para dotar de homogeneidad a esa sociedad aluvional percibida como “excesivamente heterogénea”. De tal modo, la obsesiva “cuestión nacional” fue tematizada por Quesada a través del problema del idioma nacional, y lo hizo instalándose en la larga estela de una tradición romántica que remitía a Herder y que había identificado lengua con nacionalidad. Resultaba consonante así con el emprendimiento que, a partir

de las últimas décadas del siglo XIX, junto con la construcción del “habitante-productor” y del “ciudadano”, fortalece la búsqueda de una identidad que refiere a la cultura y proyecta el diseño de un *sujeto nacional*. Se iniciaba así la marcha hacia un nacionalismo culturalista confrontado con el nacionalismo político o constitucionalista.

Estas confrontaciones encontraron un terreno privilegiado en la cuestión del idioma nacional, organizada en torno del libro de Lucien Abeille *Idioma nacional de los argentinos*, donde, opuesto a las academias, el escritor francés proclamaba



que una lengua es “la expresión del alma de una comunidad”, “el resultado de las acciones individuales y colectivas que constituyen la vida en común de una nación, y no el fruto de los gramáticos”. Precisamente, la solución propuesta por Quesada se opone a esta versión espontaneísta y aun populista, y se formula



mediante un trabajo minucioso donde despliega sus destrezas intelectuales, comenzando por dar cuenta de la inusitada pluralidad de lenguas existentes en el Buenos Aires finisecular. Incluso aquí cada agrupación tiene su diario, impreso en su idioma de origen, siendo esta ciudad cosmopolita la que tiene la prensa más variada, desde periódicos en turco y hebreo hasta en gallego,

atalán y vascuence, pasando por todos los idiomas conocidos. Pero junto con este registro de la pluralidad, la mirada de Quesada se torna aún más sensible a los fenómenos de hibridación lingüística que observa. Y revela a pares como Cané lo que hay “detrás de las rejas” de sus propias casas llenas de infinitos libros franceses: “En Buenos Aires –escribe– los hijos de otras naciones hablan un español sui generis...”.

La pluralidad es un dato del proceso argentino que un moderno como Quesada está dispuesto a pagar como tributo al progreso. Pero un miembro de la élite criolla como Quesada no está dispuesto a que esta mezcla degenera en esa hibridación fértil hasta la teratología del “cocoliche”, y por eso considera imprescindible definir qué elementos dentro de esa mixtura deben resultar esenciales e inamovibles. En *El criollismo en la literatura argentina* (1902) sostendrá entonces que en un país multilingüístico la auténtica lengua nacional no puede ser el lenguaje vulgar de las clases populares, sino la noble usada por escritores y gente culta. Como tantos otros, al pensar la lengua Quesada piensa la sociedad; porque no es que deba eliminarse el uso del lenguaje vulgar, sino que puede permitirse siempre y cuando se mantenga clara la *jerarquía* y no se considere que las construcciones “bajas” puedan expresar una literatura nacional. En cambio, dirá Quesada, el lenguaje que debe unificar el idioma es el lenguaje culto, para que, “por sobre nuestro cosmopolitismo, se mantenga incólume la tradición nacional, el alma de los que nos dieron patria, el sello genuinamente argentino, la pureza y gallardía de nuestra lengua”. El sello, el alma, la tradición, esto es, la pureza enfrentando a la hibridación.

Y sin embargo, he aquí que esa lengua postulada como punto duro y puro de la

nacionalidad no es autóctona sino heredada del imperio colonizador. Entonces es cuando de hecho se plantea la pregunta recurrente de toda cultura derivativa: ¿cómo hacer de una lengua heredada una lengua propia? Para salir de este atolladero el razonamiento de Quesada requiere un mediador, y ésa es la función argumentativa y simbólica que cumplirá la figura del gaucho. Los gauchos argentinos, en definitiva, no son sino “los andaluces de los siglos XVI y XVII transplantados a la pampa”. Empero, en ese trasplante el tipo original sufrirá modificaciones sustantivas impresas nada más y nada menos que por la pampa, por la pampa en tanto sinécdoque ya asentada de la Argentina toda. Territorio dotado de caracteres genesíacos, en ella un andaluz deviene un gaucho: “La vida aislada en las soledades de las llanuras sin fin les dio su razón y linaje: tornáronse melancólicos y resignados, modificando su carácter, que ganó en seriedad lo que perdió en brillantez. Y así, el descendiente de andaluz, a la larga, se convirtió en el gaucho argentino”.

El gaucho, precisamente, ha cumplido relevantes funciones para la construcción de la nacionalidad, hasta erigirse en un cimiento sólido para la misma. Se dice que todo proceso fundador requiere de un *outsider*, esto es, de un forastero o de un autoexiliado, de alguien que —como en los relatos de Herodoto sobre Solón, como en la vida real de Alberdi, como en la ficción del *western*— viene de afuera como un viento claro y, cumplida su labor originaria, es expulsado o simplemente se retira en soledad. Análogamente, realizadas esas labores nacionales, el gaucho se alejó hacia el Sur (donde seguirá buscándolo Borges), corrido por la civilización y los extranjeros que presionaron sobre su hábitat natural, hasta ingresar en un irremisible proceso de extinción. Pero

esta muerte es en rigor una ascesis que lo purifica de cuanto en la vida material lo tornaba imperfecto. Puede entonces Quesada celebrar esta cita: “El gaucho ha muerto —decía un crítico extranjero—, la civilización le ha matado dulcemente, sin convulsiones”. Y ahora que, para bien de la civilización y la cultura argentina, ha desaparecido, se comprende que “la muerte, al depurarlo de las impurezas de la realidad, le abre las puertas de la leyenda. La muerte es la gran poetizadora; la muerte, que sedimenta la tradición, único verdadero fondo de toda poesía; sólo es poético lo que, habiendo vivido, reposa en la *eternidad*.”

¿Resta decir que ese modelo así fabricado es tan eterno como inalcanzable por esas masas inmigratorias, por más que bailen el pericón, se disfracen de gauchos en los carnavales porteños o bauticen a sus peñas con el nombre de Martín Fierro?...

...la obsesiva “cuestión nacional” fue tematizada por Quesada a través del problema del idioma nacional, y lo hizo instalándose en la larga estela de una tradición romántica que remitía a Herder y que había identificado lengua con nacionalidad. Resultaba consonante así con el emprendimiento que, a partir de las últimas décadas del siglo XIX, junto con la construcción del “habitante-productor” y del “ciudadano”, fortalece la búsqueda de una identidad que refiere a la cultura y proyecta el diseño de un *sujeto nacional*.

NOTA: Para la elaboración de este artículo he utilizado algunas ideas presentadas en algunos pasajes de mi libro *Vida cultural en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

(*) UBA - UNQ - CONICET

Presencia de los Quesada en la Biblioteca Pública de Buenos Aires

Por María Etchepareborda ()*

En un conceptuoso artículo que revela el respeto que le inspiran los personajes, María Etchepareborda, reconstruye el itinerario de la vida pública de Vicente y Ernesto Quesada. La fructífera labor del padre en la Biblioteca Pública de Buenos Aires, el valioso aporte del hijo a la historiografía nacional –escasamente reconocido– y su intento de restauración de la figura de Rosas, elaborado desde las fuentes. Su arraigada tendencia de construcción de un modo aglutinante de sentir la nación, su preocupación por un idioma nacional despojado de indeseables criollismos, y la incompresión, destinaron a Ernesto Quesada a un exilio premeditado por las circunstancias, en una nación que era asimilable a la patria, a esa noción de patria que surge en el tiempo de la infancia.

Para quienes se interesen en la historia de la Biblioteca Nacional, resaltan con perfiles propios las personalidades de Vicente G. Quesada y Ernesto Quesada cuyos aportes a la historia del pensamiento argentino fueron de significativa originalidad. Necesario es trazar una breve silueta de estas dos personalidades.

Vicente G. Quesada nació en Buenos Aires el 5 de abril de 1830. Cursó sus estudios preliminares e ingresó en la Universidad. Se graduó de doctor en jurisprudencia en 1849. Vivió su infancia y juventud bajo el gobierno de Rosas. Al comentar hechos aberrantes producidos por la mazorca expresaba lo siguiente: *...De modo que los que de niños hemos asistido a estas escenas no podemos sino odiar la dictadura*¹. A pesar de ello consideraba que su generación no fue doblegada por el autoritarismo, por el contrario, ella poseía una fuerza interior capaz de vencer los mayores obstáculos. De ahí la relevancia de muchos de sus representantes.

En 1852 comenzó su vida pública como “oficial primero en el Ministerio de Relaciones Exteriores”². Posteriormente fue secretario del gobernador Vicente Fidel López con quien asistió a la reunión de mandatarios convocada por Urquiza en San Nicolás. Ese mismo año formó parte de la Legación argentina dirigida por el coronel Dr. Juan Elías. Misión que no se concretó; permaneció en Tucumán hasta la guerra civil desatada entre esta provincia y Santiago del Estero. Aprovechó para realizar un viaje por las provincias del norte. Su observación atenta y minuciosa a través de ellas fue relatada en forma amena y erudita en sus *Memorias*.

Para colaborar con el gobernador de Corrientes, doctor Pujol, se marchó

a esa provincia. En 1855 fue elegido diputado en el Congreso de Paraná por la provincia de Corrientes. Victorica, Monguillot y Quesada fueron compañeros en Paraná. “Aunque eran doctores ninguno en esa época se había recibido de abogado”. Retornó Quesada a su ciudad natal y se graduó de abogado ese mismo año. Volvió a Paraná, sede de la Capital de la Confederación, para desempeñarse como diputado por Corrientes. Al año siguiente (1856) redactó su primer libro, *La provincia de Corrientes*.

En sus memorias rememoró aquellos tiempos y trazó los perfiles de Urquiza y los hombres de la ciudad de Paraná. La batalla de Pavón interrumpió la vida institucional del país y afectó la actividad pública de Quesada quien durante los años siguientes, se dedicó a sus estudios históricos y a

actividades periodísticas. Junto a Miguel Navarro Viola fundaron *La Revista de Buenos Aires* en 1863. Gutiérrez, Guido y Spano, Quesada, Carranza y Zinny colaboraron en la primera publicación y basta recorrer los índices de sus 24 volúmenes para apreciar la labor con que cada cual contribuyó a mantenerla³.

Meses más tarde lo eligieron para integrar la Convención Reformadora de

La muerte de José Mármol en 1871, dejó vacante la dirección de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Se nombró a Vicente G. Quesada para ocupar ese cargo el 23 de septiembre de 1871. Por su actuación intelectual y política destacada se lo consideró el hombre adecuado para ocupar la dirección de la Biblioteca más antigua de Buenos Aires. El acierto de tal designación se manifestó desde el comienzo de su nombramiento y los logros a lo largo de su labor transformaron a la Biblioteca en una de las Instituciones más prestigiosas de América.

la Constitución provincial. Al mismo tiempo colaboraba con otros periódicos y revistas.

En 1870 el presidente Sarmiento lo nombró junto con el doctor Sixto Villegas para realizar un proyecto de reformas al Código de Comercio.

La muerte de José Mármol en 1871, dejó vacante la dirección de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Se nombró a Vicente G. Quesada para ocupar ese cargo el 23 de septiembre de 1871. Por su actuación intelectual y política destacada se lo consideró el hombre adecuado para ocupar la dirección de la Biblioteca más antigua de Buenos Aires. El acierto de tal designación se manifestó desde el comienzo de su nombramiento y los logros a lo largo de su labor transformaron a la Biblioteca en una de las Instituciones más prestigiosas de América. Una de las tareas fue confeccionar y publicar, por primera vez, las memorias del Establecimiento con los anexos que avalaban cada uno de sus actos. La memoria fue elevada al ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires, Antonio Malaver.

Comenzaba el informe con la creación de la dirección de la Biblioteca Pública de Buenos Aires por decreto del 7 de septiembre de 1821 con un director y dos ayudantes.

El decreto de 13 de noviembre de 1821 art.2 "ordenaba que se practique un inventario general cada vez que se cambie o renuncie un director tal que sería de descargo del saliente y como cargo del entrante"⁴. Al no haber sido cumplimentado no encontró los medios para verificar la existencia de la antigua colección de libros. Tuvo que recurrir a fuentes periodísticas.

Fueron utilizados por primera vez en la Institución, para graficar la

afluencia de lectores, cuadros estadísticos mensuales.

La sala de libros americanos fue una de las principales preocupaciones a lo largo de su dirección. Reunió estos temas en una sala exclusiva con colecciones muy valiosas.

Según Quesada era necesario relacionarse con naciones vecinas y americanas para lo cual consideró el intercambio de publicaciones entre las naciones del continente que luego extendió a las principales instituciones europeas.

La colección de autógrafos se formó gracias al decreto del 6 de octubre de 1821. Al no encontrar vestigios de dicha colección, propuso al ministro volver a interesarse por este tema tan importante y aprovechar la existencia de los parientes de personalidades fallecidas para el envío de documentos manuscritos con actuación en el país y/o relevancia intelectual. A los efectos de poder organizarla, requirió que se adjuntara al documento la fecha de nacimiento, servicios prestados al país y fecha de fallecimiento.

Para solucionar el problema de las encuadernaciones fundó un taller de encuadernación en la Institución con empleados a sueldo. Desde esa fecha la Biblioteca contó con un lugar de preservación y encuadernación.

La primera memoria, correspondiente a los tres primeros meses de la gestión de Quesada contiene en germen los temas prioritarios que serían desarrollados en los años siguientes durante su infatigable gestión como director de la Biblioteca.

A la memoria perteneciente al año 1872 la dividió en 9 puntos:

- 1) Mejoras en el establecimiento.
- 2) Adquisición y donación de libros:

- utilizó 63.221 pesos en compra de libros.
- 3) Relaciones con bibliotecas americanas y europeas.
 - 4) Colección de autógrafos: por resolución del 24 de febrero de 1872 se renovó el interés por esta colección. Adjuntó el detalle de los documentos donados con el nombre del donante (20 en total).
 - 5) Taller de encuadernación: lo ubicaron en el Establecimiento por medio de un contrato entre el director Quesada y el encuadernador.
 - 6) Inventario de libros: adjuntó cuadros con el número de volúmenes de cada sala y su estado.
 - 7) Catalogación y clasificación de libros: propuso el sistema de Brunet para la clasificación de libros.
 - 8) Estadística: implementó la elaboración de cuadros mensuales sobre la asistencia de lectores.
 - 9) Situación de la Biblioteca: informó al ministro que las obras que había proyectado desde que asumió como director fueron realizadas y así cambió el aspecto ruinoso en que recibió la Institución. Se podía, en ese momento visitar la Biblioteca Pública de Buenos Aires sin que fuera un descrédito para la provincia.

Por decreto del 18 de febrero de 1873 se le confió la comisión de estudiar las principales bibliotecas de Europa y la adquisición en España de copias de documentos manuscritos que solucionarían el problema de los límites que tenía el gobierno de nuestro país con el de Chile. El art. 4 nombraba una comisión formada por Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, Andrés Lamas y Juan María Gutiérrez, quienes debían

extender las instrucciones para la adquisición de manuscritos. El art. 6 imponía el deber de comunicar detalladamente al gobierno el resultado de su cometido. La comisión se expidió en un intenso informe el 12 de abril de 1873. El 2 de julio de ese año el Poder ejecutivo dictó la resolución; como compensación recibiría 5.000 pesos moneda corriente mensuales por el término de 6 meses. Designó, además, la suma de 30.000 pesos moneda corriente para gastos en copia de documentos.

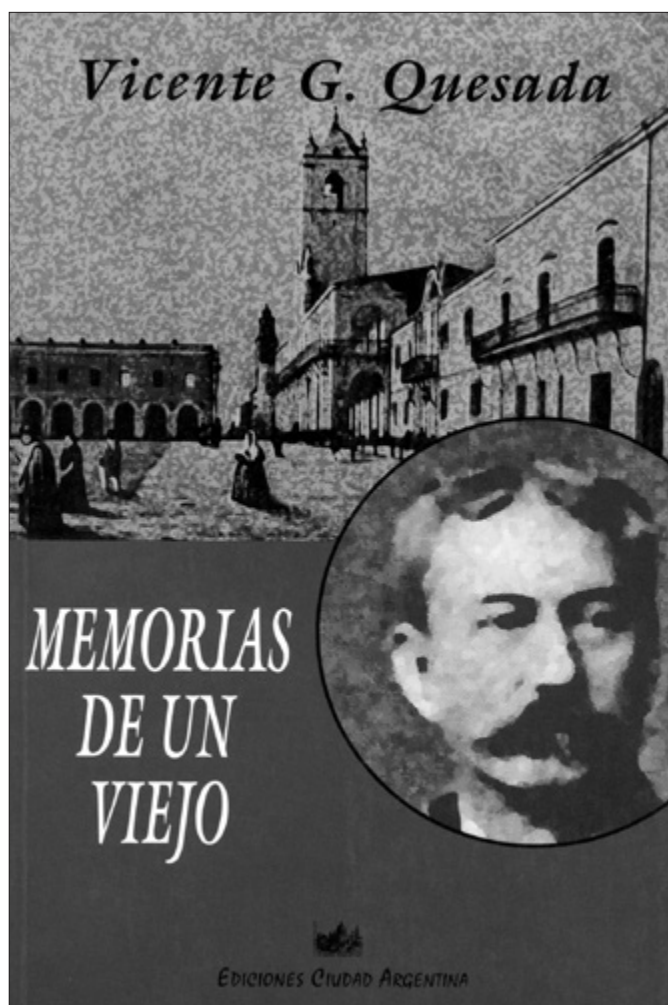
Quesada consideró que no podía aceptar ya que le era imposible por el escaso tiempo puesto que ese plan requería varias personas y mucho más tiempo.

Ante la benevolencia del ministro Alcorta “no se arredre y haga lo que sea posible”⁵, aceptó la comisión limitando los documentos a la parte histórica y a la hidrografía.

Llegó a Madrid donde debía seleccionar los documentos. Realizó estudios en la Dirección de Hidrografía, la Biblioteca de la Real Academia de Historia, la Biblioteca Nacional y en Sevilla, en el Archivo de Indias. Compró la colección de mapas, cartas y documentos. Mediante los documentos coloniales pudo establecer los verdaderos límites con Chile. El resultado fue óptimo, elaborado en un extenso libro publicado en 1875 *La Patagonia y las tierras australes del continente americano*, en el que, Quesada relató su viaje y analizó cada una de las copias de los documentos traídos desde España. Probó documentalmente los límites naturales entre la Argentina y Chile.

En 1873 Vicente G. Quesada junto con su hijo Ernesto visitó a Juan Manuel de Rosas en su chacra de Southampton, entrevista que será detallada 25 años más tarde por Ernesto en un libro significativo y original.

El doctor Quesada, en diciembre de 1874, después de 19 meses de ausencia retomó la dirección de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Las memorias de la Biblioteca de los años 1874 y 1875 señalaron una actividad incesante, su gran preocupación



y dedicación a la patria, su afán por demostrar a los países americanos y europeos el nivel intelectual bibliográfico y hemerográfico argentino por medio del intercambio de colecciones nacionales de gran nivel intelectual a través de relaciones de canje con otras instituciones extranjeras, que incre-

mentaron el patrimonio bibliográfico de la Biblioteca mediante donaciones de colecciones extranjeras, algunas de ellas de raro valor documental.

En 1875 consiguió autorización para que la Biblioteca de Buenos Aires concurre a la Exposición Universal de Filadelfia (1876), con una colección de 173 volúmenes y 59 publicaciones que mereció el elogio internacional.

A principios de 1877, Vicente G. Quesada fue nombrado Ministro de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires y las reformas proyectadas para la Biblioteca como director pudo continuarlas desde el nuevo cargo.

Así describió Groussac la tarea desarrollada por Quesada:

Esta obra relativamente considerable representó una transformación del establecimiento y su incorporación, puede decirse, en el número de las bibliotecas modernas verdaderamente dignas de este nombre⁶.

Luego concluyó respecto de la actuación de Quesada que: “señala en los anales de la Biblioteca un puesto de honor a su laboriosa e ilustrada administración”⁷.

En 1881 Vicente y Ernesto Quesada fundaron *La nueva revista de Buenos Aires*, prestigioso órgano de cultura del que publicaron 13 tomos. Numerosas obras históricas aportaron a la cultura histórica argentina, entre las cuales cabe señalar sus estudios sobre *El virreinato del Río de la Plata 1776-1810*, *Capitulaciones para el descubrimiento del Río de la Plata y Chile*, *Los antiguos límites de la provincia del Río de la Plata*.

En 1883 fue designado por el General Roca como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Brasil. Dos años más tarde fue trasladado a

Estados Unidos. Dos libros publicó como resultado de estos destinos: *Mis memorias diplomáticas y Recuerdos de mi vida diplomática*.

Ocupó más tarde puestos diplomáticos en México, la Santa Sede, España y el gobierno alemán.

En 1907, a los 77 años de edad publicó *Memorias de un viejo* bajo el seudónimo de Víctor Gálvez, describiendo la vida argentina durante la segunda mitad del siglo XIX.

Murió un 19 de septiembre de 1913 con el respeto y la consideración de su país.

Ernesto Quesada, hijo de don Vicente Quesada y doña Elvira Medina, hija del destacado jurista Ángel Medina fue uno de los pensadores más originales de la Argentina. Jurista, diplomático, profesor e historiador. Nació el 1 de junio de 1858 en Buenos Aires. Cursó estudios en Alemania y fue uno de los más grandes conocedores de la cultura alemana en la Argentina y en América.

Fue el primer traductor de Oswald Spengler en lengua española. Al regresar a Buenos Aires del viaje con su padre, ingresó en la Biblioteca Pública de Buenos Aires, se graduó en Derecho y a los 20 años publicó su primer libro *La sociedad romana en el primer siglo de nuestra era: estudio crítico sobre Persio y Juvenal* en 1878. Su erudición abarcó los más diversos campos del conocimiento. Dictó cátedras en la Universidad de la Plata y Buenos Aires, en Derecho y Sociología con un criterio renovador y creativo. Basadas en el archivo del General Pacheco, abuelo de su primera mujer, publicó una serie de estudios sobre las guerras civiles argentinas.

Resulta imposible detallar su obra intelectual que durante 50 años de producción creativa abarcó los más diversos temas: desde la enseñanza de la historia, la obra de Spengler,

las misiones jesuíticas y la filosofía kantiana hasta el pensamiento sociológico contemporáneo, todos ellos con aportes eruditos y singulares.

En 1873, como ya se mencionó, visitó con su padre a Rosas. En el epílogo a su libro más conocido y menos estudiado, *La época de Rosas*, describió en detalle esta entrevista. Vicente Quesada nunca fue partidario de Rosas y sus convicciones no variaron con el correr del tiempo. Así lo demostró el 23 de abril de 1877 en el decreto por él promulgado en el que reiteró que por ley, Rosas fue declarado “reo de lesa patria” y se prohibió “toda demostración pública a favor de la memoria del tirano Rosas cualquiera sea su forma”⁸. En este libro, *La época de Rosas*, explicó el criterio histórico que había utilizado. De manera que por tradición de familia y por comunión espiritual, el autor estaba condenado a juzgar la época de Rosas con un criterio absolutamente opuesto al presente libro: si a pesar de todos los pesares, su leal convicción histórica lo ha hecho sostener el criterio expuesto, no necesita insistir en que debe ser muy honda dicha convicción para haberse podido sobreponer al atavismo de familia y a la influencia paterna casi todopoderosa⁹.

Después de exponer su metodología histórica, describió la forma en que Rosas vivía solitario en su chacra inglesa. Así escribió:

*Los recibió en una pieza con estantes atiborrados de papeles donde solía trabajar después de recorrer la chacra a caballo. La conversación fue animada e interesantísima*¹⁰.

Al final del encuentro Rosas, se refirió a su largo gobierno y a su pensamiento político, señaló:

Busqué yo solo el ideal del gobierno paternal en la época de transición en que me tocó gobernar.... He despreciado siempre a los tiranuelos inferiores y a los caudillos de barrio, escondidos en la sombra: he admirado siempre a los dictadores autócratas que han sido los primeros servidores de sus pueblos. Ése es mi gran título: he querido siempre servir al país y si he acertado o errado la posteridad lo dirá, pero ése fue mi propósito y mía, en absoluto la responsabilidad por los medios empleados para realizarlos ¹¹.

En todas las páginas de *La Época de Rosas*

Se encuentran sugerencias largamente meditadas, puntos de vista originales que invitan a la reflexión, un estilo ameno y de fácil lectura pero estas cualidades no harían del libro lo que es si no fuese porque simboliza un criterio renovador en la historiografía argentina. Quesada trató con acertado éxito penetrar en el sentido de la época como señaló Ranke, de describir los estados sociales colectivos como escribió Lamprecht y esencialmente comprender en el sentido de Dilthey ¹².

El estudio de la época de Rosas es interesante por cuanto sigue paso a paso la evolución social y política de nuestro país, se le ve salir de la anarquía y del caos ¹³.

La biblioteca de los Quesada con más de 80.000 volúmenes que Ernesto quiso donar al gobierno argentino, debido a la negligencia de éste, tuvo como destino final la Universidad de Berlín sobre la base de la cual se fundó el *IberoAmerikansiche Institut*, institución aún hoy de renombre universal.

La preparación intelectual de Ernesto Quesada se reflejó en las memorias de la Biblioteca Pública pertenecientes a los años 1876 a 1878, quien junto a Nicolás Massa, fueron designados directores interinos de la institución mientras Vicente Quesada se desempeñaba como Ministro de Gobierno de la Provincia: Memoria anual sobre las publicaciones periódicas de la Biblioteca, Organización del departamento de periódicos. Sistema de clasificación para ordenamiento hemerográfico. Organización de la Colección de cartas geográficas. Participación de la Biblioteca en la Exposición Universal de París en 1878 con 227 obras en 660 volúmenes, fueron algunos de sus aportes a la Institución.

El 7 de febrero de 1934 a los 75 años de edad murió en Suiza.

Vicente y Ernesto Quesada con sus notables contribuciones intelectuales honraron a la vida cultural argentina.

(*) Profesora en Filosofía egresada de la Universidad Católica Argentina. Bibliotecaria egresada de la Escuela de Bibliotecarios de la Biblioteca Nacional.

NOTAS

1. Quesada, Vicente G., *Memorias de un viejo*. Estudio preliminar y arreglo/ por Isidoro J. Ruiz Moreno. Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1998 p. 108.
2. Quesada, Vicente G., *Memorias*, p. 300.
3. Quesada, Vicente G., *Memorias*, p. 358.
4. Biblioteca Pública de Buenos Aires, *Memorias de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: 1871-1876*, Buenos Aires: Biblioteca Pública de Buenos Aires, 1877 p. 4.
5. Quesada, Vicente G., *La Patagonia y las tierras australes del Continente americano*, Buenos Aires, Imp y Lib. De Mayo, 1875, p. 110.
6. Groussac, Paul, *Historia de la Biblioteca Nacional*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 1967 p. 63.
7. Groussac, Paul, *Historia de la Biblioteca Nacional*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 1967 p. 64.
8. Quesada, Ernesto, *La época de Rosas*, Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1923 p. 229.
9. Quesada, Ernesto, *La época de Rosas*, p. 230.
10. Quesada, Ernesto, *La época de Rosas*, p. 230.
11. Quesada, Ernesto, *La época de Rosas*, p. 232.
12. Peco, José Luis, "Ernesto Quesada, un historiador olvidado" en Ideas e imágenes, supl. Cult. de *La Nueva Provincia* N° 397, Bahía Blanca, 10/03/1988, pp. 1-3.
13. Binayan, Narciso, "Estudio preliminar" en Quesada, Ernesto, *La época de Rosas*, p. 81.

Ángel Rosenblat.

Una reivindicación filológica de América

Por José Luis Moure ()*

El filólogo José Luis Moure nos aproxima a la trayectoria de su colega Ángel Rosenblat, un polaco circunstancial, un argentino vocacional, estudioso profundo de las raigambres lingüísticas americanas, de sus nutrientes, de sus mixturas sociológicas y de sus confrontaciones culturales. Rosenblat, defraudado por el olvido de su compatriotas, reconocido tardía y parcialmente, encontró en Venezuela la contención intelectual para sus prolíficos estudios y para la formulación de una hipótesis acerca del léxico, la gramática y la fonética de las lenguas aborígenes. Su vocación americanista no le impidió rescatar el origen de la lengua castellana en América, revisando la “versión cultural” de la leyenda negra de la conquista, la que aludía a la postergación sociocultural de quienes lideraron la aventura americana.

La simple realidad, la suma de circunstancias que tejen el azar o el cumplimiento de alguna causalidad imprecisable determinaron que Ángel Rosenblat (1902-1984) no pudiese ser sino americano. Con ello queremos decir un hombre forzado a superar el condicionamiento geográfico de su nacimiento, de sus plurales *almae matres* y de su nacionalidad y ciudadanía, esas adscripciones más o menos voluntarias a un suelo y a una historia, que suelen ser una imposición del territorio mental y sentimental en que se desenvuelven nuestros días.

Unas apretadas precisiones biográficas abonarán nuestro aserto. Ángel Rosenblat nació en Wengrow (Polonia), su infancia transcurrió en Neuquén, se licenció en Letras en la Universidad de Buenos Aires y trabajó precursoramente en el joven Instituto de Filología bajo la dirección de Amado Alonso. Prosiguió sus estudios en el Seminario Románico de la Universidad de Berlín, y más tarde, en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, dirigido por Ramón Menéndez Pidal, y en los Institutos de Fonética y de Etnología de París. Fue profesor en la Universidad de Quito y, de regreso a la Argentina, después de nueve años de ausencia, volvió a colaborar en la etapa final de la gestión de Amado Alonso al frente del Instituto de Filología, antes de que una ofensiva política provocara el desmembramiento y diáspora de quienes habían logrado conformar el momento más brillante de la disciplina en nuestro medio. El viaje de Rosenblat a Venezuela en 1947, convocado por Mariano Picón Salas, y su desempeño inicial en el Instituto Pedagógico Nacional y en la Escuela de Letras, inauguraron su hogar definitivo en ese país, donde finalmente habría de asen-

tarse, nacionalizarse (1950) y fundar el Instituto "Andrés Bello". Su itinerario americano incluiría todavía una estadía en la Universidad de Harvard como profesor invitado y un efímero regreso de tres meses a la Argentina (agosto-noviembre de 1962), instado ("presionado –un poco violentamente–", confesó) a hacerse cargo como director invitado del Instituto de Filología, cuyo prestigio había contribuido a cimentar, y al que ya no volvería¹.

No es descaminado pensar entonces que durante cuarenta y cinco años Rosenblat fue un argentino ubicuo, al que las inestables circunstancias políticas de nuestro país no le fueron propicias. Como anticipamos en el comienzo de esta nota, debió, en cambio, acaso sin deliberación, ser un americano integral. Su atalaya fue la lengua, el castellano aprendido en la tierra nueva.

Y a su través, en el desarrollo de su asedio científico, se adentró en la historia lingüística de América, en la continuidad transatlántica de la tradición idiomática y literaria española, en las consecuencias del mestizaje en la lengua y en la cultura americanas, en la comprensión y fundamentación de sus variedades dialectales y en los conflictos ineludibles entre el purismo, la norma y las realizaciones concretas de los hablantes de nuestros dilatados territorios. Naturalmente, no pudo ser ajena a esos intereses su participación en la labor y en el espíritu común del

No es descaminado pensar, entonces, que durante cuarenta y cinco años Rosenblat fue un argentino ubicuo, al que las inestables circunstancias políticas de nuestro país no le fueron propicias. Como anticipamos en el comienzo de esta nota, debió, en cambio, acaso sin deliberación, ser un americano integral. Su atalaya fue la lengua, el castellano aprendido en la tierra nueva.

Instituto de Filología de Buenos Aires, nacido en 1923 por inspiración de Ricardo Rojas, quien había proclamado la necesidad de una “filología americana”, sentimiento compartido y liderado por el español Amado Alonso, y de manera particular por Pedro Henríquez Ureña, un dominicano, reivindicador de la autoctonía y originalidad de los rasgos lingüísticos de América².

Los exilios suelen pagarse a precio alto. La obra de Ángel Rosenblat parece no haber merecido todavía el reconocimiento institucional de la Argentina. Tampoco el académico, si se exceptúa su demorado nombramiento como miembro correspondiente de la Academia Argentina de Letras, cuando ya era septuagenario. Venezuela fue más claramente generosa y consecuente con el filólogo³.

La obra escrita de Rosenblat es copiosa y de espectro amplio; en un párrafo anterior hemos señalado con trazo grueso sus principales orientaciones. Quien recorra su bibliografía advertirá, sin embargo, que una clara temática americana la vertebra, y de ellas queríamos dar privilegiada cuenta en estas líneas. Ya su edición modernizada del *Amadís de Gaula*⁴ debe

verse como una nueva puesta en disponibilidad de un texto que los colonizadores españoles habían traído consigo, no menos ensoñados que don Alonso

Quijano por la ficción de caballerías, y no menos incapaces –o deseosos– de aceptar un claro contraste entre realidad y fantasía⁵. Y la gran empresa editorial de Rosenblat, los cinco volúmenes de la edición de la obra del Inca Garcilaso, se inscribe ya claramente en ese proyecto americano haciendo asequible una historia del Incario escrita en un castellano de altísima calidad por un mestizo de condición doblemente nobiliaria⁶. En la misma línea deben situarse sus ediciones de la obra histórica de Pedro Sarmiento de Gamboa⁷.

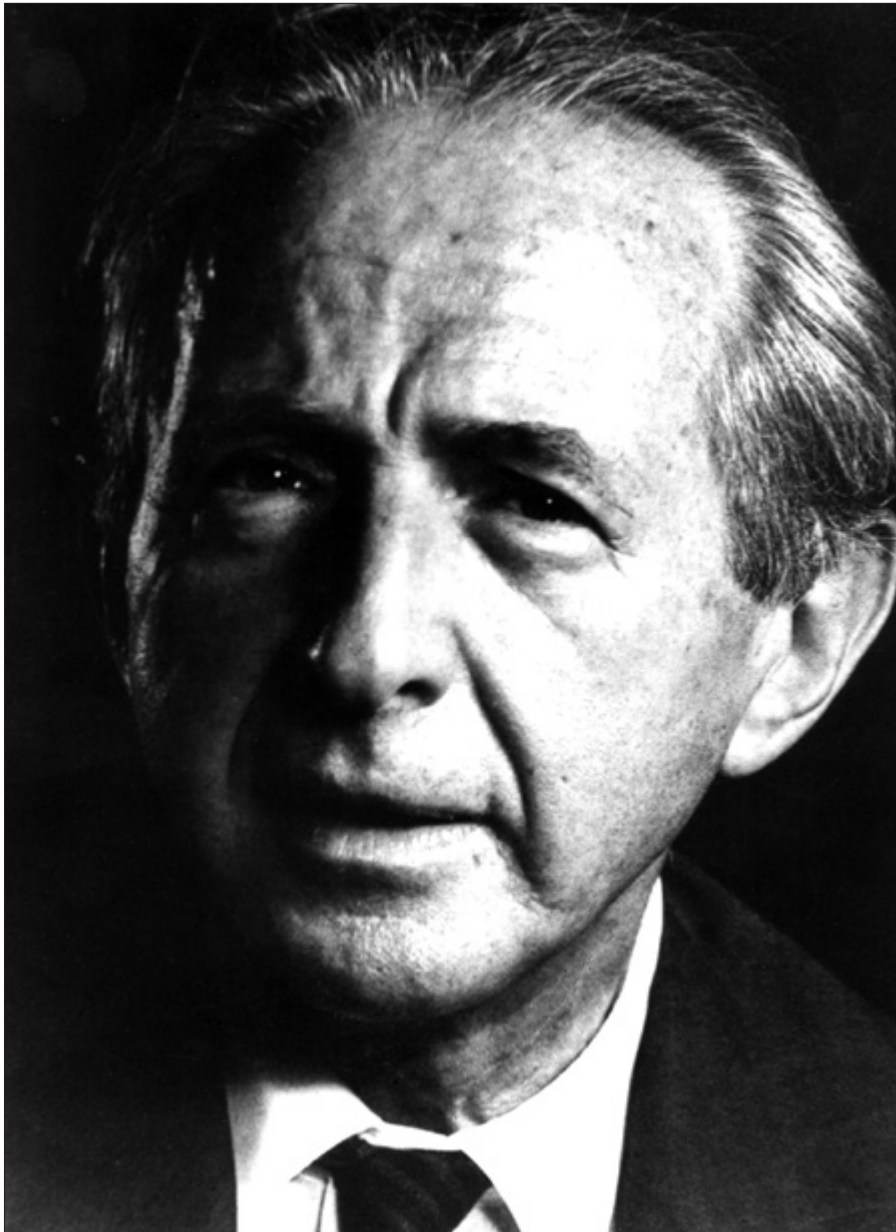
No cabe duda de que la perspectiva americana se impuso a Rosenblat desde su trabajo más temprano, la traducción y anotación, publicada en 1930 en colaboración con su maestro Amado Alonso, de la parte dedicada a la fonética de los *Estudios sobre el español de Nuevo México* de Aurelio Espinosa, cuyo original inglés databa de 1909⁸, y que complementaría quince años después con la anotación, ya enteramente a su cargo, del volumen consagrado a la morfología⁹. Las observaciones dialectales de Espinosa, que atendían a una región circunscripta de América septentrional, recibieron, en la anotación de Alonso y de Rosenblat, al integrarlas mediante la comparación y la historia con las restantes modalidades continentales, la consideración de fenómenos de estirpe americana de dimensión más vasta. El resultado fue “una concepción global del español de Hispanoamérica matizado de divergencias consideradas, la gran mayoría, dentro del ámbito geográfico de las naciones”¹⁰. Muy temprano es también su trabajo de carácter histórico-etnográfico sobre dos pueblos indígenas de Venezuela en vías de extinción, que remató en una hipótesis de léxico, gramática y fonética de sus lenguas¹¹.

Rosenblat pudo afirmar, en el párrafo inicial de uno de sus artículos más notables:

El proceso de hispanización o castellanización de América, que se inicia el 12 de octubre de 1492, no ha terminado después de casi quinientos años. Sin embargo, la influencia de los indigenismos en el español, aún considerando su considerable número, no guarda relación con la importancia de la lengua de Castilla como vehículo de penetración lingüística.

Este avance en la visión de la historia del castellano en América, fundada en el acopio metódico de todos los materiales aprovechables –no sólo fuentes literarias sino testimonios de misioneros y viajeros, así como documentación de archivo y transcripción de registros orales–, fruto evidente del magisterio filológico menéndezpida-

liano, contribuyó poderosamente a aliviar los variados estigmas que sobrellevaban las variedades dialectales de la Tierra Nueva, esto es su condición de apéndice menor y depreciado de la variedad peninsular, su supuesta deformación por obra de la interferencia de las lenguas aborígenes y su también supuesta naturaleza insanablemente



Agradecemos al Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso” el habernos facilitado la fotografía de Ángel Rosenblat que ilustra este trabajo.

vulgar, gestada por contingentes delin- cuenciales de conquistadores analfa- betos. Rosenblat colaborará en forma decisiva en la neutralización científica de esos deméritos, con los que la tradi- ción colonial había logrado modelar un imaginario bien asentado.

Su trabajo sobre la población indí- gena americana, reformulado después de diez años de su primera redacción,

Desde esa concepción debe entenderse también su rechazo de la llamada teoría andalucista del español de América, uno de los capítulos más controvertidos de su historia lingüística, según la cual la base de su modalidad dialectal, coincidente en muchos de sus rasgos característicos con la variedad andaluza occidental de España, hubo de ser consecuencia de la mayoritaria presencia de hablantes de ese origen entre los grupos iniciales de conquistadores. La voluntad de eximir los dialectos de América de cualquier sujeción causal o genética a una variedad penin- sular, llevó por un lado a relativizar el número de anda- luces colonizadores, y por otro a proponer desarrollos lingüísticos paralelos (code- pendientes) a uno y otro lado del Atlántico, que pudiesen dar cuenta de los rasgos comunes como resultado de una evolu- ción convergente.

procuró proveer datos numéricos firmes sobre la dimensión cuantitativa de las poblaciones aborígenes, más moderada que las hiperbólicas esti- maciones de los cronistas, a partir de los cuales pudo proponer que el encuentro e influencia de las lenguas autóct- onas con el caste- llano no permite un tratamiento homogéneo ni afirmaciones generales¹². La ininterrumpida confrontación entablada entre la lengua de los conquistadores y las de los indios, tan diversas entre sí, con sus correlatos

sociales de convivencia y mestizaje, y las cambiantes políticas lingüísticas de que se sirvieron para la catequización – enseñanza del latín, aprendizaje de las lenguas indígenas e imposición final

del castellano obligatorio– determi- naron una coexistencia inestable pero secular. Rosenblat pudo afirmar, en el párrafo inicial de uno de sus artículos más notables:

El proceso de hispanización o caste- llanización de América, que se inicia el 12 de octubre de 1492, no ha terminado después de casi quinientos años. Sin embargo, la influencia de los indigenismos en el español, aún considerando su consi- derable número, no guarda relación con la importancia de la lengua de Castilla como vehículo de penetra- ción lingüística¹³.

El otro muy difundido preconcepto de un español americano condenable por sus orígenes como esencialmente vulgar encontró en Rosenblat un impug- nador intransigente. El análisis dete- nido de la estructura social española y de la composición sociocultural de los conquistadores y pasajeros a Indias lo autorizó a formular una hipótesis provocativa: no sólo no podía acep- tarse la idea de una población inmigrante mayormente compuesta por fugitivos y por una soldadesca plebeya y zafia, que habría impuesto sus peores rasgos a las manifestaciones culturales y lingüísticas americanas, sino que se imponía admitir en aquellos contin- gentes una cuantitativamente notable presencia de representantes de la baja nobleza (segundones) y de clérigos, proporcionalmente mayor que en la Península, dotados de buena instruc- ción, determinantes de una nivela- ción cualitativa “hacia arriba” y de una hidalguización general de la vida colectiva en el Nuevo Continente¹⁴. El sentimiento de nobleza que abrigaban los conquistadores explicaría, por

ejemplo, su adopción de las formas expresivas de la aristocracia, entre ellas el paulatino rechazo, desde mediados del siglo XVI, del tratamiento voseante, y la generalización del don, que era privilegio concedido por el Rey (con ironía se pregunta el autor “¿No será prolongación también de aquella época la actual afición hispanoamericana a los tratamientos –tanto *doctor, profesor, licenciado, bachiller, maestro, ingeniero, caballero*, etc.–, en contraste con la relativa llaneza del tratamiento peninsular?”¹⁵). La reflexión con que se cierra este trabajo central de Rosenblat puede ser adecuada síntesis de su pensamiento reivindicador sobre la génesis del español americano:

Así, en el estudio de nuestro español de América, no vemos el reflejo del hampa española del siglo XVI –las hablas de germanía existentes hoy en varias de nuestras capitales son de formación tardía– y muy escasa manifestación del habla campesina y del argot de los oficios. La base del español americano es el castellano hablado por los sectores medios y altos de la vida española, como se ve en el estudio de los tratamientos, en el léxico común y en el estilo general de la lengua. Claro que después del siglo XVI acudieron, a un continente ya casi domesticado, sectores más bajos de la población, sobre todo con el movimiento inmigratorio de los siglos XIX y XX. Pero se incorporaron –siempre con algunas aportaciones– a una sociedad hispanoamericana ya constituida en su base lingüística, desde el siglo XVI¹⁶.

Hemos hecho mención del espíritu autoctonista americano que tiñó el pensamiento de Henríquez Ureña y

de quienes integraron la generación del Centenario¹⁷. Desde esa concepción debe entenderse también su rechazo de la llamada teoría andalucista del español de América, uno de los capítulos más controvertidos de su historia lingüística, según la cual la base de su modalidad dialectal, coincidente en muchos de sus rasgos característicos con la variedad andaluza occidental de España, hubo de ser consecuencia de la mayoritaria presencia de hablantes de ese origen entre los grupos iniciales de conquistadores. La voluntad de eximir los dialectos de

América de cualquier sujeción causal o genética a una variedad peninsular, llevó por un lado a relativizar el número de andaluces colonizadores, y por otro a proponer desarrollos lingüísticos paralelos (codependientes) a uno y otro lado del Atlántico, que pudiesen dar cuenta de los rasgos comunes como resultado de una evolución convergente. El mismo Amado Alonso, español, se dejó seducir por el espíritu de la cruzada, si bien sus entusiasmos iniciales tuvieron que ceder frente a las nuevas evidencias documentales, de las que Henríquez Ureña había carecido, y que años más tarde se verían robustecidas por las aportaciones demográficas de Peter Boyd-Bowman y las filológicas de Rafael Lapesa y Diego Catalán¹⁸.

A pesar de estas autorizadas opiniones, la de Rosenblat, discretamente vertida en un congreso en 1968, resultó más afín a la de sus compañeros del Instituto de Filología y al espíritu

El conjunto de sus artículos sobre el nombre de la Argentina, originalmente publicados en el diario *La Nación* en 1940 y convertidos en libro nueve años más tarde²⁴ es, como la mayor parte de su obra, el resultado de un severo y minucioso rastreo de fuentes cronísticas, literarias, cartográficas, periodísticas y documentales.

americanista que grupalmente los animaba. Reivindicó la controvertida oposición entre la modalidad de las “tierras bajas” o costeras (con mayor presencia de rasgos peninsulares meridionales, robustecidos por la llegada bianual de la flota sevillana) frente a las “altas” o del interior (más influidas por las normas virreinales de referente cortesano), hipótesis que se permitió ilustrar con esta *boutade* didáctica:

*Yo las distingo, de manera caricaturesca, por el régimen alimenticio: las tierras altas se comen las vocales, las tierras bajas se comen las consonantes*¹⁹.

Y sostuvo, en pensamiento próximo al de sus maestros Menéndez Pidal y Alonso,

La afirmación insólita de una poética latinización (el adjetivo *argentino*, derivado del latín ARGENTUM ‘plata’) para designar un río —el estuario del Plata— y afianzarse, tres siglos después, como nombre del país y de sus hombres, quiere ser para Rosenblat no menos la respuesta lingüística a la necesidad de nominar una entidad más vasta que la circunscripta a una ciudad y a un accidente fluvial (*rioplatense*) que la manifestación alentadora del triunfo de la poesía sobre la prosa “en aquella hora en que la misma construcción del país parecía una arriesgada empresa poética”.

que el español de América no es sino el español común de España, integrado por el habla de todas las regiones peninsulares, aunque desarrollado en el Nuevo Continente con características propias comparables a las de cualquiera de las comarcas españolas²⁰. Una vez más, firme creencia en la unidad del español —de origen y de desarrollo— y en la personalidad de

o la clase universitaria, la del ensayo o el libro científico, la de la literatura, la de la poesía, y aun la de la prensa”), superadora de la diversidad centrífuga del habla campesina y popular, y del habla familiar de los distintos sectores sociales. Y a esa unidad del habla culta de Hispanoamérica debe corresponder (en una concepción que Rosenblat reconoce humboldtiana) una unidad de mundo interior, “una profunda comunidad espiritual”²¹.

Su consideración entusiasta de lo americano no excluye, sin embargo, la pesadumbre de saberse integrante de una cultura de asimétrica recepción. Así, su valoración de la extraordinaria modernidad del pensamiento gramatical de Andrés Bello, le servirá a un tiempo para denunciar la postergación de lo hispanoamericano: si el movimiento gramatical europeo ha permanecido insensible a las enseñanzas de avanzada del filólogo venezolano,

*[...] es sin duda por nuestro aislamiento hispanoamericano, por el escaso peso que tenemos en la vida del mundo —salvo con nuestras pobres materias primas—, por el poco prestigio y proyección de la obra cultural de Hispanoamérica*²².

Podría pensarse que la clara perspectiva americanista que fundió la vida y la obra de Rosenblat, y que hemos querido privilegiar en estas líneas, sobrepasa el sentido de los trabajos que el filólogo consagró específicamente a la Argentina, el país que no supo retenerlo. Nos atrevemos, no obstante, a enhebrarlos también en aquella durable orientación de su pensamiento. Forzados a elegir, haremos somera referencia a dos de ellos, cuya lectura es deuda de nuestras escuelas y colegios²³.

El conjunto de sus artículos sobre el nombre de la Argentina, originalmente publicados en el diario *La Nación* en 1940 y convertidos en libro nueve años más tarde²⁴ es, como la mayor parte de su obra, el resultado de un severo y minucioso rastreo de fuentes cronísticas, literarias, cartográficas, periodísticas y documentales. Pero es bastante más que eso. La afirmación insólita de una poética latinización (el adjetivo *argentino*, derivado del latín ARGENTUM ‘plata’) para designar un río —el estuario del Plata— y afianzarse, tres siglos después, como nombre del país y de sus hombres, quiere ser para Rosenblat no menos la respuesta lingüística a la necesidad de nominar una entidad más vasta que la circunscripta a una ciudad y a un accidente fluvial (*rioplatense*) que la manifestación alentadora del triunfo de la poesía sobre la prosa, “en aquella hora en que la misma construcción del país parecía una arriesgada empresa poética”²⁵. Idéntico rigor y erudición atraviesan las páginas de “Las generaciones argentinas del siglo XIX ante el problema de la lengua”, un recorrido minucioso e iluminador de los conflictos identitarios nacidos con la emancipación, que debieron convivir con el dilema de considerar románticamente la lengua heredada de la metrópolis como un instrumento de construcción nacional, pero también como un insustituible medio de unidad de una América en dolorosa gestación²⁶. La formación, continuidad y tensión de los grupos antihispánicos y cosmopolitas, de los casticistas y nativistas en la cultura argentina, que Rosenblat ilustra con innumerables observaciones que hoy reclamaría la sociolingüística, y el detenido análisis de rasgos dialectales, que hacen de este trabajo la primera

descripción global del habla bonaerense de comienzos del siglo XIX²⁷, dan pie para que nuestro filólogo revele una firme adscripción ideológica y declare la supervivencia definitiva de la corriente cosmopolita “en lo que tiene de más vivo y permanente la cultura argentina —piénsese en Jorge Luis Borges y Eduardo Mallea—, que se destaca en toda Hispanoamérica precisamente por su carácter europeizante” (p. 124), en nítido contraste con el fracaso de la gauchesca para erigirse en génesis de una auténtica literatura argentina con perspectivas de futuro:

*¿Cómo se va a creer que el Martín Fierro es una especie de epopeya nacional de la Argentina parangonable con el Poema de Mio Cid o con la Chanson de Roland! El Martín Fierro, fruto tardío del movimiento romántico que se inicia con Echeverría y su generación, representa un retorno a las fuentes hispánicas de la vida argentina. Es más bien la elegía del gaucho, su canto de cisne. Por los mismos años, Rafael Obligado, en su Santos Vega, canta la derrota y muerte del payador. Está surgiendo, con tropiezos, caídas y aun injusticias, una nueva Argentina, más acorde con los ideales de los hombres de 1810 y de 1837*²⁸.

Creemos que en esta visión, expuesta a tres lustros de distancia de su alejamiento de la Argentina, que conlleva el resabio de la denunciada antítesis entre campo y ciudad (“Toda la vida política y cultural de Hispanoamérica, todo su doloroso drama histórico, reposa en ese dualismo entre el interior y la ciudad”²⁹), se alcanza a divisar la permanente opción de Rosenblat por aquellas posturas reivindicadoras

de la unidad esencial de la cultura de nuestra lengua, de su inserción en una tradición renuente a particularismos unidireccionales, provincianos y diferenciadores, que si son inevitables y necesarios en el habla, deben ser despejados de la norma culta, cuya salvaguarda es clave histórica y garantía de supervivencia.

(*) Facultad de Filosofía y Letras (UBA)
CONICET
Academia Argentina de Letras

NOTAS

1. Las lagunas de nuestra información sobre la vida y obra de Ángel Rosenblat fueron generosamente salvadas por María Josefina Tejera mediante la oportuna remisión de su edición de Rosenblat, Ángel, *El español de América*. Selección, prólogo, cronología y bibliografía [de] ..., Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2002. Vaya nuestro sentido agradecimiento a la académica venezolana, discípula del filólogo y cultora de su memoria y legado científico.
2. Cf. Guitarte, Guillermo, "Cuervo, Henríquez Ureña y la polémica sobre el andalucismo de América", en *Thesaurus*, XIV, 1959, pp. 20-81.
3. Cf. *Boletín de lingüística*, N° 12-13 [Homenaje a Ángel Rosenblat], Caracas, enero-diciembre 1997 (Publicaciones de la Escuela de Antropología, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales y el Instituto de Filología "Andrés Bello", Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela). Con motivo de haber cumplido cincuenta años, el Instituto de Filología Andrés Bello creó en 1987 la Cátedra Libre "Ángel Rosenblat", en homenaje a su fundador y director. Es venezolana la *Biblioteca Ángel Rosenblat*, que en 1987 inició la edición de los once volúmenes de la obra completa del filólogo (editorial Monte Ávila). Al recorrer las páginas de la bibliografía sobre Rosenblat elaborada por María Josefina Tejera, sorprende dolorosamente comprobar que apenas los nombres de cuatro argentinos la integran (Cf. "Obras sobre Ángel Rosenblat", en Rosenblat, A., *El español de América*, pp. 531-536).
4. *Amadis de Gaula*. Novela de caballería, refundida y modernizada por Ángel Rosenblat, Buenos Aires, Losada, 1940. Vd. Tejera, María Josefina, "Bibliografía", p. 27.
5. Cf. Leonard, Irving, *Los libros del conquistador*, México, FCE, 1953, pp. 142-143 y *passim*.
6. Garcilaso de la Vega, Inca, *Comentarios Reales de los Incas*. Estudio al cuidado de Ángel Rosenblat. Prólogo de Ricardo Rojas. Buenos Aires, Emecé 1943, 2 vols. Del mismo autor, Historia general del Perú (Segunda parte de los *Comentarios Reales de los Incas*). Edición al cuidado de Ángel Rosenblat, Buenos Aires, Emecé, 1944, 3 vols.
7. Sarmiento de Gamboa, Pedro, *Historia de los Incas*. Edición y nota preliminar de Ángel Rosenblat, Buenos Aires, Emecé, 1947; Viajes al *Estrecho de Magallanes*. Edición y notas al cuidado de Ángel Rosenblat. Prólogo de Armando Braun Menéndez. Buenos Aires, Emecé, 1950, 2 vols.
8. Espinosa, Aurelio M., *Estudios sobre el español de Nuevo México*. Parte I. Fonética. Traducción y reelaboración con notas por Amado Alonso y Ángel Rosenblat. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Filología, 1930. Este volumen inicia la serie de los ocho que, aparecidos entre ese año y 1949, integrarán la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, el corpus de producción dialectológica más importante publicada en nuestro medio, y que habrá de interrumpirse definitivamente con la disolución del grupo nucleado por Amado Alonso.
9. Espinosa, Aurelio M., *Estudios sobre el español de Nuevo México*. Parte II: Morfología. Traducción, reelaboración y notas de Ángel Rosenblat. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Instituto de Filología, 1946 (Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, 2).
10. Tejera, María Josefina, Prólogo a Rosenblat, Ángel, *El español de América*, p. XXXIV.

11. "Los otomacos y los taparitas de los Llanos de Venezuela", contribución al XXVI Congreso Internacional de Americanistas de Sevilla de 1935.
12. Rosenblat, Ángel, *La población indígena de América desde 1492 hasta la actualidad*, Buenos Aires, Institución Cultural Española, 1945. Versión ampliada de ésta es *La población indígena y el mestizaje en América*, Buenos Aires, Nova, 1954, 2 vols.
13. "La hispanización de América. El castellano y las lenguas indígenas desde 1492", ponencia presentada al *Congreso sobre Presente y futuro de la lengua española*, Asamblea de Filología del Primer Congreso de Instituciones Hispánicas, Madrid, junio de 1963. Reed. en Rosenblat, Ángel, *El Español de América*, pp. 78-117.
14. Rosenblat, Ángel, "Bases del español en América: nivel social y cultural de los conquistadores y pobladores", en *Actas de la primera reunión latinoamericana de Lingüística y Filología*, Viña del Mar (Chile), enero de 1964. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1973. Reprod. en *Boletín de Filología, Facultad de Filosofía y Educación*, Universidad Nacional de Chile, XVI, 1964, pp. 171-230, y en Rosenblat, Ángel, *El español de América*, pp. 7-77; cf. Rosenblat, Ángel, "Nivel social y cultural de los conquistadores y pobladores del siglo XVI", en *Estudios sobre el español de América*, Caracas, Monte Ávila, 1984 (Biblioteca Ángel Rosenblat, III), pp. 5-69.
15. *El español de América*, p. 55.
16. *Ibid.*, p. 64.
17. V.s., n. 2.
18. Una exposición minuciosa de esta cuestión, que ha permanecido largamente en el centro de la reflexión dialectológica sobre el origen de las variedades americanas del español, es la que ofrece el mismo Rosenblat en "El debatido andalucismo del español de América", ponencia leída en el Simposio de México del PILEI (Programa Interamericano de Lingüística y Enseñanza de Idiomas), en enero de 1968, ed. en *El español de América*, pp. 139-185. Para referencias bibliográficas sobre el tema, v. Solé, Carlos A., *Bibliografía sobre el español de América (1920-1986)*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1990, pp. 90-100.
19. "El castellano de España y el castellano de América: unidad y diferenciación", en *El español de América*, p. 324.
20. Ángel Rosenblat, "El debatido andalucismo". Cf. Alonso, Amado, "La base lingüística del español americano", en *Estudios lingüísticos. Temas hispanoamericanos*, Madrid, Gredos, 1961, pp. 7-60 (1ra. ed. 1953).
21. "El castellano de España", pp. 330-331.
22. "Andrés Bello a los cien años de su muerte", en *El español de América*, p. 355.
23. Cf. Rosenblat, Ángel, *Estudios dedicados a la Argentina*, Caracas, Monte Ávila, 1984 (Biblioteca Ángel Rosenblat, IV).
24. Rosenblat, Ángel, Argentina. *Historia de un nombre*, Buenos Aires, Nova, 1949; fue reeditado con el título *El nombre de la Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1964.
25. *Ibid.*, pp. 35 y 64.
26. En *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Año V, N° 4 (1960), pp. 539-584; reed. en Rosenblat, Ángel, *Estudios dedicados a la Argentina*, pp. 83-125, que es la que seguimos.
27. Fontanella de Weinberg, Beatriz, "Prólogo", en Rosenblat, Ángel, *Estudios dedicados a la Argentina*, p. X.
28. "Las generaciones argentinas", p. 125.
29. Rosenblat, Ángel, "Lengua y cultura de Hispanoamérica: tendencias actuales", en *El español de América*, p. 306.

**Acerca de la memoria como una obra en
curso: Noé Jitrik y la *Historia Crítica de la
Literatura Argentina***

Por Roberto Ferro ()*

El estilo escritural de Noé Jitrik se fragmenta por la enorme carga de diferentes aportes teóricos que soporta, se despliega hacia zonas en las cuales asir el sentido implica darle una concepción instrumental a la literatura, idea que Jitrik rechaza. Barthes, Foucault y Derrida dejan su sello en los trabajos de Jitrik y la propensión a las múltiples lecturas asalta al lector en cada párrafo, a veces la posmodernidad se instala ampliamente en sus textos, otras los escritores clásicos dejan de serlo por un análisis que disuelve toda linealidad, todo fin, toda afinidad temporal, en donde la herméutica está, continuamente, renaciendo.

En el conjunto de los textos publicados por Noé Jitrik, la residencia inestable de su escritura, se intersectan hoy el pasado y el futuro de tal forma que, en ese punto del tiempo, la distinción entre pasado y futuro se vuelve inconsistente; el pasado se presenta accesible en la multiplicidad de variantes que sus publicaciones proponen, el futuro parece tentarnos con la inminencia que precede a cada nuevo itinerario de lectura. Acaso ese entrecruzamiento tenaz e inestable, siempre abierto a la reformulación, sea una vía privilegiada que permita reflexionar en torno de su concepción de la memoria como un espacio abierto a la inquisición incesante, tal como se despliega en su proyecto en curso de la *Historia crítica de la literatura argentina*.

Los distintos estratos de la escritura de Noé Jitrik son configuraciones multilineales sin contornos definitivos, modos de sedimentación y de fractura siempre en desequilibrio; las diversas formas genéricas que ha abordado —artículos, ensayos, poemas, cuentos, novelas, crónicas periodísticas— exhiben la imposibilidad de pensar sus textos como un proceso separado de la lectura. Jitrik no solamente escribió, también fue construyendo en su textualidad un dispositivo abierto de lectura que desbarata todo intento de hacer identificable sus trabajos como formando parte de una unidad cerrada. En la urdimbre de su escritura siempre se alude a un más allá de la letra impresa, un exceso que hace que cada fragmento sea parte de una red tendida hacia la ausencia de otros textos, como si cada trazo se diese a leer escindido, como si fuese un reverso incesante de sí mismo y de una totalidad sin fin.

Noé Jitrik, es un nombre en el que confluyen varias trayectorias y múlti-

ples resonancias. Formó parte de la revista *Contorno*, una publicación de los primeros años de la década del cincuenta, fundada por un conjunto de jóvenes universitarios con el propósito de revisar la literatura argentina, modificando las genealogías establecidas y trastornando el canon vigente. En los años sesenta el devenir socio-histórico en la Argentina fue marcado por un notable cambio en la intensidad de las prácticas

políticas, tanto en el estilo de los diferentes actores que habían radicalizado sus posiciones como en la formación de nuevos puntos de referencia para las propuestas de cambio, que muchos imaginábamos como inminentes e irreversibles. En un espacio intelectual que debatía las estrategias de intervención privilegiando la idea del compromiso sartreano y

la vía sociológica de interpretación del texto literario, Noé Jitrik, asume una postura bien definida, apartándose de las líneas hegemónicas, cuestiona los determinismos que reducían la literatura a una funcionalidad instrumental. Sus artículos proponían lecturas que se desviaban tanto de la paráfrasis del comentario, que limitaban el sentido a un elenco de variantes de lugares comunes, como de la indagación de un orden anterior en el que,

Los distintos estratos de la escritura de Noé Jitrik son configuraciones multilineales sin contornos definitivos, modos de sedimentación y de fractura siempre en desequilibrio; las diversas formas genéricas que ha abordado —artículos, ensayos, poemas, cuentos, novelas, crónicas periodísticas— exhiben la imposibilidad de pensar sus textos como un proceso separado de la lectura. Jitrik no solamente escribió, también fue construyendo en su textualidad un dispositivo abierto de lectura que desbarata todo intento de hacer identificable sus trabajos como formando parte de una unidad cerrada.

supuestamente, se fundaba la significación. La valoración de la inmanencia del texto literario y la búsqueda de la autonomía del discurso crítico centraban su reflexión en torno de los procedimientos, los diversos modos de acción textual, que consideraba el componente distintivo de la interpretación. Su

La propuesta consistía en leer desde una mirada diferente que trastornaba toda voluntad de concebir el texto literario como un recipiente portador de un mensaje cifrado, que el crítico debe revelar, sino, antes bien, como un espacio de producción de sentido sin clausura.

Esta ilación no pretende restringir el pensamiento de Noé Jitrik a una serie de etapas, someterlo a una cárcel unidireccional, es un proyecto condenado a falsear su concepción crítica; la idea de evolución resulta insuficiente porque no puede dar cuenta de los movimientos sísmicos que caracterizan su pensamiento, esas sacudidas no implican un avance lineal ni menos aún la confirmación sedante de un todo que ya estaba en el principio.

búsqueda apuntaba a superar las remisiones referenciales mecanicistas para dar cuenta de otro tipo de relaciones entre la literatura y el mundo, en las que la multiplicidad de los registros no se redujera a una linealidad unívoca.

Esta perspectiva no puede escindirse de su escritura literaria. Su obra poética y narrativa, exhibía una impronta que se profundizará con el correr de los años, la noción de escritura que se dise-

mina en sus textos se asienta en un gesto que abarca todas las manifestaciones en las que se despliega.

En esos años, dos factores diversos y correlativos motivan un notable cambio en el interés y la atención acerca de la crítica y la teoría literaria, por una parte, durante el llamado "boom de la literatura latinoamericana", se produjo una violenta expansión del universo de los lectores, junto

con la aparición de nuevos clásicos contemporáneos y, básicamente, se generó la exigencia de examinar las estrategias de lectura; por otra, el estructuralismo había provocado una ruptura profunda en la concepción de la actividad crítica, que se constituyó desde entonces en un discurso atravesado por la convergencia interdisciplinaria. Para todos aquellos que estaban ávidos de tomar contacto con la novedad, Noé Jitrik que había vivido en Francia entre 1967 y 1970, encarnaba la posibilidad de conocer los dispositivos que Barthes, Derrida, Foucault, entre otros, estaban produciendo contemporáneamente. La experiencia fue decisiva e iluminadora porque ese contacto estuvo atravesado por una biblioteca en la que Macedonio Fernández, Juan L. Ortiz, Roberto Arlt, Jorge Luis Borges, movilizaban una indagación interpretativa alejada de toda tentación de trasplante sistemático.

A su regreso de Europa, la Universidad era un territorio ocupado por los representantes más reaccionarios de la cultura argentina, cuyo mayor déficit no era tan sólo ideológico, sino también eran portadores de una mediocridad endémica con la que habían liquidado una década de esplendor del pensamiento universitario. En una primera etapa, Noé Jitrik se incorporó a la actividad docente siguiendo una tradición bastante peculiar en Buenos Aires, que consistía en la proliferación de grupos de investigación privados, una especie de universidad alternativa en la que circulaban los saberes prohibidos por la dictadura militar liderada por Onganía. A partir de 1973, con el retorno de la democracia, se hace cargo de la cátedra de Literatura Latinoamericana en la Facultad de



Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Las actividades de la cátedra abarcaron un poco más de un año; ese lapso fue suficiente para promover una experiencia fundamental que marcó decisivamente a un considerable número de estudiantes; casi treinta años después muchos de los que participaron en los cursos aún conservan la edición mimeografiada de aquellas clases como testimonio de un hito decisivo de nuestra formación, y como una fuente de consulta permanente. La propuesta consistía en leer desde una mirada diferente que trastornaba toda voluntad de concebir el texto literario como un recipiente portador de un mensaje cifrado, que el crítico debe revelar, sino, antes bien,

como un espacio de producción de sentido sin clausura.

Esta ilación no pretende restringir el pensamiento de Noé Jitrik a una serie de etapas, someterlo a una cárcel unidireccional, es un proyecto condenado a falsear su concepción crítica; la idea de evolución resulta insuficiente porque no puede dar cuenta de los movimientos sísmicos que caracterizan su pensamiento, esas sacudidas no implican un avance lineal ni menos aún la confirmación sedante de un todo que ya estaba en el principio. El ciclo de reaparición-repetición-inesancia, sobre el que se teoriza, no sólo tiene que ver con la configuración del texto sino también con un más allá del texto y, por lo tanto, es un punto en

el que el proceso y la trascendencia se fusionan, de tal modo que, por una parte, se intersectan el adentro y el afuera de la semiosis y, por otra, la temporalidad no queda sometida al avance causal propio de la noción vulgar de tiempo. La incesancia diseminada en los textos de Jitrik es una dimensión indecible que se tiende entre la mano que traza la escritura y el ojo voraz del lector que persevera en la construcción del sentido.

La interpretación es un proceso sin fin, esa deriva perpetua es la manifes-

A partir de 1997 comienza a trabajar en un proyecto de historia de la literatura argentina que le propone la editorial Emecé. Desde el principio Jitrik piensa en una obra dirigida a un público lector amplio, pero no difuso. Un universo constituido básicamente por profesores y estudiantes universitarios y de enseñanza media, pero también por un espectro muy amplio de lectores interesados en la reflexión acerca de la literatura argentina, a los que se les dirija un discurso que sea capaz de construir una lectura crítica que reniegue de las limitaciones de la divulgación, asumiendo el compromiso del rigor alejado de toda jerga críptica propia de cenáculos cerrados.

tación desaforada de la incapacidad de cualquier discurso para condensar completamente, por medio de la paráfrasis o el comentario, el sentido de un texto. Esa imposibilidad es producto de la diferencia que se abre de manera irreducible entre literalidad y sentido. Ningún texto es portador de una u otra verdad, sino que, primordialmente, es una puesta en escena de los sentidos, todo texto es una

escenografía; y en el caso de aquellos textos que hacemos pertenecer al espacio de la literatura lo propio de la significación es su inagotabilidad, que se exhibe aún más cada vez que el voluntarismo de algunos discursos por

reducirla a un ordenamiento conceptual culmina en la dicotomía empobrecedora de una imposición dogmática o de un fracaso irremediable.

Desde su concepción, lo que caracteriza al sentido, por lo tanto, es su inagotabilidad, de lo que se puede inferir que toda pretensión de nombrar definitivamente el sentido mediante la lectura de un texto, incluso de aquellos textos que tratan de convalidar tal pretensión, es vana. Para Noé Jitrik la lectura, al igual que la escritura, puesta en la inagotabilidad, puede recomenzar y siempre, por ello mismo, es insatisfactoria, está siempre a punto de asir algo que no deja de evadirse.

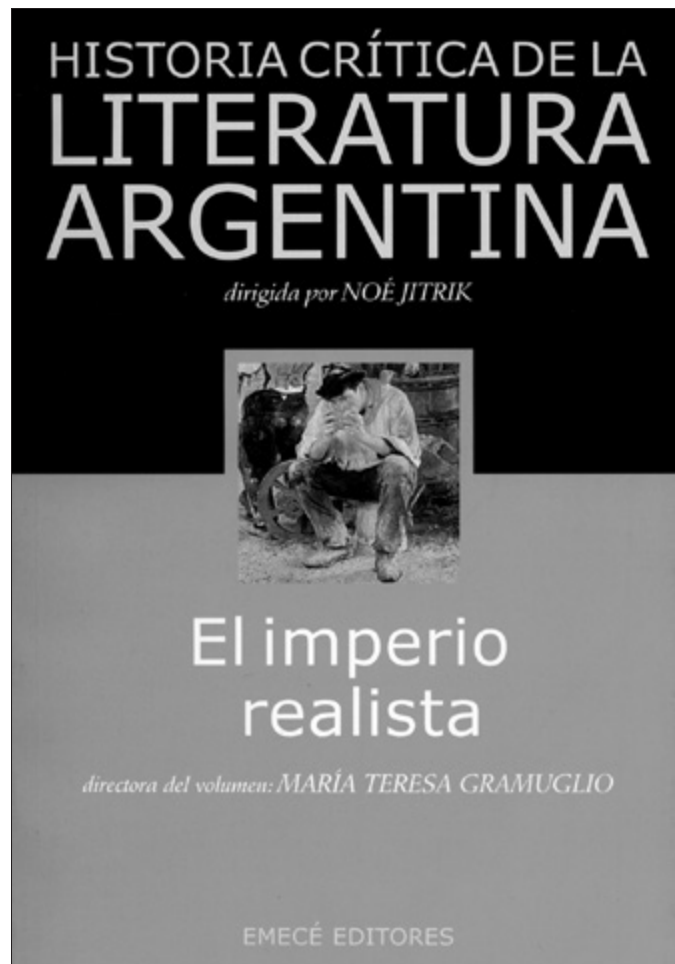
A mediados de 1974, Noé Jitrik, señalado como enemigo por las bandas fascistas de la Alianza Anticomunista Argentina, que eran un ensayo anticipado de los grupos de tareas de la dictadura militar, se exilia en México. Continúa allí su labor de docente e investigador en el Colegio de México, en la UNAM y, ocasionalmente, en la Universidad Autónoma de Puebla. Una mirada atenta sobre el conjunto de sus trabajos de esos años exhibe al menos dos rasgos distintivos; por una parte, la profundización del trabajo crítico sobre las textualidades literarias, es correlativa con una expansión de su interés por la producción discursiva desde un enfoque semiótico y, por otra, su escritura se desliza hacia la narrativa novelística, que en la actualidad continúa en pleno desarrollo.

En 1987, inicia su retorno a la Argentina, haciéndose cargo de la misma cátedra; como marca indeleble de su modo de concebir la tarea intelectual, reúne un equipo de profesores para encarar la empresa, proponiendo una íntima vinculación entre la conciencia crítica y una ética de circula-

ción del saber que tiene como objetivo la libre disposición de sus resultados. Su tarea en el ámbito institucional de la Universidad de Buenos Aires es de una fecundidad extraordinaria, ha contribuido decisivamente al desarrollo de las diferentes carreras de posgrado del área de Letras y como director del Instituto de Literatura Hispanoamericana ha sido el eje sobre el que un notable grupo de investigadores ha ampliado sus actividades formulando proyectos libres de toda imposición emanada de las exigencias propias de otros ámbitos académicos o, simplemente, de las efímeras promesas de la moda. Su programa se funda en la convicción de que el trabajo intelectual genuino se sostiene en la tenacidad con que es capaz de resistir los avatares de la deformación producida por la urgencia, que tantas veces asedia a los investigadores, de ordenar la búsqueda de acuerdo con dictados de legitimación que, en definitiva, obligan a desviar y confundir los objetivos de la investigación.

A partir de 1997 comienza a trabajar en un proyecto de historia de la literatura argentina que le propone la editorial Emecé. Desde el principio Jitrik piensa en una obra dirigida a un público lector amplio, pero no difuso. Un universo constituido básicamente por profesores y estudiantes universitarios y de enseñanza media, pero también por un espectro muy amplio de lectores interesados en la reflexión acerca de la literatura argentina, a los que se les dirija un discurso que sea capaz de construir una lectura crítica que reniegue de las limitaciones de la divulgación, asumiendo el compromiso del rigor alejado de toda jerga críptica propia de cenáculos cerrados. Jitrik convoca a un grupo de investiga-

dores y estudiosos de la literatura argentina con los que ya tiene un diálogo intenso para que dirijan cada uno de los doce volúmenes que abarcan el plan general de la obra; como es una constante en su trabajo intelectual, piensa la tarea en términos de equipo.



La idea que los reúne implica concebir la historia como un vasto relato antes que selecta construcción de un archivo en el que se registren datos regidos por la constatación. Una historia de la literatura argentina concebida como un relato en el que se van articulando los momentos de inflexión relevantes, sean más o menos conocidos o

secretos, valorándolos como instancias de acumulación concentradas sobre sí mismas y a la vez en expansión, produciendo transformaciones y resonancias. Cada una de esas instancias aparece como una etapa del relato general y, a su vez, esas etapas son relacionadas a través de las voces múltiples de los colaboradores de cada volumen. De lo que se trata es de narrar la historia de la literatura.

La trama de ese relato no se apoya en causalidades ni depende de cronologías cerradas sino, antes bien, se despliega en el tejido multidireccional de esos momentos de inflexión. Por lo tanto, la concepción que impulsa el proyecto implica pensar el proceso literario argentino en su devenir histórico, es decir más allá de cualquier exclusivismo discursivo. La dimensión cronológica se aparta de la linealidad con sus condicionantes genealógicos y sus filiaciones a priori, el tiempo aparece como constelación en la que van entrelazando los trazos discontinuos y las constantes que se reconocen en la reiteración de sus modulaciones. La constelación temporal tiene la forma de una figura compleja que sólo se puede abordar renegando de puntos de mira unívocos. El proyecto implica que junto con la narración de la memoria de la literatura argentina —que no renuncia a la esencial historicidad del quehacer humano— se privilegie el pensamiento crítico, puesto

que la construcción del relato supone un modo de comprensión de las transformaciones de lo narrado.

El plan general de la Historia crítica de la literatura argentina es el siguiente: “Una patria literaria”, dirigido por Cristina Iglesia; “La lucha de los lenguajes”, por Julio Schwartzman; “El brote de los géneros”, por Susana Zanetti, “Sarmiento”, por Ricardo Piglia; “La crisis de las formas”, por Alfredo Rubbione; “El imperio realista”, por María Teresa Gramuglio; “Rupturas”, por Celina Manzini; “Macedonio”, por Roberto Ferro; “El oficio se afirma”, por Sylvia Saítta; “La irrupción de la crítica”, por Susana Cella; “La narración gana la partida”, por Elsa Drucaroff y “Una literatura en aflicción”, por Jorge Monteleone.

Ya han aparecido los volúmenes dirigidos por Cella, Drucaroff, Gramuglio, Schwartzman y Saítta, reuniendo trabajos de más de cien colaboradores, lo que asegura una mirada múltiple y polifónica sobre la literatura argentina. La dirección de Noé Jitrik de la *Historia crítica de la literatura argentina* hace posible un vasto campo de reflexión sobre la memoria como una obra en curso, plural y conflictiva. La memoria como un espacio de tensiones inconclusas y por ello abierta al pensamiento crítico.

(*) **Escritor y crítico literario**

Ezequiel Martínez Estrada

Alegorías, intuiciones y blasfemias argentinas

Muestra homenaje. A 40 años de la muerte
del autor de *Radiografía de la pampa*.
del 17 de noviembre de 2004 al 30 de marzo 2005. Sala "Leopoldo Marechal"

Lunes a viernes 9 hs. a 21 hs. Sábados y domingos 13 a 18 hs.
Biblioteca Nacional, Agüero 2505, Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Para más información comunicarse al 4808-6000 | www.bibrnal.edu.ar.

Ezequiel Martínez Estrada



Préstamos Personales Nación Posgrados

Financiación para profesionales

Nueva línea de préstamos personales creada en apoyo a la capacitación profesional en nuestro país.

- ▶ Para cubrir costos de matriculación, cuotas y gastos vinculados con el plan de estudios elegido.
- ▶ Hasta \$ 20.000.
- ▶ Afectación de ingresos netos hasta el 25%.
- ▶ Plazos a elección: 12, 18, 24, 36 o 48 meses.
- ▶ Tasa de interés: 18.65% TNA.
- ▶ Pago mensual por débito automático en caja de ahorros.
- ▶ Acceso sin exigencias de rendimiento académico.

Nación Posgrado se tramita en forma directa en cualquier sucursal del Banco de la Nación Argentina. Préstamos sujetos a las condiciones de aprobación del Banco de la Nación Argentina.

TNA: 18,65% - TEA: 20,33% - TEM: 1,53% - CFT con IVA: 25,82% calculado sobre un préstamo de \$10.000.- a 48 meses de plazo. Incluye: Gastos Administrativos: 2% (calculado sobre el monto total del préstamo), más IVA, seguro de vida pagadero en origen y el costo de mantenimiento de la Caja de Ahorro: \$2,50.-



BANCO DE LA
NACION ARGENTINA

0810 666 4444
Lunes a viernes de 8 a 20 hs.

www.bna.com.ar

David Viñas: la materia del ensayo

Por María Pia López

No siempre la convivencia del escritor con el investigador es serena, es más, casi nunca. La dramaticidad que postula el texto, la hesitación cancelada y sobre todo los modos de lectura son factores irreconciliables, si ambas entidades, la del escritor y la del investigador, disputan la misma condición de ser. El archivista exhumador del pasado, descalificado por Nietzsche (de tenaz disposición hacia las referencias punitivas), persiste en su labor de subvertir la historia, sacudiendo el polvo de los amarillentos papeles que aún iluminan. El escritor seduce, implora, grita en silencio desde el texto que tergiversa el tiempo. María Pia López, interroga a David Viñas en sus anaqueles, identifica los tonos de su obra, su dramaticidad, su catársis de escritor; su rigurosidad, su decepción y su contención de archivista.

Oficios terrestres

Suele situarse una tensión entre la tendencia a vivir, escribir, pensar, en tiempo presente, y la vocación archivística. Una tensión entre impulsos contrapuestos: los que conducen a incursionar en las tramas del pasado, en las huellas muchas veces borrosas, para buscar un sentido que en el presente se escurre; y los que urgen el vivir en la contemporaneidad. Nietzsche había enfatizado el gesto despectivo contra quienes, apegados a viejos papeles, tendían a sepultar la existencia en prudentes lecturas.

Quizás de allí provenga cierto tono de despecho que a veces reciben las investigaciones de archivo. Cierta desdén, al menos. Como oficio menor, o como momento menor del trabajo mayor de una escritura o una teoría. La especialización impiadosa y la renuencia frecuente a vincular esas visitas documentales a la creación de lenguajes e ideas, no han hecho demasiado para resguardar al trabajo en archivos de la gris apatía que se le atribuye.

A veces, los archivos son revisitados con alegría. Y esa alegría permanece, más o menos visible, en los rincones de la obra a la que han alimentado. Es una felicidad extraña, inspirada en la aventura de una búsqueda cuyos resultados no pueden anticiparse, o que surge de la fortuna misma de que un papel haya sido conservado. Esa alegría se trasunta por cierto modo en que un autor puede leer y sobre-escribir textos que provienen de otra autoría. Es decir, por el engarce que se logra entre viejas y nuevas escrituras. Algo así puede percibirse en ciertas páginas de Foucault, quien logra hacer de los archivos nuevas esfinges, en cuyo corazón estarían los secretos de una materia atravesada por los modos del poder.

Pero nuestro tema aquí no es el filósofo francés, sino un investigador argentino: David Viñas. Singular escritor que ha forjado un modo de leer la literatura argentina, y una lengua para narrar esas lecturas. La factura retórica de la mayoría de sus escritos, ese conjunto de señas personales con los que va salpicando cada texto, deja tras de sí —no veladas, pero sí en un segundo plano— las excursiones documentales. Los documentos, los papeles de archivo, las antiguas escrituras, aparecen de un modo extraño en esos libros. Resaltados y pospuestos a la vez. Resaltados, enmarcados en la luminosidad del epígrafe o del umbral. Pero pospuestos desde la perspectiva del texto —ya porque fueron colocados como anticipo, ya porque son empujados como anexos—: la escritura se construye corriéndolos, sacándolos de foco, esquivándolos.

No parece que esta cuestión se resuelva con una dicotomía de oficios: el del investigador y el del escritor. El primero con su tendencia a la cita, a la demostración de lo hallado, al apego a la verdad que poseen unos documentos antiguos, y el segundo, con su adhesión a la palabra como materia de creación,

A veces, los archivos son revisitados con alegría. Y esa alegría permanece, más o menos visible, en los rincones de la obra a la que han alimentado. Es una felicidad extraña, inspirada en la aventura de una búsqueda cuyos resultados no pueden anticiparse, o que surge de la fortuna misma de que un papel haya sido conservado. Esa alegría se trasunta por cierto modo en que un autor puede leer y sobre-escribir textos que provienen de otra autoría. Es decir, por el engarce que se logra entre viejas y nuevas escrituras. Algo así puede percibirse en ciertas páginas de Foucault, quien logra hacer de los archivos nuevas esfinges, en cuyo corazón estarían los secretos de una materia atravesada por los modos del poder.

La escritura no describe, dramatiza. El autor de *Una excursión a los indios ranqueles* es leído y festejado como hacedor de un ser material de la palabra. Un gestor de escenas, narradas con la velocidad de la vida moderna. Mansilla, persistente inquietud en Viñas, es un escritor que asalta las palabras como si estas tuvieran cuerpo: “dado que si en algo se manifiesta la privilegiada ironía de Mansilla es en su capacidad de pronunciar una palabra de frente y en reflexionar sobre ella, de inmediato, por la espalda.” La palabra es material, por eso la escritura es dramática. Para el audaz sobrino de Rosas y para el autor de *Prontuario*.

que no acepta los límites evidentes de la certeza documental. Y tampoco se resolvería bien el “caso Viñas” suponiendo una feliz consonancia entre

esos oficios, una complicidad entre la investigación certera y la seducción poética. Algo compuso este ensayista, desde en los años sesenta, cuando publicó *Literatura argentina y realidad política*, que se ha convertido en una marca peculiar. Una composición entre un arte de escribir y un modo de investigar, que puede ser infiel a lo que está codificado en uno y otro. Los

rasgos fundamentales de esa composición merecen ser indagados.

La escritura dramatizada

Método y estilo, suele ser el principio. No son, en este caso, separables. Salvo en tanto el uno refiere a la producción de la investigación y el segundo, al método de exposición. Estela Valverde ha explicado bajo qué categorías teóricas se pueden comprender las investigaciones de Viñas, situándolas en la tradición de Lucien Goldmann y del marxismo sartreano.¹

Es posible que el modo de lectura que ha desplegado en sus obras de crítica e

historia literaria, pueda pensarse bajo esos fuertes impulsos teóricos y políticos. El dilema de las clases, de sus prácticas y de sus conciencias autorreflexivas u opacas, atraviesa los análisis de Viñas. Un análisis marxista, sin duda, y en los dos sentidos en que el marxismo ha sido el nombre de las búsquedas durante el siglo XX: como teoría que rastrea las determinaciones estructurales de la vida social, y como llamado persistente a la acción transformadora. Un análisis, una lectura, entonces, que al tiempo que desnuda los hilos que unen los textos a la trama de la sociedad, se inspira en la voluntad de incitar a la acción.

A ese marxismo por supuesto que se lo puede vincular tanto con las críticas forjadas desde Lukács hacia la cosificación, como con la potente emergencia de la filosofía existencialista. Esos rastros están en los libros de un autor que no suele citar sus afluentes teóricos, que esquivo los nombres portadores de un prestigio conceptual. Y así como se puede suponer tras tales omisiones una renuencia a hacerle fácil el camino al lector –y al crítico y al exégeta– hacia ciertas obras inspiradoras, se puede sospechar también un ocultamiento deliberado de las marcas que identifican la escritura académica. Por eso, si hemos traído aquí la interpretación de Valverde, es para eludir el camino de la pregunta por los orígenes del método de lectura de Viñas, para situarnos ante el estilo o el modo expositivo de sus textos. Con una presunción: la de que es en el estilo donde este escritor produce su desvío más original y donde construye un método propio para leer la literatura y la política argentinas.

De hecho, lejos de proponer un sistema conceptual constituido por



definiciones provenientes de las ciencias del lenguaje o de las teorías críticas, lo que el ensayista propone es un conjunto de palabras sonoras, únicas, a las que se desplaza de su significado original para encargarles que abriguen una idea o una operación. Viñas ve la literatura a través de series, los discursos desperdigarse en flecos, los tópicos reunirse en esas constelaciones que llama manchas temáticas, las aparentes realidades develarse en su revés de trama. Puede percibirse, en estas breves menciones, que el lenguaje de Viñas tiende a pensar a las palabras como sujetas a fuerzas de reunión y de desunión. Impulsadas al eslabonamiento, al parentesco o a la distancia.²

La escritura no describe, dramatiza. El autor de *Una excursión a los indios ranqueles* es leído y festejado como hacedor de un ser material de la palabra. Un gestor de escenas, narradas con la velocidad de la vida moderna. Mansilla, persistente inquietud en Viñas, es un escritor que asalta las palabras como si estas tuvieran cuerpo: “dado que si en algo se manifiesta la privilegiada ironía de Mansilla es en su capacidad de pronunciar una palabra de frente y en reflexionar sobre ella, de inmediato, por la espalda.” La palabra es material, por eso la escritura es dramática. Para el audaz sobrino de Rosas y para el autor de *Prontuario*. Viñas dispone palabras en un cierto escenario y las convoca a actuar. Basta

apenas hojear índices. Los modos en que titula y subtitula. “Rosas, romanticismo y literatura nacional”, “Infancia, rincones y mirada”, “El escritor vacilante: Arlt, Boedo y Discépolo”, “Paternalismo, heterodoxia y tradición”³; “México o Ricardo Flores Magón como precursor, extremista y fracasado”, “Cuba: independentismo, guerra y anarquismo español”, “Del Perú de González Prada hacia Mariátegui y el aprismo”⁴; “Populismos, autoritarismos y otros recauchutajes”, “Revolución mexicana y vanguardismos ideológicos”⁵; “Bioy Casares, su cuñada y Nueva York”, “Martínez Estrada, del New Deal al Che Guevara”, “Oler, morder, tarascón y comer”.⁶

Los títulos operan por condensación, generando indicios o señales respecto de lo que enlazan. En esa condensación tanto los artículos como las preposiciones, son desplazados como superfluos. Se sustituyen por signos de puntuación. Las comas encadenan, hacen a la serie, muestran que cada término se sostiene en la tensión y en la complicidad con los otros. Aprendizaje de lo telegráfico, o proposición de una escritura que también intenta situarse sobre la velocidad tecnológica que le es contemporánea. Los dos puntos abren una cierta sinonimia o señalan un conjunto posible. “El escritor vacilante” de un lado, y los nombres de “Arlt, Boedo, Discépolo” por otro. Son lados de esa frontera puntuada que marca una entera operación retórica. Comas y dos puntos.

Los títulos se componen también con la presencia recurrente de nombres propios. Ciudades, países, escritores, grupos ideológicos, abundan en ellos. Y de ese modo muestran una notable individualización. Como los nombres de un actor en una marquesina o el de

un personaje en un relato. El título se convierte en anuncio de un drama que se va a desarrollar. Las palabras se sitúan espacialmente: antes o después de una coma, antes o después del doble retén. Es esa espacialidad, señalizada por los breves signos, la que construye el sentido. Si las palabras ocupan el espacio, es porque son materia, cuerpos. A los que se puede mirar de frente o rodear por la espalda. No es menos frecuente la operación de enlazar el espacio textual con los desplazamientos en la historia, materializada en frases que van de un cierto lugar *hacia* otro o a otro. *De Sarmiento a Dios*. “Del New Deal al Che Guevara”.

La dramatización es, entonces, un modo de la escritura y un modo de concebir la historia. Porque son los hombres, como las palabras, los que se reúnen y desunen, son sujetos a fuerzas de articulación y de disonancias, se enlazan a los consensos mayoritarios o se distancian como heterodoxos —se colocan de un lado u otro de las fronteras—, se desplazan de un lugar hacia otro.

Insistencias

La escritura de Viñas es, para usar un adjetivo suyo, enfática. Dramática, opera acentuando, remarcando. Sus líneas mayores son persistentes, atraviesan sus distintos libros. En ese sentido, es posible ver el conjunto de su obra crítica como un haz de insistencias sobre temas, problemas y modos de pensarlos. A un lector atento no se le escapa cuánto de su obra supone un giro sobre sí misma. Sin tomar en cuenta la narrativa y el teatro, es posible reconocer dos tipos de libros. Unos, los de crítica literaria e ideológica, que

se inician a partir de la publicación del ya mencionado *Literatura argentina y realidad política*, en 1964, y llegan hasta el análisis de los viajeros argentinos a USA que editó a fines de los noventa. Otros, los que presentan, reúnen, compilan documentos, como *Anarquistas en América Latina o Contrapunto político en América Latina*. Uno es remiso a la clasificación: Indios, ejército y fronteras.

No parece casual que sean los libros sobre temas argentinos aquellos en que la escritura de Viñas toma el centro del libro, y pone bajo su registro los escritos analizados; y que aquellos en los que el tema se expande hacia el continente, recurran a la compilación de textos ajenos. Como si configuraran un péndulo que se acerca y se aleja, tanto en lo que hace al territorio como a la palabra que da cuenta de ese territorio. Y si esto no es casual, tampoco lo sería el vaivén de *Indios, ejército y fronteras* entre una escritura personal –es un libro *muy* escrito por su autor– y los textos que anticipa, solicita, desmenuza. No sería azaroso en tanto trata sobre lo propio –lo argentino– y sobre lo ajeno –aquello que fue excluido, tanto material como simbólicamente– en la definición de lo nacional: lo indio.

En lo que hace al primer conjunto, que incluye las formulaciones críticas más conocidas de Viñas, es claro que se va constituyendo por ampliación y desplazamientos. El núcleo de la obra ya estaba forjado en las intervenciones en *Contorno* y en su tesis universitaria.⁷ Al menos, estaba planteado en aquel momento un cierto proyecto intelectual –un modo de concebir la voz del crítico como responsabilidad pública–, y un conjunto de preocupaciones que no cesan de aparecer en los

libros siguientes. Esas preocupaciones se pueden cifrar en la pregunta por la forja de una conciencia, por los procedimientos de identificación y por los lenguajes que se da un sector social para dar cuenta de su situación.

Las solapas, prólogos y declaraciones del autor de *Las malas costumbres* no dejan dudas: las obras críticas no se

piensan por separado sino integrando un proyecto mayor, que incluye libros a realizar y otros ya editados. Esos planes van variando en algunos títulos, pero mantienen una lógica de periodización de las ideas argentinas. Capas de documentos que deben ser interrogados por su sentido político y comunitario. Quizás todo plan de obra lleve inscripto en sí la marca de su fracaso, ya que toda obra se va corriendo y transformando en el tiempo y una investigación puede dar

por tierra con las buenas presunciones de su hacedor. Un plan de obra sería más que un programa futuro, una suerte de interpelación al lector a imaginar un contexto deseado para la obra presente. ¿O el lector del primer

“De Lugones a Walsh” –el segundo tomo de la última edición de *Literatura argentina y realidad política*– se cierra con una cita de Borges: “Somos el río y somos el hombre que se mira en el río”. Es, por cierto, una convocatoria a considerar la obra que ella cierra a la vez como una crítica sobre literatura y como literatura; y a considerarla, también, como interrogación sobre un conjunto de textos, autores y posiciones públicas que no cesan de incluir, a cada página, la interrogación sobre su propio autor. Es decir, como un modo de la reflexión sobre qué tipos de compromisos y coerciones asume el escritor como dados por el contexto social. En ese sentido, la insistencia y la mutación serían los modos en que Viñas va dando cuenta de su situación concreta: un proyecto político-teórico persistente y recursos, tácticas o ejercicios que varían.

tomo de *El capital* no imagina las líneas con las cuales se llegaría, luego de arduos volúmenes nunca escritos, al análisis del mercado mundial? Los planes que Viñas fue desperdigando en los bordes de sus textos, además de ser necesariamente inconclusos, van sufriendo mutaciones.

Hay por lo menos dos tipos de autor –toda tipología es arbitraria, ya se sabe, pero ésta tiene el mérito de ser escueta y general–. Uno, que busca en cada obra una cierta liberación. Una vez desovillado un tema, se produce una suerte de exorcismo, y el autor es emancipado de su atadura anterior. Puede, así, pasar a otro tema, buscar la novedad o la resistencia. Otro tipo de autor sería el que, como Viñas, insiste. El que busca, una y otra vez, el buen modo de asediar el secreto de un texto. De hecho, su persistente encadenamiento a Mansilla, después de haber producido las más agudas interpretaciones de la crítica argentina sobre el *causer*, es una evidencia de esta perseverancia.

Una perseverancia hecha de *constantes con variaciones*.⁸ Los capítulos migran de un libro a otro, en algunos casos una nueva edición suprime partes enteras del texto original, y agrega nuevas intervenciones. En cada retorno el libro puede ser convertido, adecuado a un contexto o incorporando algo desconocido al momento de su producción primera.⁹ Se diluye la idea de obra separada y sería necesario un ejercicio filológico para dar cuenta del sentido que producen esos desplazamientos.

De Lugones a Walsh –el segundo tomo de la última edición de *Literatura...*– se cierra con una cita de Borges: “Somos el río y somos el hombre que se mira en el río”. Es, por cierto, una convocatoria a considerar la obra que

ella cierra a la vez como una crítica sobre literatura y como literatura; y a considerarla, también, como interrogación sobre un conjunto de textos, autores y posiciones públicas que no cesan de incluir, a cada página, la interrogación sobre su propio autor. Es decir, como un modo de la reflexión sobre qué tipos de compromisos y coerciones asume el escritor como dados por el contexto social. En ese sentido, la insistencia y la mutación serían los modos en que Viñas va dando cuenta de su situación concreta: un proyecto político-teórico persistente y recursos, tácticas o ejercicios que varían.

Documentos

Los libros sobre América Latina, decía, reproducen una serie de escritos. Uno de ellos –*México y Cortés*¹⁰– desplaza los textos, al modo clásico, hacia el final bajo el título de “Documentos y polémicas”. *Contrapunto político en América Latina* articula las presentaciones elaboradas como miniaturas condensadas y los documentos aludidos. El trabajo es de una notoria precisión estilística. Un párrafo o dos anticipan y rodean un texto. Luego el documento se acerca como demostración a veces, y otras como posible desvío. Funciona menos como visión panorámica que como collage conformado por los retazos de las múltiples lenguas ideológicas del continente.

*En Anarquistas en América Latina*¹¹ el procedimiento pierde rigidez. Se rehace la forma de la exposición en función de los documentos que se van a reproducir. Los epígrafes se multiplican: anticipan los escritos de Viñas pero también aquellos que son recopilados. Las comillas permiten la cita breve, la

idea puesta en su mayor condensación. El autor deviene un lector sometido a la tentación que provocan las voces que va recopilando en esas pequeñas frases y termina salpicando el libro con ellas. La bibliografía, organizada por países, en algunos casos –Uruguay, Perú– también es anticipada por las frases entrecomilladas. La forma es a tal punto desarmada que la bibliografía correspondiente a Chile es anticipada por un comentario sobre los intelectuales a considerar en este país.

El juego –*contrapunto*– entre escritura de autor/voces citadas como epígrafes/escritos recopilados como documentos, se expande en *Indios, ejército y frontera*.¹² Se busca la verdad de la clase dominante argentina –la verdad de su constitución como clase– en la literatura de frontera. En ese territorio indefinido –en busca de definición– y en la situación de guerra, es donde se producen, por la misma crispación que ambas condiciones suponen, las intervenciones más reveladoras. Las voces se agolpan para dar cuenta de aquello que sucedió durante el siglo XIX. Sin embargo, es claro que son convocadas para sugerir, a veces de modo explícito, las continuidades con los modos en que en el presente operan los discursos excluyentes o paternalistas. La tesis del libro sería que, si bien una nación siempre se constituye señalando una frontera que separa de otros, en el caso argentino esa frontera se forma, permanentemente, al interior, como frontera de clase y racial. Persisten, entonces, en la historia posterior a la modernización roquista, la frontera, el “ejército” –entendido como modo armado y discursivo del Estado– y lo indio –lo que es acusado como inferior y sujeto a sanción.

Citas y documentos funcionan como estrategia de interpelación. Esto es, no nos colocan ante una dispersión que evite la identificación del lector con alguna posición, sino que la coralidad de los documentos solicita una fuerte alianza con la interpretación propuesta por el libro. Es una convocatoria sobre la actualidad y no una narración de lo sucedido. Una escritura política que se despliega bajo modos interpelativos: “nos obliga a reflexionar sobre la idea misma de estilo como forma en que las cosas dicen lo que son, y nos convida a percibir de qué modo un texto aprisionado en las rutinas de las demostraciones, vuelve a soltar su voz ante nosotros”.¹³

Modos de la crítica

La composición que hace Viñas entre modos de la investigación y de la escritura es puesta bajo el signo de la intervención política. Sus condiciones polémicas, sus resoluciones abruptas –que, en muchos momentos, tienden a borrar dimensiones relevantes del objeto literario con el que trata–, su inclusión de los documentos como afluentes para un movimiento interpelativo, provienen de esa interrogación fundamental por el modo en que los sujetos se hacen conscientes de su ser político o por los recursos con los cuales enmascaran o eluden ese ser.

En una crítica que no soslaya la denotación personal, Julio Schwartzman plantea que Viñas reduce a *matices* las diferencias realmente existentes entre los textos o entre los escritores, y que esa reducción supone un maltrato o un desdén hacia las cualidades propias de la literatura.¹⁴ Está señalando una

cuestión central de toda crítica, la que hace a su capacidad de asomarse a la singularidad de su objeto o si tiende sus redes para sumirlo en un territorio de valoraciones que le es previo.

La noción de matices es parte de esta cuestión, porque al mismo tiempo que da cuenta de ciertos pliegues sobre la superficie de un campo, los inscribe dentro de esa superficie. De lo contrario, serían diferencias y no matices. En el ejercicio crítico de Viñas no es habitual la búsqueda de diferencias, sino que lee a partir de la afirmación de un campo común, estructural, en el que existen los matices. Es posible que la propia potencia del modo de lectura que constituye desde sus ensayos críticos funcione como obstáculo para percibir o detenerse en la diferencia que hace de los textos singularidades irreductibles.

No es, sin embargo, una supresión de la literatura en nombre de la crítica, o un desconocimiento de la materialidad de la escritura colocándola bajo un código formalizado. Porque la literatura es repuesta en la crítica de Viñas, no sólo como objeto sino como textura propia de la crítica misma. El ser desdoblado del río y del hombre que mira el río, es la metáfora del ser desdoblado de la literatura y de la autoconciencia crítica –el ensayo– de la literatura.

No hay crítica sin valoración, en todo caso lo que diferencia a unos modos de la crítica y otros es de dónde provienen esos valores y si son utilizados como mecanismos de sanción y de juicio, o si son puestos en juego a efectos de la creación. La crítica que no se limita a ser mero ejercicio de juicio –la que culmina en los ademanes numéricos o examinatorios–, es la que se pretende una creación más alrededor de otras

creaciones. La crítica como ensayo duplica y acompaña a la literatura.¹⁵

La crítica como ensayo es, entonces, creación de lenguajes, de estilos, de ideas. El límite entre el juicio y la creación es más frágil de lo que nos gustaría creer como críticos. El riesgo de que la crítica se niegue a tratar los modos en que un escrito resulta emancipado de sus supuestos, no cesa de acechar. Contra ese riesgo se sostienen las lenguas personales, las que se sustraen de los modos de validación dominante. La crítica de Viñas –férreamente situada en un estilo personal y en un desprendimiento de las demostraciones¹⁶– es, por estas razones, obra de creación. Un ensayo en el que los antiguos documentos pueden revelar su secreta alegría.

NOTAS

1. Valverde, Estela, *David Viñas: En busca de una síntesis de la Historia argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1989.
2. En este sentido es muy discutible la operación que lleva a cabo Marcela Croce, sustentada en la idea de que el camino transitado por Viñas es el que va del ensayo a la crítica. Y como la crítica es el punto de llegada, Croce toma las palabras que el ensayista había recreado, y las traduce a un lenguaje académico. Por ejemplo, flecos se convierte en “metáfora de los elementos resistentes que a lo sumo pueden aspirar a la sobrevivencia, no a la relevancia, en el marco provisto por la generación.” (“Constantes ideológicas con variaciones retóricas. Versiones y reediciones de la crítica de David Viñas”, en de Nicolás Rosa ed., *Políticas de la crítica. Historia de la crítica literaria en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1999).
3. Los títulos mencionados están en el índice de *De Sarmiento a Cortázar*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1974.
4. Estos pertenecen a *Anarquistas en América Latina*, Buenos Aires, Paradiso, 2004.
5. En *Contrapunto político en América Latina*, México, Siglo XX, I cap., 1982.
6. Son algunos de los títulos de los capítulos de *De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos a USA*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
7. “En 1964 Viñas publica su primer libro de crítica literaria, *Literatura argentina y realidad política*, versión revisada de la mencionada tesina –*Introducción a la oligarquía*– que escribiera en los años 1955-1958. *Literatura argentina y realidad política* es un extenso ensayo de 361 páginas, recopilación de artículos publicados en las revistas *Contorno* (Buenos Aires), *La Gaceta* (Tucumán), *Revista de la Universidad de México* y *Discusión* (México), que integrados coherentemente con otros artículos inéditos, trazan la trayectoria literaria argentina.” Valverde, Estela, op. cit.
8. “Constantes con variaciones” es el título de la primer parte de *Literatura argentina y política. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995. Pese a que ha sido usado varias veces en los análisis sobre Viñas, vuelvo a esa imagen para pensar en la peculiar tensión entre cambio y permanencia que caracteriza a sus libros de crítica, la tensión entre la mutación del propio texto y la insistencia sobre ciertos temas, giros, análisis.
9. Los epígrafes que abren *De Sarmiento a Cortázar* (Buenos Aires, Siglo XX, 1974) son de Serge Doubrovsky y de Christine Glucksman; el que abre *De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista* (en el que se reproducen varios capítulos de aquel) es de Terry Eagleton.
10. Viñas, David, *Historia de América Latina. México y Cortés*, Madrid, Editorial Hernando, 1978.
11. Viñas David, *Anarquistas en América Latina*, Buenos Aires, Paradiso, 2004 (primera edición Kartun, México, 1983).
12. Viñas David, *Indios, ejército y frontera*, Buenos Aires, Santiago Arcos editor, 2003. (primera edición Siglo XXI editores, México, 1982).
13. González, Horacio, “Prólogo” a *Indios, ejército y frontera*.
14. El escrito de Julio Schwartzman (“David Viñas: La crítica como epopeya”, en Cella, Susana, *La irrupción de la crítica*, Emecé, Buenos Aires, 1999) es un análisis detallado de la obra crítica de Viñas, que se postula casi como el intento totalizador opuesto al de Valverde. El análisis es traicionado por la invectiva, y Schwartzman no elude ejercitar sobre su objeto ninguna de las reducciones y desdenes de los que lo acusa. Lo menos aceptable es, sin embargo, el tono de venganza personal que recorre el escrito.
15. Alberto Giordano considera que el ensayo es “el único modo de dialogar con la literatura” por esta duplicación que hace de la literatura en el momento de interrogarla. De su libro *Modos del ensayo. Jorge Luis Borges - Oscar Masotta* (Rosario, Beatriz Viterbo, 1991) tomamos esta idea.
16. En *De Sarmiento a Dios* aparecen capítulos narrados en tono explícitamente ficcional. Es decir, que suspenden toda prueba de veracidad, o todo ajuste de la escritura a supuestos teóricos o a apoyaturas documentales.

Beatriz Sarlo, arqueóloga

Por Darío Capelli

Nucleando su estudio en las notas al pie de dos libros de Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica* y *El imperio de los sentimientos*, Darío Capelli pasa por un tamiz las piezas “arqueológicas” desenterradas por Beatriz Sarlo para sus estudios, las vuelve a interrogar las clasifica, las cataloga, las transmuta, y el análisis se transforma en la fuente y la fuente en el análisis. Conocedor de la obra sarleana, Capelli, reconoce las diferentes capas geológicas de los hallazgos e identifica a los pretéritos lectores de los documentos: “El trabajo del crítico está en interpretar las interpretaciones de esos lectores que a su vez son creados por las estrategias de generosa apertura en sus indeterminaciones del propio texto; texto que, de cualquier forma, no se ‘concretiza’ sino recién cuando el lector –portador de códigos culturales– lo ase y en el acto mismo de leerlo asigna algún sentido a esa cadena más o menos desorganizada de signos negros estampados en el papel” escribe Capelli.

Buscar las fuentes es como profanar mausoleos, crimen y castigo del investigador obsesionado por las memorias del subsuelo.

1. el síntoma de la cultura

De entre los, para Zeus imperdonables, dones que el Prometeo esquiló hubo dado a los mortales, acaso el más conmovedor sea el de habernos enseñado la unión de unas letras con otras: la escritura, los grámmata, “artificio que es padre de las Musas y hace que todo pueda recordarse”. La descripción de los grámmata es un haz de sentidos sugeridos: Prometeo cae en *hybris* afrentosa a Zeus cuando los define como “artificio que es padre de las Musas”.

En el estilo formulario de los poemas homéricos, de cuya génesis oral ya no se duda, la invocación a la musa no permite ambigüedades ni polisemias: en el proemio de *Odisea*, el poeta se acredita al auditorio dirigiéndose directamente, antes que a nadie, a la musa, no como fuente de inspiración tanto como en su auxilio porque es ella la guardiana de la memoria social del héroe. El poeta épico se dispone a cantar lo que ya es conocido por su auditorio pero, justamente, su búsqueda no radica en iluminar hechos ignorados del pasado. La solicitud del poeta a la musa y el auxilio que la diosa le presta van organizando una voz que canta, en una métrica cuasi-hipnótica y de fácil memorización, sublimes sucesos para –como dice Borges en *El hacedor*– “dejar resonando cóncavamente en la memoria humana” *aunque no sea más que una parte* de las peripecias ya conocidas de Ulises.

Las traducciones del hexámetro de invocación a la musa podrán diferir en algo unas de otras pero no yerran en el epíteto vocativo de la diosa: “¡Oh diosa, hija de Zeus!”.

Entonces, Zeus es el padre de las musas y son ellas centinelas de las

cosas anteriores pero también de las del porvenir; cosas que no son ignoradas en un caso ni novedades profetizadas en otro, sino que son parte de una tradición que deberá continuar y permanecer predecible.

Esto así, decíamos, hasta el *Prometeo encadenado* de Esquilo. Ahora es la escritura la que conserva la memoria de almacenamiento.

Ya no Zeus ni Mnemosine; *los grámmata*, las inscripciones, las letras escritas parieron a las musas y no en las elevaciones del Olimpo sino por obra del trabajo humano. Otra vez: “artificio que es padre de las Musas y hace que todo pueda recordarse”. Con la escritura, la memoria se vuelve abiertamente reconocible como “memoria”, precisamente porque las letras en cuanto artefactos han objetivado la memoria haciéndola visible. (Havelock, 1996)

Pero si en la sociedad escrituraria la memoria se ha vuelto visible, ipso facto, la verdad tornose oscura y yace disimulada bajo la superficie del mundo fenoménico que no es –sin embargo– menos verdadero. Hablamos de la verdad dual de la tragedia, poesía imposible de imaginar sin la invención de la escritura. Dual no tan sólo por estar hecha de corteza y meollo; más bien dual, exponencialmente dual, porque –y así lo asume el saber trágico– todo lo que **es** también puede ser verdad porque ha llegado a ser. El

La “interna legalidad” de la polis está dada, como en el arte, por su “ley de formación”, su “ley de desarrollo”; es decir por su vinculación con lo que no es, dejó de o pudo ser. Pero a diferencia de la obra de arte, la polis, aunque quisiera, no podrá ahogar nunca del todo el eco de sus orígenes porque, por gracia de la maldita herencia de Prometeo, el pasado estará siempre ante nuestros ojos como pasado, corporizado en la forma visible de los archivos y de la historia escrita.

uso del adverbio señala el problema de la proposición: el “también” indica que lo que **no es** es asimismo verdad, tan verdad como que presentimos su acechar agazapado a la espera de su ascenso a nivel de mundo. Lo que **no**

Los dos libros comparten el interés por una época de la cultura nacional: la de la experiencia de la modernidad. Sin embargo, las líneas y aparatos conceptuales que organizan los libros responden en cada caso a los debates intelectuales del momento en que cada uno fue escrito.

En *El imperio*, Sarlo analiza las narraciones de entrega semanal que tuvieron su apogeo de circulación y consumo en los sectores medios y populares entre los años 1917 y 1925.

es, entonces, que es también lo que dejó de ser y lo que pudo ser y no fue. El inverso de esta axiomática del saber trágico es el platonismo y sus variantes posteriores que, como antojados, proponen que lo que **es**, ha llegado a ser **únicamente** por ser verdad.

Retomo. El ser de algo es, veníamos diciendo, su

devenir, que no puede no ponerse en relación con lo que no es, lo que dejó de ser y lo que pudo ser y no fue.

Theodor Adorno, en *Teoría Estética*, llama a esto –siempre refiriéndose al arte– “ley de desarrollo”, “ley de formación”, “interna evolución técnica” y finalmente “interna legalidad” de la obra de arte. En el caso de la estética adorniana, la verdad de la obra de arte se relaciona con todo aquello, negándolo, acallando los ecos de su origen.

Considerando, entonces, que las obras de arte llegan a ser tales cuando aniquilan retrospectivamente lo que fueron, su fundamento, Adorno resuelve que la reflexión dedicada a los *αρχαι* [arché] estéticos se pierde en una enorme vaguedad.

Pero los considerandos y el resuelve de Adorno podrán sancionar ley conforme a las exigencias de su estética

mas no nos sirven si lo que se intenta pensar críticamente es el estado actual de una cultura que deja registro escrito de lo que ya no es.

Los poetas trágicos, no como Homero que, al cantar las hazañas de un mundo pasado, mítico y heroico, expresaba al tiempo los valores de una tradición tan actual al *aedo* y su auditorio, poniendo, de esta manera, al presente en contacto con el pasado pero para abolir la barrera que los separa; los poetas trágicos –decía– clavan el cuchillo en la tierra y abren así la grieta que por momentos se ensancha, por momentos se angosta, pero que ya no volverá a hacer posible la unidad en eterno presente del ser actual de la polis con el pasado mundo de los mitos. El puente que ahora liga a un mundo con el otro se llama “crítica” y más de un ingeniero orgánico de los fascismos culturales ha intentado dinamitarlo.

La “interna legalidad” de la polis está dada, como en el arte, por su “ley de formación”, su “ley de desarrollo”; es decir por su vinculación con lo que no es, dejó de o pudo ser. Pero a diferencia de la obra de arte, la polis, aunque quisiera, no podrá ahogar nunca del todo el eco de sus orígenes porque, por gracia de la maldita herencia de Prometeo, el pasado estará siempre ante nuestros ojos como pasado, corporizado en la forma visible de los archivos y de la historia escrita.

Los *αρχαι* del arte son aniquilados por la obra.

Los *αρχαι* de la cultura son inevitables a excepción, claro, que los archivos (palabra que deriva de la griega) se acaloren al punto de alcanzar los 451 grados Fahrenheit.

Ahí están los archivos: en custodia del pasado que ahora se nos ofrece como

objeto de examen crítico. Los archivos son la garantía de la “interna legalidad” de la polis pero, agrego, son a la vez su propio síntoma: la revisión crítica de lo que la ciudad ya no es o pudo haber sido nos deja en el equilibrio siempre tambaleante de la cuerda floja, inútilmente esperanzados al borde de un abismo al que irremediablemente nos desbarrancaremos si se pretende, aunque suene a paradoja, un trabajoso destino emancipatorio.

Beatriz Sarlo trabaja en este sentido y ha dedicado su obra a una interpretación renovadora de la cultura argentina.

2. los usos del archivo en la obra de Beatriz Sarlo

Decimos la obra de Beatriz Sarlo pero se hará aquí referencia sólo a dos libros de su producción completa: *El imperio de los sentimientos*, publicado en 1985 y *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, de 1988.

Ni reseña ni crítica haremos hoy de ellos; nos interesa, sí, hacer foco en lo que en los libros hay de búsqueda de archivo, de rigurosa exigencia como arqueóloga de la cultura que revisando el pasado nos dice de lo presente. Haremos, pues, un recorrido más por sus pies de página que por el cuerpo de los textos.

Los dos libros comparten el interés por una época de la cultura nacional: la de la experiencia de la modernidad. Sin embargo, las líneas y aparatos conceptuales que organizan los libros responden en cada caso a los debates intelectuales del momento en que cada uno fue escrito.

En *El imperio*, Sarlo analiza las narraciones de entrega semanal que tuvieron su apogeo de circulación y consumo en

los sectores medios y populares entre los años 1917 y 1925. Tratado como *literatura*, aunque reconociendo la indispensabilidad del enfoque histórico-social, el conjunto de las ficciones semanales, desdeñosamente juzgadas por la vanguardia literaria, su contemporánea, fue—para Sarlo—no “el soporte de las ensoñaciones románticas de sus lectores” (es decir, no un mero espejo del imaginario de una determinada franja de población en determinada época) sino la respuesta ficcional a las necesidades de un público al que, por otra parte, estas narraciones contribuyeron a formar. Pero las herramientas de la crítica no pueden usarse del mismo modo con las literaturas que se ajustan al canon del gusto actual que con las ficciones pretéritas que han sido expulsadas del universo estético y condenadas al infierno de la mala literatura; tal el caso, esto último, de las novelas semanales.

Por eso, Sarlo se pregunta en la Introducción si acaso es posible pensar *en presente* a esas narraciones del pasado. Esta pregunta y la rápida aparición en escena de las referencias a Hans Robert Jauss y Wolfgang Iser, entre otras ineludibles en los libros de la autora como Barthes y Williams, y el uso de refinadas categorías como “horizonte de expectativas del lector” o “concretización de la obra en el acto de lectura”, nos ubican en el umbral teórico del que Sarlo parte para su análisis de los folletines de la década del 20 y en el tipo de crítica literaria a la que está adscribiendo en la hora de su investigación. Son las estéticas de la recepción y en especial los trabajos de la escuela de Constanza de mediados de los 70 lo que Sarlo está leyendo en los primeros 80. Comprometida con este modo de la hermenéutica y cargado

su portafolio de investigadora con una enciclopedia tal, Sarlo sale a campo a hurgar en bibliotecas y archivos.

Las narraciones semanales, “esos textos de la felicidad” (“subliteratura” según el juicio apodíctico de la vanguardista *Martín Fierro*) son situados dentro de su “horizonte” histórico, dentro del contexto de significados culturales en el cual se produjeron.

Una vez consultados bibliotecas, archivos y ficheros; una vez hallados los ejemplares y tenidos entre manos; una vez revisados avisos publicitarios, críticas de la época hechas desde diarios y revistas literarias cultas; en suma, una vez reconstruido el panorama cultural que fue contexto para la recepción de las novelas de entrega semanal, entonces sí Sarlo hipotetiza: aquellas narraciones periódicas diseñaron “un horizonte ideal alejado de las dificultades, los obstáculos, el tedio o los problemas cotidianos de la sociedad plebeya”.

Tan importantes como los propios textos para un análisis de este tipo, que reconstruye el momento que hace posible, más que la producción, la recepción de las obras, son los datos vecinos a la narración en sí. Hay que ver la obra, palparla, sentir al tacto el soporte material de los textos.

Por cierto, la narración sigue siendo el dato más valioso pero sola es un esqueleto al que le falta la carne que le meten sus lectores históricos. El trabajo del crítico está en interpretar las interpretaciones de esos lectores que a su vez son creados por las estrategias de generosa apertura en sus indeterminaciones del propio texto; texto que, de cualquier forma, no se “concretiza” sino recién cuando el lector –portador de códigos culturales– lo ase y en el acto mismo de leerlo asigna algún sentido a esa cadena más o menos desorganizada de signos negros estampados en el papel.

¿Cuáles son esos códigos culturales? ¿De qué manera, entonces, se relacionan las indeterminaciones de un texto con el “horizonte” de sus lectores? ¿Cómo conocer, en todo caso, el horizonte de la época en que las narraciones semanales tuvieron su pico de recepción? Por lo menos, no sólo haciendo una crítica inmanente de los textos. Palpar aquellos ejemplares, dijimos; pasar sus páginas delicadamente, detenerse en los destacados publicitarios. ¿A qué público se dirigen esos avisos? La tapa de *La Novela Semanal*. ¿Cuál es el precio de tapa? ¿Qué otras publicaciones semanales circulaban en el momento de mayor éxito de, por ejemplo, *La Novela del Día*? Nada de esto puede conocerse a través del solo contenido de los textos. Se necesita el ejemplar en cuerpo presente. Aun si la Internet hubiese sido lo que es hoy, de poco le habría servido a Sarlo para la investigación que llevó a cabo en *El Imperio*. Le quedaba recorrer “ficheros, librerías de viejo y repertorios de coleccionistas”.

Y más que librerías de viejo hay una biblioteca que se cita en más de una oportunidad. En notas al pie, Sarlo da detalles del archivo de publicaciones periódicas existente en la biblioteca del doctor Sergio Provenzano, “la más completa” que ha consultado:

30 números de El Cuento Ilustrado, 49 de La Novela Argentina, 73 de La Novela Juvenil, 331 de La Novela del Día, 70 de la Novela Femenina, 85 de la Novela Nacional, 50 de la Novela para Todos, 55 de la Novela Porteña, 262 de La Novela Semanal, 55 de La Novela Universitaria...

(v. *El Imperio de los sentimientos*, p. 44, n° 33)

Sarlo habló también de “repertorios de coleccionistas”. Pues, los hay. Un ejemplo es la caja de recortes de diarios y revistas que había pertenecido a uno de los escritores de *La Novela Semanal*: Pedro Sonderéguer. Esa selección de recortes que Sonderéguer archivó y guardó, y que “por diversas circunstancias” llegó hasta manos de la investigadora, “exhiben las huellas” del proyecto de consagración como autor de otro tipo de literaturas que muchos de los escritores de folletines tenían.

Sarlo dijo “ficheros” y vaya si hay uno: el de la Biblioteca Nacional. Consultado con minuciosidad, se extraen de allí datos que confirman la hipótesis del affaire Sonderéguer. Otros nombres y apellidos de escritores periódicos aparecen en el fichero no ligados tan sólo a los “textos de la felicidad” y las narraciones sentimentales. Están ahí, en el fichero, como autores de ensayos sobre temas argentinos y reformas agrarias, de libros de lectura para la escuela primaria, de poemas de contenido épico nacional, etc. (v. *El Imperio*, p. 75, n° 17)

Una vez consultados bibliotecas, archivos y ficheros; una vez hallados los ejemplares y tenidos entre manos; una vez revisados avisos publicitarios, críticas de la época hechas desde diarios y revistas literarias cultas; en suma, una vez reconstruido el panorama cultural que fue contexto para la recepción de las novelas de entrega semanal, entonces sí Sarlo hipotetiza: aquellas narraciones periódicas diseñaron “un horizonte ideal alejado de las dificultades, los obstáculos, el tedio o los problemas cotidianos de la sociedad plebeya”.

Esta es la última conclusión del libro que, así, después de un paseo de la interpretación, más barthesiano,

quizás, por el erotismo en y la erótica de los folletines sentimentales, vuelve a ponerse en sintonía con Iser para quien la obra literaria interroga y transforma los criterios implícitos con que es abordada por el lector, “desconfirmando” la rutina de su hábito de percepción y transgrediendo las formas normativas para ponerlo, al lector, en conocimiento de nuevos códigos de

comprensión. Y es que para Sarlo, aún cuando en las literaturas de consumo de las primeras décadas del siglo XX haya demasiada facilidad estilística y reiteración tópica; aún

así, miles de personas se transformaron en lo que nunca habían sido: lectores. La “irrealidad” sencilla de los folletines abría el acceso a otras “irrealidades”. Los sectores populares convertidos en público literario nuevo no quedarían fijados en el imperio de los sentimientos sino que, gracias a él, comenzarían a compartir ese imperio con otros. Las novelas sentimentales, cuyo ejemplo más exitoso fue *La Novela Semanal* que en 1922 alcanza una tirada de 400.000 ejemplares, fueron, en palabras de Sarlo, “un agradable desvío o una sencilla estación para las iniciaciones” del campo popular en el hábito de leer.

El imperio nos deja a sus lectores, o a mí me deja, con ganas de hacerle alguna pregunta a su autora. La cuestión no es tan importante y prefiero postergarla hasta después del rápido sobrevuelo por el otro libro que nos proponemos comentar.

Y ya que estamos de nuevo en *Una modernidad*: la oportunidad, aunque más no sea, de rozar el tema de la prensa y la literatura ácratas, otra vez, es pasada por alto. El momento justo de hacerlo podría haber sido el capítulo dedicado a la revolución como fundamento de la escritura.

La revolución rusa pudo haber sido saludada por todo el arco de las ideologías rebeldes pero ya al cabo de un año los periódicos anarquistas empezaban a dar cuenta, según su óptica, de que la promesa soviética estaba siendo desviada y traicionada por el poder bolchevique; opiniones que se radicalizaron desde 1921 a raíz de los hechos de Cronstadt. Y la guerra civil española. Ahí están los *Carteles* de Rodolfo González Pacheco desde Valencia, Madrid, La Mancha [...]

Beatriz Sarlo es, seguramente, la arqueóloga más reconocida, por su obra y trayectoria, de nuestra cultura. Además de los dos libros que hoy comentamos está *La imaginación técnica*, sus artículos en *Punto de Vista* y el resto de su producción crítica. Pero se nos permite llamar la atención sobre estas últimas ausencias. Sobre todo porque los textos anarquistas no han tenido la fortuna de ser expulsados del universo estético como las narraciones semanales sino que se los pretendió acallar a fuego y plomo.

Si en *El imperio*, Sarlo se propuso, según dice, hacer algo distinto a lo que estaba “acostumbrada”, es decir “a organizar la literatura desde las rupturas, desde el

cambio (esto es: desde la modernización y las vanguardias)”, en *Una modernidad periférica* vuelve a su, por corto lapso congelada, costumbre. Así pues, *Una modernidad periférica* es un libro sobre los cambios, la modernización y las vanguardias aunque, desde ya, no se trata de historia de la literatura taxonómica que dé cuenta ordenada de continuidades y rupturas.

A ver. En *Una modernidad*, la escuela de Constanza ha dejado de ser una referencia teórica fuerte y, a cambio, una de las primeras que aparecen ya a segundo o tercer renglón es el best-seller de

los '80 *Todo lo sólido se desvanece* en el aire del bronxeño Marshall Berman. Citado por Sarlo lo leemos:

Ser moderno es ante todo una experiencia, la de “la vida como un

torbellino, la de descubrir que el mundo y uno mismo están en un proceso de desintegración perpetua, desorden y angustia, ambigüedad y contradicción”; y más adelante agrega, podría decirse que el presupuesto [de Berman] es que una historia se cuenta con tramas contrapuestas de escenarios, sujetos, discursos y prácticas. Pero, además y fundamentalmente, que hay una historia para ser contada. De allí la heterogeneidad de enfoques...

Heterogeneidad de enfoques será, entonces, el método de *Una modernidad periférica*. No basta con conocer lo que Borges, Girondo, Arlt, Güiraldes, Ocampo, Lange o González Tuñón han escrito con intención de literatura. Hay que superponer esos textos con declaraciones públicas, posiciones tomadas frente a acontecimientos como la revolución rusa, la reforma universitaria o la guerra civil española, manifiestos firmados, empleos que tuvieron los escritores y en qué medios si es que fueron también cronistas, fascinaciones ocultas o conocidas, conductas privadas o secretas revelaciones en cartas personales entre unos y otros autores.

El libro es un “libro de mezcla” (por el método) pero su tema, también es de “mezcla”: las vanguardias surgidas del modernismo y una imaginación literaria que al mismo tiempo que reconoce su origen se libera de él y aspira a redefinir el espacio de la literatura argentina. Una de las arenas donde tal aspiración jugó disputas decisivas fue el conjunto de las revistas literarias. Sarlo las revisa a casi todas: *Martín Fierro*, *Proa*, *Prisma*, *Contra*, *Sur*, los suplementos y secciones culturales de *La Nación*, *El Mundo* y *Crítica* y las publicaciones de El Inca y Editorial Claridad.

Ahora, para llegar con el análisis al nudo de la modernidad como experiencia ambigua y contradictoria, es necesario el método de los enfoques heterogéneos y la superposición de escenarios. Por eso, no basta con leer, por ejemplo, el poema 8 de *Espantapájaros* y conformarnos con la idea de que Oliverio Girondo pretende librarse, en el espacio de la ficción, de la coacción de un yo como identidad, propietario de un pasado, inscripto en una tradición. Su esteticismo sensible e independiente de la moral, su lírica esperanzadamente desacralizadora del cuerpo que ya no es una integridad orgánica sino un escenario de vicisitudes, los senos fosforescentes de las chicas de Flores, en fin su celebración optimista de lo moderno, harían de Girondo un escritor único en su género y separado del resto de los poetas coetáneos. Sin embargo, Girondo fue el embajador para América Latina del proyecto *Proa* y uno de los hacedores de esa revista, concebida como “frente único” de jóvenes intelectuales. A pesar de su poesía antirrational y amoral, Girondo es, junto a otros, factótum de una publicación que se caracterizó por ser explicativa y razonadora. Y no tan sólo: también nos hace saber Sarlo que pudo corroborar, gracias a una carta de Evar Méndez del 25 de noviembre de 1926 hallada en el archivo del bibliófilo Washington Pereyra, algo que era sabido: Girondo ayudó a financiar otras revistas como *Martín Fierro*, que se destacó por el intento de hallar y difundir una nueva identidad que, desde la vanguardia, anclara en el criollismo urbano. Los epistolarios hallados en el archivo de Washington Pereyra (v. p.24 n°18, p.63 n°63, p.145 n°41 y p.146 n°43 de *Una modernidad periférica*), constituyen uno de los esce-

narios que utiliza Beatriz Sarlo para superponerlo al específico de la ficción. De tal manera opera el archivo y su uso en este libro de Beatriz Sarlo.

El capítulo 5, *La revolución como fundamento*, dedicado a la vanguardia de izquierda con párrafos que se detienen en el impacto que tuvieron en el campo intelectual los acontecimientos de la revolución rusa y la guerra española, nos deja la sensación de que algo falta. Esta sensación abona la pregunta que hubiéramos querido hacerle a Beatriz Sarlo cuando terminamos de leer *El imperio*.

No posterguemos más este asunto porque sólo se posterga lo importante y la pregunta que quiero hacer es lo de menos. Al grano ¿Por qué tan pocas referencias a la literatura anarquista? Solo dos, en *El imperio* y ninguna en *Una modernidad*. Es cierto: no es el tema. En una nota de la página 60 de *El imperio* se alude a las narraciones anarquistas como pertenecientes a “un registro completamente distinto” al de las ficciones semanales. No se entiende si la distinción del registro refiere al tipo de lector de unas y otras narraciones pero si así lo fuera habría que definir mejor, entonces, la dimensión “sectores populares”. No deberían caer fuera de esta dimensión, por caso, los trabajadores que leían el suplemento ilustrado de *La protesta* dirigido por Ghirardo (quien, además de ser leído, era proclamado “obrero intelectual y emancipado” en el Tercer congreso de la FORA adonde había concurrido como representante de los estibadores del puerto de Villa Constitución), ni las franjas de la población que llenaban teatros para ver las obras de Florencio Sánchez o de Rodolfo González Pacheco. Al respecto pueden consultarse los

catálogos y archivos de la biblioteca de Argentores. Revistas como *Bambalinas* y *La escena* están allí catalogadas y pueden verse los datos que acompañan a la publicación de las obras teatrales (fecha de estreno, teatro, compañía, cantidad de público, etc.).

Repito: ya sé que no es el tema de Beatriz Sarlo pero, aunque no lo sea directamente, es difícil soslayarlo; sobre todo, porque de ese particular tema —la literatura libertaria— contamos con abundancia en archivos que quizás no hayan sido revisados. Si bien recientemente catalogado por la editorial Reconstruir, los archivos de la Federación Libertaria Argentina y de la Biblioteca Popular José Ingenieros son, creo, de consulta ineludible para toda investigación sobre las tres primeras décadas del siglo pasado. Suponiendo todavía que esos archivos estuviesen en estado de total caos o cerrados o escondidos en el momento de la investigación para *El imperio* (1983), los fondos de la Biblioteca Nacional en Buenos Aires han hecho posible, según nos cuentan sus autores Jean Andreu, Maurice Fraysse y Eva Golluscio de Montoya, recolectar suficiente información para el armado de un corpus de literaturas anarquistas publicado en 1990 por Editorial Corregidor con el título de *Anarkos*.

La recepción de algún tipo de literatura por parte de los sectores populares, suponemos, no debe reducirse al consumo de novelas sentimentales. Reconocemos los 400.000 ejemplares de *La Novela Sentimental* pero cuesta no tener en cuenta que La protesta llegó a tener una tirada de 20.000 ejemplares diarios con ediciones matutina y vespertina, hecho inédito en la prensa anarquista del mundo entero.

Dicho sea de paso, los responsables del catálogo de los archivos de la FLA. indican que el trabajo realizado debe parte de su buena factura a la consulta del archivo de Washington Pereyra, el mismo que consultó Sarlo buscando tramas que confrontar y escenarios que superponer en su análisis de la experiencia de la modernidad en la Buenos Aires de los 20.

Y ya que estamos de nuevo en *Una modernidad*: la oportunidad, aunque más no sea, de rozar el tema de la prensa y la literatura ácratas otra vez es pasada por alto. El momento justo de hacerlo podría haber sido el capítulo dedicado a la revolución como fundamento de la escritura. La revolución rusa pudo haber sido saludada por todo el arco de las ideologías rebeldes pero ya al cabo de un año los periódicos anarquistas empezaban a dar cuenta, según su óptica, de que la promesa soviética estaba siendo desviada y traicionada por el poder bolchevique; opiniones que se radicalizaron desde 1921 a raíz de los hechos de Cronstadt.

Y la guerra civil española. Ahí están los *Carteles* de Rodolfo González Pacheco desde Valencia, Madrid, La Mancha y Aragón. Editorial Americalee los recopiló en 2 volúmenes en 1956.

Beatriz Sarlo es, seguramente, la arqueóloga más reconocida, por su obra y trayectoria, de nuestra cultura. Además de los dos libros que hoy comentamos está *La imaginación técnica*, sus artículos en *Punto de Vista* y el resto de su producción crítica. Pero se nos permite llamar la atención sobre estas últimas ausencias. Sobre todo porque los textos anarquistas no han tenido la fortuna de ser expulsados del universo estético como las narraciones semanales sino que se los pretendió acallar a fuego y plomo.

Lo dijimos al principio: los αρχαι de una cultura son inevitables; los que Sarlo desempolvó revisando archivos y aun estos αρχαι que, portando una paradoja en el nombre, parecen ser el mayor síntoma de la cultura, su fundamento y su negación pero en todo caso la condición de posibilidad para el edificio de una cultura autodeterminada: los an-αρχαι.

BIBLIOGRAFÍA

- Sarlo, Beatriz; *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Catálogos editora, 1985.
- Sarlo, Beatriz, *Una modernidad periférica*. Buenos Aires 1920 y 1930, Ediciones Nueva Visión, 1988
- Eagleton, Terry, *Una introducción a la teoría literaria*, Madrid, FCE., 1988.
- Havelock, Eric, *La musa aprende a escribir*, Barcelona, Paidós, 1996
- Segal, Charles, *La musique du Sphinx*, París, Ed. La Découverte, 1987 (fragmento traducido por la profesora María Eugenia Croglano)
- *Catálogo de publicaciones políticas, sociales y culturales anarquistas (1890-1945)*, Federación Libertaria Argentina, Biblioteca-Archivo de Estudios Libertarios (FLA-BAEL), Ed. Reconstruir, 2002.
- Andreu, Jean, Fraysse Maurice y Golluscio de Montoya, Eva, *Anarkos. Literaturas libertarias de América del Sur. 1900*; Buenos Aires, Ed. Corregidor, 1990
- González Pacheco, Rodolfo, *Carteles*, Buenos Aires, Editorial Americalee, 1956

Pensar a Halperín

Por Alejandro Moreira ()*

Tulio Halperín Donghi territorializa, es decir diseña la base geográfica, del sentido de la historia social desde la ironía poética y la tragedia. Situado en una gran excentricidad interpretativa, se transforma en el más grande historiador argentino para los académicos, a favor y en contra, de su estilo exasperante para el lector –nos dice Moreira– y de sus métodos más clásicos que innovadores de investigación.

La singularidad de Halperín, en la cual no es posible ignorar elementos existencialistas, identifica unívocamente a su obra y se refleja, entre otros provocativos abordajes, en su análisis del peronismo como una contingencia alejada absolutamente de la voluntad de su hacedor, o en su mirada desprovista de matices historicistas; como lo destaca Moreira: “Tal mirada marca también la valoración que Halperín nos ofrece sobre la utilidad del conocimiento histórico. De su lectura no puede inferirse que la historia no enseñe nada sino, más precisamente, que aunque lo hiciese las posibilidades que esa enseñanza posee para incidir en el curso del mundo son mínimas, o nulas”.

I

Tulio Halperín Donghi es unánimemente considerado el más importante historiador argentino contemporáneo. En sus escritos se encuentran las mejores y las más bellas páginas de historia que se hayan escrito en este país. Bajo su figura se reorganizó el campo historiográfico a partir de 1984, su producción ha marcado muchos y muy diversos estudios (casi se diría que demasiados), y como se ha observado en muchas oportunidades, su influencia excede en mucho los marcos de la disciplina histórica.

En suma, Halperín es venerado por sus pares, quienes encabezan las instituciones públicas y también privadas del sector, goza de la admiración de la elite intelectual contemporánea, aquella que, en sus orígenes, se nucleó en torno a publicaciones como *Punto de Vista*, y también, no temamos decirlo, concita nuestro respeto y sobre todo nuestro interés por muchas razones, algunas de las cuales intentaremos esbozar en las páginas que siguen. Por obvia, la magnitud del fenómeno no deja de ser sorprendente: las recientes *Jornadas de Pensamiento Argentino* volvieron a mostrar hasta qué punto esta obra sigue siendo ineludible cuando se trata de abordar el principio, el origen, del Estado argentino –pienso, por caso, en la vigencia de *Tradición política e ideología revolucionaria de mayo*, a más de cuarenta años de su publicación–, pero también, de manera menos previsible, cuando se trata de pensar el fin del Estado nacional (y el de la historia que le es consubstancial), y en éste último caso hemos tenido oportunidad de asistir a debates en los que las referencias expresas y las alusiones

–desiertos y agonías– se inscribían en un universo en donde Halperín parecía acomodarse sin dificultades con argumentaciones inspiradas largamente en autores como Zizek, Badiou o Negri: un modo de recepción que difícilmente pueda asimilarse con la que le tributan las cofradías que venimos de mencionar.

Ahora bien, cuando decimos que el campo historiográfico se redefine a partir de Halperín, no aludimos sólo a la provisión de temas de estudio e investigación, ni tampoco a la consolidación de una tradición de discurso inspirada por esa obra; mucho más profundamente Halperín es nuestro gran historiador porque ha diseñado el mapa contra el cual todo aquel que intente, por fuera o por dentro de la profesión, adentrarse en ese territorio deberá necesariamente toparse. Ejemplar, en este caso, es el lugar de *Revolución y Guerra* en la disciplina. Este libro habla del derrotero de una elite “creada, destruida y vuelta a crear por la guerra y la revolución”, elite, observemos, que en principio se correspondería con un grupo social delimitado pero que por momentos parece una mera hipótesis del autor, a la manera de un presupuesto del pensamiento que sin embargo permite el desenvolvimiento de una argumentación excepcional, la construcción de uno de los grandes monumentos historiográficos del siglo pasado. Lo que nos importa remarcar es que *Revolución y Guerra* es el rostro mismo de nuestro siglo XIX, en otras palabras, cumple un rol análogo a aquel que Rancière, pensando en el caso francés, atribuye al influjo de la obra de Michelet: ofrece una base geográfica para la nueva historia, base que debe entenderse como la territorialización de un sentido, un espacio simbólico

a partir del cual será posible, para los futuros historiadores, enfrentar ese período, y que sólo habrá de romperse cuando otra obra de la misma magnitud venga a reemplazarla.

Es evidente que el conjunto de aspectos que hemos bosquejado habilitan las perspectivas y los registros políticos, ideológicos e historiográficos

El estilo define la singularidad de Halperín: el estilo es, entonces, la tensión que resulta de la combinación entre, por un lado, la generalidad de códigos (históricos, filosóficos, literarios, ideológicos) que son la condición de posibilidad del acto de escribir una historia, y, por otro lado, la singularidad que atañe a la aparición de ese acto, combinación que debe entenderse como una decisión del lenguaje en su conjunto. En algún sentido, esta definición puede asociarse con el concepto de “calidad literaria” que Hayden White ha acuñado en *El contenido de la forma* para explicar el atractivo que aún hoy ejercen los grandes clásicos de la narrativa histórica-calidad que no debe identificarse con el estilo verbal o la elocuencia retórica, “como si pudiese disociarse el estilo del significado, o la forma retórica del contenido semántico”.

más diversos para explicar la excepcionalidad de Halperín. *Patricia* viviente, figura consular y voz oficial de la historiografía social, lo llama Daniel Campione¹ en un juicio que, sin ser falso, desatiende una cantidad demasiado grande de problemas (resultado irremediable de un modo de interpretación que recuerda en su estrechez los análisis que Josep Fontana realizara sobre la escuela de *Annales*), y que, lejos de aclarar, más bien tiende a obscurecer la específica posición de Halperín al interior de la corporación de historiadores. Desde otra perspectiva, Ignacio Lewckowicz², advirtiendo la transformación que ha hecho de nuestro autor una referencia colectiva obligada, ha propuesto pensar a Halperín como

el nombre de “un conjunto inestable de prácticas” que signarían la situación contemporánea del campo intelectual. A partir de allí se traza el derrotero de toda una generación, desde la vanguardia revolucionaria de los 70 a la extinción de la figura del intelectual y la consecuente profesionalización de las ciencias sociales: un ejercicio que permite circunscribir de manera implacable el modelo del intelectual progresista imperante en el mundo académico (y digamos de paso, su ineluctable agotamiento). Si la referencia a Halperín puede en ese contexto parecer casi arbitraria y, en muchos sentidos discutible, el análisis verdaderamente deslumbrante que Lewckowicz realiza en torno a lo que llamaremos la apatía irónica y sus muy precisos efectos políticos e historiográficos, toca de lleno la obra del historiador y constituye, quizás, una de las pocas críticas de envergadura que se le haya realizado.

Sin desconocer la importancia de ese tipo de cuestiones y lecturas, nuestro interés se dirigirá hacia otro tipo de problema, el que por ubicarse en el centro de la escena quizás tendamos a olvidar: la excepcionalidad de Halperín, aquello que marca la diferencia con sus pares, se afina muy evidentemente en el valor historiográfico específico de su obra.

En el horizonte de la reflexión que Jacques Rancière ensayara en *Los nombres de la historia*, la hipótesis que guía nuestra indagación es que la poética que subyace en el nivel profundo del trabajo historiográfico se expresa en un estilo determinado. En nuestro caso, el estilo define la singularidad de Halperín: el estilo es, entonces, la tensión que resulta de la combinación entre, por un lado, la

generalidad de códigos (históricos, filosóficos, literarios, ideológicos) que son la condición de posibilidad del acto de escribir una historia, y, por otro lado, la singularidad que atañe a la aparición de ese acto, combinación que debe entenderse como una decisión del lenguaje en su conjunto. En algún sentido, esta definición puede asociarse con el concepto de “calidad literaria” que Hayden White ha acuñado en *El contenido de la forma* para explicar el atractivo que aún hoy ejercen los grandes clásicos de la narrativa histórica, calidad que no debe identificarse con el estilo verbal o la elocuencia retórica, “como si pudiese dissociarse el estilo del significado, o la forma retórica del contenido semántico”.

II

En principio corresponderá, a modo de un estado de la cuestión, precisar ciertos rasgos del posicionamiento de Halperín. Hemos señalado ya, extensamente, la adhesión que su obra concita en los grupos y en los campos más diversos. Sin embargo, tal reconocimiento no debe hacer olvidar ciertas aristas que, de algún modo, matizan ese cuadro. En primer lugar, habrá que recordar que Halperín ejerce una influencia universal pero no ha generado, estrictamente hablando, una escuela. Como se sabe, quien ocupa el pedestal más alto está previsiblemente rodeado de discípulos que habitualmente, luego de la muerte del maestro, se convierten en sus “viudas”, pero no es este el caso: Halperín no tiene discípulos, como si su misma singularidad lo impidiese. Su obra, que ya abarca más de medio siglo, y cuya referencia o cita es casi una obligación

académica de cualquier trabajo que se precie³, no ha sido sino muy acotadamente estudiada. Ciertamente es que los dos trabajos más conocidos en torno a la historiografía de Halperín son de una calidad notable:

La historia desquiciada, Tulio Halperín Donghi y el fin de la problemática racionalista de la historia, del Grupo O x í m o r o n

—texto en muchos sentidos pionero, y que, en su despliegue⁴ excede en mucho el tema que lo convoca—, y la compilación de Roy Hora y Javier Trímboli, *Discutir Halperín* la que, a su turno, tiene la virtud de combinar textos muy distintos pero todos de una notable factura, como si la misma ausencia de una tradición posibilitara la formulación de argumentos de llamativa riqueza, lejos de las contrasenas, las jergas y las consignas que saturan otros campos de la crítica.

En cuanto a la práctica historiográfica y a la obra de Halperín se impone una

Cotejando dos textos de su autoría de distintas épocas (Halperín) dirá:

Este ensayo se distancia además de los anteriores porque —si se me permite usar un giro de moda en años pasados, que confío que no se habrá borrado del todo de la tornadiza memoria porteña— ha sido escrito ya desde un lugar diferente.

Obviamente, en nuestra perspectiva el conjunto de esos señalamientos no resiente en absoluto la valoración de su obra, por el contrario, en la medida en que pone en evidencia una excentricidad paradójica respecto del mundo académico, vuelve su estudio todavía más interesante. Lo que es seguro es que los análisis convencionales que imperan en el ámbito universitario difícilmente pueden ofrecer instrumento alguno para indagarla. En efecto, no es ni en la elección del objeto, ni en los “marcos teóricos-metodológicos” utilizados por el autor, donde se encontrará la clave que singulariza y explica la historiografía de Halperín. Para ello será necesario volver la mirada hacia otro lado.

En primer lugar, se ha señalado que en el modo narrativo la imagen del proceso examinado se apoya en juicios implícitos que se validan en la misma trama narrativa. Sin dudas, tal carácter –que en ocasiones se enuncia como reparo epistemológico hacia el género en cuestión– es atribuible a la historiografía de Halperín. De allí el fenómeno de una reflexión que se adivina ardua pero que no se hace explícita sino que permanece subsumida en el relato –paradigmático– es el caso de *Una nación para el desierto argentino*. Un segundo rasgo, verdaderamente central, es la ironía de Halperín. La utilización recurrente de ese procedimiento otorga a sus textos un tono único –en ocasiones la realidad se vuelve francamente una sátira– con las consiguientes dificultades en la lectura.

delimitación que ayudará a precisar algunas de nuestras premisas. Cuando los historiadores de todas las latitudes se han preocupado a lo largo de los años por introducir en la disciplina, modelos, métodos y aun lenguajes de otros

campos del saber, Halperín se ha mantenido más bien indemne a tal gesto, en verdad nunca ha dejado de ser un historiador tradicional, anclado en modelos historiográficos clásicos, fácilmente individualizables. Desde cierta perspectiva podría, incluso, afirmarse que muchas de sus obras –las que versan en particular sobre historia de las ideas, pero no sólo ellas– nos remiten a una forma de interpretación bastante desacreditada hoy –después de Foucault– como

es la denominada “historia genética” en donde el acento se coloca en el trazado de “influencias”.

He aquí un sesgo arcaico que se percibe también en el lenguaje del autor, lenguaje que excluye expresamente cualesquiera de los conceptos de moda que atraviesan o hayan atravesado el mundo académico, Halperín ha logrado lo que es casi una hazaña: escribir miles de páginas sin mencionar

la palabra “discurso”. Y cuando se avenga a hacerlo tomará todos los reparos: así, cotejando dos textos de su autoría de distintas épocas dirá:

Este ensayo se distancia además de los anteriores porque –si se me permite usar un giro de moda en años pasados, que confío que no se habrá borrado del todo de la tornadiza memoria porteña– ha sido escrito ya desde un lugar diferente.

Obviamente, en nuestra perspectiva el conjunto de esos señalamientos no resiente en absoluto la valoración de su obra, por el contrario, en la medida en que pone en evidencia una excentricidad paradójica respecto del mundo académico, vuelve su estudio todavía más interesante. Lo que es seguro es que los análisis convencionales que imperan en el ámbito universitario difícilmente pueden ofrecer instrumento alguno para indagarla. En efecto, no es ni en la elección del objeto, ni en los “marcos teóricos-metodológicos” utilizados por el autor, donde se encontrará la clave que singulariza y explica la historiografía de Halperín. Para ello será necesario volver la mirada hacia otro lado.

Si, por otro lado, desplazándonos a otro orden de problemas, observamos los modelos dominantes en las grandes escuelas históricas del siglo XX, debemos concluir que la adscripción de Halperín resulta más ambigua de lo que hubiera podido pensarse. Por un lado, es evidente que esta obra se produce y se inspira de lleno en el horizonte de la escuela de *Annales*, y bastará recordar que Braudel concedió “hiperbólicamente” a Halperín el honor de ser el único que había comprendido algo del propósito de *El Mediterráneo*

*y el mundo del Mediterráneo en la época de Felipe II.*⁵

Pero si, desde otra posición, seguimos las grandes premisas que (si hemos de creer a los manuales) guiaron a *Annales* y más tarde a la Nueva historia en el esfuerzo de hacer de la historia una verdadera ciencia social –larga duración, eclipse del relato, “desacontecimentación” y, en términos generales, neutralización de la dimensión temporal entendida tanto como principio de inteligibilidad y como condición de cientificidad– su inclusión en tal paradigma sería cuanto menos problemática: las influencias son una evidencia de sentido común, pero la práctica de Halperín expresa, más, bien un movimiento diferente, sino contrario.

Es por esa razón que el contraste entre la práctica de Halperín y las recomendaciones que Foucault formulaba en su *Debate con los historiadores*, de 1978, resulta un tanto curiosa: Allí Foucault propone como categoría la “acontecimentación” y complementariamente la “desmultiplicación causal”, y, ante ello no podemos menos que observar que ese ejercicio es precisamente el que Halperín ha practicado con maestría a lo largo de toda su trayectoria, (como por otra parte lo han hecho casi todos los grandes historiadores del siglo), de donde es lícito preguntarse si ese debate habla de la perspicacia del pensador o sencillamente pone en evidencia la desafortunada situación del grueso de los historiadores franceses para la época. Ocurre que en Halperín, ese acento en la desmultiplicación causal se realiza amparándose en las figuras más clásicas –de allí también, una vez más– su arcaísmo. El lugar que ocupa en su obra el relato biográfico es, en ese sentido, ejemplar:

la biografía interesa en tanto que es en una vida en donde se condensan y expresan las múltiples tensiones que constituyen el entramado mismo de la realidad. Esa vida puede ser más o menos ejemplar, puede revelar o no una actitud colectiva, pero en cualquier caso sólo en ella, en esa singularidad, puede capturarse el curso de la historia.



Hay una manera de resolver el tema provisoriamente, considerando la obra como un caso de historia narrativa, de acuerdo a la definición propuesta por Lawrence Stone⁶: “Creemos legítima considerarla de ese modo puesto que en todos los casos el modo narrativo

imperar por sobre el analítico”⁷. En ese contexto será necesario determinar los rasgos que singularizan la narrativa de Halperín, lo que nos permitirá delinear ciertos temas que son centrales para nuestro argumento.

En primer lugar, se ha señalado que en el modo narrativo la imagen del proceso examinado se apoya en juicios implícitos que se validan en la misma

sino que permanece subsumida en el relato –paradigmático– es el caso de *Una nación para el desierto argentino*.

Un segundo rasgo, verdaderamente central, es la ironía de Halperín. La utilización recurrente de ese procedimiento otorga a sus textos un tono único –en ocasiones la realidad se vuelve francamente una sátira– con las consiguientes dificultades en la lectura⁸. La crítica en Halperín es irónica, pero en nuestro caso la ironía no es sólo un arma retórica, ella es mucho más profundamente uno de los elementos constitutivos de lo que podríamos llamar la visión o la filosofía de la historia que subyace en la obra. En efecto, ese sesgo se hace manifiesto en los casos en que el autor aborda relatos biográficos de letrados e intelectuales, lo cual no es sorprendente si recordamos la definición que Halperín ha dado de éstos⁹, pero lo cierto es que tal carácter connota buena parte de su producción, se lo experimenta en la caracterización de la suerte corrida por una escuela historiográfica como el revisionismo, o también, para tomar un ejemplo al azar, en las peripecias seguidas por la economía de la Cuba socialista, y los ejemplos podrían multiplicarse ilimitadamente.

De allí ese aire de trágico escepticismo y aun de melancolía que se trasunta en la mayoría de sus historias y que, como venimos de indicar, alcanza su expresión más acabada cuando se despliega a partir de una historia de vida de un intelectual, porque allí a la presencia del Destino y el conflicto irresoluble se agrega el abandono metafísico que completa el cuadro. Este es el estilo de Halperín:

No sólo, entonces, se combate en Echeverría el pensamiento y la acción, hay algo también más hondo



trama narrativa. Sin dudas, tal carácter –que en ocasiones se enuncia como reparo epistemológico hacia el género en cuestión– es atribuible a la historiografía de Halperín. De allí el fenómeno de una reflexión que se adivina ardua pero que no se hace explícita

que ellos, algo que hace que ambos sean vistos como formas de comportarse, como actitudes que se juzgan en cuanto puros gestos, desprovistos de toda finalidad y de todo propósito, gestos más o menos adecuados a ese revolucionario en literatura y política que se desearía ser. Es esa imagen ideal lo que es preciso salvar por encima de todo. Está ahí, en esa seca deliberación, en esa resistencia a todo generoso abandono lo que quien quiera hacerlo puede llamar la culpa de Echeverría. Quizás sea más justo decir que ese era su límite, un límite que lo encerraba inexorablemente en ese árido mundo de esquemas ideológicos. Porque Echeverría no podrá ya huir de esa estructura por la cual se siente sin embargo oprimido. Ni, a pesar de esa opresión, se lo propondrá jamás seriamente. Este universo sin aire será para siempre el suyo y el llamado a la realidad que es el rasgo más constante del pensador a la vez que del poeta habrá de señalar la relación tensa y ambigua —esperanza y desesperación— que lo liga con ese mundo que se ha construido, pues es a veces trasunto de opresión y angustia que nacen de esas criaturas descaradas, a veces afirmación insolente de que esas imágenes sin vida son más reales que la realidad misma.

Tal mirada marca también la valoración que Halperín nos ofrece sobre la utilidad del conocimiento histórico. De su lectura no puede inferirse que la historia no enseñe nada sino, más precisamente, que aunque lo hiciese las posibilidades que esa enseñanza posee para incidir en el curso del mundo son mínimas, o nulas.

Dentro de ese nudo temático podrían integrarse un orden vasto y hetero-

géneo de problemas. De momento nos interesa citar las consideraciones de algunos autores que aunque escuetas permiten vislumbrar un campo de análisis próspero, y que constituyen otras tantas fuentes de inspiración de nuestra empresa.

En *La ética Picaresca*, Horacio González, ha sugerido que en la obra de Halperín se hace manifiesta

una particular tensión entre dos dimensiones heterogéneas: historia social, por un lado, e interpretación trágica, por otro. Tensión que en último término se resuelve mediante la disolución de la última en la primera, es decir, del saber trágico en la historia.

Por su parte, Hilda Sabato y Maria Teresa Gramuglio, han formulado lo que, en nuestro conocimiento, es la primera alusión a la ironía entendida, en este caso, como la poética que estructura la historiografía de Halperín¹⁰, caracterización recogida más tarde por Carlos Altamirano.

Por último, podemos mencionar la complejidad de la escritura de Halperín, una escritura cuya sintaxis parece diseñada para aturdir al lector y en donde se despliegan mecanismos clásicos del discurso de la historia pero llevados a su máxima tensión: la combinación del estilo indirecto con la mimesis, el desplazamiento del sujeto de la acción hacia entidades abstractas que devienen actantes y en ocasiones monopolizan por completo la trama —mecanismo, por lo demás,

Si pensamos en los diversos trabajos en los que Halperín abordó el fenómeno peronista, se diría que en su perspectiva éste movimiento se explica más como producto de un concurso de factores conjugados en una determinada coyuntura histórica, a mediados del siglo XX —entre “la interminable crisis política” y “la tormenta del mundo”—, que como resultado de la voluntad de sus hacedores.

central para bosquejar un designio que excede el saber y la voluntad de los actores, es decir para la instauración de la interpretación trágica, etc. Mecanismos todos que marcan el escepticismo de Halperín: entre los propósitos y las acciones de los

En el cierre de un libro muy reciente –*La Argentina y la tormenta del mundo*–, nos recordará que en la etapa en que se trazaron las grandes líneas de la política económica y social que iba a implantar el peronismo:

La Argentina siguió más de cerca que nunca en su historia previa el ejemplo de Europa. Lo hizo precisamente cuando la Gran Bretaña vencedora y las naciones liberadas encarnaban su reconstrucción de posguerra: la nacionalización del Banco Central siguió en un pocos meses a la del Banco de Inglaterra, la de los depósitos bancarios fue sólo un tímido sucedáneo de la de los mayores bancos privados que Francia acababa de implantar, y la nacionalización de los ferrocarriles británicos en la Argentina fue, por su parte, un eco de la que ya había tenido lugar en el Reino Unido.

hombres y el curso del mundo existe un abismo insondable e irremediable, los hombres, en verdad, nunca llegan a conocer sus circunstancias, pero es más que dudoso que el historiador llegue en efecto a aprehenderlas.

He aquí delineados algunos rasgos ineludibles que caracterizan la historiografía de nuestro historiador. Como indicáramos creemos que la noción de estilo historiográfico que hemos bosquejado más arriba permite pensar

en la práctica de Halperín, en aquello que lo singulariza. Analizar el estilo implica integrar el examen de la dimensión propiamente escritural, su nivel “figurativo” y su nivel “literal”. El lenguaje, entonces, no tiene nada de decorativo, ni de azaroso, sino que es central para la interpretación de la obra histórica.

III

En este apartado, intentaremos bosquejar algunos rasgos básicos de la práctica de Halperín a través del examen de algunos momentos de su reflexión sobre el peronismo, reflexión que, si bien es fragmentaria, ha ocupado un lugar importante en sus preocupaciones a lo largo de un extenso período.

Si pensamos en los diversos trabajos en los que Halperín abordó el fenómeno peronista, se diría que en su perspectiva éste movimiento se explica más como producto de un concurso de factores conjugados en una determinada coyuntura histórica, a mediados del siglo XX –entre “la interminable crisis política” y “la tormenta del mundo”–, que como resultado de la voluntad de sus hacedores. En este caso se verifica también la disociación entre la intención del actor y el curso del mundo: el peronismo no es exactamente aquello que Perón se propuso o imaginó, aunque en rigor nunca sepamos cuáles fueron sus últimas intenciones. Pero esa primera aproximación que remite a una contingencia, a la especificidad de esa experiencia leída en general bajo parámetros histórico sociales, se complementa con otra de signo muy diferente en donde se busca asumirla mediante su inscripción en la tradición política del país, y aquí de lo que se trata, como observa Luis Alejandro Rossi¹¹, es de “encontrar una clave que permita comprender los elementos permanentes de la política argentina” desde el siglo XIX hasta el presente. Lo que importa observar, es que esta tradición, tal como la presenta Halperín, no se asienta en instancias materiales ni tampoco en la “larga duración braudeliana”, sino en una

peculiar estilización de la historia. Esa tradición, acierta entonces Rossi:

Parece convertirse en un marco de sentido que atraviesa las configuraciones ideológicas que va tomando el liberalismo argentino a lo largo del tiempo, es decir, parece tomar rasgos peligrosamente ontológicos en tanto son capaces de atravesar encrucijadas sociales que sus protagonistas experimentan como cierres de períodos...

El peronismo debe entenderse, entonces, en ese cruce, entre contingencia y una tradición que lo trasciende y que otorga inteligibilidad al entero proceso. En suma, un sentido que el menor debutante en las ciencias de la sospecha podrá desbaratar de un golpe —problema que en verdad no nos enfrenta específicamente con Halperín sino más precisamente con el discurso de la historia y en particular de toda historia nacional en donde, por definición, lo que importa es precisamente el sentido.

Empero, no es nuestra intención internarnos en éste tema, arduo entre todos¹², sino más precavidamente mencionar, de modo breve, algunos efectos que se desprenden de los dos momentos que hemos reseñado más arriba y que remiten a lo que, siguiendo vagamente a Michel de Certeau, llamaremos la función crítica de la práctica historiográfica de Halperín.

La primera aproximación —el peronismo como contingencia— habilita al ejercicio de disolución del sentido común y de las mitologías historiográficas y políticas, tarea en la que, como sabemos, Halperín se ha empeñado a lo largo de toda su trayectoria. Todavía, en el cierre de un libro muy

reciente —*La Argentina y la tormenta del mundo*—, nos recordará que en la etapa en que se trazaron las grandes líneas de la política económica y social que iba a implantar el peronismo:

La Argentina siguió más de cerca que nunca en su historia previa el ejemplo de Europa.

Lo hizo precisamente cuando la Gran Bretaña vencedora y las naciones liberadas encarnaban su reconstrucción de posguerra: la nacionalización del Banco Central siguió en un pocos meses a la del Banco de

Inglaterra, la de los depósitos bancarios fue sólo un tímido sucedáneo de la de los mayores bancos privados que Francia acababa de implantar, y la nacionalización de los ferrocarriles británicos en la Argentina fue, por su parte, un eco de la que ya había tenido lugar en el Reino Unido.

Tal función crítica debe entenderse como una interpelación que depende pero al mismo tiempo define el signo de la ironía, entendida en un sentido amplio, como la poética que estructura la obra. Importa observar que si a esa articulación se le quita la función crítica, la interpelación irónica puede adquirir los sentidos más diversos: de arma de la crítica a madre de todos los consensos, y algo de eso hay en el último Halperín.

Ahora bien, lo que creemos importante poner de relieve es que también la segunda aproximación, aquella que busca las claves del fenómeno en las permanencias, y que versa sobre esencias y teleologías no deja de tener efectos muy concretos en el plano de la crítica cuando se la contrasta con las visiones, figuras y debates que dieron inteligibilidad a las grandes tradiciones historiográficas e ideológicas del siglo XX.

Si por momentos el proceso subsume a lo singular (y de ese modo el gesto parece ajustarse a las normas), en otras circunstancias es la historia de vida la que impregna el relato histórico, lo que equivale a decir que en la tortuosa relación que se establece entre el héroe y su mundo, éste no funciona como principio último de inteligibilidad. He aquí los rasgos básicos de la tensión que, en este caso, se da entre biografía, tragedia e historia en Halperín.

Evoquemos en este contexto una hipótesis, tan breve como célebre, mencionada en *Una nación para el desierto argentino* que alude a la tradición política argentina, hablamos de aquella que advierte la deuda que tantos movimientos tienen con el Partido de la Libertad y su pretensión de

representar a la sociedad entera, a todas las aspiraciones legítimas. Concepción que gravitará por mucho tiempo aun entre aquellos que la ignoran y cuyos ecos Halperín encontrará en Hipólito Yrigoyen y, todavía, en “las autodefiniciones que para el peronismo propuso su inventor y jefe”. En un párrafo, Halperín traza entonces una línea que ofrece una clave para entender un rasgo decisivo de la política argentina; línea –hemos de creer– que atravesaría la entera historia nacional permitiendo esa extraña secuencia en donde el General Mitre se encuentra, tan luego, con el General Perón. Halperín formula una hipótesis revulsiva, que trastoca todos los cánones, pero sin modificar el marco en los que éstos se asentaban. En otras palabras, tal hipótesis sólo es posible en el contexto de una lectura de la tradición de rasgos “peligrosamente ontológicos”. Sólo que ella se dice escuetamente, como un comentario marginal, apelando a la vaguedad de un “eco”; en última instancia es una mera hipótesis, un

gesto, en suma, que no está sujeto a argumentación y en ese sentido recuerda la función que cumple la anécdota emblemática en Halperín, anécdota condensadora de muchos sentidos, que justamente porque los condensa a todos en un pase de magia, no tiene necesidad de desarrollar ninguno, o a aquellas comparaciones como la que asocia el asesinato de Elena Holmberg, durante la última dictadura militar, con el asesinato de Camila O’Gorman durante el régimen rosista para medir el impacto que uno y otro crimen pudieron tener sobre la opinión pública porteña, a más de un siglo de distancia. Correspondería, también en este caso, preguntarse si estamos frente a un rasgo distintivo de Halperín o si quizás todos estos gestos que con frecuencia evocan procedimientos metafóricos, y específicamente a la catacresis, no son quizás constitutivos del discurso histórico. En cualquier caso, no hay duda de que Halperín no se escapa de la crítica “anti-esencialista”: así, por ejemplo, es la volubilidad de las clases medias “urbanas” las que, en su opinión, explican en buena medida el golpe de estado de 1930, la deriva del frondicismo y también, mucho más cercanamente, los acontecimientos de diciembre de 2001.

En resumen, nos interesa poner de relieve dos procedimientos de signo muy diverso en cuya conjunción se lee la historia, en este caso el peronismo, que se asume en principio como contingencia, en otras palabras como un acontecimiento sin necesidad a priori, pero que, sin embargo, sólo alcanza inteligibilidad al interior de un sentido, un proceso que lo trasciende. En cualquier caso, la desacralización está en el centro de la escena: el

peronismo no produce nada, en todo caso es producido por la coyuntura y por la historia. Simultáneamente, ambos procedimientos ponen de relieve los diversos caminos a través de los cuales se realiza la función crítica de esta operación, y sus efectos políticos sobre una formación cultural. Tal función crítica debe entenderse como una interpelación que depende pero al mismo tiempo define el signo de la ironía, entendida en un sentido amplio, como la poética que estructura la obra. Importa observar que si a esa articulación se le quita la función crítica, la interpelación irónica puede adquirir los sentidos más diversos: de arma de la crítica a madre de todos los consensos, y algo de eso hay en el último Halperín.

Sin apartarnos del estudio sobre el peronismo, intentaremos ahora poner de relieve otros mecanismos y procedimientos, también muy evidentes en la obra del historiador.

Veamos en este caso dos lecturas de *La larga agonía de la Argentina peronista*. La primera pertenece a Jorge Myers¹³:

Para Halperín, si he entendido correctamente su muy complejo argumento, el régimen peronista de 1946-55 instauró un proceso revolucionario en el orden social argentino, cuyas plenas consecuencias sólo se irían develando con el transcurso de los años, pero esa revolución habría sido una revolución fallida, en tanto dio nacimiento a una sociedad cuyas características distintivas entraban en colisión con la estructura económica de la misma. Dicho en otras palabras, la experiencia peronista había engendrado efectivamente una revolución, pero era ésa una revolución insostenible.

Y sobre la interpretación en cuestión agrega:

En un momento cuando la mayoría de las corrientes historiográficas se retiran con premura de toda interpretación que pueda parecer culpable de alguna connivencia con el marxismo herido de muerte, (ésta) resulta combativa y refrescante

En un registro muy diferente, que atiende al terror militar –“el desquite póstumo del cuerpo de oficiales y el escarmiento inolvidable que impondría a la sociedad”– Horacio González¹⁴ ha propuesto una mirada de ese mismo trabajo, pero en este caso anclada

en la tensión entre las categorías del moralista –el exceso, el escarmiento, la reparación– y las categorías propias del historiador, para pensar las transmutaciones de la conciencia colectiva vinculadas a aquella experiencia.

Semejante disparidad de perspectivas de análisis podría hacer pensar que refieren a textos diferentes. Sin embargo es la conjunción de ambas la que hace que esa *Larga agonía* no sea meramente la del Estado de Bienestar sino precisamente de la Argentina peronista. De lo que se trata entonces es, por un lado, de una incompatibilidad entre el nuevo modelo de sociedad y las posibilidades reales de la economía para mantenerlo

En esa articulación tan compleja, en ese equilibrio inestable y ambiguo se lee el estilo de Halperín, una escritura por momentos exasperante que no es una forma para contenidos que subyacen, sino el sentido mismo producido por la operación historiográfica. En líneas generales, ese estilo transmite una mirada muy específica en donde el relato histórico se ve, las más de las veces, surcado por categorías inspiradas en la tragedia.

—interpretación primaria del discurso histórico que no depara mayores sorpresas, casi una antigüedad como bien repara Myers— y por otro, se trata de la mirada del historiador en lucha con la del moralista, conflicto

El estilo es en definitiva una singularidad respecto de un género. Ocurre que en nuestro caso se trata de un género que no posee una definición concreta. Intentar esa empresa supone ingresar en un terreno escabroso que habla de una disciplina constituida por reglas que en algunos casos pueden ser formalizadas pero en otros no. Cualquiera sea el caso, si es verdad que la naturaleza de un saber sólo puede conocerse a partir del examen de la práctica que instaure, el estudio de la historiografía de Halperín podría ser de utilidad para adentrarnos en el análisis de aquellos procedimientos que definen a la historia como género de discurso específico, si es que ello es, en efecto, posible.

que no encontramos en ningún manual de la disciplina.

Ésta última no es privativa de este texto, el mismo Myers ha señalado que *La Argentina en el callejón* se explica a través de “dos conceptos articuladores del universo valorativo de todo el ensayo: la abdicación y la traición”. De modo que podemos decir que en Halperín la entera crisis argentina del siglo XX se tramita a través

de la abdicación, la traición, el exceso, el escarmiento y la reparación. Lo que interesa es observar de qué modo esa mirada se compone con la historia. Y aquí hay que decir que Halperín juega con todas las instancias de manera inigualable, el trasvase de tales categorías en las propiamente históricas no significa en modo alguno su anulación, Halperín las expondrá y las hurtará alternativamente, sin que ninguna termine por imponerse de manera definitiva; unas y otras parcelas de sentido se

informarán mutuamente y, al fin de cuentas, la inteligibilidad última del relato no se encontrará en ninguna de ellas sino en todas, o mejor dicho en un golpe—el golpe de escritura que las dice y las suelda: allí se encuentra un indicio de la experiencia estética tan particular que nos deja la lectura de Halperín, allí se lee el tiempo histórico y el Destino. Por otra parte, esa ambigüedad habilita un gesto tan distintivo de Halperín como es el de esfumarse en el texto aboliendo toda mediación: nunca sabemos exactamente quién habla, si el historiador, sus personajes, o la historia misma. Estrategia de mimetización de donde resulta sin embargo una mirada olímpica, siempre a distancia, siempre en fuga, en la que el juicio del historiador sobre su objeto puede opacarse indefinidamente— es eso, así creo, lo que perturba a Horacio González en el caso de *La larga agonía*, o en todo caso lo que personalmente me perturba en ciertos trabajos del autor: ese simulacro de la mirada agnóstica: la del hombre que observa con mesurada resignación el acontecer del mundo y deja al lector el juicio final sobre la historia que se cuenta, a sabiendas de que el mundo es indecifrible y que ese juicio es imposible. Pero también debemos observar que, en otros casos, ese juicio puede ofrecerse sin mediaciones e incluso con ferocidad (es lo que Myers señala cuando hablando de *La Argentina en el callejón* recuerda que “la culpa de Frondizi, su déchéance moral y política, era también la de toda la sociedad argentina en su conjunto, y la de su sector social más representativo —la clase media— en particular”).¹⁵

Si dirigimos nuestra atención a los trabajos destinados a letrados e

intelectuales advertiremos un gesto análogo: en principio el historiador confunde su voz con la de su personaje. A esa primera duplicación se sucede otra: la que remite a la racionalidad de la historia, de modo que lo que se constata es una colisión entre la historia de vida y la lógica del proceso en la que esa vida transcurre. El historiador, siguiendo las reglas que definen a la disciplina, buscará la confluencia entre ambas dimensiones, pero el resultado es muchas veces una neutralización recíproca. Si por momentos el proceso subsume a lo singular (y de ese modo el gesto parece ajustarse a las normas), en otras circunstancias es la historia de vida la que impregna el relato histórico, lo que equivale a decir que en la tortuosa relación que se establece entre el héroe y su mundo, éste no funciona como principio último de inteligibilidad. He aquí los rasgos básicos de la tensión que, en este caso, se da entre biografía, tragedia e historia en Halperín, tensión cuya clave de lectura, al menos en el caso de los intelectuales, debe mucho a aquel pasaje con que J. P. Sartre concluye su Baudelaire:

Et telle es sans doute sa singularité, cette 'différence' qu'il a cherché jusqu'à sa mort [...] et les circonstances quasi abstraites de l'expérience lui ont permis de témoigner avec un éclat inégalable de cette vérité: le choix libre que l'homme fait de soi-même s'identifie absolument avec ce qu'on appelle sa destinée.

Sin duda, en un marco general, la historia en última instancia impone su lógica: integra la biografía en

el curso del mundo y disuelve los resabios del relato trágico. Pero no siempre es así: en El letrado colonial como inventor de mitos revolucionarios: Fray Servando Teresa de Mier a través de sus escritos autobiográficos, —aquel fraile que inspirara *El mundo alucinante* de Reinaldo Arenas— Halperín franquea el límite: su visión de ese letrado a la vez “atípico” y “ejemplar” se acerca más a la tragedia que a la historia, nos encontramos, en suma, con un escrito fuera de los cánones de la disciplina, pero que en su excepcionalidad pone en evidencia un rasgo típico que subyace implícito en la mirada de Halperín: el verdadero sujeto de la ironía no es el personaje sino el Destino mismo.

IV

He aquí, en fin, algunos elementos desordenados que indican las influencias, las inspiraciones y los rasgos decisivos de la obra de Halperín: historia económica-social, *Annales*, *Contorno*, relatos de vida (e incluso de sus aspectos más privados), claves de lectura, anécdotas emblemáticas, paradojas, categorías de la tragedia, y a todo ello puede agregarse, la cita del autor olvidado, la referencia al archivo más insondable (o la ausencia de toda referencia), la crítica sin concesiones de todas las certezas, el comentario malicioso, la sospecha de todas las novedades: en suma un haz abigarrado de indicios históricos acompañados por una erudición que no deja de asombrarnos, (pero que en otras épocas muchos compartían). Ocurre que el conjunto de esos elementos no es nada sin un tono que los contenga y condense.

En esa articulación tan compleja, en ese equilibrio inestable y ambiguo se lee el estilo de Halperín, una escritura por momentos exasperante que no es una forma para contenidos que subyacen, sino el sentido mismo producido por la operación historiográfica. En líneas generales, ese estilo transmite una mirada muy específica en donde el relato histórico se ve, las más de las veces, surcado por categorías inspiradas en la tragedia. Se trata, debemos advertir, de dos momentos indisolubles, si la historia termina imponiendo su lógica en el plano de los enunciados, es en el plano de las figuras donde anida la riqueza de esta obra. Tal es, por lo demás, la marca de Halperín, lo que lo hace un clásico: el análisis de una singularidad toca en su recorrido un motivo, un argumento, una imagen universal; sólo que ese pasaje no pertenece al orden de la argumentación sino al de la persuasión: no se dice, se induce mediante específicos mecanismos retóricos.

Es ese movimiento el que la historia como disciplina científica no puede, por un lado, dejar de advertir, al tiempo que muestra tantas dificultades por aprehender: *Revolución y Guerra* se llama en inglés: *Politics, Economics and Society in Revolutionary Period*, traducción que resume todo el problema que plantea la historiografía de Halperín, un misterio que sin duda remite a los procedimientos literarios que constituyen a la disciplina y a sus dilemas.

*A su amigo E. Manet que le decía que él también tenía ideas para hacer versos, Mallarmé le retrucaba que no es con ideas cómo se escriben poemas, sino con palabras.*¹⁶

Por último, suponemos que el esquema que hemos esbozado en las páginas anteriores permite imaginar una vía productiva para reflexionar sobre la singularidad del autor, aquello que marca la diferencia con sus pares, y que como indicábamos, pone de manifiesto el valor estrictamente historiográfico de su obra.

Ahora bien, es evidente que toda nuestra argumentación se asienta en un presupuesto: el estilo es en definitiva una singularidad respecto de un género. Ocurre que en nuestro caso se trata de un género que no posee una definición concreta. Intentar esa empresa supone ingresar en un terreno escabroso que habla de una disciplina constituida por reglas que en algunos casos pueden ser formalizadas pero en otros no. Cualquiera sea el caso, si es verdad que la naturaleza de un saber sólo puede conocerse a partir del examen de la práctica que instaura, el estudio de la historiografía de Halperín podría ser de utilidad para adentrarnos en el análisis de aquellos procedimientos que definen a la historia como género de discurso específico —si es que ello es, en efecto, posible—. A modo de ejemplo, podemos entonces centrar nuestra atención en ese rasgo tan peculiar del estilo de Halperín, el barroquismo de su prosa, un lenguaje, se ha dicho ya, que incorpora a su sintaxis la misma complejidad de las situaciones que relata y que por lo demás revela un arte que nuestro historiador ejerce con maestría, el ensamble entre narración de acontecimientos y descripción de estructuras. Pero, en otro registro, podemos también, amparándonos en Paul Ricoeur, pensar que ese barroquismo es el medio a través del cual la narración no sólo da cuenta de

una historia sino que pone en escena el tiempo, o los tiempos, en los que esa historia se realiza –una elaboración poética, en fin, que persigue y representa la experiencia de la temporalidad. Si esta hipótesis es buena, el estilo de Halperín no interesaría ya como singularidad sino como indicio de aquello que por esencia define a la historia.

(*) **Universidad Nacional de Rosario**

NOTAS

1. Daniel Campione, *Argentina, la escritura de su historia*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, 2002. El esfuerzo por situar el estado de la cuestión de la historiografía contemporánea en la Argentina de Campione, es realmente ponderable, lamentablemente una visión demasiado ideologizada que desatiende una cantidad de evidencias (que por lo demás pueden leerse en la profusa información que brinda el mismo texto) hace que el esfuerzo se resuelva en consignas sin fundamento y en ocasiones en juicios y definiciones completamente equivocados. No se trata de que no compartamos la opinión del autor sobre el grupo hegemónico de los intelectuales e historiadores argentinos, cuyas prácticas en la política universitaria durante la era de Menem, lejos de significar una alternativa al orden vigente constituyeron de hecho su mejor complemento. Sólo que el argumento de Campione abrevia en casi todos los lugares comunes de la izquierda universitaria, en sus versiones tradicionales, una izquierda que en su agotamiento (pero también en sus buenas intenciones y en su mala fe) no ha podido presentar la más mínima alternativa política a ese orden que se desea reemplazar, por la sencilla razón de que sus prácticas, a su turno, lo reproducen. En suma, la posición de Campione es el mejor reaseguro para que la elite intelectual sobreviva indefinidamente.

2. Ignacio Lewckowicz, “Una mirada sin embargo sombría”, en Roy Hora y Javier Trímboli (compiladores), *Discutir Halperín*, Ed. El cielo por asalto, Buenos Aires, 1997.

3. Ya no nos sorprende –casi nos parece normal– que Julián Gallego, en lo que seguramente es el mejor libro de historia que se haya publicado recientemente en la Argentina, elija precisamente comentar un pasaje de Halperín –que indica de qué modo el consenso ideológico de nuestro presente incide sobre la investigación del pasado– para iniciar su indagación sobre un tema sin embargo tan lejano como es la invención de la política en la Grecia clásica.

Gallego, Julián, *La democracia en tiempos de tragedia. Asamblea ateniense y subjetividad política*, Universidad de Buenos Aires y Miño y Dávila editores, Buenos Aires, 2003.

4. En una ocasión en la que, junto con Alejandro Eujanian, tuve oportunidad de consultarlo sobre el análisis, por momentos deslumbrante, que el Grupo Oximoron llevó a cabo en torno a *Una nación para el desierto argentino*, –análisis que en última instancia ubica a ese trabajo como una suerte de ruptura epistemológica al interior de la disciplina–, Halperín, advertido del ambiguo tratamiento al que su figura es sometida, respondió simétricamente:

Leí parte del libro y la verdad es que mucho no me interesó; creo que esa gente debería tener cosas más importantes de qué ocuparse. Con respecto a ese libro, puedo contestar recordando un pasaje de Corneille: el rey Mitríades hace a una mujer una proposición de las que se llaman deshonestas y entonces ella contesta que no merece ese exceso de honor ni esa indignidad. Realmente yo debería sentirme muy halagado cuando la gente de Oximoron dice que terminé con la disciplina histórica, pero creo que con esta disciplina no termina nadie, en el fondo la tesis de Oximoron es una evaluación innecesariamente dramática de lo que le ocurre a la historia.

Alejandro Moreira y Alejandro Eujanian, “El presente no inspira para indagar el pasado” –entrevista a Tulio Halperín Donghi– en el periódico *El Ciudadano & La región* (colección Grandes Líneas, dirigida por Martín Prieto), Rosario, 25 de mayo de 1999.

5. Tomamos la referencia de Fernando Devoto, *Estudios Sociales, Revista Universitaria Semestral*, año X, N° 18, Santa Fe, Argentina, 1° semestre de 2000, pp. 123-135.

6. La narrativa se entiende como la organización de un cierto material según una frecuencia ordenada cronológicamente y como la disposición del contenido dentro de un relato único y coherente... *La narrativa difiere de la historia estructural de dos maneras: su ordenación es descriptiva antes que analítica y concede prioridad al hombre por sobre sus circunstancias. Por lo tanto, se ocupa de lo particular y específico más que de lo colectivo y estadístico.*

Lawrence Stone, “El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia”, en *El pasado y el presente*, México, FCE, 1986.

7. Incluso un trabajo como *Guerra y finanzas en los orígenes del Estado Argentino (1791-1850)*, dedicado a estudiar la dimensión fiscal de la transformación política del período, es un texto de historia narrativa.

8. El enigma al que el lector atribulado se enfrenta a menudo refiere al alcance irónico: ¿consiste éste alcance en dar a entender lo contrario de lo que se dice o en disimular lo que se dice dando a entender, muy ostensiblemente, lo contrario? Debo a Nora Avaro este comentario que, estimo, remite a un curso dictado por Juan Rito en la Universidad Nacional de Rosario.

9. En lo que posiblemente sea la única ocasión en que Halperín se dignó a exponer las premisas que guían su trabajo, Halperín ofreció la siguiente imagen del intelectual y de su relación con la sociedad:

El intelectual parece entonces como el soberano de un reino que no es este mundo [...] es esa postulación de un orden jerárquico paralelo al político social, la que caracteriza entonces al intelectual en su relación con éste último. Esa postulación esconde a menudo otra aún más extrema: para el intelectual, la jerarquía que él domina como tal tiene primacía sobre el político-social: en efecto, ésta deriva su legitimidad de la conclusión que el intelectual parece ofrecer para sostenerla, y la invocación de una autoridad distinta y más alta que la de la sociedad se da tanto en Joseph de Maistre como en Rousseau. En ese sentido puede decirse que la función del intelectual es siempre crítica.

Halperín, “Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica”, en *Revista Mexicana de Sociología*, N°44, enero-marzo de 1992.

10. Es interesante citar el párrafo en cuestión. Dicen las autoras:

Si es verdad que en el nivel profundo del trabajo histórico subyace una poética, la de Halperín debe mucho a la ironía, y en esto se aproxima a Borges, cuya provocativa posdata de 1974 de ‘Recuerdos de Provincia’ de Sarmiento tal vez aprobaría. Allí decía Borges: ‘Sarmiento sigue formulando la elección de los argentinos. Si en lugar de canonizar al Martín Fierro hubiéramos canonizado al Facundo, otra sería nuestra historia y mejor.

María Teresa Gramuglio e Hilda Sabato, “De la biografía como forma de historia”, en *Punto de Vista*, año IX, N° 26, abril de 1986.

11. Luis Alejandro Rossi, “Las interpretaciones del peronismo en la obra de Tulio Halperín Donghi” en Roy Hora y Javier Trímboli, *Discutir Halperín*, Ed. El cielo por asalto, Buenos Aires, 1997.

12. Quien se disponga a enfrentar tal dilema deberá también contemplar el muy preciso efecto político que ha asumido en nuestro presente la cantinela que advierte sobre los riesgos de las teleologías y los esencialismos a la hora de leer el pasado argentino. En efecto tales prevenciones han funcionado a menudo como coartada para no predicar, no apostar absolutamente nada

13. Jorge Myers, “Tulio Halperín Donghi y la historia de la Argentina contemporánea”, en Roy Hora y Javier Trímboli (compiladores), *Discutir Halperín*.

14. Horacio González, “Culpa y escarmiento. Cómo habla la historia en el terror”, en Roy Hora y Javier Trímboli, *Discutir Halperín*.

15. Al respecto, quizás no esté de más evocar libremente la diferencia que el mismo Myers situó entre *La Argentina en el callejón* y *La larga agonía de la Argentina peronista*: el primero es un ensayo que se ubica en el interior del proceso que aspira a explicar —como el *Facundo*, reafirma Myers—, el segundo, en cambio, es una mirada desde el exterior, “es tan sólo una historia”, nos dice sugestivamente Myers; en suma el primero es un ejercicio del pensamiento, el segundo un ejercicio del conocimiento. Quizás, desde esta perspectiva, *La larga agonía de la Argentina peronista*, no sea sólo el final de una sociedad, sino también del pensamiento que la acompañó.

16. Debo este comentario a Lorenzo Menoud, de la Universidad de Ginebra.

¿Los muchachos de antes no usaban gomina?

Por María Angélica (Kato) Molinari (*)

Con el comentario de una obra olvidada, *Un muchacho de San Telmo*, María Angélica “Kato” Molinari, relata las andanzas de su autor el Vizconde de Lascano Tegui, un cronista barrial con inquietudes líricas. Su temática costumbrista era variada, esa variedad que tiene que ver con la dispersión, con una incierta despreocupación, con una observación que genera un suceso a partir de cualquier intrascendencia. De humor irónico, aunque momentáneo, como dice Kato. Vizconde autoungido, ostentaba un controvertido talento literario. *Bon vivant* practicante, de origen proletario, hubiese sido un condenado al trabajo cotidiano, pero en los tribunales callejeros de San Telmo, Emilio Lascano Tegui, fue absuelto apelando a la astucia propia de la porteñidad histórica. Si bien su sabiduría era extensa, su adquisición, tenía mayor relación con el rítmico transitar por los adoquines, que con los armoniosos silencios de las bibliotecas.

Muchacho de San Telmo

Autor:

Vizconde de Lascano Tegui, 1887-1966

Edición consultada:

Ed. Guillermo Kraft Ltda, Bs As, 124 p. con ilustraciones de Alejandro Sirio.

Apuesto a que Borges, a quien no se le escapaba mosca que vuela aunque sí animales de mayor porte y peligrosidad, no debe haber dejado de percibir este continuum poético e incisivo.

Por otra parte, unos cuantos estudiosos o aficionados a la literatura equipararon al vizconde con el Hombre de la Vaca. Escribo ferroviariamente porque el hombre tiraba de una vaca a lo largo de la calle Florida y luego la embarcaba en el ferrocarril Mitre, con destino a su casa. Periférico, el hombre resultaba pintoresco a los escritores del Grupo de Florida. En cuanto al seudo vizconde, como corresponde al título de nobleza que usurpó, no hizo nada en su vida, no trabajó (ay, Hegel, quién es el amo, quién el esclavo). Durante años fue conservador de la casa del general San Martín, quien alcanzó a disfrutarla durante dos años apenas. Vivía en París pero para sustraerse de la Revolución del 48 eligió esta casa. Como escribí arriba, la muerte lo alcanzó allí. Lascano Tegui, en cambio, gozó de la canonjía durante muchos años.

Como todo hijodalgo que se precie practicó aquel ocio creador pregonado por Platón (?) y la escritura lo salvó del tedium vitae. Ni más ni menos. Sería bueno que los amantes de la literatura, los sociólogos, los antropólogos, los historiadores de la ciencia y en fin, todos los seres que conservan intactas su capacidad de asombro, su curiosidad, leyeran este libro. Libro que parece descuidado y anárquico (un manojito de poemas apuntalado por una métrica que oscila entre las ocho y diez sílabas pero que conforma un texto). Un solo texto poblado por un humor irónico aunque momentáneo.

Nada de ensañamientos. El autor señala, describe lo que le gusta y no le gusta también. Aunque en suma, ya lo sabremos más adelante, lo que al vizconde le gusta es la vida.

Algunos dicen que nació en Concepción del Uruguay, Entre Ríos, pero en este poemario

(su sexto libro) sostiene que nació en el barrio de San Telmo, calle Estados Unidos 313. Su madre era una maestra pobre, la Rita, que daba clases en una escuela de las inmediateces, establecimiento al que asistían niños también pobres. Los burlones de siempre gritaban que Rita, la maestra, enseñaba en una escuela de linyeras. En otro pasaje de este texto entrelazado (preferiré denominarlo entretexo) el vizconde se refiere así a un muchachito del vecindario:

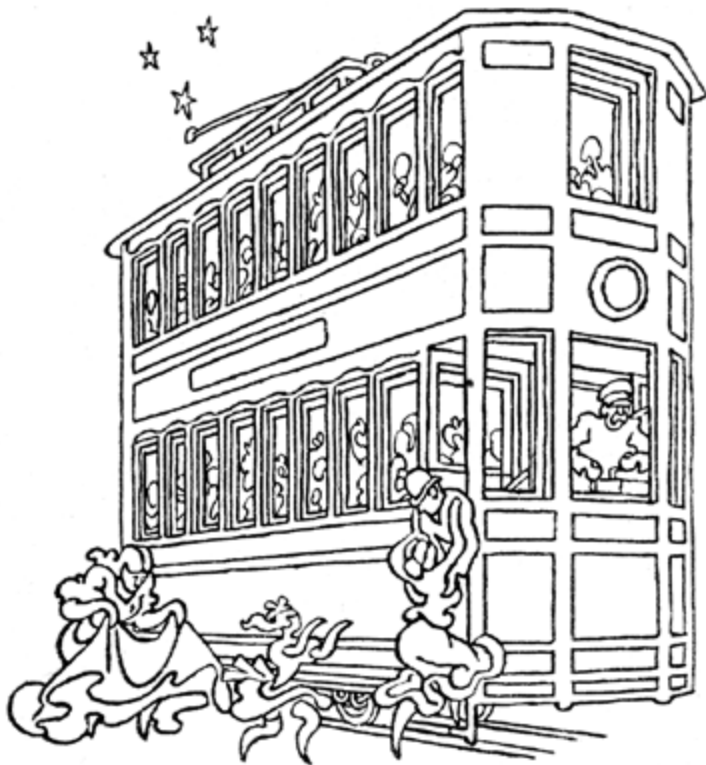
Méndez, un chico bonito que lleva en el jopo un peine (p.3).

El lector ve a Méndez con su aditamento. En la misma página el autor confiesa que espía, detrás de las persianas, a sus vecinas de la calle Estados Unidos:

De las tres Margarita es la más linda y usa lentes. Mira con la boca abierta y es gangosa. Sol e Irene son bellas y flacas como palos. No se quieren. Tienen las voces quebradas y el rosicler de la fiebre pone en sus mejillas flácidas dos redondeles de herpes.

Sería bueno que los amantes de la literatura, los sociólogos, los antropólogos, los historiadores de la ciencia y en fin, todos los seres que conservan intactas su capacidad de asombro, su curiosidad, leyeran este libro. Libro que parece descuidado y anárquico (un manojito de poemas apuntalado por una métrica que oscila entre las ocho y diez sílabas pero que conforma un texto). Un solo texto poblado por un humor irónico aunque momentáneo. Nada de ensañamientos. El autor señala, describe lo que le gusta y no le gusta también. Aunque en suma, ya lo sabremos más adelante, lo que al vizconde le gusta es la vida.

En la página 4 el autor alude a misas herejes celebradas en el barrio. No se necesita perspicacia para pensar en Carriego. Mientras tanto nos entera de noticias mínimas aunque significativas. En el sigloXIX y principios del XX los ciegos vendían fósforos (oxímoron) y no las ballenitas que se popularizaron después (p.15).



Este muchacho mordaz pero tierno y sensible entiende de arquitectura, pintura, da cuenta de las costumbres, las vestimentas, las bebidas (tendría que escribir brebajes). En algún momento el atisbo de queja: Vivo en una época cursi y la culpa es de Espronceda (p.16). Saltarín, el autor parece omnisciente ya que tres páginas después habla del derrumbe de la piedra movediza de Tandil, todo un acontecimiento que conmovió a muchos, en especial a

aquellos que la vieron danzar (p.19). Dicho sea de paso, no era precisamente un voyeur pero sí era lo que las señoras de antes hubieran tildado de meterete:

Yo he visto nacer el foot-ball a la vera de San Telmo, y los ingleses honrados llamaron fiel' al terreno que les devolvió la gloria de verse niños y eternos como que son los parientes de los discóbolos griegos.

Me resulta imposible no evocar a mi amado Oliverio Gironde cuando leo: "Con un reloj de oro-fix que hace tic-tac en los senos". Y también a Baldomero Fernández Moreno, por su poética ciudadana itinerante de hombre que reparaba en todo y que no se dejaba apresar por la métrica así nomás. El vizconde se ocupa de la prostitución en el barrio, de las colectividades y sus costumbres. Recrea a los vascos que en el almacén juegan al mus y al truco (pp.45, 46). En la página 47 reproduce una partida de truco (!).

Pero al vizconde le tira el circo (p.49), cosa que no le impide soñar por la noche con gitanos que lo raptan y lo descoyuntan (p.50). En cuanto al sexo, elige transcribir el sueño recurrente de su compañero: "Nos tocó siempre andar juntos en chismes, bromas y enredos" (p.49). "El compañero sueña con Amazonas de caderas abultadas y dos carozos por senos" (p.50).

Las páginas 53, 54 y 55 están pobladas por el recuerdo agradecido del médico Golfarini, quien lo asistió durante cuarenta días consecutivos para salvarlo del tifus.

En este *bric-a-brac* o caleidoscopio entra y sale de todo. En las páginas 56 y 57 el vizconde se encarga de describir parcialmente, claro, la urbanización de la ciudad de Buenos Aires. Y a medida que mira, con gracia y picardía despliega alabanzas al mate (pp.63, 64 y 65).

Abandono el teclado, me asomo a la ventana. Me descubro preguntándome cómo, de dónde el muchacho



de San Telmo está al tanto de todas las enfermedades y de la terminología médica de la época. El escorbuto, la tuberculosis, la sífilis, otras venéreas, la sinovía, el herpes (¿cuál, el A o el B?).

Me resulta imposible no evocar a mi amado Oliverio Girondo cuando leo: “Con un reloj de oro-fix que hace tic-tac en los senos”. Y también a Baldomero Fernández Moreno, por su poética ciudadana itinerante de hombre que reparaba en todo y que no se dejaba apresar por la métrica así nomás. El vizconde se ocupa de la prostitución en el barrio, de las colectividades y sus costumbres.

Más allá, (lejos de mí la intención de desmerecer la originalidad de esta obra) pienso en Zola y su valiosa repercusión rioplatense. Cambacéres, Ugarte, del Valle Iberlucea...

En su recorrida el vizconde no se priva de aludir al compadrito ítalo-argentino (a los hijos de españoles los nombra neoargentinos), cuando fija sus ojos en los caballos, que forman La Cuarta. Y descubre que el cuarteador, de buenazo nomás, practica abortos porque no puede ver mujeres desdichadas (p.68).

*No sé leer, no sé hacer números, pero
en mi alma
Hay una fiesta.*

.....
*—De las aulas de mi madre sólo ha
salido un poeta.*

Misterioso, el autor se refiere al “condesable de las letras argentinas”. Cuesta saber si nombra a José Hernández, a Vicente López y Planes o a Guido y Spano, de los que en el fondo se mofa (pp.71-76).

Con economía de recursos, el vizconde recrea los soldados, todos con distintos y raídos uniformes pero portadores de un Remington pesadísimo y bayoneta en el cinto (p.84).

Y, qué maravilla. En la p. 85 el autor describe sumariamente a la Biblioteca Pública, que, como es sabido, empezó a funcionar en una o dos piezas interiores en Moreno y Perú.

Avanza el muchacho hacia el centro y se planta frente a la fachada del diario *La Prensa*, sito en la calle Moreno (seguramente leía los telegramas expuestos en las pizarras). En Perú y Venezuela detectó el Montepío y más allá la oscura Casa de la Moneda. El chiquilín que aprendió a leer en el libro *La Anagnosia* termina su cinético poema con palabras criollas sin saber, quizá, que era dueño de una estética propia, algo que no muchos escritores logran.

*Echo la tranca a este libro
Que da al jardín
De mi infancia.
Con oros, copas y bastos,
Acabo de irme a Barajas.*



(*) Licenciada en Letras por la Universidad Nacional de Córdoba.



Nota bene: La autora de esta crítica procuró imitar las fracturas aparentes que exhibe el entretexto del vizconde. De ahí que, puesto que Lascano Tegui saltaba de un tema a otro sin preocuparse por la ilación, resolví hacer lo mismo. De lo contrario habría escrito una monografía o un remedo de tesina. Me sentiré complacida si el lector capta el paralelismo.

NOTA

1. Por *field*, campo de juego

Arquitectura y memoria

Si se confirmase la hipótesis que sugiere David Viñas, según la cual el pensamiento de la ciudad es un pensamiento de la política, las configuraciones urbanas nos hablarían de una economía del espacio, de un conjunto de relaciones que se trazan en él, centros y periferias, lugares vinculados a las redes de flujos —ahora diríamos globalizados— y otros marginales respecto a esas dinámicas, de velocidades diferenciadas. La ciudad como expresión de los modos de ser actuales, pero también genealogía de nuevos modos por venir. La ciudad es, al mismo tiempo, una arquitectura de la memoria, con sus visibilidades y sus napas invisibilizadas bajo las narrativas oficiales. Memoria de luchas, proyectos colectivos y genocidios que reaparecen incesantemente impidiendo que la fastuosidad de ciertos estilos urbanos clausuren los traumas sociales.

*¿Qué significa el edificio de la Biblioteca Nacional en ese contexto?
¿Qué misterios oculta en sus infinitos recovecos? ¿Qué idea cultural subyace en su estética brutal?*

Con la asignación del lugar destinado al actual edificio de nuestra biblioteca nacional, se intentó, paradójicamente, disolver un pasado otrora incómodo; y cuando se quiere destruir una época no se hace

más que reafirmarla, como escribe Gerard Wajczman, nos recuerda Pablo Sztulwark en su artículo Ciudadmemoria: “Haber tenido lugar es tener un lugar”. Una verdadera política de la memoria urbana esbozada a partir de las formas de habitar los sitios convirtiéndolos en lugares acechantes, capaces de fugar de la indiferencia cotidiana que recorre una ciudad en sus temporalidades normalizadas.

Brutalismo culto define Raúl Souto, en su artículo Biblioteca y Estado al estilo arquitectónico de nuestra Biblioteca Nacional; y no es una incoherencia semántica, si el estilo brutalista muestra sin revoques ni eufemismos, las bibliotecas, son brutales. En otro sentido un anarquista (y los libros también tienen algo de ello) podría preguntarse lo mismo de los estados nacionales, si la respuesta tiene un lugar, es también en las bibliotecas.

Así es nuestra biblioteca, ese árbol simbólico con la savia de los libros en sus raíces, en las entrañas de los depósitos; que sube por el tronco y llega al follaje en las salas de lectura. Como rememora Jorge Ramos, hace menos de medio siglo un fantasma refundador pretendió levantar el templo del olvido derribando el pasado, pero los libros, siempre los libros, instalaron una ciudad –viviente como un árbol– de la memoria.

La ciudad de los libros

Por Jorge Ramos ()*

Si las bibliotecas están íntimamente ligadas con la memoria y ella con los lugares, nuestra biblioteca está ubicada en el espacio correcto, en los subsuelos viven (no yacen) los libros, un salón de lectura que los arquitectos denominan semienterrado que no tiene nada de tanatológico, porque el edificio parece siempre surgente, cubierto con esa geodésica pátina “gris Buenos Aires”. Despreocupado por atraer desde los convencionalismos estéticos, ostenta una impresionista y seductora fealdad, desprovista de curvas que otorguen armonía. Un diseño de impronta ecléctica, en el sentido de caótica, propia de la Argentina, algunos pisos están enterrados, otros sostenidos por fuertes columnas de hormigón y otros, simplemente, cuelgan de tensores, diferentes estructuras de soporte que remiten, en cierta forma, a una metáfora, de nuestras etapas históricas.

Borrar la memoria

Hace algo más de 30 años el impresionante edificio de la Biblioteca Nacional comenzaba a levantarse sobre las huellas de la demolida Residencia Presidencial, que hasta 1955 ocupara el predio limitado por Austria, Agüero y Avenida del Libertador. Se intentaba así, una vez más, borrar la memoria colectiva y a renglón seguido escribir una frase monumental de nuevo signo.

Buenos Aires ya conocía estas conductas. Este episodio nos trae a la memoria la noche del verano de 1899, cuando un influyente rematador de hacienda devenido Intendente Municipal, don Adolfo Bullrich, hiciera volar con dinamita la residencia Palermo de San Benito, popularmente conocida como Caserón de Rosas, en la intersección de las actuales avenidas Sarmiento y del Libertador, a pasos de la nueva Biblioteca. Para su desaparición, se adujeron razones de orden ideológico y de estética edilicia. Tomando partido por la conveniencia de la demolición, el diario *La Prensa* la consideraba un “acto educativo del sentimiento cívico” y aplaudía la decisión del Intendente de elegir como fecha la noche del 2 de febrero:

...de modo que el sol de Caseros no alumbre más ese vestigio de una época luctuosa, y que fue la morada del tirano.

En cuanto a edilicia, el mismo diario –en coincidencia con diversas opiniones del campo intelectual– planteaba que:

ninguna razón había para empeñarse en mantener en pie una construcción vulgar, destituida de todo carácter arquitectónico (...) cuya vista sólo

remueve memorias de sangre, de crimen y de opresión y barbarie.

Despejado el terreno, en 1900 dio comienzo una operación de ocupación simbólica con la inauguración del Sarmiento de Rodin (una magnífica obra escultórica implantada sobre los cimientos federales) y el rediseño de los jardines –ahora a la francesa– a cargo del paisajista Charles Thays.



Medio siglo más tarde, con argumentos similares, se borraba de la faz de la ciudad el casco de la ex-quinta Unzué, que luego había sido destinada a Residencia Presidencial. Esta vez le tocaba el turno a un símbolo de la cultura europeísta, un palacete ecléctico de inspiración anglo-franco-italiana, diseñado alrededor de 1890 y rodeado por un jardín, obra del mismísimo Charles Thays. El malestar oficial residía ahora, ya no en la “vulgaridad americana” de la arquitectura del Caserón de Rosas sino en la memoria de los últimos habitantes ilustres (uno “prófugo” y otra recientemente fallecida allí mismo): el Tte. Gral. Juan Domingo Perón y su esposa María Eva Duarte.

Las cuentas claras

En el caso de la Residencia, si por un lado el odio y la insensatez arrasaban con el patrimonio histórico, por otro lado se acertaba con la recuperación del paisaje, la apertura del predio al uso público y el destino cultural del nuevo edificio.

El albardón, tan negado en el borde urbano, sólo se disfrutaba esporádicamente en contados sitios, como el Parque Lezama, la Plaza San Martín, el área de Plaza Francia, el Parque Las Heras y las barrancas de Belgrano.

Fue decisión de la Comisión designada por el Ministerio de Educación y

Los autores hallaron una solución original y de alto impacto en el espacio urbano, diferenciándose de otros partidos arquitectónicos contemporáneos que optaron por otorgar protagonismo al siempre inmenso volumen del depósito de libros.

Justicia, en 1958, estudiar el emplazamiento de la nueva Biblioteca Nacional, elegir el terreno y llamar a concurso de proyectos, estableciendo en las bases la compatibilización de la

nueva construcción con el uso público de la barranca parquizada.

Dicho concurso se efectuó en octubre de 1962. El jurado adjudicó el Primer Premio al equipo integrado por los arquitectos Clorindo Testa, Alicia Cazzaniga de Bullrich y Francisco Bullrich, elogiando la integración al sitio, la claridad expresiva, estructural y funcional, así como el aprovechamiento de las visuales hacia la costa y el río desde las salas de lectura, las terrazas y la plaza seca de acceso.

Tal como ocurriera con otros notables edificios públicos de Buenos Aires (Catedral, Correo Central, Banco Nación), las obras demoraron décadas. Pasaron 31 años desde el proyecto hasta la habilitación. Tras el

trámite del concurso, la construcción se inició recién en 1971; diez años después sólo se había concretado la tercera parte; el 10 de abril de 1992 se inauguró protocolarmente y el 21 de septiembre de 1993 finalizó la mudanza del acervo desde el antiguo edificio de la calle México, recibiendo entonces al primer lector.

La obra

Los autores hallaron una solución original y de alto impacto en el espacio urbano, diferenciándose de otros partidos arquitectónicos contemporáneos que optaron por otorgar protagonismo al siempre inmenso volumen del depósito de libros. En la biblioteca de la Ciudad Universitaria de México, de 1952, Juan O’Gorman levantó un colosal mural prismático alusivo a las historias nacional y universal, custodiadas en sus entrañas. Del mismo año es la Biblioteca Central de la Ciudad Universitaria de Caracas, en la que Carlos Raúl Villanueva adoptó un lenguaje neutro y estructural para su imponente contenedor. Más recientemente, en 1997, Dominique Perrault nos asombró con su Biblioteca Nacional de Francia, cuyos depósitos son cuatro torres de cristal dispuestas a la manera de desmesurados libros abiertos.

A diferencia de los casos citados, en nuestra biblioteca, Testa y los esposos Bullrich (ahora Bullrich constructores) excavaron un hueco enterrando los depósitos, y a expensas de preservar el terreno en barranca para el goce colectivo, rediseñaron el parque acoplándolo a nuevas terrazas y a una plaza cubierta, sobrevolada ésta por una torre de hormigón (que no de marfil) rematada en una sala-mirador

para los lectores, con vistas hacia el lejano horizonte del Río de la Plata. De esta forma, sótano y salas flotantes ensayan un juego estratigráfico entre la memoria y la lectura de la memoria.

Ahora, el volumen a horcajadas sobre la loma ya no alude literalmente a los libros abiertos, como en las torres de Perrault, sino más bien a la caja (*theké*) de la *bibliotheké* griega; o más precisamente a dos cajas: la caja hundida y la caja eminente.

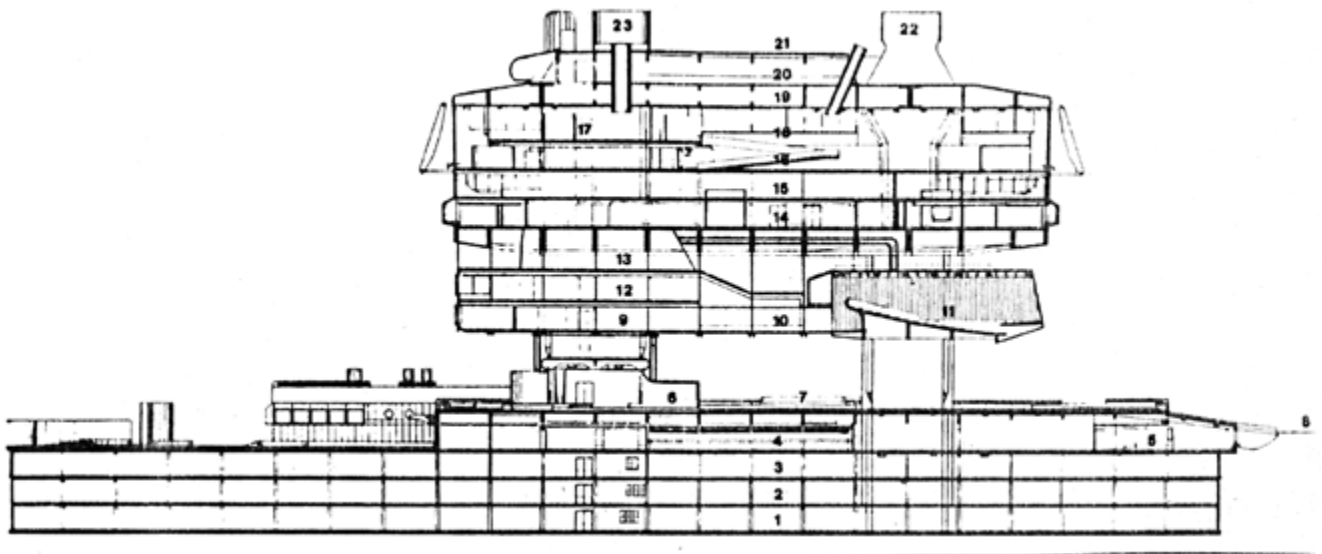
Con una sabia sensibilidad ambiental, esa caja eminente, ese cuadrúpedo erguido, se alza por sobre la arboleda existente, como un periscopio oteando el río, a la vez que dialoga con nueva lengua, a prudente distancia, con la masa de edificios vecinos, generando una particular situación urbana.

Refiriéndose a sus últimas obras, que orillan entre lo maravilloso y lo osado, alguien dijo que Clorindo es el que mejor agujerea una pared; quizás también sea el que mejor hace una moldura en clave contemporánea. Ahora bien, en la Biblioteca Nacional ¿no estamos ante una gran moldura? Pues sí; una gran

moldura severa y lúdica a la vez, paradójicamente pesada y aérea, como las máquinas sucesoras de los aerostatos.

Sin duda, nos encontramos ante un ícono urbano del saber, un monumento inquietante de gran potencia expresionista, el que más de una vez fuera asociado a la corriente neobrutalista de los años '60. Sin embargo, deberíamos reconsiderarlo como una obra en clave testiana (si nos atenemos al rol influyente de la estética de Testa en el equipo de diseño), que se aleja críticamente del puro funcionalismo para poner en acto una poética parlante de cierto nudismo dramático, con una osatura modelada casi artesanalmente; una obra de dimensión metropolitana moderna y arcaica a la vez, con esa ambigüedad radical tan propia de lo americano.

Y forzando los valores, diríamos que más que parlante, desde el pie de la lomada la biblioteca se nos muestra con una poética aullante, dejando asomar desde sus fauces la gran lengua-auditorio. Arriesgando metáforas, quizás se trate del grito de los ranqueles del excursionista Mansilla, o del moreno desgra-



¿No podríamos suponer, acaso, que entre las estanterías subterráneas, en ese pozo letrado de la Argentina profunda, en torno al caparazón del gliptodonte hallado en la excavación de los cimientos, aún se agitan en querellas interminables los fantasmas de los antiguos moradores de la quinta: Evita, Unzué y Cornelio Saavedra? Si hasta creemos haber escuchado, alguna vez, sus murmullos e insultos, que elevándose por las patas del cuadrúpedo retumbaban en sordina, allí arriba, en el salón de lectura.



ciado por el gaucho Fierro, o el coro de todas las voces de la raza cósmica.

¿No podríamos suponer, acaso, que entre las estanterías subterráneas, en ese pozo letrado de la Argentina profunda, en torno al caparazón del gliptodonte hallado en la excavación de los cimientos, aún se agitan en querellas interminables los fantasmas de los antiguos moradores de la quinta: Evita, Unzué y Cornelio Saavedra? Si hasta creemos haber escuchado, alguna vez, sus murmullos e insultos, que elevándose por las patas del cuadrúpedo retumbaban en sordina, allí arriba, en el salón de lectura.

Pero más allá de las inevitables sugerencias, recordemos lo que nos dijera Clorindo Testa: “lo que quise decir es lo que dicen las obras que hice”.

Empecinadamente, los autores sostuvieron el

diseño original a lo largo de tres décadas. Al respecto Testa afirmaba:

Después de tantos años sigue siendo una obra válida, aunque más tarde se la prefiera distinta. De la misma forma en que un cuadro no vuelve a ser trabajado una vez que lo dimos por terminado, el edificio de la Biblioteca se seguirá haciendo de acuerdo con el proyecto.

Suponemos que, a la luz de la obra reciente, hoy hubiera diseñado un objeto diverso, alejado tanto del monumentalismo como de ese tono “gris Buenos Aires”.

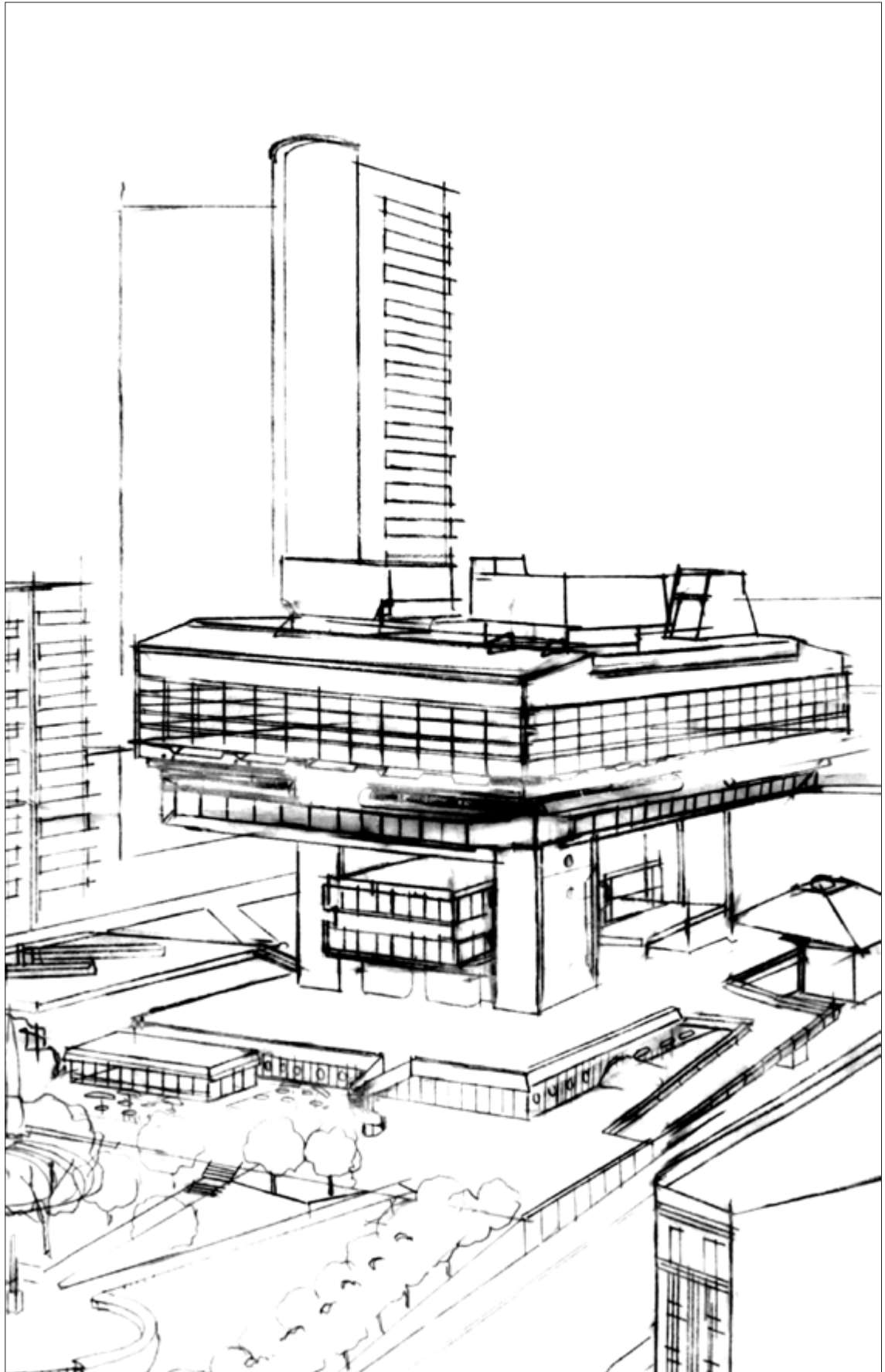
In conclusiones

Aunque habilitado en 1993, el edificio permanece inconcluso, sin el ala de su sombrero: los sutiles e indispensables parasoles que harían flotar la mole pétre sobre el parque. Mientras tanto, hoy remata en un neutro gavetón vidriado. Al respecto, Testa sostiene que el sistema de parasoles —suprimido por razones económicas—

nunca fue un agregado, sino que formaba parte de la concepción global del edificio, y tampoco era una cosa gratuita desde el punto de vista funcional.

Con este destino de catedral interminable, mientras lleguen los parasoles, quizás el gran armadillo siga escarbando al compás de los escribidores, para extender por el subsuelo de la pampa urbanizada la madriguera de las letras de la memoria. Cerrando estas reflexiones, apostamos a que la Biblioteca, a manos de algún nuevo “iluminado”, no corra la suerte del pampeano Caserón ni de la opulenta quinta Unzué. Sepámosla cuidar como patrimonio del futuro.

(*) Arquitecto/UBA



La política del espacio

Por Raúl Souto ()*

La Biblioteca trasmite una discursividad volumétrica basada en perfiles rústicos, de modernidad tardía por sus formas, por su simbología, abierta a diversas posiciones interpretativas, un dibujo de borrosa convencionalidad estética compensada con una estructura-granífica dinámica que, inmune a toda indiferencia, reclama la atención del espectador oyente, porque la biblioteca habla, no sólo desde los libros: “La dicción de una forma y su sustentabilidad técnica son adecuadas para la producción de un texto necesario”, afirma Raúl Souto. Un texto arquitectónico múltiple en el cual los planos de la coincidencia y la uniformidad no se intersectan, ni pertenecen a su geometría, que remite, siempre, a formas vivientes.

Biblioteca y Estado

Para el nuevo edificio de la Biblioteca Nacional *...el proyectista ha consultado todo lo más moderno en esta clase de establecimientos, imprimiendo también al monumento un carácter de estilo griego que responda al concepto de estas construcciones, severas al mismo tiempo que monumentales.*¹

La crónica, desde ya, no alude al edificio actual de la Biblioteca, como lo denuncia la referencia estilística. Aparece en *El Sud Americano* (periódico quincenal ilustrado) el 20 de septiembre de 1889². El monumento, según relata la crónica, se emplazaría sobre la Avenida de Mayo en la esquina frente a la Plaza Lorea; fue proyectado por el ingeniero-arquitecto Tamburini, quien en ese mismo año gana el concurso para el Teatro Colón. En ese momento y desde su creación, la Biblioteca Nacional (Biblioteca Pública hasta 1884) ocupa una antigua casa del siglo XVII en “La Manzana de las Luces”, en la calle Moreno, entre Perú y Bolívar, y la iniciativa del entonces ministro de Instrucción Pública, Dr. Posse, fue dotar a la Biblioteca de una sede adecuada y específica. El proyectista “ha consultado todo lo más moderno”, para ensamblar en una misma fábrica la eficiencia de la función y la eficacia de la metáfora; la dimensión métrica del espacio útil del archivo y la lectura, con la dimensión alegórica del monumento; es por eso que *...la elevación de la cúpula donde estará la estatua en bronce representando el Progreso, con un gran foco eléctrico, tendrá cincuenta metros de altura.*³ La elevada cúpula asentada sobre un tambor cuadrado anticipa en seis años la volumetría neoclásica del edificio del Congreso,

obra del arquitecto Vittorio Meano, socio de Tamburini y sucesor, tras su muerte, del proyecto y la construcción del Teatro Colón.

Este intento no pasa de su enunciación periodística y poco tiempo más tarde, en diciembre de 1900, se asigna a la Biblioteca Nacional, por decreto del presidente Roca, el edificio de la calle México n° 564 recientemente terminado y que fuera concebido por el arquitecto Morra para sede de la Lotería Nacional.

*Hoy que estrenamos, lectores y empleados, un verdadero palacio, puedo afirmar a los que con justicia se quejaban, que el trabajador más asiduo de la antigua biblioteca era también el peor acomodado en su despacho claustral, horno en verano si en invierno ventisquero, pero malsano en toda estación. Y con todo, no he podido abandonarla sin una impresión de tristeza, aquella celda oscura, donde entré joven y de donde salgo viejo, dejándola como impregnada de mi espíritu: allí he vivido, estudiado, escrito lo poco que de mí quedará...*⁴, decía Paul Groussac al tomar posesión, meses después, de la nueva sede. En el detalle icónico del ornamento de este nuevo edificio pueden hallarse los vestigios del uso original para el que fuera diseñado. En cambio, la versatilidad neoclásica del orden que compone la fachada invisibiliza el diseño converso que tuvo la obra; lotería y biblioteca disimulan, así, sus prácticas diversas, detrás del academicismo impostado del discurso Nacional. Un informe de la Biblioteca, cuarenta años más tarde, bajo la dirección del Dr. Martínez Zuviría hace referencia a los inconvenientes que genera el desajuste de una edilicia inapropiada para el uso que le fue asignado: “mala distribución, salones excesivamente

grandes o estrechos, de excesiva altura, que dificultan el trabajo y encarecen la calefacción; incomodidad de los altísimos depósitos que obligan a construir estanterías demasiado elevadas y a usar escaleras enormes y pesadas, con el consiguiente recargo de trabajo para el personal que entrega libros y realiza la limpieza. Es notoria también la falta de locales adecuados para el trabajo de los empleados y la falta de aire y luz de los locales del subsuelo. Debemos agregar la circunstancia de que está totalmente colmada la capacidad de sus depósitos con el medio millón de libros que en la actualidad posee”.⁵

Este informe coincide con un anteproyecto preparado en el año 1943 por el arquitecto doctor Arturo Ochoa. En junio de ese año, acompañando la gestión de facto del Gral. Pedro Pablo Ramírez, el Dr. Gustavo Martínez Zuviría, se hace cargo del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, en donde Ochoa es asesor. En este anteproyecto se incluye el nuevo edificio para la Biblioteca Nacional en un conjunto arquitectónico-cultural integrado por la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, en ese momento en construcción, la Facultad de Filosofía y Letras, la Escuela de Bellas Artes y el Conservatorio Nacional de Música y Arte Escénico. Pero otra vez, el proyecto del edificio adecuado y propio se deshilará en el ajeteo del hacer político.

Recién en el año 1960, año del sesquicentenario de la creación de la “Biblioteca Pública” por la Junta Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata, el Poder Ejecutivo, por decreto n° 6.123 del 31 de Mayo destina a la construcción del edificio de la Biblioteca Nacional, el solar de propiedad del Estado Nacional ubicado en la Capital Federal sobre las

*calles Agüero, Av. Libertador General San Martín y Austria...*⁶

El predio es el que ocupara la Quinta Unzué, ex Residencia Presidencial, demolida inmediatamente después del golpe de Estado del general Lonardi, y que por tal motivo *se encuentra libre de edificación [lo cual] posibilita encarar su aprovechamiento sin afectar servicios existentes* ⁷.

En un contexto político de turbulencias golpistas, en donde la gestión presidencial del Dr. Frondizi resignaba definitivamente los principios doctrinarios desarrollistas de su campaña electoral, se adopta la decisión política de impulsar la construcción de un edificio para la Biblioteca Nacional, acorde con la magnitud simbólica de la institución. Esta iniciativa se delinea como un gesto ampuloso por reafirmar, en medio de la desilusión que implicaba el rumbo económico adoptado, la preocupación por el desarrollo nacional, al menos, en el reducto “impoluto” de la cultura.

...construir una biblioteca es un buen punto de partida para rehabilitar a un país, cuya declinación no es solamente material ⁸, decía el Ministro de Educación Mac’ Kay, en ocasión del acto de celebración del sesquicentenario de la Biblioteca Nacional, y comprometía *la palabra del Gobierno en la ejecución de esta obra que, por disminuida que esté nuestra economía, no debe ser postergada* ⁹. Posiblemente, como funcionario comprometido en una gestión de gobierno que inauguraba el vínculo con los organismos acreedores internacionales hipotecando el futuro de la economía, el Ministro aclaraba que *la construcción de la Biblioteca tiene que ser una respuesta a quienes duden de nuestra preocupación por el futuro espiritual de los argentinos.*¹⁰

Cinco meses más tarde, a través del Decreto n° 3.661/61, el Poder Ejecutivo autoriza al Ministerio de Educación y Justicia a llamar a concurso de anteproyectos para la construcción del edificio de la Biblioteca Nacional.

En septiembre de 1960, en una charla por LRA Radio Nacional, el arquitecto Adolfo Storni, por entonces Director General de Arquitectura y Trabajos Públicos, y futuro asesor del concurso de anteproyectos, adelantaba a los oyentes los lineamientos que encauzarían la labor de los concursantes. *...hemos de encarar el "edificio propio", aquel elemento si no esencial, pero sí necesario que almacenará, resguardará y hará fructificar su patrimonio del saber, del sentir y del imaginar...* Se hace especial hincapié en las virtudes del emplazamiento, *único en la ciudad de Buenos Aires por el marco y características del lugar elegido [...] Desde su arbolada barranca [...] se domina el Paseo de la Recoleta, los estanques y jardines vecinos y por el abra milagrosa de nuestra ciudad de medianeras enmarcada por el Museo de Bellas Artes y las Casas de Palermo Chico se divisan las entrecruzadas tramas de las vías férreas, el puerto, el río... [...] En ese ámbito junto a la ciudad, sobre los caminos del cotidiano ir y venir, abierta la vista al mas allá de otras tierras y otros mundos, asentará su fábrica el nuevo edificio; su arquitectura deberá hacerlo útil a todos y ambientarlo como un sereno retiro recoleto.*¹¹

El concurso de anteproyectos permanecerá abierto durante más de nueve meses, *pudiendo participar los arquitectos con título expedido o revalidado por Universidad Nacional, y profesionales universitarios de otros países que lo hicieran asociándose o en equipo con*

*los nuestros.*¹² El extenso lapso de apertura, alienta la participación de estudios de infraestructura modesta.

De los veintiocho trabajos presentados, el jurado adjudica el primer premio a la propuesta de los arquitectos Francisco Bullrich, Alicia Cazzaniga y Clorindo Testa.

Brutalismo culto

En todo objeto arquitectónico subyace una tensión perenne entre persistencia y novedad. A veces esta tensión se expresa con intencionalidad elocuente; en otros casos pareciera prevalecer la lógica hegemónica de sólo una de estas dos polaridades. A veces lo que persiste, o lo nuevo, es la materia, la técnica, la forma; a veces es la sintaxis, la idea, el método. Esta tensión está vigente, perdura, desde el inicio ideativo del proyecto arquitectónico hasta la instancia última que habilita la demolición de sus ruinas.

La estética brutalista exagera esta tensión. Su sino de modernidad tardía escinde al objeto arquitectónico en soporte y mensaje, anticipando la discursividad posmoderna. La cita conocida es, por lo común, la materia; el hormigón armado, su eficacia estructural, su maleabilidad de molde. Lo conocido es también su lógica proyectual; no se aparta del cánón de la modernidad arquitectónica, de su fervor racional, de su vocación eficientista. De este modo, la razón funcional del soporte y la alusión simbólica del mensaje se densifican, también, en la disputa insuperable de lo aceptado y lo nuevo. La novedad que propone la estética brutalista es fundamentalmente retórica, enunciativa.

Habla a través de la aparatosidad robusta del sistema estructural, de las voluptuosidades de la forma, del desocultamiento de los dispositivos viscerales del organismo arquitectónico, de la aspereza sin piel de la materia. Pero, aún así, su discursividad de gramática morfológica, deriva en una operación más fisicoculturista que cosmética. No enmascara la forma, la trabaja en función de su potencialidad utilitaria. La forma no sigue la función, la exagera. La operación comunicativa no debilita ni entorpece la función habitable; es más, muchas veces el mensaje expresa con ostentación el virtuosismo funcional.

En el edificio de la Biblioteca la geometría de su forma se aprieta, se densifica, se expande hacia arriba y emerge, como una nave sin proa, en el borde de la ciudad, del país, en el declive suave de la barranca, en algún tiempo límite último de la Pampa.

*...es un trabajo que evidencia gran calidad de diseño en un edificio que se destacará por su perfecta adecuación al lugar y al medio técnico cultural de nuestro país*¹³, decía la crítica del jurado. Como antecedente destacado de los autores, figura la participación de Testa junto a Sánchez Elía y Peralta Ramos en el proyecto para la sede central del Banco de Londres y América del Sud. En la propuesta para la Biblioteca, se advierte la persistencia de modos compositivos, tales como la valoración expresiva del dispositivo estructural y el manejo exaltado de la forma.

En otros edificios, en la mayoría, la materia en bruto, la que aparece con el desmolde de encofrados, la que prefigura el volúmen y la escala de la fábrica, se oculta; bajo el espesor de revoques, revestimientos y pinturas, se enrasan salientes, se liman rebarbas,

se disimulan desencuentros, para adecuar las superficies al tacto y a la vista de los cuerpos.

En el edificio de la Biblioteca esto no ocurre. No es su intención hacernos amable el paisaje. No pretende persuadirnos de nada. Las prácticas que le incumben reclaman superficies, luminosidades, vinculaciones, solideces que la fábrica acusa en formas y dimensiones múltiples; sin preocupación aparente por la proporción y el ritmo. Digo en apariencia, porque al arquitecto no se le escapan las desproporciones ni las arritmias de su anteproyecto original y las corrige para el proyecto definitivo, sin traicionar los rasgos rectores de su propuesta. Luego, los ajustes presupuestarios harán lo suyo. Cuentan los arquitectos¹⁴ que en el año 1982, una comisión "interarmas" constituida en el Comando en Jefe del Ejército con la misión de reducir costos, decide eliminar los parasoles. La decisión se toma en medio de la licitación sin prever que la modificación produciría una variante significativa en el cálculo del sistema del aire acondicionado. Hoy los parasoles siguen sin estar y el subdimensionamiento del sistema de aire acondicionado se suple con films de refracción solar, con un deteriorado dispositivo externo de micro-cortinas y con la tolerancia al calor.

Pero los parasoles no son tanto un problema de acondicionamiento térmico como lo son de composición formal. Si bien a juicio el jurado, la propuesta conformaba *un conjunto algo mecanizado por excesiva racionalización y separación de sus elementos*¹⁵, en la maqueta del anteproyecto se puede apreciar, una resolución compositiva de mayor síntesis que la actual. Luego a medida que el proyecto avanza en su

definición constructiva y en el dimensionamiento preciso de los espacios y las instalaciones, la forma se consume en resoluciones plásticas de locuacidad brutalista. El edificio agudiza su fisonomía de artefacto. Se robustecen sus apoyos, se sustituye la piel vidriada de los niveles tercero y cuarto por aventanamientos que se abren en la superficie de hormigón plegada, se desocultan los volúmenes dispares de ventilaciones, salas de máquinas y tanques. Las partes reafirman su identidad autónoma por sobre la síntesis morfológica del todo.

Pero el tratamiento plástico que articula el conjunto recurre, soslayando la polifonía de la forma, a la cualidad sensible de la materia y a la sintaxis ideativa del proyecto.

La lógica del proyecto es tan elemental como impecable. Las bases del concurso solicitaban *la salvaguarda del espacio verde, de la barranca y de los valores botánicos existentes*¹⁶ que el emplazamiento ofrecía. Por lo tanto, el nuevo edificio se implanta en el mismo sitio que ocupara la demolida Residencia Presidencial. Prolonga en su planimetría la ortogonalidad de la grilla urbana y evita la deforestación que cualquier otro emplazamiento hubiera requerido; se eleva la masa edilicia sobre cuatro apoyos para no interferir la perspectiva paisajística de la barranca. Respeta las *características existentes del terreno y del entorno, logrando un impecable emplazamiento del edificio que se ubica en el espacio sin ocupar el terreno, con una ajustada valoración de los accesos*.¹⁷

La ceremonia pública de la lectura se consume en la altura que concede la luz y las visuales al acto del rito y a sus pausas. El archivo, necesitado de espacio y a resguardo del sol, se coloca

bajo tierra. La memoria subterránea sale a la luz con la evocación lectora. El bibliotecario, desdoblado en las funciones de la institución moderna, administra los espacios del archivo y la lectura, situándose entre medio.

La omnipresencia del hormigón armado le confiere al conjunto una cáscara de connotaciones paquidérmicas. Las cuatro patas que sostienen el cuerpo principal acentúan esta lectura. Igual que la visión forzada de un gliptodonte de cemento que celebra el misterioso hallazgo de los restos de un gliptodonte americano en la paleontología casual de los trabajos de cimentación.

Tanto, la metáfora espacial de una liturgia pagana de acceso a las escrituras, como la alusión zoomórfica de la volumetría cuadrúpeda y marsupial del edificio, son también en este caso, procedimientos de dotación de sentido de unidad al conjunto.

En algún momento, una lógica de producción discursiva instala sus parámetros de validación en el contexto donde opera. Subrepticamente o con ostentación; a través de alguno de los estamentos que conforman el espacio de la cultura, o masivamente. Algunas consolidan instancias secuenciales en la construcción de la historicidad de esos contextos y otras quedarán definitivamente al margen, como ensayos fallidos que no lograron desviar sobre su cauce el eje evolutivo de su especie. Sólo las primeras participan en la redefinición de las subjetividades.

La arquitectura racionalista es un ejemplo destacado. En su tiempo, el objeto aparece extrapolando una estética ajena, subversiva, incómoda, pero que anticipa las condiciones espaciales que irán imponiendo los nuevos modos de producción.

La aparición de experimentaciones estéticas en lugares de geografía más epicéntrica que la nuestra, producen novedades de fulgores prometedores. La difusión de estos acontecimientos culturales se debe tanto a la capacidad de eyección mediática de formas, tecnologías y personajes que detentan estos sitios, como a la demanda de onda sísmica que generan las geografías periféricas. De más está decir que, a diferencia de los fenómenos telúricos, el grado de repercusión del acontecimiento no es proporcional a la distancia que se esté del mismo, medida en kilómetros.

La producción de estéticas en nuestro contexto, de país, región, cultura, es notablemente menos dadora que receptora.

En el año 1943, el anteproyecto de Arturo Ochoa para el edificio de la Biblioteca imaginaba aún, un pórtico de entrada resuelto según *los clásicos cinco intercolumnios de los templos griegos y romanos*¹⁸. Sólo cuatro años más tarde, la revista *La Arquitectura de Hoy* publica una nota sobre la “Unidad de Habitación” de Marsella, que, junto con el “Palacio de las Asambleas y el Secretariado” de Chandigahr, serán los dos referentes emblemáticos sobre los que se construye la estética brutalista vernácula. En los '50, la expre-

sividad contundente de esta estética encuentra, en los emprendimientos de la administración privada y de los organismos institucionales, un campo empírico fecundo de realización.

Algunas veces, la coincidencia entre una gramática morfológica aparecida y la programación funcional de una necesidad local, es feliz. La dicción de una forma y su sustentabilidad técnica son adecuadas para la producción de un texto necesario. El edificio de la Biblioteca es quizá un caso de estos.

Quienes conocen la propuesta merecedora del segundo premio del Concurso de Anteproyectos, seguramente estarán de acuerdo sobre el desencaje de contemporaneidad que nos estaría ofertando, de haberse construido, su morfología circense.

Un valor meritorio de la arquitectura del edificio actual de la Biblioteca, es su bajo grado de obsolescencia formal. Cuarenta años después de su proyectación, diez de su puesta en uso, luce como un edificio moderno, actual. Independientemente del envejecimiento natural de la materia, la forma envejece según ciclos culturales; algunas, afortunadamente, con menos vértigo que otras.

(*) Arquitecto/UBA

NOTAS

1. Extractado del discurso pronunciado el día 12 de Octubre de 1962 por el arq. Adolfo Enrique Storni, asesor del concurso, en oportunidad de inaugurarse la exposición pública de los trabajos en el hall del edificio de la Biblioteca Nacional de la calle México. Publicado en la revista de la Sociedad Central de Arquitectos n° 48, 1963.
2. *Ibidem*.
3. *Ibidem*.
4. *BASES Y PROGRAMA DEL CONCURSO DE ANTEPROYECTOS PARA LA CONSTRUCCIÓN DEL EDIFICIO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL*. Anexos: Extractado del discurso pronunciado por el señor Ministro de Educación, doctor Luis R. Mac' Kay, en el acto celebratorio del sesquicentenario de la Biblioteca Nacional.
5. Extractado del discurso pronunciado el día 12 de Octubre de 1962 por el arq. Adolfo Enrique Storni. (ver Nota 1)
6. Decreto N° 6.123 / 1960
7. Decreto N° 6.123 / 1960, Considerandos.
8. BASES Y PROGRAMA... (ver Nota 4)
9. BASES Y PROGRAMA... (ver Nota 4)
10. BASES Y PROGRAMA... (ver Nota 4)
11. *BASES Y PROGRAMA DEL CONCURSO DE ANTEPROYECTOS PARA LA CONSTRUCCIÓN DEL EDIFICIO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL*. Anexos: Extractado de la charla pronunciada por el señor Director General de Arquitectura y Trabajos Públicos, Arquitecto Adolfo Enrique Storni, por LRA Radio Nacional.
12. Extractado del discurso pronunciado el día 12 de Octubre de 1962 por el arq. Adolfo Enrique Storni. (ver Nota 1)
13. Crítica del jurado integrado por la arq. Odilia Suarez, por los participantes; el arq. Achaval Rodriguez por la Municipalidad de Buenos Aires; los arqs. Arístides Cottini, Alejandro Billoch Newbery y Eduardo Martín, por la Federación Argentina de Sociedades de Arquitectos y el arq. Horacio Pando, por el Ministerio de Educación. Publicada en la revista de la Sociedad Central de Arquitectos n° 48, 1963.
14. Comentado por el arquitecto Francisco Bullrich en una entrevista publicada en la revista de la Sociedad Central de Arquitectos N° 160, Octubre de 1992, p. 74.
15. Crítica del jurado (ver Nota 7)
16. *BASES Y PROGRAMA DEL CONCURSO DE ANTEPROYECTOS PARA LA CONSTRUCCIÓN DEL EDIFICIO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL*. Item 2, "Objeto del Concurso".
17. Crítica del jurado (ver Nota 7)
18. Extractado del discurso pronunciado el día 12 de Octubre de 1962 por el arq. Adolfo Enrique Storni. (ver Nota 1)

CIUDADMEMORIA

Monumento, lugar y situación urbana

Por Pablo Sztulwark ()*

Los modos de habitar la ciudad varían según las prácticas sociales que hacen de ella un lugar. Aquello que nos puede resultar indiferente en nuestro transitar desimplicado, puede devenir un sitio singular, reconocible, a partir de las marcas que deja una memoria viva, irreductible a las formas de los monumentos oficiales. Un puente, un museo habitado por ausencias, o un monumento reapropiado por una lucha sin fin que intenta darle sentidos diferentes, pueden ser ejemplos –nos dice Pablo Sztulwark– de otros circuitos de lo público que constituyen un archivo a cielo abierto.

“Haber tenido lugar es tener un lugar”

Gerard Wajczman

Según Robert Musil, no hay nada en el mundo tan invisible como los monumentos. Es cierto que se trata de una provocación, también es cierto que esa provocación es verdadera. Pero, además, se trata de una observación crítica a un modo histórico de construir memoria. Según ese modo, la memoria se objetiva en diversos dispositivos: el monumento es una forma; el museo, el archivo, el documento histórico, son otras tantas formas de la misma objetivación. Así entendida, la memoria es la representación del pasado concentrada en un objeto.

Ahora bien, la concentración de la memoria en un objeto organiza una delegación: los archivos son los responsables de la memoria, la memoria es patrimonio institucional. De esta manera, la memoria —dice el historiador Pierre Nora— *pierde toda espontaneidad*. Gestionada la delegación, el archivo, el monumento, el museo, el festival, el aniversario, etc., devienen responsables excluyentes y exclusivos del gobierno de la memoria.

Visto de otra manera, la memoria no es ni representación del pasado ni objetivación de lo sucedido ni construcción acabada. Según esta otra mirada, sobre la que intentaré transitar, la memoria es un conjunto de fuerzas heterogéneas, y hasta contradictorias, que afectan, alteran, suplementan un *objeto* o un *espacio* y lo transforman en *lugar*.

Ahora bien, si la memoria es indeterminación viva, no hay dispositivos institucionales que pueden naturalizarla ni soportes establecidos que puedan congelarla. O al menos, las operaciones de naturalización y conge-

lamiento no pueden con ella. Si se quiere, la memoria espontánea, viva, indeterminada, adquiere y construye sus propias formas. Sobre estas otras formas, trataré de pensar a partir de distintas situaciones.

Ahora bien, detengámonos en la ciudad, nuestro sitio de implicación. Si la memoria es monumental, la memoria de la ciudad está concentrada y reducida a unos objetos. En consecuencia, la memoria urbana existe solamente donde fue preestablecida por el urbanista, el funcionario, la institución. Si la memoria no está concentrada en un objeto sino que está hecha de marcas y afectaciones varias (deliberadas o no; programadas o no; contradictorias o no), la memoria urbana es la ciudad misma. En definitiva, las marcas que hacemos y hacen ciudad.

Concebida más allá de los objetos, la memoria urbana no es una objetivación institucional sino una marcación colectiva; no es una construcción terminada sino una configuración en construcción que emerge aquí y allá. Así concebida, la ciudad tiene otra manera de ser vivida.

Si la ciudad es el lugar de la memoria y la memoria no es reducida a monumento, es necesario indagar: ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué implica esto? ¿Adónde nos conduce esta formulación?. Para aclarar esta cuestión, partiré de otro sitio.

Ahora bien, la concentración de la memoria en un objeto organiza una delegación: los archivos son los responsables de la memoria, la memoria es patrimonio institucional. De esta manera, la memoria —dice el historiador Pierre Nora— pierde toda espontaneidad. Gestionada la delegación, el archivo, el monumento, el museo, el festival, el aniversario, etc., devienen responsables excluyentes y exclusivos del gobierno de la memoria.

En la ciudad contemporánea, afectada por el flujo de capitales, imágenes, personas, información, no hay lugares habitables generadores de sentido. Hasta que los hay. Cuando los hay —como resultado de una intervención— adviene el lugar, adviene la huella material que soporta los sentidos. El lugar, en otras palabras, es el sitio en donde el acontecimiento adviene y configura, marca, afecta. La memoria requiere de un lugar en donde acontecer porque la memoria es un diálogo complejo e indeterminado entre espacio y tiempo.

Antes de detenerme en las situaciones, me detendré en una bella noción de lugar. Durante una noche perdida en un lugar perdido de la remota Grecia, un hombre se está por enfrentar con una experiencia y no lo sabe. El hombre es Simónides de Ceos. Simónides es parte de una cena: hay amigos, hay buen vino y mejor compañía. Está en la villa de uno de sus colegas. En medio de la noche e intempestivamente, se le aparecen dos seres extraños y lo invitan a abandonar el banquete. El hombre de Ceos no se pregunta por qué y lo hace. Una vez fuera, se produce un terremoto que termina con la vida de sus compañeros. Simónides es el único sobreviviente.

Finalizado el sismo, el sobreviviente tiene una tarea: el reconocimiento. Recorre el lugar y encuentra unos cuerpos desfigurados. Ni parecen humanos. No es posible reconocer los cuerpos sin vida de los amigos, pero Simónides practica esa noche una de sus virtudes de poeta: recuerda, hace memoria. Uno a uno descubre los cuerpos de sus compatriotas. En verdad, no los reconoce. No es posible, de ningún modo. Entonces, hace memoria: recuerda en donde estaba cada uno, qué sitio ocupaba cada uno:

estos parados, aquellos sentados, esos otros recostados... La escena finalmente se arma apelando a la memoria. La memoria de Simónides reconstruye lo sucedido pero lo hace, no hay duda, a partir de unas huellas. Las ruinas lo orientan, lo guían, le permiten memorizar. Hay lugar y ese lugar es condición de la memoria. Todo en mil pedazos pero, sin embargo, en su lugar. El lugar es el sitio en donde algo tiene lugar, es el sitio del advenimiento, es el terreno en donde el acontecimiento es posible. Sin un lugar, nada tiene lugar. El lugar es el sitio donde la memoria se expresa, existe, adviene. La memoria urbana, como la memoria de Simónides, construye sus lugares para poder advenir porque haber tenido *lugar es tener un lugar*.

Antes de avanzar en esta dirección, me demoraré en una variedad de situaciones en las que, de diverso modo, adviene la ciudad como lugar de la memoria. Como iremos viendo, no se trata de espacios institucionalmente definidos de una vez y para siempre, sino de lugares en construcción permanente.

Comenzaré por un lugar de nuestra ciudad. Estamos en el Puente Pueyrredón, aunque resta precisar cuándo. Estamos en el Puente Pueyrredón después del asesinato de Kostecki y Santillán a manos de la policía. Después del asesinato, el puente no es el mismo; después del asesinato, transitar este puente no puede ser lo mismo. El puente es otro y sus visitantes también.

El puente, este puente, tiene memoria. O si se quiere, es memoria. Tiene una memoria ancestral. Es memoria de la Argentina postindustrial, de la Argentina piquetera.

Su materialidad precisa, sólida e inmu-

table, sin embargo, no soporta lo que ha sucedido: el sentido ha cambiado. Después del asesinato, el Puente Pueyrredón tiene otras memorias, nuevos sentidos. El asesinato de los militantes piqueteros introduce una nueva afectación: el puente como lugar es afectado y marcado por el acontecimiento. Ahora bien, esta afectación no resulta de una intervención deliberada sino del efecto no calculado de un acontecimiento. Cruzar el Puente Pueyrredón, después del asesinato, implica una interpelación ineludible: mataron a Kosteckí y a Santillán. Una marca que es memoria, una marca memorable.

Partamos de una distinción que trabajamos con el querido Ignacio Lewkowicz en *Arquitectura plus de sentido*. Allí distinguíamos entre ciudad de los flujos y situaciones urbanas. No era una mera distinción teórica, era una distinción que nos permitió pensar la existencia de situaciones urbanas en la *ciudad de los flujos*. También, siguiendo esa misma distinción, la ciudad implica un sentido preestablecido mientras que las situaciones urbanas organizan un sentido, una espacialidad, un plus a pesar del flujo y más allá de lo preestablecido. Algo de este orden acontece con el Puente Pueyrredón. O más precisamente, en el Puente Pueyrredón.

El puente es una marca en la ciudad que dice y nos dice. ¿Qué dice el puente? No lo sé pero no hay duda que dice. Y lo dice cada vez que es transitado, ocupado, habitado, convocado. Si no lo creen, prueben.

Una situación de otro orden se plantea en Berlín. Daniel Libeskind tiene que diseñar un museo. No es cualquier museo. Tal vez, ningún museo sea cualquier museo, pero éste tampoco lo es. Se trata del Museo Judío de

Berlín. Es un proyecto inquietante, hay que pensar. Una primera pregunta interpela al arquitecto: *qué tengo que mostrar*. Buena pregunta, muy buena pregunta. Libeskind ensaya una respuesta: tengo que mostrar lo que no está. Buena respuesta, muy buena respuesta. Increíblemente certera. Ahora, esta respuesta enfrenta al arquitecto con un verdadero problema: *cómo se muestra lo que no hay; cómo se muestra la ausencia*.

La investigación de esta *posibilidad* marca al Museo Judío de Berlín. La investigación de esta posibilidad construye un museo que hace eje, por decirlo de algún modo, en el armado de espacios que evoquen ausencia. Precisaré algo de esto. No importan aquí las formas del museo, el diseño, el proyecto; no importa que la planta sea una suerte de estrella de David deconstruida. No importa todo esto porque la experiencia de transitar el museo se juega en otro terreno subjetivo.

Este museo no es un museo al que estemos acostumbrados. No es un museo institucional que expone, más o menos cuidadosamente, materiales de archivo. No es un museo del estado nación. Tampoco es un museo histórico que nos dice críticamente qué pasó. Lo novedoso de este museo reside en el tipo de experiencia que le ofrece al visitante, siempre y cuando el visitante se deje habitar por esa ausencia. Pero éste es otro asunto.

La operatoria del Museo Judío de Berlín no consiste en la exposición de objetos, fotos, archivos, etc., sobre la historia del pueblo judío, sobre las persecuciones y los campos de concentración. De hecho, fueron agregados. Y si bien hay un espacio especialmente saturado de este tipo de información, la operatoria del museo es distinta. No es

sencillo describirla, pero intentémoslo. Al entrar al museo debemos elegir entre distintas salas, salas en donde no se expone nada.

Entramos primero a una sala vacía, fría, con luz tenue y de fuente imperceptible, de muchísima altura y con una enorme puerta que, al cerrarse, produce un ruido escalofriante que nos remite a la emoción

Es tiempo de indagar estas otras formas de la memoria: más allá del archivo, del monumento, de la plaza oficial; es tiempo de pensar la memoria como eso que está actuando todo el tiempo, como eso que está produciendo y produciéndonos. Más allá de lo monumental, hay situaciones urbanas que producen memoria, que hacen memoria. La tarea es entrenar a nuestro cuerpo en el ejercicio de esta sensibilidad.

de la ausencia, de lo que terriblemente ya no está. Una situación espacial que nos atraviesa el cuerpo, que prepara nuestra sensibilidad para percibir que lo que vivía ya no está. Un espacio que, a su vez, no es nada y que sin embargo se termina de construir con nuestra presencia.

Otro espacio alude a los que no están porque se fueron: ¿Cómo se fueron? ¿Cómo llegaron adonde llegaron? Sería largo describir cada lugar pero si es muy importante explicar el dispositivo arquitectónico que nos presenta la ausencia.

Pero esta ausencia no resulta de la apelación a objetos ligados a los ausentes sino de la instalación de situaciones de ausencia. Se habita la ausencia y no los objetos de los ausentes; se produce memoria a partir de la producción de situaciones de ausencia. La construcción de la memoria, entonces, no resulta de las operaciones archivísticas o del buen conocimiento de los hechos sino de la producción, en diversas situaciones, de ausencia, ausencia, más ausencia.

Me gustaría presentar un tercer ejemplo. Estamos en Austria en 1988. Hans Haacke reconstruye el monumento que los nazis instalan en la ciudad de Graz en 1938. Esta reconstrucción resulta muy interesante por una variedad de razones.

Primero, la reconstrucción que hace Haacke conserva las formas del monumento nazi. Entre ellas, una insignia que dice: “y después de todo la derrota es vuestra”. Esta insignia es a propósito del fallido golpe de Viena de 1934. Pero el texto no termina aquí. Haacke agrega: *los derrotados de Estiria: 300 gitanos asesinados, 2500 judíos asesinados, 8000 prisioneros políticos asesinados o muertos en cautiverio, 9000 civiles asesinados en la guerra, 12000 desaparecidos, 27900 soldados asesinados.*

Segundo, el monumento restaurado por Haacke es atacado por una bomba neonazi. Ante esto, la ciudad decide conservarlo en el nuevo estado.

Vayamos por partes. Me detendré primero en la intervención de Haacke. Para Haacke, los monumentos públicos no son objetos acabados sino configuraciones en construcción. Los monumentos son, a cada momento, superficies de inscripción social. Por eso mismo, las intervenciones del artista son en los monumentos existentes. Como podemos imaginar, la intervención de Haacke no consiste en unos estudios de diseño de tal o cual objeto sino en indagaciones de producciones simbólicas sobre y en los monumentos.

Tal vez porque Haacke entiende que los monumentos públicos son lugares en donde se tramita simbólicamente, en donde se produce sentido, en donde se procesa colectivamente lo pasado; el ataque al monumento restaurado parece una irónica confirmación de lo pensado.

Aunque para los autores del hecho fue un ataque, para Haacke es una intervención más en ese terreno de inscripción. Si bien no tenemos mayor información sobre la discusión en la ciudad a propósito de la restauración o no del monumento atacado; aun si la ciudad hubiese decidido restaurar el monumento atacado, esto también hubiera sido una operación más en el campo del sentido. La suplementación de sentido organiza la dinámica de la memoria. Antes y después de la restauración que realiza Haacke, una serie de sentidos afectan el monumento; el mismo artista introduce otros tantos. El monumento no importa aquí como expresión de una visión sino como sitio de inscripción social, de producción de sentido, de construcción simbólica en acción.

Un último ejemplo para no abundar. Estamos en París; estamos en una plaza de París llamada Plaza del Alma, según la designación oficial. En esta plaza, hay una base de mármol –larga, dorada, estilizada– que representa la llama de la libertad. Según la placa ubicada en la plaza, esa base es una réplica de la llama que sostiene la estatua de la libertad en Nueva York. Al parecer, la llama representa la libertad y la amistad como valores universales. Hasta aquí, nada memorable; apenas una plaza menor para el recorrido turístico promedio.

Pero las condiciones se alteran y alteran el sentido de la plaza. La Plaza del Alma esta construida sobre un túnel y en ese túnel se mata Lady Di. Antes del accidente, la plaza carece de sentido para sus visitantes; después del accidente, la plaza se convierte en la plaza de Lady Di. En poco tiempo, se cubre de *graffitis*, dibujos, collages, muñecos, postales, cartas... en honor de la princesa trágicamente muerta¹.

La intervención está hecha. O por lo menos, en proceso. Después del accidente, un conjunto de acciones convierten esa plaza sin marca ni afectación en un lugar poblado de memoria. Es cierto que no se trata de una intervención deliberada, calculada, codificada. Por el contrario, se trata de un conjunto heterogéneo de acciones que marcan, afectan, construyen espacialidad. En definitiva, la construcción de sentido no resulta de una intervención institucionalizada –esa sería la lógica de la plaza oficial, la lógica que arma un sentido preestablecido y cerrado– sino de una variedad de acciones, sin plan entre sí, que construyen lugar. La plaza ya no es una plaza más de París, tampoco es solamente una plaza oficial que presenta la libertad y la amistad como valores universales; la plaza es una construcción colectiva que vuelve habitable lo inhabitable, es un espacio que hace lugar. Lo que, dadas las circunstancias, no es poca cosa.

Luego del recorrido por estas situaciones urbanas, nos enfrentamos nuevamente con el problema de la memoria en la ciudad. Al pie de estas situaciones, la memoria no es una producción institucional que se define de una vez y para siempre; en el marco de estas situaciones, la memoria es una variedad compleja, heterogénea y permanente de acciones que componen un sentido que, inevitablemente, *es en construcción*. Por otro lado, el recorrido por estas situaciones nos dice además que la ciudad es el sitio en donde acontecen infinitas situaciones urbanas. En este artículo nos detuvimos en algunas pero, no hay dudas, que la vida de cada uno de nosotros está afectada por una serie infinita de

situaciones urbanas que componen nuestra memoria, situaciones que marcan y nos marcan, incluso entretejiendo el plano de lo público y lo privado, ¿Qué sería sino la ciudad?

Pero volvamos a los ejemplos. Sin ir muy lejos, el Puente Pueyrredón nos ofrece una vía de indagación de la memoria y nos aleja, una vez más, del esquema institucional de lo memorable. El Puente es memoria pero no es memoria representacional. Más bien, es una interpelación inevitable que nos recuerda lo que aconteció. El puente *se hace lugar* cuando nos susurra que algo ha tenido lugar. Nada más alejado del monumento conmemorativo, nada más alejado del registro objetivo de los hechos. En esta situación, la memoria es interpelación por el acontecimiento.

Si cruzar el Puente Pueyrredón no es una experiencia menor, habitar el Museo Judío de Berlín, tampoco. Adviene la experiencia memorable. En el museo, la memoria no resulta de la remisión a unos objetos cargados de representación sino de la instalación de situaciones de ausencia. Nuevamente el archivo queda desplazado y la memoria toma otros caminos. En esta situación, la memoria es experimentación de la ausencia (y no recordatorio).

Ahora bien, el asunto no termina aquí. El recorrido por las situaciones produce otro esquema. Si transitamos la experiencia que nos ofrece Haacke, el esquema institucional de administración de la memoria es nuevamente puesto en cuestión. Antes que nada, la memoria es el sitio de inscripción social. Pero si algo nos dice la experiencia en torno de Haacke es que esa inscripción es permanente. Al modo del palimpsesto, una vez, otra

vez, una vez más... pero todo a la vez. En esta situación, la memoria es inscripción social.

La Plaza del Alma (o la Plaza de Lady Di) también nos invita a revisar los mecanismos productores de memoria. Si la plaza institucional no generaba afectación alguna, la Plaza –luego de la muerte de la princesa– abre otro juego de espacios. Como se ve, no se trata de una intervención orientada a la producción de un espacio habitable sino de unas acciones absolutamente contingentes que, a pesar de su contingencia, dan lugar al lugar. La contingencia da lugar al acontecimiento y, lo inhabitable, resulta habitado. En esta situación, la memoria es una construcción de sentido en la contingencia.

¿Qué nos dicen estas situaciones? ¿Qué nos dicen estas situaciones que relanzan el problema de la memoria? Nos dicen muchas cosas pero, sobre todo, redefinen el problema. Ante la pregunta por la ciudad como lugar de la memoria, nos invitan a indagar las situaciones urbanas como generadoras de memoria. Como nos dice Borges: “los ojos ven, lo que están acostumbrados a ver”. Justamente por eso, es tiempo de indagar estas otras formas de la memoria: más allá del archivo, del monumento, de la plaza oficial; es tiempo de pensar la memoria como eso que está actuando todo el tiempo, como eso que está produciendo y produciéndonos. Más allá de lo monumental, hay situaciones urbanas que producen memoria, que hacen memoria. La tarea es entrenar a nuestro cuerpo en el ejercicio de esta sensibilidad.

(*) Arquitecto/UBA

NOTA

1. Mientras releo el apartado sobre la Plaza del Alma y la muerte de Lady Di, recuerdo las intervenciones que se produjeron frente a la clínica en la que estuvo internado Maradona este año. En pocas horas, el frente de la clínica se cubrió de fotos, cartas, *graffitis*... Se armó un lugar habitable donde esperar el desenlace; se armó un lugar donde rezar, conversar, recordar.

BIBLIOGRAFÍA

- González, Valeria, *La verdad inútil*. Córdoba. Museo Caraffa.
- Lewkowicz, Ignacio y Sztulwark, Pablo, *Arquitectura plus de sentido*. Buenos Aires, Editorial Altamira 2003.
- Wajczman, Gerard, *El objeto del siglo*. Buenos Aires, Amorrortu, 2001.
- Nora, Pierre, Entre la memoria y la historia, *Les lieux de memoire, Representations 26*. University of California, 1989.
- Bates, Donald, "Entre líneas, una conversacion con Daniel Libeskind". Revista *El Croquis*. Madrid, 1996.
- Spieker Sven: Archivos vivos. Memoria pública, injertos, contextos en www.proyectovenus.org/ramona/home/anunciantes/interferencia/spieker.html

Anaqueles recobrados

La reaparición de textos que se creían olvidados o perdidos para el presente, es uno de los objetivos de este espacio de la revista La Biblioteca. Recobrar los anaqueles es una forma de construir una hilación con un pasado al que habitualmente se lo da por cancelado, o bien por idealizado. Ni nostalgia, ni desprecio por las experiencias y los trazos textuales pretéritos son el punto de partida que anima la tarea del “rescate”, labor que merece problematizarse tanto en los modos de poner en circulación esas tramas culturales desvanecidas, como también en sus potencialidades contemporáneas.

La intuición que formulara en los años 20 el peruano José Carlos Mariátegui: “ni calco ni copia, creación heroica” sobrevuela estas páginas. Quisiéramos poder compartir esa intuición, capaz de resituarse en el pasado desde las exigencias actuales, publicando esos textos, ofreciéndoles una nueva oportunidad para conmovernos en lo que aún conservan de radical amenaza al pensamiento dado.

Un número dedicado al archivo, cancerbero y prisionero de la memoria, no podía soslayar la recordación del proyecto presentado por tres diputados peronistas para preservar el patrimonio nacional, proyecto que se inscribió en un momento socio-histórico en el cual se propugnaba defender una independiente concepción de lo nacional, frente a las dos grandes polarizaciones culturales que se disputaban el dominio del pensamiento en la política exterior mundial.

Roberto Baschetti, sociólogo, estudioso del peronismo y tenaz archivista, investigó los pormenores de la presentación del proyecto, en cuyos considerandos se afirmaba que: “Nuestros museos son pobres, y en algunos aspectos misérrimos. Lo mismo puede decirse de nuestras bibliotecas y nuestros archivos. Es necesario completarlos. Ignoramos las piezas de valor fundamental que se encuentran en manos de particulares y cuyo destino último será el de enriquecer las colecciones públicas”. Un problema recurrente en nuestro país, la dispersión, el olvido o la ignorancia frente a aquello de sabiduría que aún guardan los archivos.

Un proyecto de ley olvidado: por la defensa del patrimonio nacional

Por Roberto Baschetti ()*

El resguardo estatal del patrimonio cultural fue contemplado en un proyecto de ley presentado en 1948 por los legisladores Ernesto Palacio, Joaquín Díaz de Vivar y John William Cooke. El sociólogo Roberto Baschetti, de la Biblioteca Nacional, rescata este instrumento jurídico, cuyo espíritu según sus propulsores era: “poner el patrimonio al alcance del pueblo, para contribuir al perfeccionamiento y la elevación de nuestro espíritu colectivo”. Muchas cosas han cambiado desde entonces, sin embargo lo que se rescata aquí no es sólo un proyecto de ley, sino sobre todo, el ánimo democrático con el que fue promovido.

Lo que está sucediendo

Desde el 24 de febrero de 1946 se producen cambios resonantes en la vida pública, política y social de la Argentina. El acceso del peronismo a la presidencia, imponiéndose en las elecciones sobre la coalición de fuerzas políticas y sociales tradicionales agrupadas en la llamada “Unión Democrática”, marcará el inicio de una época en la que se trastocarán profundamente los estilos y discursos políticos, tramándose una dinámica vertiginosa alrededor de la consagración de nuevos derechos sociales.

La visibilización de todo aquello que era negado en décadas anteriores, imponía un dilema político —en ocasiones ambivalente— entre los esfuerzos instituyentes de nuevas formas de justicia distributiva y social, y su consolidación institucional.

Del juego entre estas fuerzas, emergió una nueva concepción de lo público organizada alrededor del Estado, y que abarcaba desde la representación política y sindical de nuevas fuerzas sociales, hasta la recuperación de recursos considerados estratégicos para el desenvolvimiento de la economía y la sociedad.

El patrimonio cultural no era ajeno a estas modificaciones operadas de una nueva realidad social. Un hecho legislativo, largamente inadvertido para los investigadores del período, daba cuenta de la necesidad de adoptar medidas tendientes a relevar y proteger aquel acervo cultural considerado patrimonio colectivo. Se trataba de un proyecto de ley presentado a mediados de 1948 por tres legisladores de extracción peronista que buscaba implementar un censo como primer paso para la protección y el resguardo de las producciones en el campo artístico, científico, histórico y cultural del país. La necesidad de

establecer políticas activas tendientes a evitar la dispersión de aquello considerado de significado relevante para la nación, encuentra expresada aquí un momento de lúcida preocupación.

A continuación doy a conocer las inquietudes que llevaron a esos diputados a presentar el proyecto, el articulado del proyecto en sí, y una breve reseña biobibliográfica de los tres legisladores que han participado del mismo. Una atenta mirada sobre este antecedente puede brindar nuevas pistas frente a un problema no resuelto, aún en nuestros días.

Consideraciones sobre el Proyecto Presentado

El proyecto de ley que someto a la consideración de la Honorable Cámara responde a una necesidad impuesta por nuestra evolución social y por las condiciones especiales que atraviesa el mundo. No representa una novedad en la legislación universal. Todos los grandes países, los países rectores de la civilización, disponen desde hace tiempo de leyes análogas tendientes a defender su patrimonio espiritual, y en ellas me he fundado para construir este proyecto.

Entre los países americanos, el más diligente en la defensa de sus bienes culturales ha sido Brasil, que aplica desde hace años una ley muy eficaz y que se halla empeñado en enriquecer sus colecciones y sus museos. La Argentina se encuentra retrasada en esta tarea y es urgente que nos aboquemos al problema que este proyecto encara, cuyo único antecedente argentino es la ley 12.665 creando la Comisión de Monumentos Históricas, útil pero incompleta.

La falta de una legislación en esta materia ha sido causa de que nuestro país se

descapitalizara espiritualmente, debido a la pérdida de innumerables piezas de nuestro arte tradicional, vendidas al extranjero. Tallas de la imaginería jesuítica o del arte del altiplano, tan características de una época de nuestra evolución cultural, de inestimable valor algunas; piezas de platería o de ebanistería colonial; ejemplares únicos de obras argentinas; documentos imprescindibles para el conocimiento de nuestra historia, que es decir de nuestra alma, fueron a parar a colecciones europeas y norteamericanas y se encuentran en los archivos y bibliotecas de Washington o de Berlín, cedidos a vil precio por sus ingenuos poseedores a turistas inteligentes y aprovechados. La ley 12.665 puso, en parte, coto a ese escándalo. Pero gran parte de nuestro patrimonio cultural se encuentra todavía indefenso y sujeto a las alternativas del libre tráfico internacional. El presente proyecto de ley pretende llenar esa laguna en nuestra legislación. Aunque fundado en antecedentes europeos, se ha adaptado a nuestra realidad nacional. Las leyes italiana y francesa, que inspiraron la mayor parte de su articulado (la francesa es el antecedente inmediato de nuestra ley 12.665), como adecuados a países de cuantioso patrimonio cultural; tienen, como la ley 12.665, un carácter predominantemente defensivo. Este proyecto es predominantemente adquisitivo, pues nuestro problema es el de acrecentar nuestro mejoramiento. Nuestros museos son pobres, y en algunos aspectos misérrimos. Lo mismo puede decirse de nuestras bibliotecas y nuestros archivos. Es necesario completarlos. Ignoramos las piezas de valor fundamental que se encuentran en manos de particulares y cuyo destino último será el de enriquecer las colecciones públicas. A este conocimiento tiende el censo del patrimonio artístico y cultural que este proyecto

dispone. No se me ocultan los aspectos de restricción al dominio privado que el articulado involucra. Pero —aparte de que ello responde a las tendencias actuales de la legislación— es evidente que en ninguna otra materia se justifican tan cabalmente, ya que se trata de bienes del espíritu que, por esencia, deben alcanzar a todos.

No es necesario abundar en razonamientos para justificar la necesidad y la urgencia de la sanción que pido a la Honorable Cámara. Bástame decir, para terminar, que la situación actual del mundo la hace altamente oportuna por la liquidación forzosa de numerosas colecciones europeas, cuyas muestras, algunas valiosísimas, se encuentran en el mercado a precios muy inferiores al que tendrían en circunstancias normales. La Argentina no debe desperdiciar las facilidades que se ofrecen para enriquecer a poco costo los bienes culturales que, puestos al alcance del pueblo, contribuirán al perfeccionamiento y la elevación de nuestro espíritu colectivo.

Ernesto Palacio
John William Cooke
Joaquín Díaz de Vivar

El Proyecto de Ley

HACIA LA PROTECCION DEL PATRIMONIO ARTISTICO, HISTORICO Y CIENTIFICO DEL PAIS

Artículo 1°. Están sujetas a las disposiciones de esta ley las cosas muebles e inmuebles que tengan interés histórico, arqueológico, paleontológico o artístico.

Entre las cosas muebles están comprendidos los códices, los manuscritos antiguos, los incunables, los libros raros de edición argentina, los grabados y estampas y los objetos de interés numismático.

Artículo 2°. Las cosas indicadas en el artículo 1° serán inalienables cuando pertenezcan al Estado.

Serán inalienables también las cosas que pertenezcan a las provincias, a las comunas, a los institutos públicos y eclesiásticos y a organismos administrativos autárquicos. Pero el Poder Ejecutivo podrá autorizar la venta de tales cosas al Estado o a cualquiera de las entidades arriba mencionadas, siempre que no se derive de ello daño para su conservación ni para su goce público.

Artículo 3°. Los gobiernos provinciales y municipales, las autoridades eclesiásticas y, en general, todos los administradores de las entidades numeradas en el artículo anterior presentarán a la Secretaría de Educación, dentro del plazo y en la forma que establecerá el reglamento respectivo, una lista detallada de las cosas comprendidas en el artículo 1° que pertenezcan a las provincias, las comunas o las instituciones o entidades que administren. La Secretaría de Educación iniciará con tales datos el fichero-censo del patrimonio cultural y artístico de la Nación.

Para la confección de dicho fichero se clasificarán las cosas por materias. Un duplicado de las fichas se enviará, según corresponda, a la Comisión de Monumentos Históricos, a la Biblioteca Nacional, al Museo Nacional de Bellas Artes, al Archivo General de la Nación o al Museo de Ciencias Naturales. Estas instituciones tendrán a su cargo la confección del censo en las materias de su especialidad, así como la misión de asesorar a la Secretaría de Educación con respecto a las adquisiciones que se juzguen necesarias para acrecentar el patrimonio cultural y artístico del Estado.

Artículo 4°. Las cosas comprendidas en el artículo 1°, aunque se encuentren en

poder de entidades privadas o de particulares, a título de propiedad o de mera posesión, forman parte del patrimonio cultural y artístico de la Nación y están bajo la protección del Estado. Se consideran de utilidad pública cuando su pérdida puede ocasionar grave daño a la cultura. En todos los casos, la determinación del interés cultural de las cosas corresponderá a la Secretaría de Educación, previo dictamen de sus organismos especializados. La resolución se comunicará a los propietarios o poseedores para sus efectos legales.

Artículo 5°. La Secretaría de Educación tendrá la facultad, a requerimiento de los propietarios o poseedores, o de las reparticiones enumeradas en el artículo tercero, de proveer en cualquier momento a la integridad y seguridad de las cosas a que se refiere el artículo anterior, para impedir su pérdida o deterioro, o de proceder a su expropiación, si fuera necesario. A tales efectos y por los medios que se establecerán en el reglamento respectivo, ordenará los trabajos de restauración o recibirá las cosas en depósito en sus museos, bibliotecas o archivos, bajo la responsabilidad del Estado y sin cargo alguno para sus propietarios o poseedores.

Artículo 6°. Las personas o entidades privadas que tengan en su poder obras de arte, libros, medallas, etc. que “prima facie” puedan encuadrarse en el artículo 1°, deberán denunciarlos a la Secretaría de Educación dentro del plazo y en la forma que establecerá el reglamento respectivo, para acogerse a los beneficios de esta ley. La Secretaría de Educación, previo dictamen de los organismos correspondientes sobre el interés cultural que ofrezcan las cosas, procederá a censarlas, en caso

afirmativo, en la forma establecida en el artículo 3°, con determinación de los nombres de sus propietarios y el lugar donde se encuentran depositadas.

Por su parte, la Secretaría de Educación deberá agotar todos los medios de información a su alcance para determinar los bienes culturales existentes en colecciones particulares, aunque no medie denuncia por parte de sus propietarios. Cuando corresponda, comunicará de oficio a éstos que dichos bienes están comprendidos en las disposiciones de esta ley.

Artículo 7°. Los propietarios de cosas reconocidas como de interés cultural o artístico por los medios determinados en esta ley y que hubieran sido notificados de dicha resolución, no podrán enajenarlas sin previo aviso a la Secretaría de Educación. En caso de venta, no podrán efectuar la tradición de la cosa durante el término de dos meses, dentro de cuyo plazo el gobierno tendrá el derecho a adquirirla al mismo precio establecido en el contrato respectivo. Este plazo podrá prorrogarse por otros dos meses, si el gobierno por la oferta simultánea de varias cosas, no dispone de las sumas necesarias. Durante estos plazos el contrato permanecerá sometido a la condición resolutoria del ejercicio del derecho de prelación por parte del Estado.

Este artículo rige igualmente para los casos de subasta pública, en que la obligación de la denuncia se extiende a los rematadores.

Artículo 8°. Las cosas reconocidas como de utilidad pública por el artículo 4° podrán ser expropiadas:

a) Cuando haya peligro de deterioración o pérdida y el propietario no provea los medios necesarios para su conservación;

b) Cuando a juicio de los organismos asesores, enumerados en el artículo 3°, se trate de piezas indispensables para completar las colecciones del Estado.

Este derecho de expropiación podrá hacerse efectivo también por los gobiernos provinciales y municipales, mediante los organismos que tengan por finalidad la conservación de la cultura y el beneficio espiritual del pueblo.

Artículo 9°. Las cosas comprendidas en el artículo 1° podrán entrar al país libres de todo derecho de importación.

Está prohibida la exportación de toda cosa cuya pérdida pueda significar un grave daño para la historia, la arqueología o el arte, o de las que podrían considerarse de utilidad pública en los términos del artículo 4°.

El propietario de las cosas comprendidas en el artículo 1° que pretenda exportarlas deberá obtener un certificado otorgado por la Subsecretaría de Cultura, en la que conste que dichas cosas no están comprendidas en la prohibición del párrafo anterior. El incumplimiento de esta disposición, así como toda tentativa de burlarla, harán incurrir al autor o autores del hecho en las penalidades aplicables al contrabando.

Artículo 10°. Independientemente de lo que establezcan las leyes aduaneras, la exportación de las cosas comprendidas en el artículo 1° está sujeta a una tasa del 25%, aplicable sobre el valor de la cosa, según la declaración del exportador comprobada por la estimación efectuada por las autoridades aduaneras. Cualquier cosa propuesta para la exportación puede ser adquirida por el gobierno al precio denunciado.

Quedan excluidas de esta disposición las obras de artistas argentinos vivos, vendidas o destinadas a la exhibición o venta en el extranjero.

Artículo 11°. Las disposiciones relativas a la exportación no se aplicarán a las cosas importadas de países extranjeros, según certificación auténtica y con propósitos de exposición o venta, o ambas finalidades, en la República. Se consideran en esta situación, salvo los derechos adquiridos antes de la promulgación de la presente ley, cuando la reexportación se efectúe antes de transcurridos cinco años desde la importación. Este plazo podrá prorrogarse de cinco en cinco años a pedido de los interesados.

En todos los casos, los importadores deberán comunicar una lista de las cosas que traen para su venta a la Secretaría de Educación, a fin de que el Estado pueda adquirirlas, si lo considera oportuno, así como efectuar la denuncia de las operaciones pendientes, a los efectos del derecho de prelación establecido en el artículo 7° y del censo ordenado por el artículo 4°.

Artículo 12°. Se destinará la suma de cinco millones de pesos moneda nacional (\$ 5.000.000) anuales para el cumplimiento de la presente ley. Este fondo se acrecerá con la venta de publicaciones oficiales en materia cultural, fotografías y otras reproducciones de objetos artísticos, con el producto de las tasas establecidas en el artículo 10° y el de las penas pecunarias de los artículos 14° y 15°. Todo ello formará una cuenta especial denominada "Fomento del Patrimonio Cultural y Artístico de la Nación" a la orden de la Secretaría de Educación.

Artículo 13°. Las operaciones de compraventa que se efectuaran contra

las disposiciones de esta ley serán nulas de pleno derecho.

Artículo 14°. La omisión de la denuncia y la violación de las demás disposiciones de los artículos 7° y 9° serán castigadas con multas de \$ 500 a \$10.000 moneda nacional.

Artículo 15°. Cuando por causa de la violación se pierda la cosa, se deteriore o salga de los límites del territorio nacional, el transgresor deberá pagar una indemnización equivalente al valor de la cosa perdida o a la disminución de su valor, sin perjuicio de las acciones penales en los casos de destrucción intencional.

Artículo 16°. Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Ernesto Palacio
John William Cooke
Joaquín Díaz de Vivar

Los Autores del Proyecto

Ernesto Palacio (1900-1979)

Nació en San Martín, provincia de Buenos Aires.

Abogado. Recibido en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires en 1926. Profesor de Enseñanza Secundaria. De Historia Antigua y de Historia Argentina en la "Escuela Comercial de Mujeres" (1931-1938); De Geografía en el "Colegio Nacional Justo José de Urquiza" hasta 1942; de Historia Argentina y de Historia de

la Edad Media, Moderna y Contemporánea en el “Colegio Nacional Bernardino Rivadavia” (1931-55).

En la función estatal fue Ministro de Gobierno e Instrucción Pública en la provincia de San Juan (1930-31), Diputado Nacional por la Capital Federal (1946-1952) y Presidente de la Comisión Nacional de Cultura (1946-47).

Fue Periodista. Miembro de la Comisión Directiva de la revista del Instituto de Estudios Históricos “Juan Manuel de Rosas” y Director de dicha publicación hasta 1940 y también co-director con Rodolfo Irazusta de *La Nueva República* (1929-31). Prestó Colaboraciones en el diario *La Nación* y en las revistas *El Hogar*, *Caras y Caretas* y *Criterio*.

Escritor reconocido y de prolífica obra, publicó: “La inspiración y la gracia” (1928); *Catilina: una revolución contra la plutocracia en Roma* (1935); *El espíritu y la letra* (1936) obra con la que ganó el Premio Municipal de Literatura en prosa; *La historia falsificada* (1939); *Teoría del Estado* (1940) e *Historia de la Argentina 1515-1835*, cuya primera edición data de 1954 y para enero de 1999 ya estaba por la 17° edición. También tradujo obras de Dante Alighieri, Bossuet, J. Maritain y V. Wolff.

John William Cooke (1919-1968)

Nació en La Plata y se recibió de abogado en la Universidad de esa misma ciudad en 1943.

Se desempeña en Defensa Nacional del Ministerio de Relaciones Exteriores (1945).

Es elegido Diputado Nacional con tan sólo 25 años (1946-1952). En el

Congreso fue Presidente de la Comisión de Asuntos Constitucionales de la Cámara de Diputados, de la Comisión Redactora del Código Aeronáutico y también de la Comisión de Protección de los Derechos Intelectuales.

En el ámbito universitario fue profesor titular de Economía Política en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (1946-1955).

Sus conocimientos de Historia, Economía y Filosofía le permitieron disertaciones ante diferentes públicos sobre temas tan diversos como: “Introducción al arte cretense-micénico”; “La ley de casación”; “Reforma de la constitución” y “Represión de monopolios”.

Desde 1954 fue vicepresidente del Instituto de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas”.

A nivel partidario fue interventor del Partido Peronista de Capital Federal entre el 11 de agosto y el 16 de septiembre de 1955. Caído el gobierno se suma a la resistencia, desde el Comando Superior Peronista. Perón desde el exilio –noviembre 1956– por primera y única vez en su vida política, designa en su persona, a un sucesor para el caso en que un atentado termine con su vida.

Fue fundador, director y periodista de la revista *De Frente* (marzo 1954-enero 1956), hasta su clausura por la autodenominada Revolución Libertadora. Colaboró en diversos diarios y revistas: *Línea Dura*, *Hechos e Ideas*, *Santo y Seña*, *Palabra Obrera*, *Norte*, *Palabra Argentina* y *Soberanía*.

Algunos de sus trabajos intelectuales más destacados fueron: “La lucha por la liberación nacional. El retorno de Perón” (1959); “Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina” (1961);

“El retorno” (1964), en base a una conferencia pronunciada en la C.G.T. cordobesa; “Peronismo e integración” (1964); “Situación nacional y acción revolucionaria de las masas” (1965), una conferencia organizada por la F.U.A. de Córdoba sobre el tema “Universidad y país”; “Bases para una política cultural revolucionaria” (1965); “El peronismo y el golpe de Estado. Informe a las bases del Movimiento” (1966); “La revolución y el peronismo. Informe interno a la militancia de A.R.P.” (1968); “Apuntes para la militancia” (1972). Debe mencionarse así mismo, por su importancia, los dos tomos de la *Correspondencia Perón-Cooke* editados en 1972.

Joaquín Díaz de Vivar (1907-2002)

Jurisconsulto y político nacido en Corrientes.

Profesor Adjunto de Derecho Político en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Diputado provincial (1946-1948) y Diputado nacional (1948-1952). Convencional Constituyente en 1949. Autor de dos libros: *Ideas para una biología de la democracia* (1937) y *Orígenes de la argentinidad*. Sus corrientes históricas, un ensayo leído en la Real Academia de Historia y Jurisprudencia de Madrid en 1947.

Visibilidad de las recomendaciones internacionales sobre Depósito Legal de publicaciones en las legislaciones nacionales

Por Claudia Bazán ()*

Entre las múltiples dimensiones que una Biblioteca nos ofrece, una de las más importantes está dada por aquellos aspectos bibliotecológicos que ofrecen la posibilidad técnica del acopio y atesoramiento de los documentos. De la combinación de esta labor fundamental, y la práctica de investigación e interrogación de aquellos textos, surge lo que habitualmente se conoce como biblioteca, práctica milenaria que aún en nuestros días deviene recurso imprescindible para la recreación de formas culturales colectivas.

Claudia Bazán nos ofrece la posibilidad de conocer la situación del depósito legal de nuestro país –marco legal indispensable para la adquisición de material editado– a partir de un estudio comparativo entre diferentes países y sus heterogéneos modos de funcionamiento.

1. Introducción

En 1974 Unesco e IFLA emprendieron la tarea de guiar los esfuerzos de los países por adherirse al programa de Control Bibliográfico Nacional (CBN), con miras a lograr las máximas aspiraciones del Control Bibliográfico Universal (CBU). Estos programas fueron el marco para la emisión de recomendaciones generales sobre los componentes de los sistemas nacionales, a saber, la ley de depósito legal, la agencia bibliográfica nacional y la bibliografía nacional. Los tres elementos funcionan de una manera dialéctica.

El modo recomendado como efectivo para reunir los ejemplares de las publicaciones nacionales en una entidad responsable de su cuidado es una legislación de depósito legal con determinadas características, todas de importante gravitación para la configuración y preservación de la colección nacional y la cobertura de la bibliografía nacional.

Las primeras recomendaciones emanaron del Congreso Internacional de Bibliografías Nacionales de 1977 (ICNB 1977) y dieron origen a las sugerencias propuestas por Jean Lunn en su *Recomendaciones para legislación de depósito legal de 1981* (Lunn 1988). En 1996, CDNL (Conference of Directors of National Libraries) produjo la primera actualización del trabajo anterior, *The Legal Deposit of Electronic Publications* (LDEP 1996). Un par de años después sucedió el Congreso Internacional de Bibliografías y Servicios Bibliográficos Nacionales (ICNBS 1998) luego del cual Jules Larivière elaboró y publicó su *Guidelines for Legal Deposit Legislation* (Larivière, 2000). Estas guías señalaron aspectos de forma, de contenido

y de alcance sobre las publicaciones que las leyes deberían considerar para ser efectivas. Su observancia fue predicada tanto a las naciones carentes de legislación, como a aquellas que fueran a modernizar los textos de sus normas vigentes.

2. Material y métodos

Con el objetivo de conocer las características generales de las leyes nacionales de depósito legal, así como su grado de adecuación a las recomendaciones internacionales y la semejanza entre ellas, la investigación se condujo por las siguientes etapas:

- a) Selección de una muestra de leyes de depósito legal. Los textos seleccionados corresponden a los siguientes países:

| | |
|--------------|--|
| 1. ARGENTINA | Ley 11723 (1933); Dec. 41233 (1934); Dec.3079 (1957). |
| 2. BENIN | Ordinance 75-79 (1975). |
| 3. BRASIL | Dec. 1825 (1907) e Instruções de 19 de dezembro de 1930. |
| 4. CANADÁ | National Library Act (1985) and National Library Book Deposit Regulations (1995). |
| 5. COLOMBIA | Dec 460 (1995) y Dec. 2937 (1948). |
| 6. CUBA | Dec 265 (1999). |
| 7. DINAMARCA | Act 423 On Copyright Deposit of Published Works (1997). |
| 8. ESPAÑA | Dec. 642/70 y Órdenes Ministeriales 30 de Octubre de 1971 y 20 de Febrero de 1973. |

| | |
|-------------------|--|
| 9. FINLANDIA | Law 420 (1980). |
| 10. FRANCIA | Loi 92546 (1992) ; Dec 93-1429 (1993). |
| 11. JAPÓN | National Diet Library Law (No. 5, 1948) y modificatorias hasta el año 2002. |
| 12. MÉXICO | Dec del 23/7/1991. |
| 13. NORUEGA | Act 32 (1989) y Royal decree 25/5/1990. |
| 14. NUEVA ZELANDA | National Library Act 1965, Section 30 A, amended 1994. |
| 15. PANAMÁ | Ley 47 (1946), art. 92, modificado por Ley 34 (1995); Ley 11 (1978), art. 8. |
| 16. PERÚ | Ley 26905 (1997) y Dec. Supremo No 01798 ED (Reglamento). |
| 17. PORTUGAL | Dec- Lei 74 (1982), Dec-Lei 362 (1986); Despacho 54 (1982). |
| 18. REINO UNIDO | Legal Deposit Act (2003). |
| 19. SUDÁFRICA | Legal Deposit of Publications Act (1997). |
| 20. VENEZUELA | Ley de Depósito Legal en el Instituto Autónomo Biblioteca Nacional (1993) y Reglamento Dec. 1975 (1997). |

b) Definición de 19 variables categóricas activas y de 2 suplementarias y sus modalidades. Las variables fueron clasificadas en 3 tipologías: 1) Fuerza y forma de la legislación (5 variables); 2) Elementos del depósito legal (10 variables); y 3) Cobertura de las publicaciones (4 variables). Diseño de un cuestionario para ser aplicado a cada texto. (Apéndice 1).

- c)** Evaluación de las leyes mediante la aplicación del cuestionario a fin de registrar las modalidades de las variables presentes en los textos. Asignación de un puntaje a las leyes de acuerdo con el número de aspectos positivos encontrados. Jerarquización y clasificación de países conforme a los porcentajes de adecuación de sus leyes a las recomendaciones internacionales (Tabla A).
- d)** Estudio de la presencia de las características coincidentes con las recomendaciones internacionales dentro de los textos de las leyes. Clasificación de las pautas en grupos de alta, mediana y bajo nivel de presencia (Tabla B).
- e)** Aplicación de técnicas de análisis multivariado de datos (análisis de componentes múltiples y clasificación automática) para producir representaciones en dos dimensiones. Identificación de grupos de países que muestran en sus respectivas legislaciones características que los hacen semejantes y un similar nivel de cumplimiento de las recomendaciones.

3. Resultados y discusión

La tabla A muestra la clasificación de los países en tres grupos, de acuerdo con la respuesta de las leyes a las recomendaciones internacionales de modo general, sin considerar las tipologías. El 20% de las leyes analizadas son altamente adecuadas; integran esta categoría los países Noruega, Sudáfrica, Perú y Venezuela, con un promedio de adecuación del 83%. El 55% de los casos posee legislación medianamente adecuada; se trata de naciones

como Portugal, Reino Unido, Cuba, Finlandia, Francia, Colombia, Brasil, Dinamarca, Canadá, Benín y Nueva Zelanda, cuyo grado de respuesta promedio alcanza el 58%. El último grupo de países posee leyes que calificaron como escasamente adecuadas, se compone de Japón, España, México, Argentina y Panamá, representa el 25% de la muestra y el promedio de adecuación es del orden del 42%.

Tabla A. Jerarquización de las leyes de depósito legal conforme con la calificación alcanzada en su evaluación individual. Clasificación según la *v20-Adecuación*.

| | País | % de adec. | V20 Adec. | f | % |
|--------------|---------------|------------|-----------|-----------|------------|
| 1 | Noruega | 85.8 | Alta | | |
| 2 | Sudáfrica | 85.8 | Alta | | |
| 3 | Perú | 85.2 | Alta | | |
| 4 | Venezuela | 77.1 | Alta | 4 | 20 |
| 5 | Portugal | 65 | Mediana | | |
| 6 | Reino Unido | 62.9 | Mediana | | |
| 7 | Cuba | 62.5 | Mediana | | |
| 8 | Finlandia | 62.5 | Mediana | | |
| 9 | Francia | 60.4 | Mediana | | |
| 10 | Colombia | 58.3 | Mediana | | |
| 11 | Brasil | 55.4 | Mediana | | |
| 12 | Dinamarca | 55 | Mediana | | |
| 13 | Canadá | 53.3 | Mediana | | |
| 14 | Benín | 52.5 | Mediana | | |
| 15 | Nueva Zelanda | 50.8 | Mediana | 11 | 55 |
| 16 | Japón | 49.2 | Escasa | | |
| 17 | España | 46.7 | Escasa | | |
| 18 | México | 46.6 | Escasa | | |
| 19 | Argentina | 36.3 | Escasa | | |
| 20 | Panamá | 31.3 | Escasa | 5 | 25 |
| Total | | | | 20 | 100 |

En la Tabla B se jerarquizaron las características coincidentes con las recomendaciones internacionales sobre depósito legal.

Las directrices sobre depósito legal de mediana presencia en las leyes son 7 (36,8%).

El porcentaje de las guías menos observadas también es del 36,8%, (7 de las 19 estudiadas).

Los gráficos 1 a 4 representan la distribución de los individuos y sus características en el espacio. En los primeros tres se identifican grupos de países unidos por la similitud de sus leyes en relación con las características de cada tipología; también se observan los aspectos que comparten. En el cuarto las naciones se aglutinan por la semejanza de su legislación en términos de todas las variables analizadas. Sobre esos conjuntos fueron proyectadas las variables suplementarias *V20-Adecuación* y *V21-Año* de la ley; éstas no determinaron agrupamientos.

Al leer las representaciones de las tres tipologías debe considerarse que la distribución de la *v20-Adecuación* se corresponde con la nota alcanzada por la ley en la evaluación individual de la totalidad de las variables. En general esta variable distribuye sus modalidades a lo largo del eje horizontal –la cualidad disminuye a medida que asciende en coordenadas– ubicando la categoría intermedia cerca del centro del sistema, por encima, y oponiendo los extremos en la segunda o tercera dimensión. Su lectura ayuda a identificar zonas de adecuación: principalmente escasa en el primer cuadrante, mediana en el segundo y cuarto, y alta en el tercero. Por otra parte debe tenerse en cuenta que las cualidades más positivas se sitúan con una tendencia sistemática hacia la izquierda. Esto se verifica incluso en la distribución de los individuos ya que en las distintas agrupaciones los países con mejor calificación en la evaluación individual están dispuestos, en general, hacia la izquierda.

De la combinación de todas las variables (gráfico 4) surgen 5 agrupamientos de países por la similitud de sus legislaciones.

Tabla B. Clasificación de las 19 modalidades que representan recomendaciones internacionales sobre depósito legal, según su presencia en las leyes de 20 países.

| RECOMENDACIONES | Punt. | Observación | f | % |
|--|-------|-------------|-----------|------------|
| V9.Plazo de hasta cuatro meses para depositar | 19 | Alta | | |
| v11.El depósito principal es un ente bibliográfico | 18 | Alta | | |
| v13.Registro de información bibliográfica | 16 | Alta | | |
| v14.El depositario tiene atribuciones | 15 | Alta | | |
| v10.Varias entidades depositarias (cooperación) | 15 | Alta | 5 | 26.3 |
| v16.Concepto publicación amplio | 13 | Mediana | | |
| v17.Otros criterios de inclusión | 13 | Mediana | | |
| v18.Listado o criterios de exclusión | 13 | Mediana | | |
| V1.Especificidad | 11 | Mediana | | |
| V2.Flexibilidad | 11 | Mediana | | |
| v5.Estr V4.Estructura claramente comprensible | 11 | Mediana | | |
| V6.Menciona al menos dos objetivos | 10 | Mediana | 7 | 36.8 |
| V19.Presenta categorizaciones | 8 | Escasa | | |
| v15.Autorización para copias ejemplares | 6 | Escasa | | |
| V3.Definición de términos específicos | 6 | Escasa | | |
| V5.Mecanismos de cumplimiento con compensaciones | 6 | Escasa | | |
| V7. Sujeto obligado definido ampliamente | 5 | Escasa | | |
| v12.Existencia de dos colecciones | 3 | Escasa | | |
| V8.La forma del depósito incluye el acceso remoto | 2 | Escasa | 7 | 36.8 |
| Total | | | 19 | 100 |

Grupo 1: Perú, Noruega, Sudáfrica (15% de la muestra). Son leyes de alta adecuación; en promedio alcanzan un 84,7%.

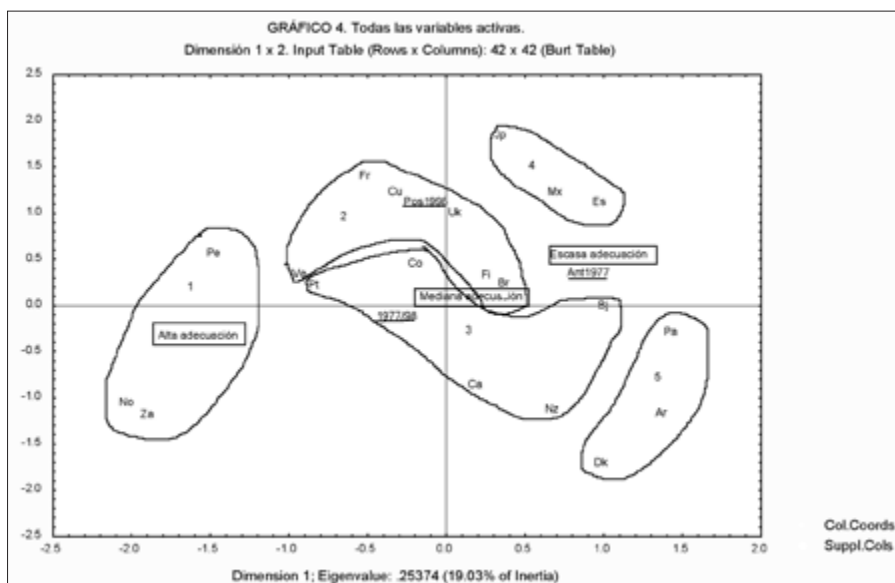
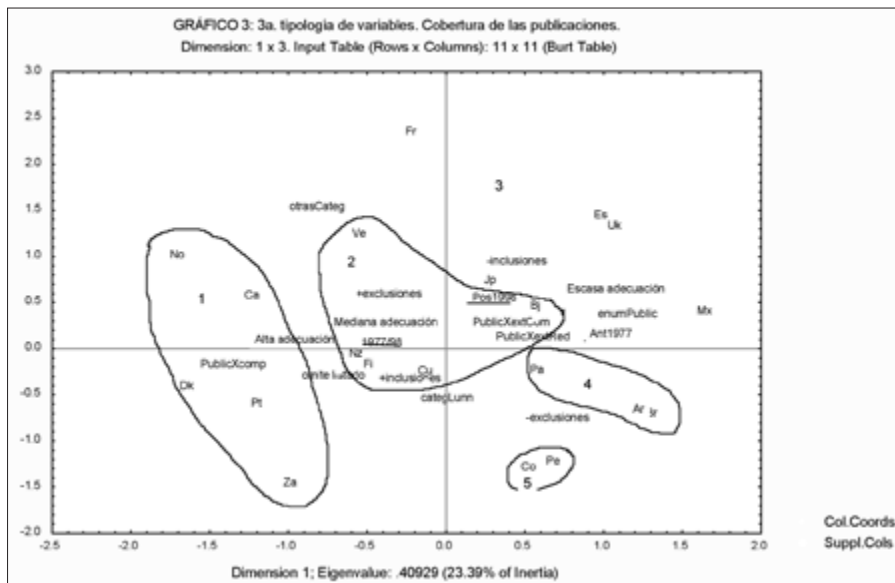
Grupo 2: Cuba, Francia, Venezuela, Reino Unido, Brasil, Finlandia (30% de la muestra). Países poseedores de legislación cuya adecuación a las recomendaciones podría calificarse fluctuante entre alta y mediana, con un promedio de respuesta positiva del 63,46%.

Grupo 3: Portugal, Colombia, Canadá, Benín y Nueva Zelanda (25% de la muestra). La legislación de estos países expresa un grado de adecuación que oscila entre mediana y escasa; el grupo alcanza un promedio de 55,98%.

Grupo 4: Japón, México y España (15% de la muestra) poseen leyes que no responden a un alto porcentaje de las sugerencias sobre depósito legal; el promedio de adecuación es de 47,5%.

Grupo 5: Panamá, Argentina y Dinamarca (representan el 15% de la muestra). Se integran con leyes que reflejan un promedio de adecuación de 40,8%.

Una comparación general de los grupos surgentes tanto del Gráfico 4 como de la Tabla A, nos indica que el gran grupo de mediana adecuación compuesto por 11 individuos se proyecta gráficamente en dos subgrupos, uno de alta-mediana y otro de mediana-escasa adecuación, los cuales se integran con el 30 y el 25% de la muestra, respectivamente.



ese aspecto; se subraya también la legislación de Benín que pertenece al grupo de grado medio de adecuación en términos generales aunque tiene una de las calificaciones más bajas dentro del rango, posiblemente debido a sus puntos débiles en cuanto a los elementos del depósito legal, en cuya tipología calificó como escasamente adecuada. La ley de Portugal fue cali-

ficada como de mediana adecuación, pero su calificación aumenta en la primera tipología.

4. Conclusiones

La conclusión que puede ser esbozada a partir del estudio es que las recomendaciones sobre depósito legal han

sido medianamente adoptadas por los países. No todos los países aplican en su legislación de depósito legal la totalidad de las recomendaciones emitidas desde 1977 a la fecha.

Casi el 100% de la muestra posee leyes de depósito legal que, en general, contienen las recomendaciones de alta observación; éstas corresponden exclusivamente a la segunda tipología de variables, referidas a los elementos del depósito legal, y representan el 26,3% de la totalidad de las sugerencias consideradas en el estudio. Entre un 80 y 85% de la muestra –países que poseen leyes de mediana y escasa adecuación– cumple, en general, con las recomendaciones de alta y mediana observación –que representan un 63% de las directrices anotadas–, pertenecientes principalmente a la primera y tercera tipología de variables (Fuerza y forma de la legislación y Cobertura de las publicaciones). Pero solamente entre un 15 y un 20% de la muestra, porcentaje compuesto por países de alta adecuación, aplica, además de las recomendaciones anteriores, también las pautas señaladas como de escasa observancia –36,8% del total–, la mayoría de ellas perteneciente a la segunda tipología (Elementos del depósito legal).

Las recomendaciones de escasa observación son importantes porque refieren a la claridad del texto para mencionar la cobertura, para definir términos que permitan que sea comprendida y aplicada correctamente y para lograr la preservación de todos los tipos de publicaciones. Su escasa aplicación conduce a inferir un panorama legislativo internacional caracterizado por cierta debilidad para cubrir formalmente el amplio espectro de publicaciones y asegurar la reunión

y preservación de los ejemplares; en consecuencia, también explicaría el origen de los huecos o blancos que pudieran existir en las colecciones nacionales. El modo efectivo de depósito legal de los documentos electrónicos on-line es un tema que mantiene preocupada a la comunidad bibliotecaria internacional; esto se evidencia en la profusión de estudios al respecto, a pesar de lo cual la adecuación de las leyes en este sentido se encuentra retrasada.

Es importante señalar que la legislación de Panamá y Argentina aparece como escasamente adecuada en todos los análisis, con un puntaje relativo inferior al 40%. Ambas naciones se encuentran aún despojadas de la bibliografía nacional, lo cual podría demostrar la estrecha relación entre estos dos componentes del CBN.

Nuestro estudio acerca de la adecuación de las leyes de depósito legal a las recomendaciones internacionales originadas en 1977, y evolucionadas hasta nuestros días, encontró las respuestas a las preguntas formuladas en la introducción dentro de los textos de las leyes. Muy poco pueden expresar estas unidades de análisis sobre su puesta en práctica; toda interpretación de los textos llevada a cabo en su aplicación, quedó fuera del análisis. Sus resultados conducen a suponer cierta lentitud por parte de los países en el proceso de formalizar los criterios sugeridos.

(*) **Universidad Nacional de Mar del Plata. República Argentina.**
cbazán@mdp.edu.ar

BIBLIOGRAFÍA

- Lunn, Jean (1988). *Recomendaciones para legislación de depósito legal*. – Madrid : Ministerio de Cultura, Dirección general del libro y bibliotecas, 1988. – 31 p. – (Informes, normas y recomendaciones) ; 2). Estudio realizado para el PGI y UNISIST (Unesco). Traducción de Alicia Girón.
- ICNB (1977). Congrès International sur les Bibliothèques Nationales [Unesco/PGI/FIAB]. (I : París : 1977). *Rapport final*. – París : Unesco, [1978]. – (PGI/77/UBC 3).
- ICNBS (1998). “*The Final Recommendations of the International Conference on National Bibliographic Services*”. – En: International Conference on Bibliography and National Services (Copenhague : 1998). www.ifla.org/VI/3/icnbs/fina.htm. (consulta del 23/1/2000).
- Larivière, Jules (2000). *Guidelines for legal deposit legislation*. – París : Unesco, 2000. – En: www.ifla.org/VII/s1/gnl/legaldep1.htm (consulta del 18/11/2000).
- LDEP (1996). *The Legal Deposit of Electronic Publications*. – París, UNESCO, 1996. – 42 p. – (CIL-96/WS/10). – Prepared by a CDNL working group chaired by Brian Lang.

Anexo 1. Cuestionario para aplicar a las leyes.

a) PRIMERA TIPOLOGÍA: FUERZA Y FORMA DE LA LEGISLACIÓN **Puntos**

V1) Especificidad de la ley.

| | |
|--------------------------|---|
| 1) Es una ley específica | 1 |
| 2) Es parte de otra ley | 0 |

Información complementaria:

- *Es parte de la ley de biblioteca nacional*
- *Es parte de la ley de derecho de autor*
- *Declara que el depósito de copias no tiene relación con la protección del derecho de autor*
- *El incumplimiento del depósito de ejemplares afecta el derecho de autor*

V2) Flexibilidad de la legislación ante los cambios.

| | |
|--|---|
| 1) Se compone de un cuerpo principal con reglamentos donde hay especificaciones (flexible) | 1 |
| 2) Se compone de un cuerpo principal sin reglamentos (menos flexible) | 0 |

V3) Definición de términos específicos.

| | |
|--|---|
| 1) Define algunos términos importantes en el articulado. | 1 |
| 2) No define términos | 0 |

V4) Estructura de la ley.

| | |
|-----------------------|-----|
| 1) Clara | 1 |
| 2) Medianamente clara | 0,5 |
| 3) Confusa | 0 |

V5) Mecanismos que faciliten el cumplimiento de la ley. ¿La ley incluye alguno de los siguientes?

- *Compensaciones (rebaja de impuestos, gratuidad del registro, envío sin cargo, reintegro del valor de los ejemplares, registro de productores)*
- *Controles (asignación del número de depósito legal, declaraciones juradas de los productores, inspecciones)*
- *Sanciones (multas).*

| | |
|--|-----|
| 1) Compensaciones, controles y sanciones | 1 |
| 2) Controles y sanciones | 0,5 |

b) SEGUNDA TIPOLOGÍA: ELEMENTOS DEL DEPÓSITO LEGAL **Puntos**

V6) Objetivos. Menciona alguno de los siguientes objetivos:

- *Constituir y acrecentar la colección de publicaciones nacionales*
- *Favorecer la elaboración de la bibliografía nacional (Repertorio)*
- *Preservar los ejemplares para las generaciones futuras y garantizar el acceso con fines de investigación.*

| | |
|--------------------------|------|
| 1) Alude a los tres | 1 |
| 2) Alude solamente a dos | 0.66 |
| 3) Alude solamente a uno | 0,33 |
| 4) No alude a ninguno | 0 |

V7) Definición de los sujetos obligados (productores de publicaciones).

| | |
|---|---|
| 1) Los define ampliamente, como para abarcar a todos los posibles productores (ampliamente) | 1 |
| 2) No los define, sólo enumera algunos (restringidamente) | 0 |

V8) Forma de efectuar el depósito.

| | |
|--|-----|
| 1) Entrega de copias y acceso del depositario al material on-line. | 1 |
| 2) Solamente a través de la entrega de copias. | 0,5 |

Información complementaria:

- *¿Cuántos pide? Solicita distinta cantidad de copias para material impreso que para no impreso o especial.*

V9) Plazos para efectuar el depósito a partir de la fecha de publicación.

| | |
|-------------------|---|
| 1) Hasta 4 meses | 0 |
| 2) Más de 4 meses | 0 |
| 3) No especifica | 0 |

V10) Entidad depositaria.

| | |
|---|-----|
| 1) Identifica una sola entidad depositaria (responsable de la recepción y cuidado de copias). | 0,5 |
| 2) Identifica varias entidades depositarias (bibliográficas y especializadas) | 1 |
| 3) No menciona entidades depositarias | 0 |

V11) La entidad depositaria principal es:

| | |
|--|---|
| 1) La Biblioteca Nacional o un organismo bibliográfico similar | 1 |
| 2) Un ente no bibliográfico | 0 |

V12) Destino de las copias.

| | |
|---|---|
| 1) Menciona la existencia de dos colecciones (consulta y preservación). | 1 |
| 2) No indica existencia de dos colecciones. | 0 |

v13) Registro de información bibliográfica. ¿El depósito se acompaña de un formulario, o el depositario extiende un recibo al depositante donde figuran los datos principales de la publicación?

| | |
|-------|---|
| 1) Sí | 1 |
| 2) No | 0 |

v14) Atribuciones del ente depositario. ¿La entidad depositaria tiene autoridad para establecer mecanismos de fiscalización y de sanción que faciliten el cumplimiento de la ley?

| | |
|-------------|---|
| 1) Sí posee | 1 |
| 2) No posee | 0 |

v15) ¿La entidad depositaria está autorizada para hacer copias de los ejemplares, con fines de seguridad y preservación (a pesar de lo dispuesto por las leyes de copyright)?

| | |
|-------|---|
| 1) Sí | 1 |
| 2) No | 0 |

c) TERCERA TIPOLOGIA: COBERTURA DE LAS PUBLICACIONES

V16) Concepto de Publicación

| | |
|--|------|
| 1) Define correctamente el término Publicación (por comprensión) | 1 |
| 2) Define Publicación por extensión en forma amplia | 0,50 |
| 3) Define Publicación por extensión en forma reducida | 0,25 |
| 4) No define Publicación | 0 |

v17) ¿Menciona otros criterios de inclusión, además del de territorialidad?

| | |
|-------|---|
| 1) Sí | 1 |
| 2) No | 0 |

Información complementaria sobre los criterios de inclusión mencionados:

- *Territorialidad (afecta publicaciones que fueron producidas en el país). Se contempla por defecto.*
- *Publicaciones extranjeras producidas por editor residente en el país;*
- *Publicaciones extranjeras de autor nacional;*
- *Importadas: publicaciones extranjeras que ingresan al país para la venta*
- *Neutralidad con respecto al contenido de las publicaciones a fin de evitar la censura (moral, política, religiosa, etc).*
- *Variaciones de contenido (ediciones abreviadas, corregidas o aumentadas)*
- *Variaciones de lengua (traducciones)*
- *Variaciones de formato (presentación en otro soporte, braille)*
- *Otros. ¿Cuáles?*

v18) ¿Contiene un listado de exclusiones o menciona los criterios de exclusión?

| | |
|-------|---|
| 1) Sí | 1 |
| 2) No | 0 |

Información complementaria sobre los criterios de exclusión mencionados:

- *Declaración a favor de la censura.*
- *Variaciones de formato (presentación en otro soporte)*
- *Otros. ¿Cuáles?*

V19) Categorías dentro de las cuales aparecen nombradas las publicaciones.

| | |
|-------------------------------|-----|
| 1) Categorías de Lunn | 1 |
| 2) Categorías de Larivière | 1 |
| 3) Otra categorización | 0,5 |
| 4) Enumeración sin categorías | 0 |
| 5) Omite listado | 0 |

SUMATORIA DEL PUNTAJE ALCANZADO POR LA LEGISLACIÓN:

d) VARIABLES SUPLEMENTARIAS

V20) Adecuación de las leyes a los recomendaciones internacionales.

| | |
|-----------------------|--|
| 1) Alta adecuación | |
| 2) Mediana adecuación | |
| 3) Escasa adecuación | |

V21) Año de la ley (existencia y revisión del texto):

| | |
|--|--|
| 1) Anterior a 1977 (no influenciadas por las recomendaciones) | |
| 2) Aprobada entre 1977 y 1998 (posiblemente influenciadas por ICNB 1977 y estudios posteriores hasta 1998) | |
| 3) Aprobada después de 1998 (posiblemente influenciadas por del ICNBS 1998 y estudios posteriores). | |

OBSERVACIONES:

Yánover, un hombre de armas

Por Esteban Dubarry

Admito (conjugar el verbo *confesar* es demasiado revulsivo) que nunca conocí a Héctor Yánover. Pero toda lamentación es inútil y, quizá, hipócrita. Yánover es una imagen que me trasfieren quienes lo anhelan, por su devoción por los libros, porque vivía “por” ellos y no “de” ellos. Yánover, en el presente invasivo, es su lírica de la cual estuve distanciado para eludir a la nostalgia, a todo lo inmutable que supone lo trascendente. Es un poeta inexorable, no con la intención de atenuar la eficiencia bibliográfica, la aridez de la topografía bibliotecaria, la memoria compulsiva de librero y la angustia terminal de un ser que vende libros como una forma de muerte, sino por aquello que algunos mortales llaman genes y otros, menos mortales, alma.

Antólogo, librero, funcionario en tiempos contraculturales, tenía amigos y enemigos inevitables. A pesar de su impronta, tal vez por ella, transitaba espacios discordantes; tenía su librería en un lugar tan poco austero como Recoleta, con un nombre tan escasamente progresista como *Norte*. No en Puán, próximo a Filosofía y Letras. Su negocio (nunca tan mal aplicado el término) confronta con la nulidad poética de una Facultad de Ingeniería diseñada desde un sueño infinito de catedral gótica, de realidad interrumpida; y los godos tenían vocación por la aspereza de la épica, no por las reminiscencias de la lírica, aunque la épica no pertenecía a la alteridad de Yánover, era su esencia, porque en un poeta los condicionantes ambientales son estímulos crecientes y agonales:

Esa es la tarea del hombre: pelear contra la nada que lo asedia, que lo acosa, lo mata, lo desgarrar... Para esa pelea nuestra arma es el libro, la Biblioteca.

Su figura de trazos quijotescos, excedía la apariencia física y era asimilable a un modo de andar por la vida. “La locura afecta lo que el hombre tiene de más noble, de más querido y al mismo tiempo de más misterioso”, postula desde un positivismo taxativo –casi una tautología, que es válida–

y no carente de poesía, José María Ramos Mejía, en *La locura en la historia*. Yánover afecta lo noble, lo querido y lo misterioso. Seguramente Ramos Mejía le habría diagnosticado locura al paciente Yánover... y viceversa. En ambos, sería un elogio recíproco. ¿Hay que estar loco para saber qué es la locura? ¿Quiénes son locos?, ¿los que quieren curarse? ¿O los que quieren vivir en la locura? ¿No es posible de ser sospechado de locura el joven lector y poeta Yánover, que vino desde la bucólica Alta Gracia para ser distraído cancerbero de una librería en la alienante Buenos Aires? Loco él y el librero –que causalmente se llamaba “Locos”–¹ al consignar a un joven semental a cuidar un harén. En ese lugar “sentí el flechazo; sí, ese era mi lugar bajo el sol; allí se unió el amado con la amada”.² Ese joven nunca abjuró de la posibilidad de seducir y de ser seducido.

Desafió a Borges, que en *El Hacedor* impone: “No hay cosa en el mundo que el tiempo no borre o la memoria no altere”. Todo poema recuerda a Yánover. En la acepción etimológica de “recordar”, que sostiene que la memoria fluye desde el corazón.

La poesía es la conciencia tranquilizante de la muerte y la negación movilizadora del olvido. Yánover inspira el deseo de dejarnos alcanzar por la poesía, para que no nos olviden, para escribir³:

[...]

*Pero el amor fue un llanto
Unas ganas tremendas de morirse a su arribo*

*Tan sólo eso y se ha ido
Tan sólo eso fue el mar;
un dolor menos que entender
entre tantos dolores que jamás entendimos.*

NOTAS

1. Yánover Héctor: *Memorias de un librero*. Buenos Aires, Anaya & Mario Muchnik, 1994, p. 31.

2. Idem, p. 29.

3. Fragmento del poema: “Siempre creí que un día cuando el amor llegara”, Héctor Yánover. *Antología poética*. Buenos Aires. Fondo Nacional de las Artes. 1996. p.47



BANCO DE LA
NACION ARGENTINA